
LAS
URRACAS
DEL
PÓRTICO
JUAN HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Las urracas del Pórtico

Trilogía del Camino Negro · III
Juan Hernández Rodríguez
Juan Hernández Rodríguez
Edición del autor
2026
© 2026 Juan Hernández Rodríguez. Todos los derechos reservados.

Las urracas del Pórtico

1. Las urracas del Pórtico
2. Prólogo · Las urracas de noviembre
3. Capítulo 1 · El viaje de diciembre
4. Capítulo 2 · El Pórtico
5. Capítulo 3 · La voz de Aldonza
6. Capítulo 4 · Lo que pasó con Morán
7. Capítulo 5 · La cantareira ciega
8. Capítulo 6 · El cuaderno y la grieta
9. Capítulo 7 · Severo Anllóns
10. Capítulo 8 · Os corvos do norte
11. Capítulo 9 · La trampa de la Cuaresma
12. Capítulo 10 · La carta interceptada
13. Capítulo 11 · Tres horas
14. Capítulo 12 · La conversación de Aurea
15. Capítulo 13 · La muerte de Xoán
16. Capítulo 14 · La parroquia de Vilarpol
17. Capítulo 15 · La asamblea de la red
18. Capítulo 16 · El solsticio
19. Capítulo 17 · Finisterre
20. Epílogo · El manantial
21. Nota del autor
22. Agradecimientos

Las urracas del Pórtico

Non todo o que canta é campá.

Aldonza de Lestedo,
mestra cantareira de Compostela, 1188

Prólogo · Las urracas de noviembre

Compostela, 21 de noviembre

Aurea Vilaboa apagó la lámpara verde del despacho a las seis y treinta y tres minutos de la tarde, justo en el instante en que las campanas de la torre del reloj empezaron a dar la hora. Esperó a que el último toque se apagara antes de moverse. Era un hábito antiguo, no aprendido sino heredado: en el archivo del Cabildo de Compostela había cosas que no se hacían mientras las campanas estaban en el aire. Apagar luces era una de ellas. Su madre lo hacía. Su abuela también. Aurea no recordaba haberlo decidido ella en ningún momento de su vida. Simplemente, a lo largo de sesenta y cuatro años, había seguido haciéndolo.

Cuando las cinco campanadas de la media se hicieron silencio, Aurea se levantó. La sala estaba a media luz, con esa penumbra particular de las tardes de noviembre en Compostela, cuando la ciudad se hunde en una niebla baja a las cuatro y media y ya no termina de salir. La lluvia, fina, llevaba cayendo todo el día. Por el ventanal del despacho —una ventana doble, alta, con cristales viejos que distorsionaban un poco lo que se veía a través de ellos— se veían las farolas amarillas del claustro y, al fondo, el ángulo norte de la cubierta de la Catedral, ennegrecido por los siglos.

Aurea recogió las gafas y las dejó dentro de un estuche pequeño de fieltro azul. Cerró el cuaderno donde había estado tomando notas durante toda la tarde. Lo guardó en el primer cajón de la mesa. Y, antes de salir, se acercó al armario alto que tenía detrás del escritorio, abrió la portezuela inferior con una llave pequeña que llevaba siempre en el bolsillo del jersey, y comprobó que las tres carpetas de cartón gris que había estado consultando esa misma

mañana seguían en su sitio. No es que dudara. Pero hay cosas que se comprueban dos veces, especialmente cuando la cabeza ha decidido, en un punto cualquiera del día, que algo no está bien.

Las carpetas estaban en su sitio.

Aurea cerró la portezuela. Echó la llave dos vueltas. Se la guardó otra vez en el bolsillo del jersey. Y entonces, sin saber bien por qué, se quedó un momento de pie junto al armario, con la mano apoyada sobre la madera oscura, mirando hacia ningún sitio.

Llevaba tres semanas sabiendo que algo iba mal en el archivo. No tenía pruebas. No tenía indicios concretos. Tenía una sensación. Algo se había movido en el orden de los fondos. Alguien, en algún momento de las últimas semanas, había estado mirando lo que no le tocaba mirar. Aurea Vilaboa, que llevaba cuarenta y un años siendo archivera del Cabildo de Compostela, conocía el orden interno del archivo como una madre conoce el orden de su cocina: con un saber que no necesita palabras y que se altera al primer cambio mínimo, aunque el cambio sea invisible para cualquiera que no viva dentro.

Aún no había decidido qué hacer. Llevaba tres semanas pensando si llamar a Fabián. Llevaba tres semanas posponiendo la llamada. Cada noche, al volver a casa, se decía: mañana lo pienso mejor. Y al día siguiente, al sentarse otra vez al escritorio, encendía la lámpara verde, abría el primer expediente de la mañana, y volvía a posponer la decisión. No porque no fuera capaz. Aurea era capaz. Sino porque cualquier decisión, en este caso, iba a alterar algo más profundo que el archivo. Iba a alterar a alguien. Y ese alguien, posiblemente, era una de las personas a las que ella más quería en el mundo.

Salió del despacho. Cerró la puerta con la llave grande. Bajó por la escalera de piedra hasta el patio interior. La puerta de servicio del archivo daba a un patio cuadrado de granito, con una fuente seca en el centro, donde algún canónigo de finales del setecientos había mandado tallar un escudo eclesiástico que el liquen se había encargado de ir borrando despacio, durante doscientos cincuenta años. El patio estaba vacío. Una luz pequeña, de techo, lo iluminaba con un amarillo gastado.

Cruzó el patio. Salió a la callejuela trasera del Cabildo. Sacó el paraguas pequeño del bolso, lo abrió. Y echó a andar hacia su casa por la Algalia de Arriba, que era el camino largo, no el corto, pero que en aquellos primeros días grises del invierno compostelano le sentaba bien. Necesitaba caminar.

Compostela, al anochecer de un día de lluvia, era una ciudad que se cerraba sobre sí misma. Los soportales recogían el agua y la dejaban caer en línea sobre las losas, por las gárgolas de hierro, formando hilos brillantes que reflejaban la luz amarilla de las farolas. Algunos turistas con chubasquero pasaban en grupos pequeños, cabezas hundidas, mirando los pies. Una pareja de peregrinos con mochilas grandes hablaba en alemán bajo el soportal del Pazo de Bendaña. Un perro castaño, pequeño, atravesó la calle a su lado sin dueño visible. Aurea pensó, sin querer, en Moro. Clara le había contado lo del galgo, en una cena que habían tenido las dos hacía un año en Compostela, durante una de las visitas que Clara había hecho desde Barcelona. Aurea no había conocido al perro, pero había conocido la pena de Clara. Las dos lo habían hablado bastante rato, con Adrián a un lado, en silencio, escuchando.

Llegó a la Algalia de Arriba. Subió por la rúa estrecha, con los soportales bajos a un lado, hasta el número veintitrés. Sacó la llave del portal, abrió, subió las escaleras. Era un edificio antiguo, de tres alturas, con suelo de piedra en el rellano y olor a madera vieja y a cera. En el segundo piso vivía sola desde hacía treinta años, desde la muerte de su madre. Había habido un hombre, hacía mucho. Pero llevaba tanto tiempo sin haberlo, y tan tranquila con eso, que ya casi nunca lo recordaba.

Entró. Cerró. Encendió la luz del recibidor. Dejó el bolso en una silla y el paraguas mojado en una jardinera de hierro junto a la puerta. Caminó hasta el salón, que daba al patio interior con el limonero, y se quedó de pie junto al ventanal, mirando hacia abajo. El limonero, en noviembre, ya había soltado las hojas más viejas y empezaba a tener fruta verde, todavía pequeña, que no maduraría hasta enero. Era un árbol terco. Llevaba allí más de cuarenta años. Lo había plantado, en uno de los pocos momentos de aire libre que tuvo en su vida, el padre del propietario actual del piso de abajo, un señor mayor que había muerto hacía mucho.

Aurea se sentó en el sillón de orejeras, frente a la chimenea apagada. Encendió una lamparita pequeña, de mesa, con pantalla de tela amarillenta. Y entonces, solo entonces, sacó del bolsillo del jersey las tres cartas que había estado leyendo y releyendo durante toda la tarde, alternándolas con el trabajo de archivo, sin terminar de decidir qué iba a hacer con ellas.

Eran tres cartas de Severo Anllóns Vilas.

Las había encontrado esa misma mañana, las tres juntas, en la sección IX-C del archivo, cuando bajó a comprobar una signatura para una consulta externa. Estaban dentro de una caja que no debían haber salido nunca. Severo era cuidadoso, siempre. Severo no cometía errores de archivo. Ya solo el hecho de que las tres cartas estuvieran allí, en una caja de la sección IX-C, era una pequeña catástrofe en el orden interno del oficio.

Aurea las había sacado con cuidado, mirando alrededor para asegurarse de que estaba sola. Las había subido al despacho. Las había leído allá abajo, de pie, junto a la estantería de la sección IX-C, sin moverse del sitio. Tenía sesenta y cuatro años y una buena memoria, pero las cartas conviene leerlas en su orden y a la luz adecuada.

Cuando subió otra vez al despacho, llevaba las tres cartas en la mano y se le había quedado una expresión en la cara que no recordaba desde hacía mucho. La miró un momento en el reflejo del cristal de la ventana. Después apartó la vista.

Se sirvió un café. La cafetera vieja del despacho hacía un café cargado, casi negro, que ella bebía sin azúcar desde joven. Lo tomó de pie, mirando hacia la ventana, sin verla.

Lo que estaba en las tres cartas, leído por separado, no quería decir gran cosa. Severo escribía como Severo, con su prosa cuidada, con sus citas en latín y sus referencias a manuscritos del siglo doce. Hablaba del Pórtico, del Maestro Mateo, de Aldonza de Lestedo, de pequeños hallazgos que iba haciendo en su trabajo cotidiano. Cualquier archivero del Cabildo habría leído esas cartas y no habría visto nada raro.

Pero leídas las tres juntas, en el orden en que habían sido escritas, cada una completaba a la anterior. Y lo que decían, leídas así, no era lo que parecía decir cada una por separado.

Aurea volvió a sentarse. Dejó las tres cartas alineadas sobre el escritorio, en el círculo de luz de la lámpara verde. Miró las fechas. Octubre. Principios de noviembre. La última, de esa mañana.

Se quitó las gafas y se apretó el caballete de la nariz con dos dedos, despacio. Era un gesto que hacía cuando algo le pesaba más de lo que podía sostener. Lo había aprendido de su madre, sin darse cuenta, hacía cuarenta años.

Se levantó. Se acercó a la ventana del salón.

El patio del edificio, abajo, estaba vacío y mojado. La farola del fondo, encendida desde antes de las cinco, daba una luz tibia que se reflejaba en el suelo de losas.

Aurea miró hacia la cornisa de enfrente. Y vio las urracas.

Eran dos. Dos urracas de Compostela, urracas de granito esculpidas hacía siglos en una cornisa que daba al patio interior. Aurea las había mirado cien veces sin verlas. Estaban allí desde antes de que ella naciera. Seguramente desde antes de que naciera su madre. Eran detalles arquitectónicos menores, casi invisibles si uno no sabía dónde mirar, talladas en una piedra que ya estaba ennegrecida cuando las pusieron.

Pero esa noche las miró distinto.

Pegas, las llamaban en gallego. Las urracas de Compostela. Había un refrán antiguo, popular, que se decía a los niños en los pueblos de la Galicia interior: *Una pena. Dos casamiento. Tres una boda. Cuatro parto. Cinco dolor. Seis nacencia. Siete un secreto que nadie sabe.*

Su abuela se lo había enseñado cuando ella tenía cinco o seis años, en la cocina de la casa de Aspai, en Lugo, donde Aurea pasaba los veranos. Aprende a contarlas, le había dicho la vieja. Aprende a contarlas, porque las urracas dicen cosas, aunque tú no las oigas.

Aurea las contó. Las dos del patio. Eran dos.

Casamiento.

Sonrió, sin alegría. Hacía tantos años que no pensaba en aquel refrán que la coincidencia le pareció una pequeña broma del azar. Casamiento. La urraca dos. La que predice una boda.

Pero la sonrisa se le fue cuando la cabeza, sin ella pedirlo, le devolvió un recuerdo más antiguo.

Severo y ella, hace cuarenta y tres años. El seminario de Mondoñedo, en una primavera que ya nadie en el seminario recordaba, cuando los dos tenían veintiún años y todo el oficio por delante. Una tarde de mayo, en el patio del claustro, Severo le había recitado, riéndose, ese mismo refrán. Le había dicho: *Aurea, en este claustro hay siete urracas. Las he contado yo. ¿Sabes lo que dice el refrán?* Y se lo había dicho. Y los dos se habían reído, jóvenes, cómplices, felices.

Siete.

Un secreto que nadie sabe.

Aurea cerró los ojos.

Y entonces, sin querer, le vino una frase a la cabeza. Una frase de la última carta de Severo, la que había llegado esa misma mañana. Severo había escrito al margen, en letra pequeña, casi como un susurro impreso: *He empezado a escribir lo que llevo cuarenta años pensando.*

Aurea abrió los ojos.

Volvió al sillón. Cogió la última carta. La leyó otra vez, sin prisa.

Cuando terminó de leerla, la dejó en la mesa, junto a las otras dos, y se quedó muy quieta durante mucho rato. Tenía las manos apoyadas en los muslos, la espalda muy recta, las piernas juntas. Era la postura de quien ha tomado una decisión difícil pero no quiere ponerla aún en palabras.

Miró el reloj de pared. Las siete y veinte.

Cogió el teléfono fijo, que tenía sobre una mesita junto al sillón, y marcó un número de memoria.

—Diga.

Era Fabián Lamela. Aurea reconoció la voz aunque hacía dos meses que no se hablaban.

—Fabián. Soy Aurea.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Aurea. ¿Qué pasa?

Aurea cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, miró las dos urracas de la cornisa de enfrente, que apenas se veían ya con la luz baja del patio.

—Necesito que llames a Sevilla. Yo no puedo hacer esa llamada, Fabián. Si la hago yo, aquí lo sabe todo el mundo antes de que cuelgue.

—¿A Salvatierra?

—A Salvatierra. Y a Adrián Vega.

Otro silencio.

—¿Adrián?

—Sí. Adrián. Y Clara, si puede ser. Los dos.

Fabián no respondió enseguida. Aurea oyó, al otro lado del teléfono, el ruido característico que hacía Fabián cuando se estaba ajustando las gafas. Era un ruido pequeño, de pasta vieja contra mejilla, que ella conocía desde hacía cuarenta y tres años.

—Aurea —dijo Fabián, despacio—. ¿Qué ha pasado?

Aurea miró las cartas alineadas en la mesa, en el círculo de luz de la lamparita.

—Aún no estoy segura. Pero algo se está moviendo en el archivo. Y no me gustaría tener que pararlo yo sola.

—¿Es grave?

—Es Severo.

Hubo un silencio largo en el otro extremo. Aurea oyó, en el fondo de la línea, el ritmo lento de la respiración de Fabián.

—Ay, Aurea.

—Sí.

—¿Estás segura?

—No del todo. Pero llevo tres semanas notando cosas. Y esta tarde he encontrado tres cartas suyas en la sección IX-C que no deberían estar allí. Las he leído. Y las cartas, juntas, no dicen lo que cada una dice por separado.

Fabián tardó en hablar.

—Enséñamelas.

—Mañana. En la taberna, a la hora de siempre.

—¿Dónde quieres que se queden Adrián y Clara, si vienen?

—En el Hostal. Yo me ocupo. Vendrán como invitados oficiales del archivo. Para una consulta sobre el cuaderno de Mateo. Eso lo justifica todo.

—¿Y Severo lo sabrá?

—Lo sabrá en cuanto lleguen. Aquí no se mueve un pájaro sin que lo sepa todo el mundo. Pero no le vamos a decir el motivo verdadero. Que piense que es lo del cuaderno de Mateo, que también es cierto. El Maestro Mateo es la coartada. La verdadera consulta es otra.

—De acuerdo. Hablo con Adrián mañana por la mañana. Le explico hasta donde se puede explicar por teléfono. Y le pido que esté en Compostela en cuanto pueda.

—Gracias, Fabián.

—Aurea.

—Dime.

—Antes de colgar.

—Sí.

—¿Estás bien?

Aurea miró las dos urracas otra vez. Apenas se distinguían ya. Solo dos sombras pequeñas contra la piedra.

—Estoy bien, Fabián.

—¿Segura?
—Segura.
—Cuídate.
—Tú también. Buenas noches.
—Buenas noches, *miña*.
Colgó.

Se quedó sentada en el sillón un rato largo, sin moverse. La lamparita amarilla sobre la mesa baja, las tres cartas alineadas, la chimenea apagada. La casa, en silencio. Compostela, fuera, en silencio también, con la lluvia cayendo despacio sobre las losas mojadas y las dos urracas de la cornisa de enfrente, talladas hacía siglos por un cantero anónimo, custodiando la oscuridad del patio interior como llevaban haciendo, sin que nadie se lo pidiera, desde mucho antes de que Aurea Vilaboa naciera.

Aurea cerró los ojos.

—Casamiento —murmuró, sin querer, en voz muy baja, como una broma vieja dicha solo para ella.

Y entonces, sin esperarlo, sin tener motivo, lloró durante un rato corto.

Cuando paró, se levantó, fue a la cocina, se preparó una sopa de fideos, y se la comió de pie junto a la encimera, con una rebanada de pan. Después se acostó.

A las cinco menos cuarto de la madrugada, las campanas de la iglesia parroquial de San Bieito do Campo dieron las cuatro y media con su ritmo particular. Aurea las oyó entre sueños, sin despertarse del todo. Cuatro toques rápidos. Una pausa. Un quinto toque sostenido. Cuatro y uno. El ritmo de las campanas de Compostela. El que llevaban siglos marcando cada media hora del invierno gallego.

Aurea se dio la vuelta en la cama y siguió durmiendo, pero menos profundo que antes.

A esa misma hora, novecientos kilómetros al sur, en una casa de Sevilla con un patio interior poblado de geranios y de naranjos en macetas, sonó un teléfono. Adrián Vega lo cogió a la segunda llamada.

Era Salvatierra.

Le pidió, con voz pausada, que viajara a Compostela cuanto antes. No le explicó el motivo. Le dijo que Aurea Vilaboa lo necesitaba, y que eso, en boca de Salvatierra, era todo lo que Adrián tenía que oír.

Adrián miró el reloj. Las cinco y dos minutos. La habitación estaba a oscuras y la cama, al otro lado, seguía hecha desde julio.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Cuando puedas. No corre tanta prisa como para hoy. Pero corre.

—¿Voy solo?

Salvatierra tardó un momento en contestar. Adrián, al otro extremo, oyó el ruido pequeño de una taza contra un plato, y supo que el viejo canónigo llevaba despierto más rato del que iba a reconocer.

—No. Va Clara también.

Adrián no dijo nada.

—Aurea ha pedido a los dos —añadió Salvatierra, sin subrayarlo—. No a uno. A los dos.

—¿Y quién se lo dice a ella?

—Fabián. Ya la está llamando.

Adrián se quedó con el teléfono en la mano un rato después de que Salvatierra colgara. Después encendió la luz de la mesilla. Se sentó en el borde de la cama, descalzo, sobre el suelo frío de una casa que llevaba cinco meses siendo demasiado grande. Al otro lado del patio, entre los geranios y los naranjos en macetas, no había todavía luz de noviembre. Faltaban dos horas.

Y a esa misma hora, mil kilómetros al nordeste, en un piso pequeño del barrio de Gràcia con dos balcones a una calle estrecha, sonaba otro teléfono.

Clara Bru escuchó a un canónigo de ochenta y tres años al que no había oído nunca en su vida. El hombre le dijo, con mucha calma, que Compostela la necesitaba. Clara colgó.

Se quedó sentada en la oscuridad de su cocina. Miró el suelo. Miró el sitio donde durante siete años había estado el cesto de un galgo.

Ninguno de los dos llamó al otro esa noche.

Y las urracas de la cornisa, en su lugar, custodiaron la oscuridad del patio de Aurea Vilaboa como llevaban haciéndolo, sin que nadie se lo pidiera, desde mucho antes de que Aurea naciera.

Capítulo 1 · El viaje de diciembre

Habían salido cada uno del suyo. Tres de diciembre, un martes, con el cielo gris pegado a media España y que, según el parte, no se levantaría en una semana más.

Adrián Vega había cogido el de las seis y media en Santa Justa. Iba casi vacío a esa hora, con un puñado de viajeros que dormitaban con la cabeza pegada al cristal mientras el tren cruzaba la campiña y la luz se iba abriendo despacio sobre los olivares de invierno. Llevaba un libro abierto sobre las rodillas, sin leerlo. Era un volumen viejo de tapas verdes, *Los nombres de la Catedral de Compostela*, de un autor de finales del setecientos cuyo apellido nunca conseguía recordar. Salvatierra se lo había mandado por correo certificado diez días antes, con una nota breve. *Para que llegues con la cabeza ya en sitio*. Adrián había leído los primeros tres capítulos durante los días previos al viaje, pero no había avanzado mucho. Le costaba concentrarse. Llevaba diez días pensando, sin darse cuenta del todo, en otra cosa.

Clara Bru había salido de Sants a las seis y veinte y había cruzado la llanura de Lérida dormida, con una manta de tren sobre las rodillas y un gorro de lana gris hasta media frente.

Se encontraron en Chamartín a las nueve y cuarenta, bajo el panel de salidas. Cada uno con una maleta pequeña. El resto del equipaje iba por delante, camino del Hostal, por mediación de Aurea.

Cinco meses y once días.

No fue una escena. Clara lo vio primero. Adrián levantó la mano a media altura. Era un gesto pequeño, de los que se hacen cuando reconoces a alguien de lejos y todavía no sabes a qué distancia vas a

tenerlo de cerca. Ella se acercó. Se dieron dos besos. Olía a un perfume que él no le conocía. Cedro, por debajo.

—Estás más delgado.

—Tú estás igual.

—No.

—No —admitió él.

El tren a Santiago salía a la una y media. Aurea había comprado los billetes desde Compostela, sin preguntar. Les había dejado cuatro horas muertas en una estación de Madrid.

Las gastaron bien. Es decir: no las gastaron.

Tomaron un café. Después otro. Se sentaron frente a la vía nueve, en unos asientos de plástico gris, con las maletas entre los pies.

—¿Llueve allí?

—Lleva tres semanas.

—¿Y no para?

—No para.

Clara asintió, despacio.

—Leí un artículo sobre eso. Sobre la humedad y los pergaminos. Decía que en Galicia el papel no se pudre. Se ablanda.

—¿Y eso es mejor o peor?

—No lo decía.

Adrián miró el panel. Faltaban tres horas y veinte.

—¿Sigues con lo del Born?

—Sigo.

—¿Y va bien?

—Va.

Hablaron de los trenes. Del precio de los billetes, que a Clara le pareció una barbaridad y a Adrián no. De una restauración que él tenía parada en el taller desde octubre, una talla de un convento de Écija, y de si valía la pena o no valía la pena. De si aquel viaje era necesario. Eso lo discutieron dos veces. Ninguna de las dos llegaron a discutir.

A las doce y media comieron un sándwich pésimo de pie, en la barra, mirando el panel.

No hablaron de julio.

Adrián la miró de perfil, recortada contra las letras naranjas. Y pensó una cosa que no le gustó. Pensó que dos personas que llevan cinco meses sin verse pueden estar cuatro horas juntas y no decirse

nada. Y que eso no se improvisa. Que hace falta entrenar mucho tiempo, y con mucho cuidado, para llegar a hacerlo así de bien.

El tren a Santiago salió de Chamartín a la una y media. Era un tren rápido, de los nuevos, y tardaba poco más de tres horas: desde que abrieron la línea, Galicia había dejado de estar donde estaba, y la gente del oficio todavía no se había acostumbrado a que se pudiera desayunar en Compostela y comer en Madrid. Clara pasó el trayecto mirando el paisaje cambiar a través de la ventana, cómo la meseta amarilla se iba volviendo verde con calma, primero los robles del norte de Zamora, después los túneles de Sanabria uno detrás de otro, después los castaños y los eucaliptos al salir a Ourense, y por fin el granito mojado de Galicia, que parecía un país distinto y que llegaba demasiado pronto, como si el tren hubiera hecho trampa.

Bajaron en Santiago a las diecisiete y diecisiete minutos, con media hora de retraso sobre el horario previsto. Llovía. Llovía despacio, con esa convicción serena del invierno gallego, que no se detiene por las prisas de nadie y que tampoco se anuncia.

Adrián Vega bajó del vagón con la bolsa al hombro y esperó a Clara en el andén. El frío le sorprendió. No era el frío de Madrid, donde el aire muerde la cara. Era otro frío, más antiguo, hecho de humedad y de granito mojado, que se metía por las costuras de la ropa y se quedaba dentro. Adrián se cerró el abrigo con las dos manos. Tenía cuarenta y tres años y había pasado los últimos dos inviernos entre Sevilla y Barcelona, pero el frío de Compostela, en aquel andén, lo recibió como una despedida del sur.

Clara bajó detrás de él, con la maleta pequeña que había decidido traer en lugar del trolley grande. Le miró. Estaba pálida, cansada del viaje, con los ojos un poco hinchados de no haber dormido bien la noche anterior. Y con la cara exacta de quien acaba de pasar once horas de tren y de andén al lado de la única persona con la que tendría que haber hablado.

—Esto huele distinto —dijo ella en el andén.

Adrián se quedó un momento pensando.

—Sí.

No supo decir a qué olía. A piedra, quizás. A musgo. A leña quemándose en algún sitio que no se veía. A la lluvia que caía y a la lluvia que ya había caído antes y se había quedado en las paredes. Era un olor que no se parecía a nada que él hubiera olido en Sevilla. Tampoco en Barcelona. Era un olor que no se parecía a ningún sitio,

salvo quizás, vagamente, a alguna mañana de su infancia en alguna casa de pueblo de la sierra de Cádiz, cuando lo llevaban a ver a un primo de su madre. Pero esto era más denso. Más antiguo. Más vivo.

Caminaron hacia la salida sin hablar. La estación de Santiago era pequeña, sobria, con un aire de provincia digna que no intentaba aparentar otra cosa. El vestíbulo tenía paredes encaladas y una bóveda baja de hormigón pintada de blanco. En las paredes, fotografías antiguas en blanco y negro de la ciudad y del Camino. Una mujer mayor, con una bolsa de tela y un bastón, esperaba sentada en un banco de madera, sola. Un grupo de cuatro peregrinos coreanos, jovencísimos, hablaban entre ellos junto a una máquina de café, con los abrigos amarillos chorreando agua sobre el suelo de baldosas.

Junto a una columna del vestíbulo, los esperaba una mujer joven con un paraguas medio cerrado en la mano.

Tendría treinta y muchos años, era de estatura media, llevaba un abrigo largo color musgo, una bufanda gruesa color teja, pelo castaño oscuro recogido a medias en un moño bajo. Tenía la piel clara propia de las gallegas del norte y dos pendientes pequeños de plata en las orejas, sin más adornos. Cuando vio a Adrián la primera, sonrió levísimamente, con la sonrisa contenida de los que no exageran nada.

—Adrián Vega. Clara Bru.

—Sí.

—Tareixa Bouzas. Bienvenidos a Compostela.

Les estrechó la mano a los dos. Tenía la mano fina, fría por la espera, firme. Llamaba la atención cómo los tres se quedaron un momento parados allí en el vestíbulo, en un silencio breve, mientras alrededor circulaban viajeros con maletas.

—¿Habéis comido?

—En el tren —dijo Clara—. Algo. Poco.

—Os llevo al Hostal. Es a diez minutos en coche. He aparcado fuera, en doble fila. No nos demoremos, que aquí los municipales son rápidos cuando llueve.

Tareixa cogió la maleta de Clara sin pedir permiso. Adrián cargó con la suya. Salieron del vestíbulo. La lluvia, en el exterior, era más fina de lo que parecía desde dentro, pero se metía por todas partes. Tareixa los condujo hasta un coche pequeño aparcado junto al bordillo, un Renault gris que tendría seis o siete años, sin pegatinas,

sin más rasgos distintivos que un crucifijo pequeño de madera colgando del retrovisor central.

Subieron. Tareixa puso en marcha el motor, salió del aparcamiento con un movimiento limpio, y se incorporó a la rúa do Hórreo. Adrián, en el asiento del copiloto, miraba la ciudad por primera vez en su vida. Lo poco que se podía mirar, con la lluvia y la luz baja del invierno, eran calles estrechas con soportales bajos, casas de granito con aleros antiguos, escaparates de tabernas pequeñas con la vela encendida en el cristal. Las farolas, encendidas desde antes de las cuatro, daban una luz amarilla que se reflejaba en el suelo mojado.

—¿Es vuestra primera vez aquí? —preguntó Tareixa.

—La mía sí —dijo Adrián—. Clara estuvo hace años. Creo.

—Sí. Hace doce. Vine en una excursión universitaria. No me acuerdo de gran cosa.

Tareixa sonrió.

—Doce años no hace tanto. Compostela cambia poco. Estará casi como te acuerdas.

Cruzaron una plaza pequeña con un crucero de piedra en el centro. Bajaron una calle aún más estrecha, sin coches, en la que las casas dejaban un canal apenas suficiente para que el coche pasara entre los soportales. Adrián tuvo la impresión de que el casco viejo de Compostela había sido construido para personas que iban a pie, y que un coche dentro de él era una contradicción que la propia ciudad apenas toleraba.

—Aurea os recibe mañana a las once en el archivo —dijo Tareixa, sin levantar la vista de la carretera—. Hoy descansad. Comed temprano. Acostáos pronto, si podéis. La primera noche en Compostela siempre es rara. Por la humedad. Te entra dentro hasta que el cuerpo se acostumbra.

—¿Cuánto tarda? —preguntó Clara desde atrás.

—Tres noches. Cuatro a veces.

Adrián miró por la ventanilla. Pasaron junto a una iglesia pequeña, con la fachada ennegrecida y un atrio cubierto en el que un par de gatos se refugiaban de la lluvia.

—¿Cuánto vais a estar? —preguntó Tareixa, mirando a Adrián a través del retrovisor.

Adrián no contestó enseguida.

—Lo que haga falta.

Tareixa asintió. No siguió preguntando. Lo dijo sin énfasis, mirando al frente, conduciendo. Como quien menciona una cosa cotidiana.

Clara giró un poco la cabeza para mirar a Adrián. Él notó la mirada pero no se volvió.

El coche llegó a la plaza del Obradoiro casi sin que se dieran cuenta. Tareixa lo dejó en una callecita lateral, junto a un acceso de servicio del Hostal, y los acompañó al interior por una entrada que no era la principal.

—Aquí dentro está todo previsto —dijo, en voz baja, mientras subían por una escalera de piedra hacia recepción—. La gente del hotel sabe qué tipo de invitados sois. No tenéis que dar explicaciones. La habitación está pagada, las llaves os las van a dar sin preguntar nada, y mañana, cuando salgáis, no os va a parar nadie.

Era la primera vez, pensó Adrián, que alguien les decía con tanta tranquilidad que estaban dentro de un sistema. En Sevilla había sido un descubrimiento progresivo. En Barcelona, una sospecha confirmada poco a poco. En Santiago, desde el primer minuto, se les decía con naturalidad: aquí ya estáis dentro.

En recepción los atendió un hombre de unos cincuenta años, vestido de uniforme oscuro, con la pajarita un poco torcida. Les dio dos llaves de hierro, antiguas, con un llavero de cuero gastado. No les pidió documentación. No les hizo firmar nada. Solo dijo:

—Bienvenidos. Cuarenta y dos y cuarenta y cuatro, en el ala oeste. Están enfrente una de otra. Si necesitan cualquier cosa, llámennos al cuatrocientos.

—Gracias.

Tareixa los acompañó hasta las puertas. Eran dos habitaciones grandes, iguales, enfrentadas a los dos lados de un pasillo corto: cama con dosel, un sillón de orejas junto a la ventana, una mesa de escritorio, un balcón que daba a la fachada lateral del Hostal. Suelo de madera oscura. Paredes blancas con cuadros antiguos de paisajes gallegos. Olía a cera y a madera pulida. Tareixa no preguntó cuál era de quién. Dejó las dos llaves sobre la mesa de la cuarenta y dos y esperó a que ellos decidieran.

—Hay servicio de habitaciones hasta las once —dijo Tareixa—. El comedor del Hostal cierra a las diez y media. Por aquí cerca, si queréis salir, hay una taberna a la izquierda, cruzando dos calles, que

se llama A Casa do Petisco. No es para turistas. Es donde comemos los del oficio. Decid que vais de mi parte.

Adrián asintió.

—Mañana a las once en el archivo —repitió Tareixa, ya en el umbral—. Paso a buscaros a las once menos cuarto. La entrada por la callejuela posterior, no por la principal. La fachada pública es para los visitantes oficiales. Aurea me dijo que no entréis por allí.

—De acuerdo.

—Si os perdéis, llamad. —Le tendió a Adrián una tarjeta pequeña, con un nombre y un número de teléfono en letra fina—. Nos vemos.

Y se fue. Cerró la puerta detrás de ella sin ruido.

Adrián y Clara se quedaron un momento de pie en la cuarenta y dos, sin moverse, escuchando los pasos de Tareixa alejándose por el pasillo.

—Es seca —dijo Clara, en voz baja.

—Y amable. Las dos cosas a la vez, que no es fácil.

—No es como Aurea.

—No. Pero son del mismo sitio.

Clara estuvo un instante pensándolo.

—Eso lo has dicho como si fuera una explicación.

—Lo es. Aquí va a serlo todo.

Clara se quitó el abrigo, el gorro, la bufanda. Los dejó sobre la cama. Se acercó al balcón. Apartó la cortina con dos dedos. Miró fuera.

Compostela, vista desde la cuarenta y dos del Hostal de los Reyes Católicos, era una colección de tejados de pizarra, espadañas pequeñas, antenas, chimeneas, un par de árboles altos —cipreses, parecía— y, al fondo, recortándose contra un cielo que se hundía despacio en el azul oscuro del anochecer, las dos torres de la fachada del Obradoiro de la Catedral. La iluminación nocturna no estaba aún encendida. La piedra, mojada por la lluvia, tenía un tono casi negro, brillante, vivo.

—Adrián.

—Dime.

—Algo está pasando aquí.

Adrián la miró. Estaba de espaldas, con la cortina apartada con dos dedos, mirando hacia la lluvia.

—Sí —dijo él—. Lo sé.

—Y nos van a tardar en contar lo que es.

—Nos lo contarán. Al ritmo de aquí.

Adrián sonrió un poco. Era la primera vez que sonreía en toda la tarde.

—Sí. Al ritmo de aquí.

Clara dejó caer la cortina. Se volvió.

—Tengo hambre.

—Yo también.

—Bajamos a cenar al comedor o salimos a esa taberna.

—Comedor. Esta noche, comedor.

—De acuerdo.

Cenaron en el comedor del Hostal. Una cena breve, sopa caliente y pescado a la plancha. Casi no había nadie. Una pareja extranjera al fondo, hablando bajo. Un sacerdote solo, en una mesa lateral, leyendo un libro mientras tomaba un caldo. Nadie los miró cuando entraron. Nadie los miró cuando salieron.

Subieron. Adrián se duchó. Cuando salió del baño, Clara estaba en el sillón de orejas de su cuarto, la puerta abierta, vestida con un jersey y leggings, con una manta del Hostal sobre las piernas y los pies encogidos debajo. No le había pedido permiso para entrar. Tampoco hacía falta.

—Hace frío en esta habitación —dijo ella.

—Pondré el radiador más alto.

—No. Está bien así. Es que es otro frío.

Adrián entendió. Era otro frío, sí. No era un fallo de la calefacción.

Apagó la luz de techo. Solo quedó encendida la lamparita de la mesilla. Se sentó en el borde de la cama.

Quedaron los dos callados mucho tiempo.

—Adrián —dijo ella, en voz baja.

—Dime.

—Tengo la sensación de que en esta ciudad hay más capas.

—¿Más que en Barcelona?

—Más que en cualquier sitio donde hayamos estado.

Adrián se tomó su tiempo. Pensó un momento.

—Compostela es vieja.

—Más que Sevilla.

—Sevilla es vieja también.

—No igual. Sevilla es vieja en superficie. Tiene historia pegada en las paredes. Pero vives la ciudad como si fuera de hoy. Compostela es distinta. Compostela vive como si fuera de antes.

—¿De antes de qué?

Clara tardó en contestar.

—No sé. De algo. Como si toda la ciudad estuviera funcionando a otro ritmo. Más lentamente. Y al mismo tiempo, más profundo.

Adrián levantó la vista. La lamparita amarilla de la mesilla daba sombras alargadas en las vigas oscuras. La habitación no tenía calefacción central. Tenía un radiador pequeño de hierro junto a la ventana, que sonaba muy de vez en cuando con un pequeño golpe metálico.

—Sí —dijo él—. Tienes razón.

—¿Sabes qué pienso?

—Dime.

—Que aquí no se van a poder esconder cosas como en Sevilla o en Barcelona.

—¿Por qué?

—Porque aquí todo el mundo conoce a todo el mundo. Es una ciudad pequeña. Esto no es una catedral en una ciudad. Es una ciudad alrededor de una catedral.

Adrián cerró los ojos un momento.

—Es sin más eso.

—Y por eso, lo que está pasando aquí, sea lo que sea, va a salir. No se va a poder ocultar mucho tiempo.

Adrián la miró. Clara tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y los ojos cerrados. Solo se le veía el perfil contra la penumbra.

—Salvatierra me dijo, antes de salir —empezó, sin saber muy bien por qué lo decía ahora—, que esto iba a ser distinto de Sevilla y de Barcelona.

—¿Distinto en qué?

—No me lo explicó. Me dijo: *tú vete y verás*. Pero antes de colgar añadió una cosa.

—¿Qué?

—Me dijo que en Compostela está el origen.

Hubo un silencio en la habitación.

—¿De qué? —preguntó Clara.

—De todo. De lo que descubrimos en Sevilla. De lo que continuamos en Barcelona. De la red. Del oficio. De las vieiras con muescas. De todo.

—¿Salvatierra te ha dicho eso?

—Con esas palabras: *Compostela es la matriz*.

Clara se quedó muy quieta. Adrián la oyó cambiar de postura debajo de la manta.

—¿La matriz?

—Sí.

—Eso suena como si lo demás —Sevilla, Barcelona— fueran consecuencia.

—Sí.

—¿Llevamos dos años sin saberlo?

—Llevamos dos años sin saberlo.

Volvieron a callarse. Adrián oyó, abajo, en alguna calle del casco viejo, las campanas de un convento. Cuatro toques rápidos, una pausa, un quinto toque sostenido. Un ritmo distinto del de Sevilla. Distinto del de Barcelona. Más lento. Más insistente.

—¿Has oído? —dijo Clara.

—Lo he oído.

—Es el ritmo de aquí.

—¿Cuál era el de Sevilla?

—Tres y dos.

—¿Y el de Barcelona?

—Dos y tres.

—Y aquí, cuatro y uno.

—Sí.

—Es como una cuenta atrás.

Adrián se quedó pensando en esa frase. Le gustó cómo sonaba, pero no la entendió del todo. Se le quedó dando vueltas en la cabeza. *Es como una cuenta atrás*. Cuatro toques y uno. Cuatro pasos y un destino. Cuatro hechos y una conclusión.

Clara se levantó del sillón al cabo de un rato, dobló la manta, la dejó en el respaldo y cruzó el pasillo hasta la cuarenta y cuatro sin decir buenas noches, que era su manera de darlas. Adrián oyó la llave girar al otro lado.

Se metió en la cama. Miró la habitación a oscuras. Veía las vigas del techo, la lamparita amarilla, el balcón cerrado, su propia maleta sin abrir en el suelo. Había encendido el radiador, pero el frío seguía allí. Era otro frío, sí. No se iba con la calefacción.

Pensó en Aurea. La conocía solo de un congreso al que había ido con Salvatierra hacía año y medio, en Madrid. Una mujer alta, callada, de pelo blanco corto y gafas con cordón. Había hablado poco. Pero cuando había hablado, todo el mundo había escuchado.

Pensó en Salvatierra. En el viejo canónigo de Sevilla, que había sido la primera puerta hacia todo esto, hacía dos años. Pensó en don Ignacio sentado en su butaca de la sacristía, con una taza de té y un libro sobre las rodillas, contándole los principios del oficio a un restaurador que entonces no entendía nada. Cómo había envejecido en los dos últimos años. Cómo se había puesto cada vez más blanco el pelo y más finas las manos.

Pensó en Tomás Beltrán. El campanero ciego de Sevilla, ya muerto. Pensó en cómo Tomás le había hablado, en la sacristía mayor, una tarde de primavera, sobre los campaneros del norte. *Hay un campanero en Compostela, Adrián. Se llama Xoán. Debe de andar por los noventa. Cuando llegues, ve a verlo. Pero no le hagas hablar. No le pidas explicaciones. Solo siéntate a su lado y escucha lo que tenga ganas de decirte, sin presionar.*

Pensó en el cuaderno azul del tío Sebastián. *No todo lo que fluye es agua.* La frase que llevaba dos años acompañándolo. La que había encontrado en Triana, en aquella cocina de alfarero, mientras Claudio Paniagua le servía un vino áspero.

Pensó en el galgo Moro, muerto en Barcelona. En cómo Clara había llorado dos noches seguidas, en silencio, sin querer hablar.

Pensó en Mercè Fiol, en Barcelona. En la archivera vieja, sentada en el claustro, con su voz baja y firme, contándole a Clara cosas que nadie más le había contado nunca a nadie.

Pensó en los siglos. En todos los nombres que aquella red había llevado a lo largo de mil años. En los hombres y mujeres que se habían ido pasando la custodia de esto que aún no terminaba de tener nombre, generación tras generación, sin que nadie les diera las gracias y sin esperar que nadie se las diera.

Pensó en su tío Sebastián, que estaba muerto desde hacía dieciocho años y que era, sin saberlo, el motivo último de que Adrián estuviera ahora en una habitación de Compostela, en diciembre, sin saber cuánto se iba a quedar.

Y entonces, sin darse cuenta del todo, se durmió.

A las siete y veintidós de la mañana siguiente, las campanas de Compostela dieron las siete y media con su ritmo de siempre. Cuatro toques rápidos, una pausa, un quinto toque sostenido.

Adrián abrió los ojos.

La luz, en la habitación, era todavía gris, casi azul. La lluvia, que había caído toda la noche, había dejado paso a una claridad lechosa y

baja, suspendida sobre los tejados. El radiador del rincón sonaba con su pequeño golpe metálico cada cierto tiempo, intermitente, como un corazón muy lento.

Al otro lado del pasillo, en la cuarenta y cuatro, no se oía nada.

Adrián se incorporó. Apoyó los pies en el suelo. Tenía los pies fríos. Se quedó un momento sentado al borde de la cama, sin moverse, mirando hacia el balcón. Una rendija de luz entraba entre las cortinas, blanca, larga, que cruzaba el suelo de la habitación y subía por la pata de la mesa redonda. Adrián la miró un rato.

Hoy era miércoles. Hoy iban a conocer a Aurea. Hoy iba a empezar Compostela.

Se levantó. Caminó hasta el balcón. Apartó la cortina con dos dedos, igual que había hecho Clara la tarde anterior.

Las dos torres de la Catedral, recortadas contra el cielo gris pálido, parecían más cercanas que el día anterior, aunque no se hubieran movido un milímetro. Era la luz, que las traía. Era el silencio de la mañana, que las acercaba.

Adrián se quedó largo rato así, descalzo, con los pies fríos, mirando la fachada del Obradoiro a través del cristal mojado.

No supo que estaba sonriendo hasta que se vio reflejado, apenas, en el cristal.

Compostela es la matriz.

Cerró la cortina.

Volvió a la cama. Se metió bajo el edredón. Esperó a que Clara se despertara, sin hacer ruido, mirando el techo.

A las ocho y diez, Clara llamó dos golpes en la puerta y entró sin esperar respuesta, ya vestida, con el pelo mojado.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días.

—¿Has dormido?

—Algo. ¿Tú?

—Poco. Me desperté al amanecer y ya no volví. Pero he soñado.

—¿Con qué?

Clara abrió los ojos sin apurarse. Lo miró.

—Con un mar gris. Y con una mujer que cantaba. No le veía la cara.

Adrián se detuvo callado.

—Cantaba bien, parece —dijo, sin saber por qué.

—Sí. Cantaba bien.

—¿En qué idioma?

Clara se quedó pensando.

—No lo sé. No era español. No era catalán. Era algo que entendía y que no entendía a la vez.

Adrián cerró los ojos.

—Vamos a desayunar.

—Vamos.

Se vistieron en silencio, con tiempo de sobra antes de la cita con Aurea. Una cita que iba a empezar, sin ellos saberlo aún del todo, una de las temporadas más densas de sus dos vidas.

Capítulo 2 · El Pórtico

A las nueve menos cuarto de la mañana, Adrián y Clara bajaron al comedor del Hostal. Habían dormido mal los dos. Las habitaciones estaban demasiado calientes o demasiado frías, no se ponían de acuerdo. Adrián se había despertado tres veces creyendo oír campanas.

El comedor del Hostal estaba casi vacío a esa hora. Una mesa al fondo con un grupo de cuatro hombres con traje, hablando en italiano, seguramente un congreso eclesiástico. Otra mesa con una mujer mayor sola, leyendo el periódico con una taza de café. La luz de la mañana entraba por los ventanales altos del lado este, blanca y pálida, sin sombras, una luz que no proyectaba nada.

Tomaron café en silencio. Una camarera mayor, de unos sesenta años, los atendió sin sonreír pero con cuidado. Adrián pidió tostadas con tomate y queso. Clara, solo café y un cruasán que apenas tocó. Tareixa había quedado en pasar a las once menos cuarto, así que tenían casi dos horas por delante.

—¿Salimos a dar una vuelta? —dijo Clara.

—Me parece bien.

Recogieron los abrigos de la habitación y bajaron al vestíbulo. Salieron a la plaza del Obradoiro por la puerta principal del Hostal y se quedaron parados un momento.

Había dejado de llover, pero el suelo seguía mojado y el aire tenía esa humedad gruesa de Compostela en invierno, suspendida, lechosa, que difumina los contornos de las cosas. La plaza estaba casi vacía. Un par de peregrinos con mochilas grandes hacían fotos junto a la fachada del Hostal. Un repartidor llevaba una caja a la puerta del Pazo de Raxoi. En la fachada de la Catedral, una niebla baja envolvía

las torres y dejaba a la vista solo los volúmenes intermedios de la piedra.

Adrián se quedó mirándola.

Era distinta de como había imaginado. La había visto en fotos, en libros, en documentales. Pero las fotos no transmiten el tamaño verdadero. La fachada del Obradoiro era enorme, sí, pero no era solo eso. Era la sensación de que la piedra había estado allí mucho más tiempo del que un edificio podía haber estado. La sensación de que la Catedral no era un edificio, sino una elevación natural del terreno. Algo que crecía hacia arriba, no algo que se había construido.

Lo que más le impresionó, sin embargo, fueron las torres. La torre del reloj, a la derecha, con su cresta de pináculos, era distinta de la torre opuesta, más maciza, más serena, casi conventual. Las dos juntas no formaban una pareja simétrica como las torres de Sevilla o las de Burgos: formaban un diálogo asimétrico, en el que cada torre dejaba que la otra dijera lo suyo. Adrián, que había trabajado en la conservación de fachadas durante años, reconoció enseguida la mano de varios maestros distintos sobre la misma piedra. Los siglos se habían ido posando uno sobre otro, sin borrar del todo a los anteriores, dejando que cada generación añadiera su parte sin destruir la herencia recibida.

Era, también, una manera de funcionar.

—Es brutal —dijo Clara.

Adrián asintió.

—Sí.

Caminaron despacio por la plaza. Las losas de granito eran irregulares, bruñidas por siglos de pisadas. Algunas tenían incrustadas pequeñas cruces, conchas de vieira, marcas de los gremios que habían trabajado en la Catedral durante la Edad Media. Adrián las había leído en algún libro: cada cantero medieval, cuando trabajaba en la fábrica de la Catedral, marcaba sus piedras con un sello propio que el maestro de obras usaba para llevar la cuenta de cada bloque. Algunas de aquellas marcas se habían trasladado al pavimento posterior, ya fuera de su contexto original, como un palimpsesto del oficio.

Clara se detuvo junto a una losa con una vieira esculpida. Se agachó, pasó los dedos por encima.

—Dos muescas —murmuró.

Adrián se acercó. Era cierto. La vieira tenía dos muescas pequeñas grabadas en uno de los lados.

—¿Dos? —dijo él.

—Dos.

Se miraron.

En Sevilla había sido tres. En Barcelona, cuatro. Aquí, dos.

—¿Significa algo? —preguntó Adrián, en voz baja.

—No lo sé. Aún.

—Tres en Sevilla, cuatro en Barcelona, dos aquí. Si fuera una progresión, ascendería.

—No es una progresión. Es una combinación.

—¿Una combinación de qué?

Clara se levantó. Sacudió las manos para quitarse la humedad de las losas.

—Si las tres se encajaran en orden distinto al cronológico de los descubrimientos —dijo, despacio, como si estuviera pensando en voz alta—, dos, tres, cuatro daría una secuencia ascendente. Y dos sería el primer número.

—Compostela primero. Sevilla después. Barcelona última.

—Sí.

—Y eso es coherente con la historia. Compostela es la más antigua. Apareció a comienzos del siglo nueve. La red sevillana se forma con la conquista cristiana del trece. La barcelonesa se consolida en el catorce.

Clara lo miró.

—Has estudiado.

—Salvatierra me mandó el libro.

Clara sonrió un poco. Era la primera vez que sonreía entera desde la víspera.

Siguieron andando. Cruzaron la plaza hacia el lateral norte de la Catedral. Adrián miró hacia la torre del reloj. La niebla se iba abriendo, despacio. Una bandada de pájaros pequeños cruzó por encima del tejado y desapareció hacia el norte. Adrián los siguió con los ojos.

—¿Has visto?

—¿Qué?

—Pájaros. No urracas.

—¿Qué eran?

—No sé. Pardillos, quizás. O gorriones grandes.

Clara levantó la cabeza. Los pájaros ya habían desaparecido detrás del tejado.

—Vamos a darle la vuelta —dijo ella.

Caminaron por la calle que rodeaba la Catedral por el lado norte, pasaron junto a la fachada de Azabachería, atravesaron la plaza de la Inmaculada, donde un grupo de turistas miraba hacia el tejado señalando algo. Llegaron a la plaza de la Quintana. La fachada oriental de la Catedral se imponía allí con una solemnidad distinta, más severa, menos teatral que la del Obradoiro. Era una fachada de bloques más grandes, sin decoración, con esa nobleza ruda del románico tardío que solo Compostela y, quizás, la Catedral de Tudela conservaban con esa pureza.

Clara se quedó mirando la Puerta del Perdón. Estaba cerrada, sellada, como casi siempre, salvo en los años santos.

—Esta es la que casi nunca se abre —dijo ella.

—Sí.

—Solo cuando el veinticinco de julio cae en domingo.

—Sí.

—¿Y qué pasa el resto del tiempo?

Adrián la miró sin entender bien la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—A que esta puerta puede estar cerrada once años seguidos. Y luego se abre durante un año entero. Y luego se cierra otros seis. Y otros cinco. Y otros seis. Y otros once.

Adrián se quedó mirando la puerta. Era cierto. Era una puerta que vivía cerrada casi siempre. Una puerta que solo se abría cuando una coincidencia astronómica —el día del santo cayendo en domingo— alineaba el calendario eclesiástico con el calendario solar. Y esa coincidencia no llegaba a plazo fijo: llegaba a los seis años, y después a los cinco, y después a los seis, y después había que esperar once. Los bisiestos lo desordenaban todo. Era un ritmo que ningún relojero habría aceptado y que la Catedral llevaba ocho siglos obedeciendo sin protestar.

—Es como un latido muy largo —dijo Clara—. Y no es regular. Seis, cinco, seis, once. Un corazón arrítmico.

Se quedaron un rato en silencio. Adrián pensó que había estado mucho tiempo creyendo que la red custodia funcionaba en silencio, despacio, en los márgenes. Y de pronto se daba cuenta de que toda la

Catedral funcionaba así. La piedra entera latía a un ritmo distinto al del mundo de fuera.

Cruzaron la plaza de la Quintana. Bajaron por la escalinata hacia la plaza de las Platerías, la única de las cuatro fachadas medievales que aún conserva todo su esplendor original. Adrián se detuvo allí más tiempo. La fachada de las Platerías era el reverso secreto de la Catedral, una fachada que casi nadie miraba con detalle porque la del Obradoiro se llevaba toda la atención. Pero esta era más antigua. Esta era de los tiempos del Maestro Mateo, o incluso anterior. Esta tenía esculturas que, leídas con atención, contaban una historia distinta de la oficial.

Vio el tímpano. Vio la Magdalena. Vio el rey David tocando un instrumento que no era punto por punto un arpa. Y vio, en una de las jambas, una figura femenina que sostenía algo entre las manos.

—Esa mujer —dijo, señalando hacia ella, sin acercarse— es la única figura femenina con atributos litúrgicos que hay en toda esta fachada.

—Ya.

—Y nadie sabe quién es.

—No.

—Hay quien la identifica con María Magdalena. Hay quien dice que es Salomé. Hay quien dice que es la Virgen.

—Y hay quien dice que no es ninguna de las tres.

Adrián la miró.

—¿Tú lo crees?

Clara tardó en responder.

—No sé. Pero me llama la atención que en una fachada eclesiástica, en plena Edad Media, haya una figura femenina con atributos litúrgicos a la que la propia Iglesia no ha logrado identificar. Es como si alguien la hubiera tallado a propósito sin nombre.

—O con un nombre que la Iglesia se negó a aceptar.

—Sí. Eso también.

Se quedaron un rato más mirando. Adrián pensó en Aldonza de Lestedo. En la mestra cantareira del siglo doce que había mencionado Salvatierra, sin detalles, en su última conversación. Pensó si aquella figura, tallada hacia mil ciento ochenta, podía ser una representación cifrada de Aldonza, hecha por un escultor del

taller de Mateo que la conocía. Pero era muy pronto para esa hipótesis. La idea se le quedó dando vueltas sin que él la formulara.

A las once menos cuarto, Tareixa los recogió en el Hostal. Llevaba un abrigo largo gris y el mismo paraguas medio cerrado de la víspera.

—¿Cómo habéis dormido?

—Bien —mintió Adrián.

—Mentira —dijo Tareixa, con una sonrisa pequeña—. La primera noche en Compostela nadie duerme bien. Es por la humedad. Te entra en los huesos hasta que el cuerpo se acostumbra.

—¿Cuánto tarda?

—Tres noches. Cuatro a veces.

—Eso ya nos lo dijiste ayer.

—Lo digo todos los días a los recién llegados. Es información útil.

Tareixa sonrió un poco más. Tenía una sonrisa breve, controlada, que no llegaba del todo a los ojos pero que tampoco era falsa.

Caminaron juntos hacia el archivo del Cabildo. Tareixa los llevó por callejones traseros, no por la plaza principal. Calle del Villar, después una callecita lateral, después un patio interior al que se accedía por una puerta de hierro forjado que Tareixa abrió con una llave grande que llevaba en el bolsillo del abrigo.

—Esto es entrada de servicio —dijo—. La de los visitantes oficiales es por la fachada principal. Esta es la que usamos los del oficio.

Cruzaron un patio de granito. En el centro, una fuente seca con un escudo eclesiástico desgastado. Subieron una escalera de piedra. Tareixa abrió una segunda puerta con otra llave, más pequeña.

Entraron en un corredor largo, con paredes encaladas y suelo de losa. Olía a libro viejo, a cera, a humedad antigua. Al fondo del corredor, una puerta de madera oscura estaba entreabierta. Por la rendija salía una luz amarilla.

Tareixa los condujo hasta allí. Empujó la puerta poco a poco.

—Aurea, ya están aquí.

La voz que respondió desde dentro era pausada, contenida.

—Pasad.

El despacho era grande, con techos altos y vigas de madera oscura. Las paredes, cubiertas de estanterías hasta el techo. Una mesa larga en el centro, con una lámpara de pantalla verde en uno de los extremos. Junto a la mesa, una mujer mayor de pelo blanco corto, gafas con cordón colgando del cuello, jersey gris de lana grueso. Se levantó al entrar ellos.

—Buenos días. Bienvenidos a Compostela.

Adrián tendió la mano primero. Aurea la aceptó. Tenía la palma fresca y firme.

—Aurea Vilaboa.

—Adrián Vega.

—Sé quién eres —dijo ella, con una sonrisa pequeña, no del todo cálida pero tampoco distante—. Llevo varios meses sabiendo quién eres. Salvatierra me ha hablado de ti durante mucho tiempo. Y antes de Salvatierra, Tomás Beltrán, que era amigo mío también, en su modo silencioso de serlo. Tomás te tenía en alta estima, ¿lo sabías?

Adrián tardó un momento en contestar.

—Tomás casi no hablaba conmigo.

—Por eso lo digo. Tomás solo elegía a las personas a quienes se acercaba con cuidado. A ti se acercó. Eso lo dice todo. No le hizo falta hablar mucho.

Adrián se quedó mirando un instante a Aurea. La mujer le sostenía la mirada sin parpadear, con una calma que recordaba al modo de Salvatierra, pero más seca.

—Es bueno saberlo —dijo, finalmente.

Después saludó a Clara. Le sostuvo la mano un instante más de lo necesario.

—Y tú eres Clara. Aún más interesante.

Clara levantó las cejas.

—¿Por qué?

—Porque eres archivera. Como yo.

Hubo un silencio breve. Aurea les indicó dos sillas frente a la mesa. Tareixa se quedó de pie junto a la pared, con los brazos cruzados.

—Sentaos. Tomaréis algo.

No era una pregunta. Aurea pulsó un timbre de pared y a los pocos segundos entró una mujer de uniforme con una bandeja: tres tazas, una jarra de café cargado, una tetera, una bandeja de pastas pequeñas. Lo dejó todo sobre la mesa y se fue sin decir nada.

Aurea sirvió el café. No preguntó cómo lo querían. Sirvió el suyo solo. A Adrián le pasó una taza con un poco de leche al lado, en una jarrita. A Clara le ofreció té directamente. A Tareixa, otro café.

—Gracias —dijo Adrián.

Aurea se sentó frente a ellos. Cruzó las manos sobre la mesa.

—Bien. Voy a deciros tres cosas, primero.

Adrián asintió.

—La primera: estoy contenta de teneros aquí. La red lleva esperándoos varios meses. Lo que habéis hecho en Sevilla y en Barcelona se ha sabido aquí. Os miramos con respeto.

Adrián no supo qué decir. Asintió otra vez.

—La segunda: Compostela no funciona como Sevilla ni como Barcelona. Aquí tenemos otras maneras. Más antiguas. Si os parecemos lentos, es porque hace mil quinientos años que somos así. No vamos a cambiar el ritmo por vosotros.

Aurea bebió un sorbo de café.

—La tercera: estamos en un momento difícil. No para vosotros, no por vosotros, pero coincide con vuestra llegada. No os voy a contar todavía qué es. Os lo iré contando conforme vaya pudiendo. Lo que sí os pido, mientras tanto, es paciencia. Y discreción.

Clara la miraba con atención.

—¿Discreción frente a quién?

Aurea sostuvo la mirada de Clara unos segundos.

—Frente a todos los que no estén en esta sala.

Clara asintió, despacio.

—Entendido.

Aurea cogió una carpeta de cartón gris, sin etiqueta, que tenía a su lado. La abrió. Sacó unas fotocopias en papel grueso.

—Esto que os voy a enseñar son fragmentos del libro de Mateo.

Adrián se inclinó un poco hacia delante. Clara también.

—¿Maestro Mateo? ¿El del Pórtico?

—Sí. El mismo.

Adrián miró las fotocopias. Eran reproducciones de páginas manuscritas, en latín medieval, con la letra cuidadosa, apretada, de los siglos finales del románico. La tinta era ferrogálica, marrón oscura, muy desigual. Algunas páginas tenían ilustraciones marginales, dibujos pequeños, esquemas.

—¿Es auténtico? —preguntó Clara.

—Lo es. Lo recuperamos hace dos años. Estaba en una biblioteca privada en Pontevedra, sin que sus dueños supieran lo que tenían. Lo identificamos por casualidad. Lo trajimos al archivo. Lo hemos estado estudiando desde entonces.

—¿Mateo escribió un libro?

—Mateo escribió varios. Este es el que se creía perdido. Es un cuaderno personal, de los años finales de la construcción del Pórtico.

Mil ciento ochenta y mil ciento ochenta y ocho. Habla de lo que él vio bajo los cimientos cuando excavaron para reforzar la cripta del Apóstol.

Adrián miró la página que tenía delante. La letra era difícil pero descifrable. Reconoció algunas palabras: *crypta*, *aqua*, *signum*, *septem*.

—¿Y qué dice que vio?

Aurea le sostuvo la mirada bastante rato.

—Eso es lo que no os voy a contar todavía.

Adrián entendió. No insistió.

—Lo que sí os voy a enseñar hoy, para que os hagáis una idea, son tres páginas concretas. Dos son descripciones de elementos que él pintó en el Pórtico para dejar testimonio cifrado de lo que había visto. La tercera es una página en la que menciona a una mujer.

—¿Qué mujer?

—Aldonza de Lestedo. Mestra cantareira de la Catedral en aquellos años. La voz que cantaba en los oficios mayores. Y, según parece, custodia. La primera de la que tenemos registro escrito.

Clara cogió una de las fotocopias y la acercó a la lámpara.

—¿Hay registros de ella en otras fuentes?

—No. En ninguna. Solo en este cuaderno. Lo cual es coherente con la naturaleza del oficio.

Adrián se quedó pensando. Una mujer del siglo doce, custodia, cantora. Y un escultor del Pórtico que la conocía, que la mencionaba, que escribía sobre ella en un cuaderno privado.

—¿Y qué pasó con ella? —preguntó.

—Eso tampoco lo sé todavía. No del todo. Tenemos fragmentos. No tenemos el cuaderno entero.

Adrián levantó la vista.

—¿Por qué no?

Aurea tardó un momento en responder.

—Porque al cuaderno le faltan páginas. Le faltan páginas que estaban hace meses y que ahora no están.

Hubo un silencio. Adrián cruzó la mirada con Clara.

—¿Robadas? —preguntó él.

—No. Arrancadas. Limpiamente. Por alguien que sabía lo que arrancaba.

Aurea les sostuvo la mirada a los dos.

—Por eso necesitábamos que vinierais.

Pasaron las dos horas siguientes hablando del cuaderno. Aurea les enseñó cinco fragmentos distintos. Adrián, con sus años de oficio, identificó enseguida la mano que había arrancado las páginas: alguien que conocía la ferrogálica medieval, alguien que sabía cómo separar pliegos sin dañar los próximos, alguien que había trabajado con manuscritos toda su vida. Un profesional. No un ladrón.

Clara se concentró en la transcripción que Aurea había hecho dos años antes. Era un mecanografiado de unas trescientas páginas, con notas marginales en lápiz, distintas letras, distintas tintas. Aurea no estaba sola en el trabajo. Por las marginalia se entendía que al menos otras tres personas habían anotado el cuaderno antes de que las páginas desaparecieran.

—¿Quiénes anotaron? —preguntó Clara, sin levantar la vista.

—Yo, en azul. Severo, en lápiz. Un colega externo, hace año y medio, en rojo: era un paleógrafo italiano que vino dos semanas a Compostela. Y Manuel Ouro, en negro, en algunas páginas.

—¿Severo?

—Severo Anllóns. Canónigo y archivero. Nos conocemos desde el seminario.

Aurea lo dijo sin tono. Sin énfasis. Sin dejar pista alguna. Adrián, que no la conocía bien, no notó nada. Clara, que era archivera, sí. Levantó la vista un instante hacia Aurea. Aurea le sostuvo la mirada un segundo, despacio. Después siguió hablando del cuaderno.

A las dos de la tarde, después de haber pasado tres horas con Aurea revisando fotocopias y haciendo preguntas que ella contestaba con cuentagotas, salieron del archivo. Tareixa los acompañó a la calle.

—Esta tarde os llevo al Pórtico —dijo—. A las cuatro. Cuando el museo cierra al público, podemos entrar nosotros.

Adrián asintió.

—Hasta las cuatro, ¿qué hacemos?

—Comed algo. Pasead. Vais a tener tiempo de pensar más adelante.

Comieron en una taberna cercana, al fondo de un callejón llamado Rúa do Franco. Empanada gallega, caldo, vino blanco. Casi no hablaron durante la comida. Cada uno seguía repasando, en su cabeza, lo que Aurea les había dicho.

—¿Has notado? —dijo Clara, casi al final de la comida.

—¿Qué?

—Cuando ha mencionado a Severo.

Adrián dejó el tenedor.

—Lo ha mencionado sin tono.

—Sin tono. Y eso, en una mujer como Aurea, no es casualidad.

—Puede que sea cansancio.

—No es cansancio. Al padre Manuel Ouro lo ha nombrado con toda la normalidad del mundo, y también trabajó en la transcripción. A Severo lo ha nombrado como se nombra a un muerto delante de la viuda.

Adrián cogió un trozo de pan. Lo mojó en el aceite del plato.

—Pues ya tenemos un nombre.

—Aún no es prueba.

—No. Es por dónde empezar.

A las cuatro menos cuarto, Tareixa los recogió en la puerta de la taberna. Llevaba una llave grande de hierro en la mano, antigua, sin ningún llavero.

—La del Pórtico —dijo, levantándola un poco para mostrársela—. No es la oficial. Es la nuestra.

Entraron a la Catedral por una puerta lateral, en la fachada de Azabachería. Tareixa los condujo por un pasillo interior, después por una escalera, después por otro pasillo que daba a la nave. La Catedral estaba prácticamente vacía. Algunos turistas rezagados al fondo, junto al altar. Una limpiadora pasando un trapo por una de las bancadas. La luz, a esa hora, entraba en bandas oblicuas por las vidrieras altas.

Caminaron hacia la fachada del Obradoiro por el interior. Adrián se detuvo un momento bajo el crucero. Levantó la vista.

El botafumeiro, de latón plateado, suspendido del techo a treinta metros de altura por su sistema de cuerdas y poleas, parecía una pequeña gota colgada en el aire. Vista desde abajo, la cubierta del crucero era altísima, mucho más que en la mayoría de las catedrales españolas. Los nervios de la bóveda se cruzaban en una clave central muy alta, con un círculo tallado.

Adrián miró la clave un buen rato.

—¿Qué hay tallado en la clave? —preguntó.

Tareixa lo miró.

—Eso lo verás otro día.

No insistió.

Tareixa los llevó hasta el nártex, hasta el espacio que precede a la nave. Y allí estaba.

El Pórtico de la Gloria.

Adrián se quedó parado.

Era distinto de todo lo que había leído sobre él. La luz de las lámparas internas, no demasiado intensa, dejaba la piedra con un color de miel oscura, como si el granito fuera, allí, otra cosa. Los profetas, los apóstoles, los ángeles, los santos. Los músicos del arco, con sus instrumentos en las manos. Y en el centro, sentado en su trono, Cristo en la Gloria.

Y debajo, casi en el suelo, mirando hacia el suelo, en el parteluz, el rostro escondido del que la tradición compostelana llamaba el *Santo dos Croques*: Mateo, según la leyenda, autoportrait del propio Maestro.

Tareixa se quedó atrás, dándoles espacio. Clara avanzó hasta tocar el parteluz con una mano. Adrián la siguió despacio.

—¿Sabes cuánto tardó en hacerlo? —dijo Tareixa, en voz baja, sin acercarse.

—¿Mateo?

—Veinte años. De mil ciento sesenta y ocho a mil ciento ochenta y ocho. Veinte años de su vida en este sitio.

Adrián levantó la vista hacia el conjunto. Era difícil imaginar a un solo hombre concibiendo todo aquello. Y sin embargo, lo había hecho. La sensación que le producía no era la sensación de la grandeza, que era el efecto evidente del Pórtico. Era otra. Era la sensación de que un hombre había pasado veinte años de su vida intentando contar algo, y que había tenido que recurrir a la piedra porque las palabras no le bastaban. Que el Pórtico no era un monumento, era un texto. Un texto escrito en granito por alguien que no podía decirlo en otro idioma.

Y los textos, pensó Adrián, casi todos esconden cosas que el lector solo encuentra si las busca.

Tareixa se acercó. Señaló con un dedo, sin tocar la piedra, hacia un capitel lateral.

—Mirad.

Adrián miró. Era un capitel pequeño, en una columna secundaria del lado izquierdo del Pórtico. Estaba esculpido con motivos vegetales: hojas de acanto, frutos. Y, entre las hojas, casi escondida en la curva del relieve, una urraca.

Tenía el cuerpo claramente reconocible. Pico afilado, plumaje en blanco y negro tallado con incisiones finas, cola larga.

—Una —dijo Adrián.

—Una. Esa es la primera. Hay nueve en total. Repartidas por todo el Pórtico.

Clara se acercó, miró la urraca, miró a Tareixa.

—¿Nueve?

—Nueve.

Clara cerró los ojos un momento.

—*Sete custodias do solsticio* —murmuró, citando las palabras que había leído por la mañana en el archivo—. Y dos más.

Tareixa asintió.

—Siete son las custodias. Las otras dos son otra cosa.

—¿Qué cosa?

Tareixa la miró un momento. Después miró a Adrián.

—Eso lo iréis viendo.

Se quedaron allí, los tres, un buen rato. La luz de las lámparas, baja, dejaba sombras profundas en las cavidades de la piedra. Las urracas, talladas hacía ochocientos años, miraban hacia abajo desde sus capiteles, en silencio.

—Mateo dejó muchas cosas escondidas —dijo Tareixa, sin moverse del sitio—. El Pórtico está lleno de elementos cuya función nadie entiende. Capiteles que cuentan historias que no aparecen en ninguna fuente. Figuras que ningún hagiógrafo identifica. Inscripciones en lenguas que no son las lenguas litúrgicas habituales. Los académicos han estudiado este Pórtico durante doscientos años y siguen discutiendo qué quiso decir Mateo en cada detalle.

—¿Y qué piensas tú? —preguntó Clara.

Tareixa dejó pasar un momento.

—Pienso que Mateo no quiso decir una sola cosa. Quiso decir varias. Y sabía que no las iba a entender todo el mundo. Cada generación, cuando estudia el Pórtico, encuentra una capa. Hay capas que aún no se han encontrado. Habrá capas que no se descubran nunca.

—Y las urracas son una capa.

—Las urracas son una capa.

Clara se quedó callada.

Adrián, que llevaba un rato mirando una de las arquivoltas del arco central, dijo:

—Tareixa.

—Dime.

—La figura del músico segundo de la izquierda. La que sostiene un instrumento de cuerda raro. ¿Es una mujer?

Tareixa permaneció un instante mirándolo. Después sonrió.

—Has visto bien. Lo discuten los historiadores. Casi todos dicen que es un hombre joven. Pero la inclinación de la cabeza, la forma de la mano, la cintura tallada bajo la túnica, sugieren otra cosa.

—¿Qué dice la red?

Tareixa bajó un poco la voz.

—La red dice que es Aldonza.

Adrián se quedó muy quieto.

—¿Está retratada en el Pórtico?

—Sí. Mateo la conocía. La pidió como modelo para una de las figuras del arco central. La Iglesia compostelana del momento permitió el retrato porque Aldonza era la mestra cantareira oficial de la Catedral, y una mujer del coro tenía sitio reconocido en la imaginería. Pero Mateo aprovechó la licencia para tallar a Aldonza también en otro lugar.

—¿Dónde?

Tareixa señaló con la barbilla, sin levantar el dedo, hacia el extremo derecho del Pórtico.

—¿Veis la figura femenina pequeña, en la orla inferior, junto al apóstol Santiago?

Adrián se inclinó. La luz era poca. Tuvo que entrecerrar los ojos.

—Sí.

—Esa también es Aldonza. Tallada veinte años después. Mateo la incluyó como agradecimiento.

—¿Por qué motivo?

—Porque cuando excavaron la cripta del Apóstol para reforzarla, en mil ciento ochenta y dos, fue Aldonza quien identificó lo que encontraron debajo. Mateo no sabía qué era. Aldonza, sí. Le explicó. Le contó la historia. Le ayudó a entender lo que tenía delante.

Adrián tardó en responder.

—¿Y qué encontraron?

Tareixa lo miró.

—Eso, Adrián, no me toca contártelo. Te lo contará Aurea. Pero te puedo decir una cosa.

—Sí.

—Eso que encontraron es lo que mantiene viva la red de Compostela hasta hoy.

Nadie dijo nada.

Adrián se quedó mirando hacia el extremo derecho del Pórtico, hacia la figura femenina pequeña que ahora veía con otros ojos. Aldonza de Lestedo. La mujer cuya voz había hecho que las piedras escucharan, según la frase del cuaderno que Aurea les había leído por la mañana. La mujer que había explicado a un escultor lo que el escultor estaba viendo y no entendía.

—Tareixa.

—Dime.

—¿Tú eres descendiente suya?

Tareixa se quedó callada.

—No de sangre. De oficio. Soy mestra cantareira, sí. La que canta lo que tiene que cantarse las noches en que tiene que cantarse. Llevo en eso siete años. Antes de mí estuvo otra. Y antes, otra. Y así desde hace mil años.

—¿Mil?

—Quizá más. Aldonza no fue la primera. Fue la primera que tenemos documentada.

Adrián volvió a mirar a la figura femenina del Pórtico. Ahora le parecía más pequeña, casi escondida. Era una de aquellas figuras que el ojo no detiene si no le indican que se detenga.

Adrián levantó la vista hacia el conjunto entero del Pórtico. Buscó con los ojos, a su ritmo, contando las urracas.

Encontró siete.

Se quedó así un buen rato, en silencio.

Después dijo, sin volverse:

—Tareixa. Has dicho nueve.

Ella asintió.

—Sí. Nueve.

—Yo cuento siete.

—Las otras dos están escondidas. No se ven a primera vista. Las verás más adelante, cuando ya sepas dónde mirar.

Adrián se quedó callado.

Clara lo miró. Él la miró a ella.

Y los dos volvieron a mirar al Pórtico.

Tareixa los dejó allí un par de minutos más, sin hablar, sin moverse, como si ella misma necesitara el tiempo para volver a

respirar entre tanta piedra. Después dijo, en voz baja:

—Ya cierran. Salimos por la cripta.

—¿Por la cripta?

—Sí. Es la salida que usamos los del oficio.

Bajaron por una escalera estrecha, lateral, que descendía hacia un nivel inferior. Adrián, mientras bajaba, pensó por primera vez en lo que iba a estar bajo sus pies durante semanas. La cripta del Apóstol. El sepulcro descubierto en el siglo nueve por el ermitaño Pelagio, que había visto luces en un bosque y había avisado al obispo Teodomiro. La cripta donde, según Aurea había dejado caer aquella mañana, había una piedra anterior al edificio, una piedra que el Maestro Mateo había tocado en mil ciento ochenta y dos y de la que había escrito, en un cuaderno privado, que era fría como las demás pero no del mismo modo.

La cripta, en aquel momento, estaba a oscuras. La luz solo provenía de una pequeña lámpara de techo, tenue, amarilla.

Tareixa los hizo pasar por una puerta lateral, sin acercarse al sepulcro mismo.

—El sepulcro no se enseña hoy —dijo, sin necesidad de explicar—. Ya tendrás tiempo.

Adrián asintió.

Salieron por una puerta inferior que daba a una escalera externa. La luz del exterior, al subir, le dio en la cara con una intensidad que no esperaba. Eran las cinco menos veinte de la tarde. La niebla se había disipado. Por primera vez desde su llegada, Adrián vio el cielo despejado de Compostela, alto y muy claro, con esa transparencia particular de los días de invierno gallego cuando el viento del norte limpia el aire de pronto, sin previo aviso.

Tareixa los acompañó hasta la plaza del Obradoiro.

—Mañana, Aurea os espera otra vez. A las diez. Y venís solos: ya sabéis el camino.

Y se fue. La vieron alejarse por el lateral de la fachada, con su abrigo gris y su paraguas medio cerrado.

Adrián y Clara se quedaron un momento parados en mitad de la plaza.

—Adrián —dijo ella.

—Dime.

—Lo que hemos visto hoy son apenas tres detalles.

—Sí.

—Y ya tenemos la cabeza llena.

—Sí.

—Imagínate cuando hayan pasado tres semanas.

Adrián miró hacia las dos torres de la fachada. La luz baja de la tarde les daba un tono cobrizo. Las pocas nubes del cielo iban hacia el este, despacio.

—Sí —dijo, sin más.

Subieron al Hostal. Cenaron pronto. Esa noche durmieron mejor. Compostela había empezado a entrar en ellos. A su ritmo. Al ritmo de aquí.

Capítulo 3 · La voz de Aldonza

A la mañana siguiente, llovía otra vez. La ciudad parecía haber recuperado su rutina invernal después del breve respiro del día anterior, como si la luz alta de la tarde anterior hubiera sido una excepción que el clima debiera corregir. Aurea les había citado en el archivo a las diez. Cuando llegaron, Tareixa no estaba.

—Hoy iremos solos —dijo Aurea, desde detrás de la mesa, con la lámpara verde encendida pese a ser de día—. Tareixa está esta semana en el Pórtico, dando visitas.

—¿Es lo que hace siempre? —preguntó Adrián.

—Es su cobertura oficial. Es guía titulada. Lo es de verdad. Pero también es de los nuestros desde hace siete años. Le viene bien tener un trabajo público. Cuando alguien la ve entrar y salir del archivo, no se extraña: piensa que viene a consultar fondos para sus visitas.

Adrián asintió. Era la lógica que había aprendido en Sevilla y en Barcelona. Cada custodio tenía un oficio visible. La red operaba por debajo del oficio.

Aurea les indicó las dos sillas frente a la mesa. Sobre ella había varias carpetas. Una bandeja con tazas vacías de café del día anterior, todavía sin retirar. Una pequeña caja de madera, antigua, cerrada con un broche de metal.

—Hoy os voy a leer.

—¿Leer? —dijo Clara.

—Sí. Algunas páginas de Mateo. En voz alta. Es como mejor se entienden los textos antiguos. Si os las paso para que las leáis vosotros, os pasaréis dos horas con cada palabra. Si os las leo yo, en latín y traduciendo, en una hora habremos avanzado más. Y, sobre

todo, el cuaderno de Mateo se entiende mejor escuchado que leído. La oralidad es, en sí misma, una clave para descifrarlo.

—¿Por qué? —preguntó Adrián.

Aurea sonrió levemente.

—Porque Mateo lo escribió pensando en alguien que se lo leería en voz alta. La sintaxis tiene cadencia hablada. Los párrafos respiran como si fueran a recitarse. Y en algunos pasajes, especialmente cuando habla de Aldonza y de los cantos, el ritmo del latín reproduce el ritmo de los cantos mismos. Si lo lees en silencio, te pierdes la mitad. Si lo escuchas, te llega.

Aurea abrió una de las carpetas. Sacó un fajo de fotocopias en papel grueso, ordenadas por número de página. Cogió la primera. Se ajustó las gafas con el cordón.

—Esto es del año mil ciento ochenta y dos. Mateo lleva catorce años con el Pórtico. La cripta del Apóstol acaba de ser reforzada por motivos estructurales. Mateo ha bajado a verla.

Adrián se inclinó hacia delante.

Aurea leyó en latín, despacio, y después tradujo:

> *«El veintidós de junio bajé a la cripta. El maestro Bernal me había llamado para mostrarme las grietas en la pared meridional, junto a la columna del altar. Mientras él me explicaba la consolidación que habría de hacerse, vi en la base de la columna, donde la mampostería se había desprendido, una piedra distinta. No era piedra de la cantera nuestra. Era piedra de río, redondeada, oscura, ajena a la fábrica. La toqué. Era fría como las demás, pero no del mismo modo.»*

Aurea levantó la vista.

—Continúa.

Volvió a leer, esta vez solo la traducción:

> *«Pregunté al maestro Bernal. Él dijo que esa piedra estaba allí desde antes. Que cuando él comenzó la consolidación de la cripta, hace dieciséis años, ya estaba. Que nadie sabía quién la había puesto. Que había quien decía que era anterior al Apóstol mismo, y que se había dejado en su sitio por respeto a algo que no se nombraba. Yo le pregunté qué cosa no se nombraba. Él me miró un rato. Después dijo: hay piedras que llevan más siglos que nosotros bajo nuestros pies, y son ellas las que sostienen lo demás. No le pregunté más.»*

Aurea cerró la carpeta con parsimonia.

—Esto es de junio del ochenta y dos. Mateo no vuelve a hablar de esa piedra hasta cuatro años después. Pero cuando vuelve, lo hace con detalle.

Clara cogió un cuaderno pequeño que había traído y empezó a tomar notas.

—¿Cuántas páginas tienes en total? —preguntó.

—Del cuaderno completo, ciento cuarenta y siete. De ellas, treinta y dos están en buen estado, otras setenta y cuatro están dañadas pero legibles, veintinueve son ilegibles por la humedad de los siglos.

—¿Y las doce que faltan?

Aurea no contestó inmediatamente.

—Esas son las que más nos interesan.

Clara levantó la vista del cuaderno.

—¿Sabes qué páginas son?

—Por la numeración, sí. Son las páginas ochenta y siete a noventa y ocho. Son las que estaban entre dos secciones que sí tenemos: la parte donde Mateo describe el primer descenso a la cripta del Apóstol con motivos litúrgicos, y la parte donde menciona por primera vez a Aldonza de Lestedo.

—¿Y entre medias hay doce páginas perdidas?

—Doce páginas arrancadas.

Aurea miró a Adrián.

—Las páginas que faltan, faltan desde hace un mes. Dos meses, como mucho.

Adrián tardó en hablar.

—¿Tienes idea de quién las arrancó?

—Tengo certeza.

Clara levantó la cabeza.

—¿La tienes ya?

Aurea se quitó las gafas. Las dejó sobre la mesa. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Tengo la certeza, pero no la prueba. No es lo mismo. Por eso necesitamos a alguien de fuera de la red compostelana para confirmarlo.

—¿Por qué de fuera? —preguntó Adrián.

—Porque dentro de la red compostelana, todos somos amigos de todos desde hace cuarenta años. Algunos desde hace cincuenta. No hay distancia. Si voy yo a confrontar a quien pienso, va a ser mi

palabra contra la suya. Y nadie va a saber a quién creer. La red puede partirse.

Adrián entendió.

—Así que necesitas que lo descubramos nosotros.

—Necesito que lo descubráis vosotros. Sin saber, mientras lo descubrís, qué es lo que estáis descubriendo.

Aurea sostuvo la mirada de Adrián.

—Si os digo el nombre ahora, vais a llegar a las conclusiones que yo quiero que lleguéis. Y eso no me sirve. Si no os digo el nombre y vais investigando por vuestra cuenta, lo que descubráis va a ser independiente. Va a ser limpio. Y entonces sí podré llevarlo a la asamblea.

Clara cerró el cuaderno, sin acelerar.

—Aurea.

—Dime.

—No nos has traído aquí solo para que conozcamos Compostela.

—No.

—Nos has traído aquí porque somos los únicos que podemos hacer este trabajo desde fuera.

—Sois los únicos que podéis hacerlo, sí. Y los únicos que tenéis la confianza de la red sin estar atados a ningún custodio compostelano por amistad de toda la vida.

Hubo un silencio.

Clara miró a Adrián. Adrián la miró a ella.

—Bien —dijo él, despacio—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Aurea se inclinó hacia delante. Apoyó las manos sobre la mesa.

—Empezad por Aldonza.

Pasaron toda la mañana con las páginas que sí tenían sobre Aldonza de Lestedo. Aurea les leyó cinco fragmentos largos, espaciados en el cuaderno entre los años mil ciento ochenta y cuatro y mil ciento ochenta y siete.

Mateo la mencionaba siempre con respeto. La llamaba *magistra cantorum*, maestra de los cantos. En una página, decía:

> *«Aldonza de Lestedo conoce los cantos antiguos. Los que se cantaban antes de la regla, antes de Cluny, antes incluso de la Reconquista. Los conoce porque su madre los cantó, y la madre de su madre. No los aprendió en ningún libro. No están en ningún libro. Cuando los canta, los hombres se callan. No por reverencia, que también, sino porque no*

encuentran qué decir. La voz le sale de un sitio que las voces de hoy ya no tienen.»

En otra página, más adelante:

«El maestro Bernal me ha contado lo que Aldonza ha de hacer en el solsticio de invierno. Yo no sabía. Cuando me lo dijo, me detuve a pensar si estábamos hablando de la misma persona. Aldonza, que pasa los oficios callada, sin destacar, en su sitio del coro, y que en la noche del veintiuno de diciembre desciende sola con tres canónigos a la cripta y canta lo que ha de cantar. Hay quien dice que el Apóstol mismo escuchó esos cantos cuando lo trajeron. Hay quien dice que son anteriores al Apóstol. Yo no sé. No me corresponde saberlo. Solo sé que cuando Aldonza canta, las piedras escuchan.»

Adrián se había quedado quieto al oír esto.

—¿Las piedras escuchan? —repitió.

—Es la traducción literal. *Lapides audiunt*. Es una frase que se ha usado en otros textos medievales con otros sentidos, generalmente metafóricos. Pero en el cuaderno de Mateo, el contexto hace pensar que no es metáfora.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando Mateo dice que las piedras escuchan, está diciendo que la cripta tiene una acústica concreta. Una resonancia que solo se activa con cantos en una tonalidad específica. Y que Aldonza es la que conoce esa tonalidad.

Clara estaba muy quieta.

—Y eso conecta con el botafumeiro.

Aurea la miró.

—Tareixa os ha hablado del botafumeiro.

—Solo lo nombró ayer. No nos contó nada concreto.

—Os contará lo que tenga que contar cuando llegue el momento. Lo que sí os puedo decir yo es esto: cada veintiuno de diciembre, desde hace siglos, una mujer canta en la cripta del Apóstol, en plena noche, antes de que se abra la Catedral al alba. Mientras canta, el botafumeiro grande oscila sobre el crucero. Pero no lo empuja nadie. No hay tiraboleiros esa noche. No hay público. Hay siete personas en la nave, en silencio. Y una mujer en la cripta, cantando.

Adrián se quedó mirándola.

—¿Y qué canta?

—Un canto que solo se canta esa noche. Una vez al año. Una sola vez. Y solo una mujer puede cantarlo. La que ha sido elegida por la mestra anterior.

—¿Y quién es la mestra ahora?

Aurea sonrió, muy poco, por primera vez en toda la mañana.

—Es Tareixa.

Se callaron.

Adrián se quedó pensando. Aquella mujer joven, de bufanda y paraguas medio cerrado, que les había recibido en la estación con una sonrisa breve, era la heredera directa de Aldonza de Lestedo. La voz de la red de Compostela.

—¿Y por eso la habéis puesto a hacer de guía? —preguntó, casi en voz alta consigo mismo—. ¿Para que esté siempre cerca del Pórtico?

—Para que esté siempre cerca de Mateo, sí. Y de Aldonza.

—¿Cuántos años lleva siendo mestra?

—Siete. La eligió Carme Antelo, su predecesora, antes de morir en dos mil diecisiete. Carme la había estado formando desde los veintiuno. Cuando Carme cayó enferma, supo que Tareixa estaba lista. Murió un mes después de la última transmisión.

—¿Cómo se hace la transmisión?

Aurea tardó un momento.

—La mestra anterior pasa a la siguiente todos los cantos, durante años, en sesiones individuales. No los escribe. No se pueden escribir. Algunos se han intentado anotar y se desfiguran al hacerlo. Tienen quiebros que la notación occidental no reconoce. Quedan fuera del sistema. Se transmiten oralmente.

—¿Por qué no los escriben en notación neumática? La neumática medieval sí puede registrar microintervalos.

—Lo intentaron en el siglo doce. Hay un par de intentos fallidos en algún códice del archivo. Después se decidió que no se intentara más. La transmisión oral garantiza que los cantos no caigan en manos equivocadas. Si están escritos, los puede aprender cualquiera. Si no lo están, hay que ser elegido. La cadena de mestras desde Aldonza es continua, pero estrecha. Una en cada generación. Nunca dos.

—¿Y si la mestra muere antes de transmitir?

Aurea bajó la voz.

—Eso ha ocurrido tres veces en mil años. La última, en mil setecientos cuarenta y dos. Una mestra murió de viruela sin haber elegido sucesora. La red estuvo dieciocho años sin canto. El solsticio

se celebró sin la voz, con los siete custodios solo, y el botafumeiro no oscilaba. Hubo dieciocho años en que la noche del veintiuno de diciembre no era la noche del veintiuno de diciembre. Hasta que en mil setecientos sesenta una mujer joven de Negreira, sobrina de la difunta, empezó a cantar de pronto cosas que su madre, hija de la mestra muerta sin transmitir, le había cantado en cuna. La red la encontró por suerte. Pero hubo dieciocho años de silencio. La red no quiere repetir aquello.

—¿Hay alguien preparado para suceder a Tareixa?

—Aún no. Tareixa tiene treinta y tres años. Está empezando a observar a tres niñas de la diócesis con voces excepcionales. Ya las conoce. Las irá observando durante los próximos diez años. Cuando una de ellas cumpla veinte, empezará la formación.

—¿Y si Tareixa muere antes?

Aurea la miró un momento.

—Por eso la cuidamos. Y por eso este año más que nunca.

Hubo un silencio.

Adrián cogió una de las fotocopias. La miró sin leerla.

—Aurea —dijo—. Cuando dices que el botafumeiro oscila sin que nadie lo empuje, ¿lo dices en sentido literal?

—Lo digo en sentido literal.

—¿Cómo es posible?

Aurea se acomodó en la silla.

—No lo sé.

Adrián la miró.

—¿No lo sabes?

—No lo sé, Adrián. Y he oído todas las explicaciones. Hay quien habla de resonancia, de cámaras en los muros de carga, de frecuencias. Hay un canónigo de Tuy que escribió doce folios sobre el asunto en los años setenta y que se murió convencido de haberlo resuelto. Yo he leído los doce folios. Están muy bien escritos. Y cuando estás allí, a las cinco de la mañana, con la voz subiendo y esa cosa de latón cruzando el aire encima de tu cabeza sin que nadie la haya tocado, los doce folios no te sirven absolutamente de nada.

—Pero tiene que haber una explicación.

—Puede que. Y el día que alguien la encuentre yo la escucharé con muchísima atención y después subiré a la nave y seguiré sin entender nada. Hay cosas que se explican y se gastan, y hay cosas que se

explican y siguen estando. Esta es de las segundas. O eso me digo yo, que llevo veintiocho años sin dormir la noche del veinte al veintiuno.

—¿Eso lo construyó Mateo?

—Mateo no construyó nada de eso. Mateo se lo encontró cuando llegó al taller del Pórtico. Lo conservó. Lo respetó. Y no lo explicó tampoco, y mira que el hombre explicaba cosas. Escribió esa frase y se calló: *las piedras escuchan*. Ochocientos años buscándole el sentido y sigue siendo la mejor descripción técnica que tenemos.

—¿Y tú lo has visto?

—Sí. Veintiocho veces.

—Una por cada año desde que entraste en la red.

—Sí.

Adrián tardó en hablar.

—Aurea.

—Dime.

—¿Y qué hay en la cripta? Lo que descubrió Mateo. Lo que Aldonza le explicó. La piedra ajena a la fábrica.

Aurea le sostuvo la mirada un buen rato.

—Eso, Adrián, lo verás el veintiuno.

—¿Cuándo es?

—Dentro de quince días.

Comieron en una taberna de la Rúa do Franco, los tres. Aurea apenas habló durante la comida. Pidió empanada, vino blanco, y se quedó mirando hacia la ventana mientras comía. Adrián tuvo la sensación de que estaba pensando en otra cosa, no en lo que les había contado por la mañana.

—¿En qué piensas? —se atrevió a preguntar Clara, en algún momento.

Aurea se volvió.

—En Severo.

Lo dijo sin tapujos. Adrián la miró sorprendido. Era la primera vez que Aurea mencionaba a Severo como persona, no como nombre dentro de un listado.

—¿Te puedo preguntar?

—Sí.

—¿Lleváis cuántos años trabajando juntos?

Aurea bebió un sorbo de vino.

—Cuarenta y tantos. Coincidimos en el seminario de Mondoñedo, los años setenta y ocho a ochenta y dos. Él estudiaba para ordenarse.

Yo iba a las clases de paleografía y de archivística diocesana, que entonces las daban allí y las daban bien, y era la única mujer en el aula. A él lo ordenaron en el ochenta y tres. Yo me quedé en Compostela como archivera. Él pasó por dos parroquias antes de volver al Cabildo. Lleva en el archivo desde el ochenta y nueve. Treinta y cinco años a mi lado, en la misma sala, con dos mesas a tres metros una de la otra.

—¿Y antes?

—Antes era amigo del seminario. Y antes, no, porque no nos conocíamos.

Hubo un silencio.

—¿Lo querías? —preguntó Clara, sin prisa.

Aurea la miró un momento. Después sonrió, levemente.

—No de esa manera. Severo y yo somos amigos. Solo amigos. Pero hay amistades de cuarenta años que pesan más que algunos matrimonios. Severo es la persona del oficio que más cerca tengo. Más que Fabián. Más que cualquier otra. Y voy a tener que ser yo quien lo confronte.

—¿Estás preparada?

Aurea cerró los ojos un momento.

—No. Pero voy a hacerlo.

Después miró a Clara.

—Os pido una cosa.

—Sí.

—Cuando lo descubráis vosotros, cuando tengáis las pruebas, no os crucéis con él. No le habléis. No le hagáis preguntas. Lo que tenga que decirme a mí Severo, me lo dirá a mí. Lo que tenga que decir a la red, lo dirá a la red. Pero a vosotros no os corresponde. Vosotros sois los investigadores externos. Mantened esa distancia. No se la quitéis.

Adrián asintió.

—De acuerdo.

—Os lo agradezco.

Cuando Aurea se fue, dejándolos en la calle con la promesa de volver a verse al día siguiente, Clara se quedó callada un rato largo. Caminaron hacia la plaza del Obradoiro sin hablar.

Cruzaban un soportal cuando Clara dijo, de pronto:

—Adrián.

—Dime.

—Quien arrancó las páginas sabe que las páginas hablaban del solsticio.

Adrián la miró.

—Y por eso las arrancó. No por Aldonza, no por Mateo. Por lo que decían de la noche del veintiuno.

Clara se detuvo. Se volvió hacia él.

—Y faltan poco más de dos semanas.

Adrián no dijo nada. Llevaba desde la comida haciendo esa misma cuenta y no le había gustado ninguna de las veces.

—Y Aurea quiere la prueba antes.

—Aurea quiere la prueba antes.

—Adrián. Esto no va a ser tranquilo.

—No.

Caminaron hasta el Hostal en silencio. Cuando llegaron, encontraron en la recepción un sobre con el nombre de Adrián escrito a mano. El conserje se lo entregó sin comentarios.

Era un sobre de papel grueso, sin remitente. Dentro había una cartulina cremosa, gruesa, con tipografía clásica:

> *Don Severo Anllóns Vilas tiene el honor de invitar a Adrián Vega y a Clara Bru a una cena privada en su casa este viernes, a las nueve de la noche. Rúa Nova, 14, primero. Sin necesidad de confirmación.*

Adrián le dio la vuelta a la cartulina. En el reverso, en una caligrafía a mano cuidada y redonda, había tres líneas más:

> *He sabido que os encontráis en Compostela. Quería conoceros. S. A.*

Adrián miró a Clara.

—¿Quién es Severo Anllóns?

Clara tardó un segundo.

—Acabamos de hablar de él.

—Lo sé. Pero quiero oírte decirlo.

—Es el archivero. El amigo de Aurea desde hace cuarenta y tres años. El que tiene la mesa a tres metros de la suya en el archivo. El que está, casi con seguridad, arrancando páginas.

—Sí.

—Y nos invita a cenar.

—Sí.

Adrián volvió a leer la invitación.

—Aurea no nos lo ha mencionado esta mañana.

—No.

—Pero nos lo ha mencionado en la comida. Sin decir nada de la cena.

—Tampoco.

Se quedaron de pie en el vestíbulo del Hostal, con la cartulina en la mano, mientras fuera, sobre las losas de la plaza, empezaba a llover otra vez.

—¿Lo sabe Aurea? —preguntó Clara.

—Lo sabe. Lo sabe todo el mundo aquí. Todo el mundo lo sabe todo. Aurea ha mencionado a Severo sabiendo que la invitación estaba ya en nuestro hostal.

—Y no nos ha avisado.

—No.

—Eso debe significar algo.

Adrián se quedó un momento callado.

—Sí. Significa que confía en nosotros para que sepamos manejarlo solos.

Clara le miró.

—¿Vamos a ir?

—Vamos a ir.

Subieron a la habitación. Adrián dejó la cartulina sobre la mesilla, junto a la jarra de cerámica. La miró un momento más. *Don Severo Anllóns Vilas tiene el honor de invitar…* Una invitación impresa, no manuscrita, hecha en cartulina de calidad. La hospitalidad medida del erudito que sabe lo que hace y lo hace bien.

Clara se sentó en la cama. Se quitó los zapatos. Se quedó un rato mirando hacia el balcón, sin moverse.

—Adrián.

—Dime.

—No nos invita por azar.

—No.

—Sabe que estamos aquí por él. Y nos quiere ver la cara.

Adrián se sentó a su lado. Le apoyó la mano en la rodilla, brevemente, sin presionar.

—Y nosotros a él.

—También.

Clara bajó los párpados.

—Adrián. Esta historia no es como las otras dos.

—No.

—En Sevilla, Morán era un canalla. Vendía por dinero y por vanidad. Lo descubrimos y lo silenciaron. Fue, en cierto modo, fácil.

—Fue fácil porque no nos costó nada despreciarlo.

—Exacto. En Barcelona, lo que descubrimos era tan grande que nadie sabía dónde meterlo. Pero los actores estaban claros: nosotros, la red, Aubet. Eran tres bandos, y cada uno sabía en cuál estaba.

Adrián esperó.

—Aquí solo hay un bando —dijo Clara—. La red. Y dentro de la red, alguien a quien la red quiere mucho y al que la red va a tener que hacer daño.

—Y nosotros, en medio.

—Y nosotros, en medio.

Hubo un silencio.

—¿Tú estás bien con eso?

Adrián no contestó de inmediato.

—No. Pero es lo que hay. Hemos venido a esto. Tenemos que llegar al final.

Clara asintió.

Ninguno de los dos habló.

—Adrián.

—Dime.

—¿Qué crees que nos va a decir Severo?

Adrián se quedó pensando un buen rato.

—Creo que nos va a recibir con mucha cortesía. Va a hablar de cosas neutras durante la mayor parte de la cena. Y, en algún momento, hacia el final, nos va a decir, con una sonrisa, que sabe perfectamente que estamos aquí por él.

Clara abrió los ojos.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Lo creo. Severo es académico. Lleva treinta y cinco años en ese archivo y cuarenta en el oficio. No es Morán. No vamos a poder pillarle desprevenido. Va a hacernos saber que sabe.

—¿Y por qué crees que hará eso?

Adrián tardó.

—Para tomar la iniciativa. Para que no seamos nosotros los que le confrontemos. Para que sea él quien decida cuándo se confronta. Es lo que haría yo si estuviera en su lugar.

Clara lo miró un momento.

—Eres el único hombre que conozco que es capaz de pensar como el adversario.

—Es porque no le tenemos por adversario. Lo tenemos por colega.

—Sí.

Volvieron a callarse.

Clara se tumbó en la cama, vestida, con los pies sobre la colcha. Cerró los ojos.

—Adrián.

—Dime.

—Tengo miedo.

Adrián se quedó muy quieto. Era la primera vez, en dos años de relación, que la oía decir aquellas tres palabras. Clara no decía esas palabras. Se le notaba el miedo, a veces. Pero nunca lo había puesto así.

—¿Por qué? —preguntó él, con calma.

Clara tardó en contestar.

—Porque por primera vez no estamos descubriendo un secreto. Estamos resolviendo un drama personal de gente buena. Y eso es mucho más difícil.

Adrián la miró un buen rato.

—Sí. Lo es.

Le puso una mano en el pelo, brevemente.

Y los dos se quedaron así, en silencio, mientras fuera, sobre la plaza del Obradoiro, las campanas de la torre del reloj daban las cinco de la tarde con su ritmo de siempre.

Cuatro toques rápidos. Una pausa. Un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

Capítulo 4 · Lo que pasó con Morán

Adrián durmió mal otra vez.

La invitación de Severo Anllóns le había dejado en la cabeza una pregunta que no encontraba respuesta. Aurea no lo había mencionado en toda la mañana del jueves. No era un olvido. Aurea no olvidaba nombres. Y la nota manuscrita del reverso, *He sabido que os encontráis en Compostela. Quería conoceros. S. A.*, sonaba en el silencio de la habitación de modos cada vez más distintos cada vez que la repasaba: a cortesía, a desafío, a cuidadísima cortesía que se siente desafío sin que pueda decirse por qué.

A las siete de la mañana del viernes se levantó, se vistió y bajó al comedor del Hostal. Clara seguía dormida en la habitación contigua. La dejó descansar, sin hacer ruido al cerrar la puerta del cuarto cuarenta y dos.

Tomó café en silencio, junto a un ventanal que daba al patio interior. El comedor estaba casi vacío. Solo dos huéspedes alemanes de mediana edad, en una mesa lejana, hablaban en voz baja sobre un mapa de carreteras desplegado entre los platos. Una camarera joven, gallega, repasaba con un trapo las superficies del aparador. Olía a café recién hecho, a tostadas, a mantequilla derritiéndose lentamente sobre el pan.

Adrián miró por la ventana. El cielo se había aclarado por primera vez desde que habían llegado. No salía el sol, pero se intuía detrás de las nubes una claridad pálida, lechosa, que en otras ciudades habría sido el principio del día y que en Compostela seguía pareciendo penumbra. Las losas del patio interior segundo, mojadas, tenían un brillo apagado de pizarra recién pulida. El crucero de piedra del centro, que la víspera había estado borroso por la lluvia, esa mañana

se distinguía con sus aristas limpias, una pequeña silueta contra el granito gris claro de la fachada.

A las ocho y media subió a la habitación. Clara seguía durmiendo. Le dejó una nota sobre la mesa de escritorio, escrita a mano con bolígrafo azul.

> *He bajado a dar un paseo. Vuelvo a las once. Si te despiertas antes, espérame para desayunar tú también. A.*

La dejó apoyada contra una taza, donde Clara la viera nada más entrar al cuarto si volvía a la habitación de él en lugar de bajar a la suya. No estaba seguro de qué iba a hacer ella. Pero la nota cubría las dos posibilidades.

Salió a la plaza del Obradoiro.

Caminó sin rumbo, dejando que la ciudad lo llevara. Pasó por la fachada de la Universidad, atravesó la plaza de Fonseca, donde una mujer barría con una escoba de paja la entrada de un edificio universitario. Bajó por una calle estrecha, sin nombre legible. Después se encontró cruzando un puente de piedra sobre un riachuelo casi seco, encajonado entre dos muros de granito ennegrecido. El riachuelo, según una placa que Adrián leyó al pasar, se llamaba el Sar. Discurría por el subsuelo de la ciudad durante varios tramos, salía a la luz aquí, y volvía a hundirse cien metros más adelante. Como muchas cosas en Compostela, el río también funcionaba a un ritmo distinto del visible.

Y luego, sin saber bien cómo, se vio caminando por una avenida más ancha, fuera ya del casco viejo. La calle olía a panadería. Un par de tiendas pequeñas estaban abriendo a esa hora: una farmacia, un colmado, una pastelería. Detrás del cristal de la pastelería, una mujer con delantal blanco colocaba bandejas de pan recién horneado, todavía humeantes. Una niña pequeña, agarrada a la mano de su padre, se quedó mirando las bandejas a través del cristal. Adrián los rebasó lentamente.

En una esquina, junto al escaparate de la pastelería, oyó una voz a su espalda.

—Adrián.

Se volvió.

Era Fabián Lamela.

Lo había reconocido de inmediato, aunque no lo veía desde Sevilla, hacía meses. Estaba más viejo. Más encorvado. Pero los ojos

eran los mismos ojos, oscuros, atentos, gallegos, con esa mirada de canónigo retirado que sigue mirando al mundo como si tuviera todavía la obligación profesional de saber lo que pasa en él.

—Don Fabián.

—Sin don. A estas horas no hago el favor.

Fabián sonrió. Le tendió la mano.

Adrián se la estrechó. Era una mano fina, fría, con la piel apergaminada y manchada por las décadas, las manos que se vuelven manos cuando un hombre llega a los ochenta y tres años y sus huesos empiezan a quedarse por debajo de la piel. Llevaba un abrigo gris de paño grueso, una bufanda oscura, un sombrero de fieltro que a Adrián le pareció el mismo que le había visto en Sevilla la última vez.

—No esperaba verle.

—Aurea me dijo dónde os alojabais. Pensé que saldrías a pasear temprano. Sevilla te enseñó a salir antes del amanecer.

—Compostela también, parece.

Fabián lo miró un momento, sin sonreír.

—Compostela tiene otras costumbres. Aquí se sale despacio. La gente del oficio madruga, pero la ciudad tarda en abrirse hasta media mañana. Yo soy una excepción. Madrugué siempre. Mis amigos me regañan por esto desde hace cincuenta años.

Caminaron juntos en silencio durante un rato. Fabián llevaba un bastón de madera oscura, que apoyaba con regularidad pero sin necesitarlo del todo. Andaba a un ritmo más lento del que Adrián habría escogido por su cuenta, pero el ritmo de Fabián tenía su propia coherencia: cada paso parecía calculado, no por debilidad, sino por economía. Era el ritmo de un hombre que se conocía bien las distancias de su ciudad y sabía igual cuántos pasos le quedaban hasta el final del día.

—¿Has desayunado?

—Sí. Café, en el Hostal.

—Yo aún no. Acompáñame.

Lo llevó a una taberna pequeña, en una calle lateral cuyo rótulo Adrián no llegó a leer. La taberna era oscura, larga, con un mostrador de mármol gastado y dos mesas de madera junto a la ventana. Olía a tortilla recién hecha, a café cargado, a un fondo de vino tinto que quizá alguien había derramado la víspera y que aún no había salido del todo del aire.

Se sentaron en la mesa del fondo. Fabián saludó al camarero, un hombre de unos sesenta años, con una mirada y un gesto pequeño de la mano, sin levantar la voz. El camarero le trajo, sin preguntar, una taza de café con leche en vaso de cristal y un trozo pequeño de tortilla de patata sobre un plato blanco.

—Aquí me conocen desde hace mucho —dijo Fabián—. Vengo todos los días, salvo cuando no salgo. Y los días que no salgo, el camarero se preocupa. Le he dicho mil veces que no se preocupe. Pero a estas alturas ya es cariño. Cuando uno ha pasado los ochenta y tres años, los desayunos en taberna se vuelven el sitio donde uno se mide los días.

Adrián pidió un café también. Fabián comió la tortilla sin apurarse, con un tenedor pequeño, masticando bien, mirando al frente, sin distraerse en mirar a Adrián. Era una manera de comer que Adrián reconoció: era la manera en que Salvatierra comía las pocas veces que había compartido mesa con él en Sevilla. La manera de comer de los hombres mayores que han aprendido que la comida es un acto que merece atención propia.

Cuando terminó, dejó el tenedor sobre el plato y se quedó un momento mirando a Adrián.

—¿Cómo estáis Clara y tú?

—Bien. Cansados del viaje. Pero bien.

—¿Y la cabeza?

Adrián no respondió enseguida.

—La cabeza despierta —dijo finalmente.

Fabián sonrió, lo justo.

—Es lo que hay que tener despierta aquí. La cabeza. El corazón hay que tenerlo guardado, en estos días.

Adrián entendió lo que le quería decir. Aún no del todo. Pero entendió que era importante. Fabián era de los que decían las cosas una vez y esperaban que el otro las hiciera suyas a su ritmo.

Fabián bebió un sorbo de café. Después lo dejó sobre la mesa, despacio.

—Adrián.

—Dígame.

—Hay una cosa de la que tenemos que hablar.

—¿Aurea le ha dicho que me hablara?

—No directamente. Pero yo lo iba a hacer de todas formas. Y creo que hoy es el día. Si lo dejo pasar, ya no podré, porque esta noche

cenáis con Severo y a partir de esta noche las conversaciones son otras.

Adrián asintió.

Fabián estuvo un instante mirando hacia la ventana, hacia la calle gris.

—Es sobre Morán.

Adrián sintió, de pronto, el frío de la taberna como si la temperatura hubiera bajado un grado en un instante. No había pensado en Morán desde hacía mucho tiempo. Desde Barcelona, quizá. Desde la noche en la que el canónigo había cerrado el Cabildo de Sevilla detrás de él y todo lo del libro primero había llegado a su final.

—Le escucho —dijo.

Fabián tardó en empezar. Dio otro sorbo de café. Se enderezó un poco en la silla.

—Cuando vosotros os fuisteis de Sevilla, hace dos años, Morán quedó en el Cabildo. Tú lo sabes. La red sevillana decidió no hacer nada visible con él, en aquel momento. No había pruebas que pudieran llevarse a un tribunal. Y la red, como sabes, no usa tribunales.

—Lo sé.

—Pero Morán había traicionado. Y la red lo sabía. Y la red, cuando sabe, actúa. Tarda lo que tarda, pero actúa.

Adrián asintió, en silencio.

—Lo que se hizo con Morán fue lo siguiente. La red sevillana habló con la red madrileña. La madrileña habló con varias diócesis del norte. Buscamos un destino. Tardamos casi un año en encontrar el adecuado.

—¿Adecuado para qué?

—Adecuado para que él aceptara sin protestar. La red no fuerza nunca. No tiene esa autoridad ni quiere tenerla. La red propone. Lo importante en estos casos es que la propuesta sea de tal calidad que la persona la prefiera al destino contrario.

—¿Y cuál era el destino contrario?

—El destierro académico total, la denuncia ante el obispo, la apertura de un expediente disciplinario por venta de información sobre patrimonio histórico. Con consecuencias civiles, en el peor caso. Cárcel, posiblemente. Excomunión, casi seguro. Pérdida de la

pensión. Pérdida de la condición sacerdotal. Eso es el destino contrario.

—¿Y la propuesta de la red?

—Una parroquia. Pequeña. Lejos de todo. Suficientemente digna para que un canónigo de catedral pudiera aceptarla sin perder la cara. Suficientemente apartada para que no pudiera seguir haciendo daño. Tardamos casi un año en encontrarla, como te he dicho.

Fabián bebió otro sorbo de café.

—La parroquia está en un pueblo de la provincia de Lugo. Se llama Vilarpol. Es un lugar pequeño, en la sierra, lejos de las carreteras principales. La iglesia es de finales del doce, románica de transición, sin valor patrimonial sobresaliente. Tiene poco más de doscientos habitantes empadronados, y de esos doscientos, los que van a misa son tres. Tres mujeres mayores. La parroquia llevaba sin párroco fijo cuatro años antes de que llegara Morán. Lo atendía un sacerdote itinerante, el de Castro de Rei, que pasaba por allí los domingos y, los miércoles a las cinco, una misa ferial corta.

Adrián escuchaba con atención.

—Le ofrecimos a Morán ese destino con dos opciones, como te decía. La primera: aceptaba ir, sin oponer resistencia, y el Cabildo de Sevilla emitía un comunicado diciendo que se trasladaba por motivos de salud, sin manchar su expediente. Conservaba el sacerdocio. Conservaba la pensión. Vivía sus últimos años como párroco rural.

—¿Y la segunda?

—La segunda era la otra. Que el Cabildo iniciara expediente disciplinario.

—¿Aceptó la primera?

—La aceptó al día. No le hizo falta pensar.

Adrián asintió una vez.

—¿Lleva cuánto allí?

—Desde octubre del año pasado. Catorce meses.

—¿Y cómo está?

Fabián se quedó un rato mirando hacia la calle, donde un camión pequeño descargaba cajas de cerveza frente a un bar todavía cerrado.

—Está vivo. Da misa los domingos a las once. La oyen tres ancianas y, a veces, algún vecino que pasa por casualidad. Los miércoles dice una misa ferial a las cuatro de la tarde, que se aguanta solo con dos asistentes. Confiesa una vez al mes. Bautiza cuando alguno de los pocos jóvenes del pueblo tiene un hijo, lo que pasa una

vez cada dos o tres años. Lee mucho. Le siguen llegando libros de Sevilla, por correo. Algunos antiguos colegas se los mandan. Y él los acepta. Pero no responde nunca con cartas largas. Una postal, a lo más, agradeciendo el envío. Una postal con tres frases y la firma.

—¿No ha intentado salir?

—No.

—¿Ni hablar con nadie sobre lo que sabe?

—No. La red lo sabe. Hay alguien que de vez en cuando pasa por Vilarpol, sin avisarle. Comprueba que sigue en su sitio. Que no recibe visitas extrañas. Que no escribe a sitios donde no debe. Hasta hoy, no ha incumplido el acuerdo.

Adrián miró a Fabián.

—¿Y va a seguir cumpliéndolo?

Fabián se lo pensó.

—Quizá sí. Morán es un hombre roto, Adrián. Cuando alguien rompe el silencio del oficio y luego se le condena a vivir en silencio, el castigo suele bastarle. Hay algo en el aislamiento que le devuelve la conciencia de lo que hizo. No siempre. Pero a menudo, sí. Lo he visto pasar tres veces en mi vida. La primera, en mil novecientos sesenta y cuatro, con un canónigo de Tuy. La segunda, en mil novecientos ochenta y nueve, con un archivero de Mondoñedo. La tercera, ahora, con Morán. Las tres veces el resultado ha sido el mismo: la persona se va apagando, despacio, en el sitio que se le asigna, hasta apagarse del todo.

Adrián se quedó callado un buen rato.

—¿Por qué me cuenta esto, Fabián?

—Porque tienes que saberlo. Porque eres el único de los protagonistas del caso de Sevilla que sigue en activo en la red, junto con Salvatierra. Y porque, si pasas tiempo aquí, vas a oír su nombre. Habrá quien lo mencione sin querer. Habrá quien te pregunte, pensando que lo sabes, qué fue lo que pasó.

—¿Y qué les digo?

—Lo que hayas decidido decirles. Si cuentas la verdad, no pasa nada. La red no oculta lo que se hizo. No es vergonzoso. Pero conviene contarlo bien. Que se entienda que no fue venganza. Que fue el oficio cumpliendo su tarea. Y, sobre todo, que se entienda que fue la mejor opción que la red podía ofrecerle a Morán. No la peor. La mejor.

Adrián asintió.

El silencio duró más de lo que ninguno de los dos quiso.

Fabián cogió la taza de café, ya casi vacía. Apuró el último sorbo. Después la dejó sobre el plato y se quedó un rato mirando el poso oscuro del fondo, como si las hojas del café molido estuvieran organizándose en algún dibujo que él entendía.

—Adrián.

—Dígame.

—Hay otra cosa que quería decirte.

Adrián levantó la vista.

—Lo que pasó con Morán fue como fue porque se podía hacer. Era un caso fácil. Era un canónigo de Sevilla que vendió por dinero y por vanidad. La red sabía lo que tenía delante. Lo sabía todo el mundo. La decisión fue casi automática, pese a haber tardado un año en ejecutarse.

Fabián levantó los ojos hacia Adrián. Eran ojos cansados, pero claros.

—Pero esto que tenemos ahora, Adrián, es distinto.

Adrián no preguntó qué tenían ahora.

Sabía que Fabián no se lo iba a decir todavía. Y sabía, también, que había que respetar el sitio donde Fabián se detenía. Era una cortesía del oficio.

Fabián siguió mirándolo unos segundos. Después se incorporó poco a poco, ayudándose del bastón.

—Tengo que irme. He quedado a las once con Aurea.

Adrián se levantó también. Sacó la cartera para pagar los cafés.

—Eso lo pago yo —dijo Fabián—. Aquí siempre pago yo. Si me dejas pagar, el camarero se ofende. Y el camarero, cuando se ofende, cobra el café siguiente al doble. Llevo cincuenta años invitando aquí. No me obligues a empezar a aceptar invitaciones a estas alturas.

Adrián sonrió. Guardó la cartera.

—De acuerdo.

Salieron de la taberna. La calle estaba más animada que cuando habían entrado. Pasaba la gente, abrigada, con bolsas. Los escaparates encendidos. Una furgoneta de reparto frenó al final de la calle, con el ruido característico de su motor diésel viejo.

Fabián se detuvo un momento antes de despedirse.

—¿Vais a la cena de Severo esta noche?

Adrián levantó las cejas.

—¿Sabe lo de la invitación?

—Lo sé.

—¿Aurea le ha hablado?

Fabián sostuvo la mirada de Adrián un momento.

—Aurea no me lo ha contado. La invitación me llegó a mí también, anteayer, por el mismo correo. La habrá mandado Severo a varios, supongo. No sé justo a quién. Pero no es una cena solo para vosotros.

Adrián se quedó callado.

—¿Y va a ir?

—Voy. Y vosotros también deberíais. Severo es una persona importante en el oficio compostelano. Lleva cuarenta años entre nosotros. Ha sido archivero, canónigo, custodio. Es amigo mío de toda la vida. Y de Aurea también.

Fabián levantó un poco el bastón, en un gesto que era casi una insistencia.

—Id a la cena. Escuchad. Mirad. No bebáis de más, aunque el aguardiente que Severo sirve a sus invitados es, sin duda, el mejor de Galicia. Y no contéis nada de lo que estáis viendo en el archivo. Severo no os preguntará. Pero hay otras maneras de preguntar sin preguntar.

Adrián asintió.

—Entendido.

Fabián le dio una palmadita corta en el brazo. La mano apergaminada, el bastón en la otra. Se quedó un momento más mirándolo, como si calibrara si había dicho lo necesario o si se le había escapado algo.

—Y otra cosa, Adrián.

—Dígame.

—Si en algún momento, en la cena o después, te preguntas por qué Aurea no te había hablado de Severo todavía, no me lo preguntes a mí. Pregúntaselo a ella.

Adrián se quedó mirándolo.

Fabián sonrió un poco. La misma sonrisa que tenía Salvatierra en Sevilla cuando decía algo importante sin parecer que lo decía. Una sonrisa de los hombres del oficio mayor, una sonrisa de canónigo retirado, breve, contenida, que indicaba sin afirmar que lo que acababa de decirse era importante y que el otro tenía que recogerlo.

—Hasta luego, Adrián.

Y echó a andar despacio hacia el Cabildo, apoyándose en el bastón, con los hombros encorvados bajo el abrigo gris.

Adrián se quedó un rato más en la calle, sin moverse. Dejó que Fabián desapareciera por una esquina. Después miró hacia el cielo. Las nubes seguían bajas, pero la claridad lechosa se mantenía. Probablemente no iba a llover en toda la mañana. Era, en Compostela, un acontecimiento.

Echó a andar hacia el Hostal.

Lo que Fabián le había dicho sobre Morán no le había sorprendido. La red había hecho lo que la red hacía siempre. Era una institución que llevaba siglos perfeccionando, sin necesidad de manuales escritos, las maneras de tratar a sus traidores, y esas maneras eran lentas, ofrecían siempre una salida digna a los condenados, y al final consumían a los condenados no por crueldad sino por aislamiento. Eran maneras éticamente aceptables, pensó Adrián, en la medida en que se aceptaba la premisa de que la red tenía derecho a juzgar.

Lo que sí le había dejado pensando era la última frase. *Esto que tenemos ahora, Adrián, es distinto*.

Y la otra. La de Severo. La de que Aurea no le había mencionado el nombre.

Algo se estaba moviendo. Y Aurea sabía qué. Y Fabián sabía qué. Y nadie se lo iba a contar a él hasta que no estuviera dispuesto a verlo por sí mismo.

Pasó por delante de la fachada de Azabachería, cruzó la plaza de la Inmaculada, donde un grupo de turistas extranjeros, armados con paraguas y mapas plegados, escuchaba las explicaciones de una guía profesional con auriculares portátiles. La guía no era Tareixa. Era otra mujer, mayor. Adrián la miró un momento al pasar. La guía hablaba en alemán, despacio, sobre la fachada barroca. El grupo asentía sin demasiada convicción.

Pensó, mientras caminaba, en las dos catedrales que había conocido bien. Sevilla y Barcelona. La de Sevilla, gótica con resabios mudéjares, monumental, central, majestuosa. La de Barcelona, gótica en el sentido más puro, alta y vertical, esbelta, fría. La de Compostela era distinta. Estaba más cerca del suelo. Estaba más cerca de la roca de la que se había sacado la piedra. Había en ella una pesadez antigua que las otras dos no tenían. Era la primera de las tres, la matriz, había dicho Aurea. Y Adrián empezaba a entender, físicamente, qué quería decir esa palabra.

Cuando llegó al Hostal, Clara estaba ya despierta. Lo miró desde el sofá del vestíbulo, donde estaba sentada leyendo un periódico local con una taza de café en la mesa baja, en cuanto entró por la puerta giratoria.

—¿Dónde has estado?

—Me he encontrado a Fabián.

Clara cerró el periódico. Se irguió en el sofá.

—¿Por casualidad?

—No.

Adrián se sentó frente a ella, en el otro sillón. Le contó la conversación entera. El destino de Morán en Vilarpol. La ofrenda de las dos opciones. El silencio. La invitación de Severo, también en el correo de Fabián. La frase sobre lo que tenían ahora. La advertencia sobre la cena.

Clara escuchó sin interrumpir. Era una de las cosas que mejor se le daba: escuchar entera una historia antes de hacer la primera pregunta. Adrián la había visto hacerlo en Barcelona, en su archivo, frente a investigadores que iban a consultarle un expediente complicado. Clara los dejaba terminar. Tomaba algunas notas. Después, al final, hacía dos preguntas concretas que reordenaban toda la información.

Cuando él terminó, ella se quedó un rato callada. Cogió la taza de café. Bebió un sorbo. La devolvió al plato sin ruido.

Después dijo:

—Adrián.

—Dime.

—Severo es el problema.

Adrián la miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Aurea no nos lo ha mencionado, y Fabián no nos lo ha desmentido. Y porque la cena del viernes la organiza precisamente él. Y porque alguien del oficio ha arrancado doce páginas del libro de Mateo. Y porque las páginas hablaban del solsticio. Y porque Aurea, en la mesa de la taberna del miércoles, puso una cara cuando hablaba de la sospecha que solo le he visto, en mi vida, a un archivero compañero mío de Barcelona cuando descubrió que el suyo, no otro, había vendido un manuscrito.

Adrián pensó un momento.

—Es una hipótesis. Aún no es prueba.

—No. No es prueba. Pero es por dónde empezar. Y, si te das cuenta, Fabián te lo ha confirmado sin confirmártelo. *Pregúntaselo a ella*, te ha dicho. Es la respuesta más clara que un hombre del oficio puede dar sin llamar a las cosas por su nombre.

Adrián asintió sin decir nada.

Se quedaron los dos sentados en el vestíbulo, con la luz gris de la mañana entrando despacio por los ventanales. Una camarera pasó con una bandeja de tazas vacías hacia la cocina. Un cliente nuevo se acercó al mostrador de recepción a pedir información sobre el museo del Pórtico. La voz baja del recepcionista le explicaba los horarios.

Fuera, sobre la plaza del Obradoiro, las campanas de la torre de la Berenguela dieron las once. Cuatro toques rápidos, una pausa, un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

Adrián escuchó hasta que el último toque se apagó.

Después miró a Clara.

—Vamos a desayunar. Tú, quiero decir.

—Vamos.

Y subieron juntos al comedor, donde la camarera joven que había estado limpiando dos horas antes seguía allí, ahora montando ya las mesas para el almuerzo, y donde Adrián y Clara se sentaron en silencio frente al ventanal del patio interior, mientras fuera la mañana de Compostela seguía mostrándose, a su ritmo, en su luz gris e indecisa, sin terminar nunca de ser día y sin decidirse a volver a la noche.

Capítulo 5 · La cantareira ciega

Tareixa los recogió esa misma tarde. Había una luz baja de invierno cuando salieron del Hostal, una luz que no terminaba de ser de día pero todavía no era de noche. Compostela quedaba envuelta en una claridad gris de la que costaba salir. La nieve no caía nunca aquí en diciembre, había explicado Tareixa la noche anterior. Lo que caía era una humedad que se le metía a uno entre las costuras del abrigo y se quedaba allí hasta que uno se sentaba junto a una chimenea, y aún así, a veces, ni con eso.

—Os llevo a casa de Xoán —dijo Tareixa, mientras conducía—. Os ha pedido él que vayáis. Aurea me ha dicho esta mañana que ya estáis preparados.

—¿Preparados para qué? —preguntó Clara.

Tareixa la miró un momento por el espejo retrovisor. Tenía las manos firmes en el volante, los dedos sin guantes pese al frío.

—Para conocerlo.

No añadió más. Adrián entendió, sin necesidad de pregunta, que conocer a Xoán Ferro era algo que en Compostela se hacía con cierto cuidado. Como una cosa que tenía pasos previos, ritos breves, momentos de espera.

El coche subió una calle estrecha por detrás de la Catedral, cruzó una plaza pequeña con un crucero de piedra en el centro, y se detuvo frente a una casa de tres plantas con la fachada de granito ennegrecido por los siglos. La calle, en penumbra a esa hora, estaba casi vacía. Una mujer mayor, sentada en una silla baja a la puerta de un portal vecino, los miró con la curiosidad neutral de los vecinos antiguos del casco viejo. No saludó. No preguntó. Solo miró.

—Es aquí.

Tareixa abrió el portal con una llave grande de hierro que sacó del bolsillo del abrigo, sin esfuerzo, como quien abre la puerta de su propia casa. La cerradura giró con un chasquido limpio. La puerta de madera oscura, vieja, se abrió hacia un zaguán estrecho de losas grises, mal iluminado por una bombilla amarillenta colgada de un cable corto.

—Es de un primo mío —dijo Tareixa, mientras subían—. Xoán vive aquí desde hace cuarenta años. La casa se la dejó mi tío, que era amigo suyo. Cuando mi tío murió, le pasó el contrato a Xoán. Renta antigua, casi nada al mes. Compostela funciona así. Los amigos se cuidan unos a otros sin firmar muchos papeles.

Subieron por una escalera de piedra, sin ascensor, hasta el segundo piso. Los escalones estaban gastados en el centro, hundidos por la pisada de generaciones. La barandilla de hierro forjado conservaba algunas curvas modernistas del siglo diecinueve. En cada rellano había una sola puerta, sin nombre en la placa, solo el número del piso pintado a mano sobre la madera.

Tareixa tocó dos golpes secos en la puerta del segundo y, sin esperar respuesta, entró.

—Xoán. Soy yo.

Una voz contestó desde dentro, ronca, muy lenta.

—Pasa, *miña*. Pasa con ellos.

La casa olía a leña, a aceite de oliva, a libro viejo. El recibidor era estrecho, con un perchero de madera oscura. Tareixa colgó allí los abrigos. Después los condujo a un cuarto al fondo del pasillo.

Por el camino, Adrián vislumbró otras puertas entreabiertas. Una cocina pequeña, con un fogón de leña encendido y una olla pequeña humeando despacio sobre la chapa. Un dormitorio sencillo, cama de hierro, una mesilla con una lámpara baja, un crucifijo de madera sobre el cabecero. Una sala vacía, sin muebles, con el suelo de tarima clara y, en el centro, un baúl viejo cerrado con candado. Una casa pequeña, ordenada, con la economía de espacio de los que han vivido siempre solos.

Llegaron a la sala del fondo.

Era una sala pequeña. Tres ventanas altas que daban a una calle interior, ahora con los postigos a medio cerrar. Una chimenea de hierro encendida, con la leña ardiendo con parsimonia, sin llama viva, dando un calor sordo, denso. Las paredes, encaladas, casi vacías. Un cuadro pequeño con una imagen muy gastada del Apóstol,

casi un grabado, con marco de madera oscura. Un crucifijo de madera sobre la puerta. Y, al fondo, en una butaca alta junto a la ventana, Xoán Ferro.

Adrián se quedó un momento sin moverse.

Era un hombre muy mayor. Ochenta y nueve años, había dicho Tareixa, pero parecía más. La piel translúcida, casi azul en los pómulos. Una manta de lana sobre las piernas, gris, deshilachada en uno de los bordes, claramente vieja, claramente cuidada. Llevaba una camisa de franela gris y una chaqueta de punto marrón sobre los hombros, no abotonada, dejada caer como un chal. Los ojos cerrados. Pero las manos, sobre el regazo, estaban quietas y firmes, como manos que aún sabían lo que hacían. Manos largas, de dedos delgados, con las uñas cortadas con cuidado.

—Xoán, te traigo a Adrián y a Clara —dijo Tareixa—. Acaban de llegar.

Xoán Ferro abrió los ojos.

Eran ojos blancos, completamente blancos, sin pupila visible. Adrián recordó, sin querer, los ojos de Tomás Beltrán en Sevilla, hacía dos años, cuando subió a la sacristía detrás de Salvatierra. Pero los ojos de Xoán eran distintos. No solo ciegos. Eran ojos que parecían mirar hacia dentro. Ojos de un hombre que había estado escuchando antes de que ellos llegaran y que escuchaba ahora, con la atención que muchos hombres con vista no tenían nunca a lo largo de su vida.

—Acércate, Adrián.

Adrián se acercó. Xoán le tendió una mano, sin levantarse de la butaca. Adrián se la dio. Xoán la apretó un momento, sin fuerza, solo el tiempo justo para reconocerlo.

—Mucho he oído de ti.

—Y yo de usted.

—Salvatierra siempre me hablaba bien. Tomás también, cuando vivía. Decían que escuchabas mejor que la mayoría.

Adrián no supo qué responder. Inclinó un poco la cabeza, sin pensar que Xoán no podía verlo.

—Sí. Has inclinado la cabeza —dijo Xoán, con una sonrisa pequeña—. Lo he notado por el aire que has movido. Los ciegos, *meu*, oímos los gestos. Si bajas la barbilla, oigo el aire desplazarse. Si la subes, también. Es una de las pocas cosas útiles que la ceguera enseña.

Adrián sonrió. Era la primera vez que sonreía aquella tarde.

—Acerca a Clara también.

Clara se aproximó. Xoán le tendió la mano. Cuando ella la tomó, Xoán cerró un momento los ojos.

—Tienes la mano fría, *miña*.

—Es invierno.

—No es por eso. Es la mano de quien ha perdido a alguien hace poco.

Clara se quedó muy quieta.

Xoán le sostuvo la mano un momento más. Después la soltó, despacio.

—No diré el nombre. Pero estaba contigo. Y se fue. ¿Hace cuánto?

Clara tardó en responder.

—Cinco meses.

—¿Persona? ¿Animal?

—Animal.

Xoán asintió.

—De los que cuentan más que las personas, a veces. Lo siento.

—Gracias.

Clara apartó la mano sin brusquedad. Adrián la miró. Sabía a quién se refería: Moro, el galgo, había muerto en Barcelona en julio. Una infección que no respondió al tratamiento. Habían pasado los últimos cuatro días con él y, al final, Clara lo había sostenido durante la inyección final, en la consulta del veterinario, y se había quedado sentada con él hasta que el cuerpo se enfrió. Adrián le había escrito esa misma noche desde Sevilla. Pero solo habían hablado por teléfono. No se habían visto desde entonces hasta el martes anterior, en Madrid.

Nadie contestó.

Tareixa, que se había quedado de pie junto a la puerta, hizo un gesto a Adrián para que se sentaran. Había dos sillas frente a la butaca de Xoán, dispuestas de antemano, y un taburete bajo a un lado para Tareixa. Adrián y Clara se sentaron. Tareixa, en el taburete.

—Tareixa, *miña*. Trae el caldo y tres tazas. Y vino para los chicos, si quieren.

Tareixa salió.

Xoán esperó hasta oír sus pasos por el pasillo. Después dijo, en voz más baja:

—Tareixa es buena chica. La quiero como a una nieta. Pero hay cosas que tengo que decir solo a vosotros dos. Hoy. Si me da el cuerpo.

Adrián asintió, aunque sabía que Xoán no podía verlo.

—Le escuchamos.

Xoán cerró los ojos otra vez. Tardó un buen rato en hablar. La leña, en la chimenea, crujía despacio. Por la ventana entraba un ruido lejano: el de una campana de un convento próximo, no la de la Catedral, que daba con un ritmo distinto y un tono más alto.

—Tengo ochenta y nueve años. Cumplo noventa en marzo, si llego. No voy a llegar.

Adrián abrió la boca para decir algo, pero la cerró otra vez. No dijo lo que iba a decir, que era una cosa cortés y tonta de las que se dicen cuando alguien anuncia su propia muerte y uno no tiene aún el oficio de aceptarla. Calló.

—No es queja. Es información. Tú me preguntarás cosas y yo te las contestaré mientras pueda. Pero quiero que sepas que tengo prisa. Yo no la tengo. La tiene mi cuerpo. Es distinto.

Adrián asintió.

—De acuerdo.

—La primera cosa que tengo que deciros, antes de Tareixa volver, es que el solsticio que viene es el último mío.

Adrián se quedó quieto.

—Llevo cuarenta y tres solsticios en el oficio compostelano. He hecho mi trabajo cada uno de ellos. Cuarenta y tres veces la noche del veintiuno de diciembre, en mi sitio, haciendo lo que me corresponde. El veintiuno de diciembre que viene haré el último. Y luego ya no.

—¿Va a estar usted ahí? —preguntó Clara.

—Voy a intentarlo. Pero si no llego, no llego. Y si no llego, hay que tener prevista la sustitución. Por eso esta tarde tenéis que estar aquí. Por eso os he hecho llamar.

—¿Y por qué nos lo dice a nosotros?

Xoán abrió los ojos. Los volvió hacia donde estaba Adrián, aunque no lo viera.

—Porque tú vas a ir, Adrián. En mi lugar, si yo no llego. Y aunque yo llegue.

Adrián tardó un momento en entender.

—¿Yo?

—Tú.

—Pero yo no soy de la red de Compostela. Soy de Sevilla.

—Eras de Sevilla. Ahora eres de la red. Toda. La red es una sola, aunque tenga formas distintas según el lugar. Tú lo sabes, aunque hagas como que no lo sabes.

Adrián calló.

Xoán siguió hablando, más sin acelerar. La voz iba ganándose a sí misma, palabra a palabra, con un esfuerzo que se notaba pero que no se quejaba.

—El solsticio es la noche del oficio compostelano. La noche en que se canta lo que no se canta en ningún otro lado. La noche en que el botafumeiro grande se balancea sin que nadie lo empuje. La noche en que las siete urracas del Pórtico se vuelven nueve.

Adrián se inclinó hacia delante.

—¿Cómo se vuelven nueve?

Xoán sonrió, levísimamente.

—Eso no se cuenta. Eso se ve.

—¿Y yo voy a verlo?

—Tú vas a verlo. Y Clara también, si quiere ir.

Clara asintió, en silencio.

Xoán cerró los ojos otra vez. Pareció cansado. Adrián lo miró un momento. La piel translúcida, las venas apenas marcadas en las sienes, los párpados delgados que se movían casi imperceptiblemente bajo la piel. Era la cara de un hombre que había estado mucho tiempo solo en sí mismo y que, ahora, decidía abrirse a dos desconocidos por motivos que él entendía y que ellos no entendían aún.

—La segunda cosa que quiero deciros, antes de que Tareixa vuelva, es esta. Hay alguien en la red compostelana que está rompiendo el silencio.

Adrián no se movió. Clara tampoco.

—Aurea lo sabe —siguió Xoán—. Fabián lo sabe. Yo lo sé. Tareixa no lo sabe todavía. No queremos que lo sepa antes del solsticio.

—¿Por qué?

—Porque Tareixa es la que canta. Y la voz no puede saber según qué cosas mientras canta. La voz se lleva un peso que el corazón no puede.

Adrián entendió.

—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?

—Nosotros, no. Vosotros. Vosotros tenéis que descubrir quién es. Tenéis que descubrirlo antes del solsticio. Para que la noche del veintiuno se pueda hacer lo que se ha de hacer sin que el otro lo sepa.

—¿Y luego?

—Luego, la red decidirá.

Hubo un silencio.

Adrián tardó en formular la pregunta siguiente. La leña crujió. Una voz lejana, en la calle interior, gritó algo en gallego, una llamada, a lo mejor una madre llamando a un niño. Otro silencio.

—Don Xoán. ¿Aurea tiene una hipótesis ya?

Xoán abrió los ojos otra vez. Se quedó mirando hacia el techo, aunque no lo viera. La pintura del techo, blanca, con manchas de humedad cerca de la esquina norte.

—Aurea tiene una certeza. Pero no tiene la prueba. Por eso os necesita. Y por eso no os ha dicho el nombre todavía.

—Severo Anllóns.

Xoán no se movió.

—No has dicho el nombre, Xoán —añadió Adrián, después de un momento—. Lo he dicho yo. Para no ponerle a usted en el compromiso.

Xoán esperó un momento. Después sonrió, esta vez más entera.

—Has aprendido.

—Sí.

—Has aprendido bien.

Adrián sintió un peso pequeño, raro, en el pecho. Algo entre la satisfacción y una especie de tristeza que no supo explicar. Era la sensación de haber hecho bien una cosa que él habría preferido no tener que aprender.

Tareixa volvió. Traía una bandeja con una cazuela pequeña, tres tazas de barro, dos copas pequeñas de vino blanco, y un trozo pequeño de pan moreno cortado en rebanadas finas. Lo dejó todo sobre una mesa baja entre las sillas y la butaca. Sirvió el caldo, primero a Xoán, después a Clara, después a Adrián. Sirvió ella misma su taza al final.

—Vino para los chicos también —dijo Xoán.

Tareixa sirvió las dos copas. Adrián cogió la suya. Olía a vino blanco joven, áspero, gallego, con un fondo de pera.

—Salud —dijo Xoán, levantando la taza de caldo con las dos manos, con cuidado. La taza temblaba un poco entre los dedos, pero

no derramó.

—Salud.

Bebieron.

El caldo era espeso, caliente, con unto, con grelos, con un trozo pequeño de jarrete. Adrián no había comido caldo así nunca. Tomó una cucharada. Después otra. Le entró por dentro una calidez que no esperaba, una calidez densa, animal, distinta del calor de las sopas que él conocía. Sevilla no tenía caldo. Sevilla tenía gazpacho, salmorejo, ajoblanco. Las sopas calientes de Sevilla eran cosa de los conventos, no de las casas. El caldo, aquella tarde, lo entendió como una cosa concreta de Galicia, una manera de pasar el invierno que requería frío de fuera y leña dentro y tiempo lento.

Xoán comió sin prisa, ayudándose de Tareixa, que de vez en cuando le sostenía la taza para que no se le derramara. Tareixa hacía esos gestos sin solemnidad, como una nieta de pueblo que ayuda a su abuelo sin decirle que le está ayudando.

Hablaron de cosas pequeñas durante un rato. De la lluvia. De las campanas del convento de San Martín, que se oían a través de las ventanas, y que Xoán identificó por el ritmo: dos toques rápidos seguidos de uno, repetido tres veces, una llamada a vísperas que en San Martín se hacía siempre así desde que él se acordaba. De Tomás Beltrán, al que Xoán había conocido brevemente en una visita que el campanero ciego de Sevilla había hecho a Compostela, hacía ya muchos años.

—Tomás venía despacio —dijo Xoán—. Nunca nos veíamos mucho. Pero cuando coincidíamos, no necesitábamos hablarnos demasiado. Los ciegos viejos hablamos poco. Lo importante lo damos por hecho. El primer ciego al que conocí en mi vida fue mi tío abuelo, que se quedó sin vista durante la Guerra. Él me enseñó, siendo yo niño, que un ciego viejo no necesita explicar todo lo que sabe a otro ciego viejo. Es una cosa que ya no se aprende mucho. La gente con vista habla más, en general. La gente con vista cuenta cosas que ya están dichas.

—¿Le costó morirse a Tomás? —preguntó Adrián, casi sin pensar la pregunta.

Xoán se quedó un momento callado.

—Tomás murió bien. Aurea me lo contó cuando llegó la noticia. Murió en Sevilla, al amanecer, después de tocar la campana mayor. Como debía morirse. Me alegré de oírlo. Es la muerte que esperamos los del oficio. No todos tenemos esa suerte.

—¿Cómo querría morir usted?

Xoán sonrió un poco.

—Esa pregunta es para ti, Adrián, antes de para mí. Yo ya sé cómo voy a morir. Sé la cama en la que voy a morir y, seguramente, el día. Lo siento cerca. La pregunta interesante es la del otro: cómo se quiere morir uno cuando uno aún está empezando.

Adrián no contestó. Se quedó mirando la taza de caldo.

—Yo, *meu* —añadió Xoán, después de un momento—, querría morir como Tomás. Con la mano puesta en una cuerda de campana. Dándole al badajo el último golpe. Pero no creo que se me dé. Me voy a morir en esta butaca, probablemente, o en la cama, mientras Tareixa entra a traerme el caldo y se da cuenta de que ya está frío el cuerpo. No es tan poética. Pero está bien también.

Clara los miraba a los dos con una atención silenciosa. Tareixa, en su taburete, comía despacio el caldo, con la mirada baja. Era una conversación que quizá había escuchado, en distintos momentos, varias veces durante los últimos años.

Cuando Xoán terminó la taza de caldo, Tareixa se la quitó con cuidado. Le ajustó la manta sobre las piernas.

—Has hablado mucho hoy. Tienes que descansar.

Xoán negó, un punto, con la cabeza.

—Aún no.

—Xoán…

—Dame un poco más.

Tareixa lo miró. Después miró a Adrián. Después se sentó al pie de la butaca, en el taburete bajo, con los brazos cruzados, en silencio. No insistió. Sabía cuándo Xoán pedía un poco más. Lo había aprendido en muchos meses de cuidados.

Xoán se volvió hacia donde estaba Adrián.

—Hay una última cosa que quiero darte hoy.

—Le escucho.

—Acércate.

Adrián se levantó de la silla. Se acercó a la butaca. Se quedó de pie junto a Xoán.

—Mete la mano en el bolsillo derecho de mi chaqueta.

La chaqueta de Xoán colgaba del respaldo. Adrián metió la mano en el bolsillo. Tocó algo metálico, frío, pesado. Lo sacó.

Era una llave.

Una llave grande, de hierro, antigua, con la cabeza tallada en forma de espiral. Estaba ennegrecida por el uso de los siglos, pero la palanca seguía limpia, brillante, cuidada. La cabeza, una espiral cerrada en cuatro vueltas, estaba labrada con una precisión que Adrián, restaurador de oficio, reconoció al instante: era una pieza de orfebrería medieval menor, hecha probablemente por un cerrajero del siglo trece que había trabajado para el Cabildo de Santiago. La forma de la espiral no era casual. Era un símbolo viejo, célticobritánico, anterior incluso al cristianismo en esos territorios. La espiral del agua, de los manantiales, del eterno retorno.

—¿Qué es?

—Es la llave de la cripta del Apóstol. La que se usa la noche del solsticio. Solo hay una. La llevaron tres campaneros antes que yo. Y ahora la llevas tú.

Adrián la miró. Le pesaba en la mano. Más de lo que un objeto de ese tamaño debería pesar.

—Don Xoán…

—Llévala contigo desde hoy. Hasta la noche del veintiuno. Esa noche la usarás. Después se la das a Aurea. Ella decidirá quién la lleva al año siguiente.

—Pero… —empezó a decir, sin saber qué.

—No digas nada. Guárdatela.

Adrián se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Le pesó ahí también, contra el costado, distinta del resto del peso de las cosas que llevaba en el bolsillo: la cartera, el cuaderno de notas, la nota de Severo.

Xoán cerró los ojos, despacio.

—Ahora podéis iros. Ya os he dicho lo que tenía que decir.

Tareixa se puso de pie. Hizo un gesto para que se prepararan.

Adrián miró un momento a Xoán. La piel translúcida, las manos quietas sobre la manta, los ojos cerrados.

—Don Xoán. Gracias.

Xoán no abrió los ojos. Pero hizo un gesto pequeño, casi imperceptible, con una mano.

—Vete, *meu*. Vete.

Salieron de la habitación en silencio. Tareixa cerró la puerta despacio detrás de ellos.

En el pasillo, antes de salir, Tareixa se detuvo un momento frente a la puerta de la cocina. La olla que había estado humeando en la

chapa seguía allí, ahora con la lumbre baja, manteniéndose templada. Tareixa miró un momento la olla. Después siguió hacia el recibidor. Cogió los abrigos. Se los pasó.

En el rellano, antes de bajar, ella se quedó un momento parada. Miraba al suelo.

—No le queda mucho —dijo, sin levantar la vista—. Lo sé desde hace meses. Pero hoy ha estado peor que otros días. La voz, sobre todo. La voz le va costando. Hace seis meses hablaba con voz entera. Ahora le tiembla más. No se le nota mucho a primera oreja. Pero a mí, que llevo tres años escuchándolo cada semana, sí.

—¿Crees que llegará al solsticio?

Tareixa no contestó enseguida.

—No lo sé. Quería llegar. Pero ya no estoy segura.

Bajaron las escaleras. Salieron al portal. La calle estaba oscura. Había anochecido sin que ellos lo hubieran notado. Solo la farola de la esquina daba una luz amarilla, baja, que dibujaba sobre las losas mojadas un pequeño círculo de claridad.

Tareixa los llevó al Hostal. Durante el trayecto, Clara fue mirando por la ventana, sin hablar. Adrián tenía la mano metida en el bolsillo interior, sosteniendo la llave de hierro contra el costado. La llave iba enfriándose poco a poco contra su pecho, pero al principio, durante los primeros minutos del trayecto, conservó el calor del bolsillo de Xoán. Adrián la sintió, sin querer, como si fuera el último calor de un cuerpo que se iba.

Cuando llegaron al Hostal, Tareixa los dejó en la entrada. Apagó el motor. Se volvió hacia ellos desde el asiento del conductor.

—Mañana descansad. Pasado mañana, si Aurea me dice algo, os llamo.

—Gracias, Tareixa.

Ella asintió. Se quedó un momento mirándolos.

—Lo que os ha dado Xoán —dijo, en voz baja—, no se lo había dado a nadie en esta generación. Llevaba años esperando para entregarla. La iba a tener Tomás, en Sevilla, pero Tomás murió antes. No la iba a tener nadie de Compostela. La querría en alguien que llegara de fuera y se quedara. Como Adrián.

Adrián la miró.

—¿Como yo?

—Sí. Como tú.

Tareixa sonrió un poco. Era la primera sonrisa entera que le veían desde que la habían conocido. Una sonrisa que se le esparció por la cara más allá de los labios, que se le notó incluso en los ojos.

—Buenas noches.

Y se fue.

Subieron a la habitación en silencio. Clara cerró la puerta. Adrián se quitó la chaqueta. Sacó la llave del bolsillo interior y la dejó sobre la mesa, junto a la jarra de cerámica del agua.

Se quedaron los dos un momento mirándola.

La llave reposaba sobre la madera, quieta. La cabeza tallada en forma de espiral le devolvía un brillo pequeño bajo la luz de la lamparita. La espiral, vista de cerca, no era simétrica. Tenía cuatro vueltas, sí, pero las dos primeras eran más cerradas que las dos últimas. Era una espiral que se abría hacia fuera, despacio, como un manantial que surgiera de la roca.

—Adrián —dijo Clara.

—Dime.

—Te vas a quedar.

Adrián no respondió enseguida.

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

Adrián la miró.

Clara estaba de pie junto a la mesa, con las manos cruzadas sobre el pecho. No estaba enfadada. No estaba triste. Estaba viendo algo que, para ella, ya estaba decidido. Tenía esa manera particular de leer a Adrián que solo dos años de trabajo común le habían enseñado: una manera que prescindía a veces de las palabras de él y se quedaba con los gestos, con la respiración, con los silencios pequeños.

Adrián tardó en hablar.

—Lo iremos viendo.

Clara bajó la cabeza. No insistió.

Después se acercó a la cama, se sentó al borde, se quitó los zapatos. Adrián la miró. Pensó, sin querer, que era la primera vez en cinco meses y once días que la veía quitarse los zapatos. Era una observación ridícula. Pero la tuvo, y le pesó.

—Voy a por mi cuarto —dijo Clara, levantándose—. Nos vemos abajo a las nueve para cenar.

—De acuerdo.

Cuando Clara cerró la puerta, Adrián se quedó solo en la habitación. Se sentó al borde de la cama. Cogió la llave. La sostuvo en la mano. La giró un par de veces. Después la dejó otra vez sobre la mesa.

Y entendió, de pronto, sin poder evitarlo, que aquella conversación, breve, casi sin palabras, era el principio de la despedida. Que las cosas que iban a pasar en las próximas tres semanas iban a llevarles por separado. Que la llave, encima de la mesa, no era solo una llave de hierro y de espiral antigua. Era la primera versión visible de un destino que él aún no había nombrado.

Fuera, en algún convento próximo, sonaron las nueve. Cuatro toques rápidos, una pausa, un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

Adrián cerró los ojos.

Y se dijo, en voz baja, casi sin moverlos los labios:

—Tomás. Estarías de acuerdo con esto.

Era la primera vez en siete meses que le hablaba al campanero ciego de Sevilla.

Y, de algún modo, sintió que Tomás, allí donde fuera que estuviera, lo había oído.

Capítulo 6 · El cuaderno y la grieta

El día siguiente fue un día sin Aurea.

Tareixa los recogió a media mañana en el Hostal y los llevó al archivo, pero Aurea no estaba allí. Una nota sobre la mesa, escrita a mano con la misma letra cuidada que Adrián había aprendido a reconocer en los dos primeros días, decía:

> *No vendré hasta la tarde. Trabajad solos. Tareixa os ayudará si necesitáis algo. He dejado las carpetas. La transcripción mecanografiada está en la carpeta verde, debajo del montón. A.*

Tareixa abrió las carpetas. Sobre la mesa larga, ordenada con la pulcritud de Aurea, había seis carpetas grises y una carpeta verde, esta última al fondo. Tareixa las distribuyó en abanico, una al lado de la otra, sin tocar el contenido. Después se sentó frente a Adrián y Clara, con los brazos cruzados, como había hecho la primera mañana.

—Aurea os ha dejado el material de Mateo. Las grises son las fotocopias de las páginas que sí tenemos. La verde es la transcripción mecanografiada del cuaderno completo, hecha hace dos años, antes de que faltaran las páginas. Ahí están las páginas que ya no tenemos, transcritas. Os pueden servir.

—¿La hizo Aurea? —preguntó Clara.

—No. La hizo Severo Anllóns.

Tareixa lo dijo sin tono, sin enfatizar el nombre. Era una afirmación informativa. Adrián la miró un momento. Tareixa le devolvió la mirada con una calma que parecía deliberada.

—Lo digo porque vais a verlo escrito en la primera página de la transcripción. *Transcripción realizada por S.A.V.* Aurea no hace

transcripciones. Severo lleva treinta años haciéndolas. Es el mejor paleógrafo del Cabildo. Lo que hizo con el cuaderno de Mateo es uno de los trabajos más completos que ha hecho en su vida.

—¿Lo conoces a Severo?

Tareixa tardó un momento.

—Lo conozco. Me dio clase en la Universidad cuando yo estudiaba el máster en Patrimonio. Es un hombre brillante. Y un buen profesor. Yo le tenía cariño cuando tenía veintiséis años. Lo sigo teniendo.

—¿Sigues teniéndolo?

—Sí.

Adrián la miró un momento más. No insistió. Clara tampoco. Tareixa había puesto, con esa frase, una marca pequeña que Adrián guardó para más adelante: *Sigo teniéndolo*. Era una afirmación en presente. Era una manera de marcar territorio sin marcarlo.

Adrián y Clara se sentaron a la mesa. Adrián abrió la carpeta verde. La transcripción mecanografiada estaba escrita con una máquina antigua, no con ordenador, en hojas blancas pautadas a mano. La primera página, en efecto, llevaba en la esquina superior derecha una pequeña anotación a tinta: *Transcripción y comentarios: S. Anllóns Vilas, archivero. Diciembre, año dos mil veintidós. Cabildo de Santiago*.

Adrián pasó las páginas con cuidado. Cada folio mecanografiado correspondía, en línea recta, a un folio del cuaderno original. La transcripción incluía no solo el latín original, sino también una traducción al castellano debajo de cada párrafo, con las notas de Severo en los márgenes a tinta, en su caligrafía cuidada y redonda.

—Es un trabajo serio —dijo Clara, mirando por encima del hombro de Adrián.

—Lo es.

—Mira las notas.

Adrián miró. Las notas marginales eran densas, eruditas, comparativas. Severo había cotejado el cuaderno de Mateo con otros cinco o seis manuscritos catedralicios del siglo doce y trece. Había marcado coincidencias léxicas, paralelismos sintácticos, citas implícitas. Era un trabajo que un editor académico habría aceptado de inmediato, después de ínfimos retoques, como edición crítica.

Estuvieron repasando, página a página, todas las fotocopias que Aurea les había leído los días anteriores, contrastándolas con la transcripción de Severo. Adrián se concentró en las menciones a la

cripta del Apóstol y a la piedra anterior al edificio. Clara se ocupó de las páginas de Aldonza de Lestedo y del solsticio.

A la una y media, Clara levantó la cabeza.

—Adrián.

—Dime.

—Hay algo que no me cuadra.

Adrián dejó la página que tenía delante.

—¿El qué?

Clara extendió varias fotocopias sobre la mesa, ordenadas por número de página. Después extendió, al lado, las páginas correspondientes de la transcripción mecanografiada de Severo.

—Mira. Aurea nos dijo el martes que las páginas que faltan son de la ochenta y siete a la noventa y ocho. Doce páginas seguidas, arrancadas en bloque.

—Sí.

—Pero si miras bien la numeración del cuaderno, hay un detalle raro.

Adrián se inclinó.

Clara señaló con el dedo el ángulo superior derecho de cada página. La numeración estaba escrita allí, en romanos pequeños, en tinta marrón, en la letra cuidadosa del escultor. Cada folio tenía su número. Cada folio tenía una pequeña uniformidad caligráfica.

—Mira la página ochenta y seis.

Adrián miró. La numeración era clara: *lxxxvi*.

—Y ahora la noventa y nueve.

Clara le mostró otra fotocopia. La numeración: *xcix*.

—¿Y?

—Pasa los ojos por las dos. ¿No ves nada raro?

Adrián las miró atento. Las dos páginas tenían la misma letra, la misma tinta, el mismo tipo de pluma. Lo único que cambiaba era el número. Examinó la separación de las letras, la inclinación del trazo, el grosor de la línea. Todo era homogéneo. Si había una variación, no se notaba.

Tareixa, que estaba al otro lado de la mesa, se acercó.

—¿Qué pasa?

Clara extendió una fotocopia más, una hoja de la transcripción mecanografiada de Severo, correspondiente a la página noventa y dos.

—Severo hizo la transcripción del cuaderno completo cuando lo recibieron, hace dos años. Antes de que faltaran las páginas. Aquí está la transcripción de las páginas que ya no tenemos.

—Sí —dijo Tareixa—. Eso lo sabíamos.

—Pero la transcripción tiene una nota marginal. Mirad.

Adrián se inclinó otra vez. En el margen de la transcripción, en una hoja correspondiente a la página noventa y dos del cuaderno original, había una pequeña anotación a lápiz, casi imperceptible. La caligrafía no era la de las notas a tinta de Severo. Era una letra distinta, más rápida, más nerviosa, escrita con un lápiz duro que apenas había marcado el papel. Cuatro palabras.

¿Página añadida tras enc.?

Clara la señaló.

—Esto no lo escribió Mateo. Esto lo escribió alguien que transcribió el cuaderno y se hizo una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—Si la página noventa y dos era una página añadida con posterioridad. Después de la encuadernación original.

Adrián tardó un momento en entender.

—¿Quieres decir que alguien metió una página en el cuaderno, después?

—Quiero decir que es posible. Y si esa página fue añadida tarde, no la escribió Mateo. La escribió otra persona. En otra época. Con otra letra.

Tareixa frunció el ceño.

—Esa nota a lápiz no es de Severo. La caligrafía es distinta.

—Por eso lo digo. Severo redactó la transcripción a tinta, con su letra cuidada. La nota a lápiz, en el margen, la añadió otra persona. Probablemente un colaborador suyo, o alguien a quien él le pasó la transcripción para que la revisara. La pregunta es cuándo se añadió, y por qué.

Adrián se quedó pensando.

—¿Has comparado la nota a lápiz con la letra de alguno de los del oficio?

—Aún no. Pero la letra es de mujer, casi seguro. La inclinación, el cuidado en las terminaciones, el tamaño general. Es una letra de mujer mayor. Educada. Seguramente una archivera con experiencia.

—Aurea —dijo Tareixa, en voz baja.

—Aurea —dijo Clara.

Se hizo el silencio.

—Si la nota es de Aurea —dijo Adrián, despacio—, eso significa que ella ya tenía, hace tiempo, una sospecha sobre esa página concreta. Que pensaba que la página noventa y dos estaba añadida con posterioridad. Y que lo apuntó al margen de la transcripción de Severo, en lápiz, para no marcarlo en tinta. Como una pregunta para sí misma, no como una afirmación.

—Sí.

—¿Y por qué le habría preocupado esa página en concreto?

—Eso todavía no lo sé —dijo Clara—. Pero mirad esta otra.

Pasó las páginas de la transcripción hasta la noventa y nueve, la primera que volvían a tener después del hueco. Era una página corta. Tres párrafos, en la transcripción mecanografiada de Severo, con la traducción debajo. La página decía:

> *«Fui hoy con el maestro Bernal a ver la cantera de la que se sacó la piedra de la columna mayor del crucero. Es una cantera que ya no se trabaja. Está cerca de la aldea de Lestedo. Pasé un rato hablando con un viejo cantero retirado, que me contó cosas que no había oído antes. Me dijo que la piedra de aquella cantera no se sacaba nunca por la noche, ni en luna nueva, porque las piedras que se sacan a oscuras dan mala suerte al edificio que las recibe. Yo le pregunté si eso era cosa antigua o cosa de su época. Me dijo que era de antes de él. Que su abuelo se lo había dicho, y el abuelo de su abuelo. Lo apunto aquí porque me parece curioso.»*
>
> *«Aldonza me ha pedido hoy que vaya con ella mañana al manantial de la fuente del crucero, donde se mezcla el agua de la cripta con el agua de la lluvia. Quiere que vea una cosa. No me ha dicho qué.»*
>
> *«Hoy no he ido. Aldonza ha bajado sola. Cuando ha vuelto, ha pasado a verme y me ha dicho lo que vio. La página antes lo recoge.»*

Clara levantó la cabeza.

—¿Lo veis?

Adrián cerró los ojos un segundo.

La página antes lo recoge.

—La página noventa y ocho —dijo—. La última del bloque arrancado.

—Sí.

—Mateo escribe en la noventa y nueve que Aldonza le contó lo que vio en el manantial. Y dice que lo importante está en la página de antes. Que es justo la última que falta.

—Sí. Eso es lo importante.

—¿Por qué?

Clara cogió otra página, esta vez una fotocopia: la ciento dos, una de las posteriores al hueco. Aldonza de Lestedo se mencionaba allí en una sola frase:

> *«Aldonza ha cantado lo de costumbre el veintiuno. Lo ha hecho con la voz fatigada de quien lleva años haciéndolo y sabe que no le quedan muchos. Yo estuve, como siempre. Pero esta vez no fue como siempre. Algo había cambiado. Aldonza me lo dijo después, junto a la fuente. Y yo le contesté lo que le contesté. La página antes lo recoge.»*

Clara levantó la cabeza otra vez.

—¿Lo veis?

Adrián cerró los ojos un segundo.

La página antes lo recoge.

—La página ciento uno —dijo—. Que sí tenemos.

—Que sí tenemos. Y que no dice nada. Es una página de cuentas de cantera: jornales, carros de piedra, nombres de peones. Nada.

Adrián se quedó callado un momento.

—Entonces la fórmula no siempre apunta a la página anterior.

—No. Apunta a la página anterior *del cifrado*, no del cuaderno. Mateo cuenta y salta. Cuando dice *la página antes lo recoge* está diciendo: búscalo en el sitio donde ya lo escribí, y ese sitio no es el que tú crees. En la noventa y nueve, la de antes era la noventa y ocho, y estaba dentro del bloque. En la ciento dos, la de antes no es la ciento uno: es la anterior de la serie. La noventa y ocho otra vez.

—Todas las flechas apuntan al mismo sitio.

—Todas.

—Y ese sitio ya no está.

—Ya no está.

Nadie añadió nada.

—Mateo está cifrando. Está usando una expresión recurrente, *la página antes lo recoge*, para apuntar a las páginas concretas donde

escribe lo importante. No lo escribe en el sitio que dice escribirlo. Lo escribe siempre una página antes de mencionarlo.

—Sí. Y por eso, quien arrancó las páginas, sabía exactamente qué se llevaba. No fue arbitrario. No se llevó un bloque amplio para tapar el rastro. Se llevó las páginas exactas donde se cifra lo del solsticio.

—Y la página noventa y dos —añadió Adrián, despacio—, la que se añadió con posterioridad, según la nota de Aurea, está también dentro del bloque. Lo cual significa que quien arrancó las páginas se llevó, de un tirón, la única página del cuaderno que no había escrito Mateo.

—Sí.

—Y la nota de Aurea, en lápiz, indica que Aurea sospechaba, antes incluso del robo, que esa página era distinta de las demás.

—Sí.

—Lo cual significa que Aurea tiene una hipótesis sobre el contenido de esa página añadida. Y probablemente sobre quién la añadió. Y probablemente sobre por qué.

—Sí.

Nadie dijo nada durante un rato.

Tareixa los miraba a los dos sin decir nada. Después se levantó, despacio, y caminó hasta la ventana del despacho. Se quedó mirando hacia el patio interior, sin hablar, durante varios minutos. Adrián la miró un momento. Tareixa tenía los hombros un poco más caídos que antes. La luz lateral, que entraba blanca por la ventana, le daba en el lado izquierdo de la cara y dejaba el derecho en sombra.

—Adrián. Clara —dijo después de un rato, sin volverse—. ¿Os dais cuenta de lo que estáis haciendo?

Adrián levantó la vista.

—¿De qué?

Tareixa se volvió. Tenía la cara seria, no incómoda, pero seria.

—De que en cuatro días habéis encontrado, sin tener el cuaderno completo, sin saber el contexto y sin que Aurea os haya guiado, lo que la red compostelana no ha sido capaz de articular en dos meses.

Clara la miró.

—¿No lo había articulado?

Tareixa sonrió un poco, sin alegría.

—Lo había sospechado. Pero nadie lo había puesto sobre el papel así, con esa claridad. Aurea es muy cuidadosa cuando alguien de la red puede estar implicado. No le gusta apuntar a ningún nombre

antes de tener todo en su sitio. Y por eso lleva dos meses dando vueltas sin avanzar, salvo en silencio.

—Y nosotros, sin saber a qué nombre apuntar, hemos avanzado.

—Sí.

Hubo un silencio.

Adrián se quedó mirando la página que tenía delante. La transcripción mecanografiada, con la pequeña anotación a lápiz en el margen. *¿Página añadida tras enc.?*

Volvió a mirar la transcripción al completo. Pasó las páginas con cuidado. Llegó al final. La última página de la transcripción tenía, en el reverso, la fecha de finalización del trabajo y una firma manuscrita, también de Severo: *Severo Anllóns Vilas, archivero del Cabildo de Santiago. Concluido el día catorce de diciembre del año dos mil veintidós.*

—Catorce de diciembre —dijo Adrián, en voz baja.

Clara lo miró.

—¿Qué pasa con el catorce de diciembre?

—Que fue la fecha en que Severo terminó la transcripción. Hace dos años justos. Aurea, hoy, está en alguna parte que no quiere decir. Quizás está hablando con alguien sobre todo esto. Quizás está preparando el próximo paso.

—Sí.

—Y el catorce de diciembre, hace dos años, Severo terminó la transcripción. Una transcripción exhaustiva, con notas marginales eruditas, lista para publicarse como edición crítica si alguien quisiera publicarla.

—Sí.

—¿Tú has visto que la red haya publicado nunca este tipo de transcripciones?

Tareixa se acercó a la mesa otra vez. Miró la última página.

—No. La red no publica.

—Pero Severo hizo la transcripción.

—La hizo.

—Para el archivo. O para sí mismo. O para alguien.

Tareixa lo miró un momento.

—Para el archivo. Eso, oficialmente. Pero la copia que tenéis en la carpeta verde es una sola. Hay otra. Y otra. Severo siempre hace tres copias de sus transcripciones.

—¿Tres?

—Tres. Una para el archivo. Una para él. Una de respaldo. Es su método. Lo aprendió en su primer trabajo, en Mondoñedo, en los años ochenta, cuando un incendio destruyó la mitad del archivo diocesano y se perdieron transcripciones que había costado años hacer. Desde entonces, Severo siempre hace tres.

—Y la suya, la personal, ¿dónde está?

Tareixa tardó en contestar.

—Puede que en su casa. En su estudio. En la Rúa Nova catorce, primero.

Adrián miró a Clara. Clara, sin decir nada, levantó las cejas.

—La Rúa Nova catorce, primero —repitió Adrián.

—Sí.

—Donde nos ha invitado a cenar mañana.

—Sí.

A las cinco de la tarde, Aurea llegó al archivo. Venía con el abrigo todavía puesto, el bolso colgado del hombro, las gafas mojadas por la lluvia. Se las quitó al entrar y las dejó sobre la mesa.

—Perdón. Se me ha alargado.

Tareixa la miró.

—Aurea. Tienes que ver una cosa.

Aurea se sentó. Tareixa le explicó, con calma, lo que Adrián y Clara habían encontrado. Aurea escuchó sin interrumpir, sin hacer preguntas, asintiendo de vez en cuando. Cuando Tareixa llegó a la nota a lápiz en el margen de la transcripción y a la deducción de Clara sobre quién la había escrito, Aurea bajó la vista y la sostuvo allí durante el resto del relato.

Cuando Tareixa terminó, Aurea se quedó mucho tiempo callada. Después se quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de la silla, y se sirvió ella misma un vaso de agua de la jarra que estaba sobre la mesa.

Bebió un sorbo. Dejó el vaso. Miró a Adrián y a Clara.

—La nota la escribí yo.

—Lo habíamos supuesto —dijo Clara.

—La escribí hace año y medio. Cuando Severo me pasó la copia para el archivo, la leí entera durante dos semanas. Encontré, en la página noventa y dos, ciertas inconsistencias en el latín. Algunas formas verbales más tardías que el resto del cuaderno. Algunos giros que sonaban más a siglo trece que a siglo doce. La escritura, en la fotocopia, parecía idéntica. Pero el latín, no del todo.

—¿Y por qué no lo dijiste a nadie?

—Porque no quería levantar liebres. La hipótesis de la página añadida es una hipótesis fuerte. Implica decir que el cuaderno de Mateo no está, todo, escrito por Mateo. Y eso, si se confirma, cambia muchas cosas. Quería estar segura antes de levantarla.

—¿Y lo estás ahora?

Aurea tardó un momento.

—Lo estoy más. Especialmente desde que faltan las páginas. El hecho de que el bloque arrancado incluya precisamente la página que yo había marcado como sospechosa, y dos páginas más con la fórmula *la página antes lo recoge*, hace que no se trate ya de una sospecha mía. Es un patrón. Y los patrones, en archivística, son la cosa más cercana a una prueba que tenemos.

Hubo un silencio.

Adrián miró a Aurea.

—Aurea, ¿quién añadió la página noventa y dos?

Aurea le sostuvo la mirada un momento.

—No lo sé con certeza. Pero tengo una hipótesis.

—¿Cuál?

—Aldonza.

—¿Aldonza?

—Sí. La cantareira. Quizá la página la añadió ella misma, después de que Mateo encuadernara el cuaderno. Quizás cinco o diez años después. Quizás cuando Mateo ya había muerto. Es la única persona que tendría motivos para añadir una página al cuaderno de él. Y la única que habría tenido acceso, después de que él muriera.

—¿Y qué decía esa página?

—Eso no lo sé. La página, ahora, está perdida. Solo Severo la tuvo en sus manos. La transcribió. Y ahora, encima, ha desaparecido del cuaderno físico. Lo único que tenemos es la transcripción mecanografiada, con su latín sospechosamente más tardío, y lo que la página dice.

—¿Qué dice?

Aurea cogió la carpeta verde. Pasó las páginas hasta encontrar la noventa y dos. La giró hacia Adrián.

—Léelo tú.

Adrián leyó. La página decía, en la traducción de Severo:

«Antes de morir el maestro Mateo, en el año mil ciento noventa y dos del Señor, prometió a Aldonza, mestra cantareira, que él guardaría memoria escrita de lo que ella le había confiado durante los años en que él construía el Pórtico. Aldonza le dijo que confiaba en él, y que confiaba en la piedra. Mateo, en respuesta, le dijo que la piedra confiaría en quien viniera detrás. Tres años después, en el año mil ciento noventa y cinco del Señor, yo, Aldonza de Lestedo, mestra cantareira, escribo en este cuaderno lo que no se me dijo entonces y lo que sé ahora. Lo escribo aquí porque nadie buscará un cuaderno de cantera, porque los canteros no leen, y los hombres que leen no buscan en cuadernos de cantera. Lo escribo en latín porque las mujeres no escriben latín, y por eso las mujeres no son sospechosas. Lo escribo de mi mano, imitando la mano del maestro, que aprendí cuando me enseñaba a escribir mi nombre durante los inviernos en que dejaba de cantar. Lo que sigue.»

Adrián levantó la vista.

—Lo que sigue.

—Lo que sigue —repitió Aurea—. Y luego, evidentemente, no sigue nada en la página. Lo que sigue tendría que estar en la página noventa y tres. Que también fue arrancada.

—Y la noventa y tres también está perdida.

—Sí.

Se callaron los dos.

Clara apoyó las dos manos sobre la mesa.

—Aurea. Eso quiere decir que Aldonza, en el año mil ciento noventa y cinco, escribió en el cuaderno de Mateo lo que el oficio compostelano había estado custodiando durante esos siglos. Lo escribió ella, con la letra de él, para que no se descubriera. Y lo escribió en latín, fingiendo ser un hombre, para que no se sospechara.

—Sí.

—Y ese texto, ese, es el que Severo se ha llevado.

Aurea cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, estaba muy cansada.

—Sí.

—Y todo el resto del cuaderno no es lo importante. Lo importante es lo que escribió Aldonza, no lo que escribió Mateo.

—Lo es.

Adrián tardó un momento en hablar.

—Aurea. La página noventa y dos, con ese preámbulo. ¿Severo entendió, cuando la transcribió, que la había escrito Aldonza?

Aurea se quedó mirándolo.

—Lo entendió. Lo entendió perfectamente. Severo es, de los del oficio, el mejor paleógrafo. Vio el latín tardío. Vio la nota inicial. Y entendió, antes de que yo lo entendiera, que toda la sección entre la noventa y dos y la noventa y ocho la había escrito Aldonza, con la mano de Mateo, en el año mil ciento noventa y cinco. Y entendió que esa sección era el corazón del cuaderno.

—¿Y por qué entonces no se la llevó hace dos años, cuando hizo la transcripción?

Aurea sonrió, apenas, sin alegría.

—Porque aún no había decidido qué hacer con ella. Eso es lo que yo creía hasta hace poco: que lo decidió después, entre marzo y abril del año siguiente, y que esperó hasta hace dos meses para arrancar las páginas. Ahora ya no estoy segura de nada de eso. Lo único seguro es que no es un hombre que arranque páginas con ligereza.

Hubo otro silencio.

—Aurea —dijo Adrián—. Si tú sabes esto desde hace dos meses, ¿por qué no le has confrontado todavía?

Aurea le sostuvo la mirada un rato.

—Porque Severo es amigo mío de toda la vida. Estudiamos juntos. El día que lo ordenaron yo estaba en el tercer banco, y él me buscó con los ojos antes de arrodillarse. Llevamos treinta y cinco años con las mesas a tres metros. Para mí, articular esto es como articular que una parte de mi vida ha sido distinta de lo que yo creía. Por eso necesitaba que lo encontrarais vosotros. Sin que yo os guiara. Para que cuando lo lleve a Fabián, y a la asamblea, no sea la conclusión de Aurea contra Severo. Sea una conclusión externa. Una conclusión que la red no pueda atribuir a un conflicto personal mío.

Clara se sentó frente a Aurea.

—Aurea, ¿qué quieres que hagamos ahora?

Aurea bebió otro sorbo de agua. Se quedó mirando hacia la lámpara verde, que zumbaba muy bajo, con su sonido de transformador antiguo.

—Hay tres cosas.

—Te escuchamos.

—La primera. Esta noche, cuando bajéis al Hostal, no le digáis a nadie lo que habéis encontrado. A nadie. Tampoco a Tareixa, fuera de aquí. Tareixa ya lo sabe, pero no vamos a mencionarlo entre nosotras hasta que pase lo que tenga que pasar.

Tareixa asintió, desde su sitio.

—La segunda. Mañana por la noche iréis a la cena de Severo. Como si no supierais nada. Como si fuera la primera cena con un veterano del oficio que viene a saludaros. No le hagáis preguntas raras. Hablad de Sevilla, de Barcelona, de las restauraciones. Bebed con cuidado. Mirad lo que hay sobre su mesa. Mirad las paredes. Mirad sus libros si os deja pasar al estudio. Pero no dejéis que se note que estáis mirando. Severo es muy listo, y se da cuenta enseguida.

—¿Va a estar Fabián?

—Sí. Y dos canónigos más, según me ha dicho él esta mañana cuando lo he visto en el claustro y le he preguntado, casualmente, qué estaba preparando para mañana. Es una cena con varios invitados. No va a ser una cena íntima. Eso os ayuda.

—¿Y la tercera cosa?

Aurea les sostuvo la mirada largo rato.

—La tercera es que yo voy a empezar a preparar lo que viene después.

—¿Qué viene después?

—Una asamblea. La red compostelana se reúne entera, con Fabián como voz veterana, y se decide qué hacer con Severo.

Nadie dijo nada.

—¿Cuándo? —preguntó Adrián.

—Antes del solsticio. Tiene que ser antes del solsticio. No podemos llegar a la noche del veintiuno con un traidor activo dentro del oficio.

—¿Y qué decisión tomará la asamblea?

Aurea se quedó mirando el vaso de agua.

—No lo sé todavía.

—¿Lo silenciaréis como a Morán?

Aurea la miró.

—Quizás. Pero quizás no.

—¿Por qué no?

Aurea se quitó las gafas. Las dejó sobre la mesa.

—Porque Severo no es Morán.

Adrián la miró.

—¿En qué sentido?

—En que Morán traicionó por dinero y por vanidad. La decisión sobre Morán fue casi mecánica. Severo no traiciona por nada de eso.

—¿Por qué traiciona, entonces?

Aurea dejó pasar un momento.

—Porque cree que tiene razón.

Esa noche, en el Hostal, Adrián se quedó un rato sentado al borde de la cama, sin hablar. Clara se había metido en la suya y leía un libro pequeño que había traído de Barcelona, un libro de poemas de Espriu que no terminaba nunca. La habitación estaba en penumbra, con solo la lamparita de su mesilla encendida.

Adrián tenía la llave de hierro de Xoán Ferro en la mano. La había sacado del bolsillo interior de la chaqueta y la sostenía contra el muslo, sin apretar, solo notando su peso.

Había estado pensando en Severo durante toda la cena, durante toda la vuelta al Hostal, durante toda la última hora. Severo Anllóns Vilas, sesenta y cuatro años, cuarenta de oficio, archivero, canónigo, custodio, amigo de Aurea desde la juventud, amigo de Fabián, amigo, sin duda, de Xoán Ferro. Y la persona que llevaba dos meses arrancando páginas del cuaderno de Mateo y, posiblemente, enviando información a alguien fuera del oficio.

—Clara.

Ella levantó la vista del libro.

—Dime.

—¿Por qué crees que lo hace?

—¿Severo?

—Sí.

Clara dejó el libro sobre el regazo.

—Aurea ha dicho algo importante esta tarde.

—¿Qué?

—Ha dicho que Severo cree que tiene razón. Y eso es una cosa muy distinta de Morán. Morán traicionó por motivos pequeños. Por dinero. Por vanidad. Severo, según Aurea, no traiciona por ninguno de esos motivos.

Adrián asintió.

—Pero entonces, ¿por qué? —insistió.

Clara se quedó pensando.

—Por convicción —dijo, después de un rato—. Solo se arrancan páginas de un cuaderno como ese cuando uno cree, profundamente, que el mundo necesita esas páginas más que el oficio que las custodia.

Adrián se quedó callado.

—Y eso —añadió Clara, más bajo—, lo hace mucho más peligroso. Y mucho más difícil de juzgar. Las traiciones por convicción son las únicas traiciones que la red no sabe cómo gestionar. Las otras, las del dinero, las de la vanidad, las del despecho, esas las gestiona desde el siglo doce. La traición por convicción la rompe.

Adrián levantó la mano. Miró la llave bajo la luz baja de la lamparita.

La cabeza tallada en espiral. El hierro ennegrecido.

Y, debajo, la palanca, brillante y limpia, gastada por el uso de muchos siglos.

—Mañana es viernes —dijo, casi sin darse cuenta.

—Sí.

—Y vamos a cenar en su casa.

—Sí.

Clara cogió el libro otra vez. Se quedó mirándolo sin leer. Pasó una página despacio. Volvió a la anterior.

—Adrián.

—Dime.

—Tengo el presentimiento de que la cena de mañana va a ser distinta de lo que Aurea cree.

Adrián la miró.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Pero Severo sabe que estamos aquí. Sabe por qué estamos aquí. Y nos ha invitado él. Eso no es casualidad. Y un hombre que arranca páginas de Mateo y nos invita a cenar, mientras sabe que estamos investigándole, no es un hombre que se está escondiendo. Es un hombre que está esperando algo.

—¿Qué crees que espera?

Clara cerró el libro.

—Creo que espera que nosotros, o Aurea a través de nosotros, le ofrezcamos una salida. No la del silencio. Otra. Una que él pueda aceptar sin renunciar a lo que cree. Y creo que mañana, en su casa, va a darnos pistas para que entendamos cuál.

Adrián guardó la llave en el bolsillo de la chaqueta, que estaba colgada al pie de la cama. Apagó la lamparita de su lado.

Se quedaron los dos en la oscuridad.

Fuera, sobre las losas mojadas del claustro, la lluvia volvía a caer.

Y Adrián pensó, antes de dormirse, que mañana estaría sentado a la mesa de un hombre al que la red iba a juzgar en cuestión de días. Y

que ese hombre, mientras ellos cenaran, sabría perfectamente que estaban allí para verlo. Aunque hicieran como que no.

Y que él, Adrián, iba a tener que decidir, durante las próximas tres semanas, si la red tenía razón al juzgar a un hombre por convicción. O si la convicción de ese hombre era, en sí misma, una forma de oficio que el oficio mayor no había aprendido aún a reconocer.

No durmió hasta las tres.

Capítulo 7 · Severo Anllóns

La casa de Severo Anllóns estaba en la Rúa Nova, casi al final de la calle, en una de esas fachadas estrechas de granito en las que cada generación había añadido una pequeña reforma sin alterar la estructura medieval del edificio. Una placa de bronce junto a la puerta, sobria, sin lustre, indicaba el nombre del propietario: *Severo Anllóns Vilas*. Encima, una aldaba antigua con forma de mano femenina sosteniendo una bola, oxidada en los bordes pero brillante en la palma por el uso continuado de los siglos.

A las nueve menos cinco de la noche, Adrián y Clara estaban frente a la puerta. Llevaban el abrigo. Llovía despacio, casi sin convicción, una de esas lluvias compostelanas que empiezan tarde y se quedan toda la noche sin convertirse en aguacero, una llovizna que por momentos parecía suspenderse y volverse niebla y enseguida reanudaba la caída.

—¿Llamamos? —preguntó Clara.

—Llamamos.

Adrián golpeó con la aldaba dos veces, suaves.

Abrió el propio Severo.

Era más alto de lo que Adrián había imaginado. Más erguido también. Tendría sesenta y cuatro años, según Aurea, pero parecía algunos menos. Pelo blanco corto, peinado con cuidado hacia atrás. Camisa de algodón blanco, abierta en el cuello, bajo un jersey de cachemir gris oscuro. Pantalón de pana marrón. Mocasines viejos, bien lustrados, gastados en las puntas pero conservados con esmero. La cara, de rasgos finos, con la piel fresca de quien lleva una vida regular, con dos arrugas verticales en el entrecejo que solo se le notaban al sonreír.

—Adrián. Clara. Pasad. Pasad. No os quedéis a la lluvia.

Tenía la voz cálida, baja, modulada con cuidado. Era una voz que invitaba a entrar antes de que uno hubiera decidido si quería entrar. Una voz de profesor que ha enseñado durante treinta años y que ha aprendido a llevar al alumno a su despacho sin levantar la voz, sin gestos amplios, sin urgencia.

Pasaron al recibidor. Severo cerró la puerta detrás de ellos. Les recogió los abrigos y los colgó él mismo en un perchero de madera oscura, con la calma deliberada de un anfitrión antiguo. Adrián, mientras Severo recogía los abrigos, miró el recibidor con cuidado: una alfombra oriental gastada, casi descolorida, sobre el suelo de losa. Una mesa pequeña con una bandeja de plata para correo, vacía esa noche. Un perchero de pie con dos paraguas dentro, ambos negros, ambos con el mango de madera. Un espejo veneciano alto, no muy grande, en cuyo cristal Adrián se vio durante un instante: cara cansada, abrigo en el brazo, los hombros más estrechos de lo que él recordaba.

—Los demás están ya en el salón. Hemos llegado todos puntuales. Una rareza, en Compostela.

Sonrió. Era una sonrisa abierta, fácil, que no exigía respuesta.

Los condujo por un pasillo alfombrado con una alfombra antigua, oriental también, pero distinta de la del recibidor, con tonos rojizos y un dibujo geométrico que se repetía. Las paredes estaban llenas de cuadros pequeños. Litografías del siglo diecinueve, con marcos sobrios. Algunas estampas religiosas: un Niño Jesús de tradición compostelana, una Santa Bárbara con espada y torre, un grabado pequeño de Maestro Mateo —el *Santo dos Croques*— en su versión decimonónica más conocida. Un par de fotografías en blanco y negro, de calidad alta, de paisajes gallegos. Una panorámica del estuario de Cee. Otra de la sierra de O Courel en invierno, con la nieve cayendo sobre los castaños viejos.

—Os iréis fijando. Hay cosas curiosas en estas paredes —dijo Severo, mientras caminaba—. Más adelante, si os apetece, os enseño el estudio. Tengo allí algunas cosas que os van a interesar.

—Con mucho gusto —dijo Adrián.

El salón era amplio, con techo alto y dos ventanales que daban a la calle, ahora cerrados con cortinones de terciopelo verde oscuro caídos a plomo, que aislaban del frío de fuera y daban a la sala una sensación de cápsula cerrada. En el centro, una mesa redonda

preparada para siete. Mantel de lino blanco, copas de cristal, cubiertos antiguos de plata pulida con una pequeña inicial grabada en cada mango: *S. A. V.* Un candelabro de bronce con tres velas encendidas. Servilletas dobladas con un pliegue triangular. Sobre cada plato, una tarjeta pequeña con el nombre del comensal, escrita a mano, en la misma caligrafía cuidada y redonda que Adrián había visto en la nota de la invitación.

Junto a la chimenea, encendida con un fuego bajo de leña de roble, estaban Fabián Lamela, sentado en un sillón con su bastón apoyado en el reposabrazos, y otros dos hombres que Adrián no conocía, los dos con sotana, los dos de unos sesenta años. Uno robusto, con barba blanca corta y ojos azules. El otro alto, delgado, con gafas de lentes redondas y una mano izquierda que apoyaba en el reposabrazos del sofá con una rigidez que sugería que no la usaba mucho.

—Adrián, Clara. Os presento.

Severo señaló al primero.

—El padre Manuel Ouro, canónigo del Cabildo. Lleva con nosotros desde hace… ¿cuántos años, Manuel?

—Treinta y siete —dijo Manuel Ouro, con una voz grave y un castellano de leve acento gallego, el acento que se conserva incluso entre los castellanohablantes nacidos en aldeas del interior—. Los mismos que tú, Severo, más o menos.

—Más o menos. Los mismos. Llegamos al Cabildo casi a la vez. Tres meses de diferencia, creo. Tú en septiembre, yo en junio.

Severo señaló al segundo.

—Y don Anselmo Pereira, también canónigo. Lleva el archivo musical del Cabildo. Es el que más sabe del repertorio antiguo de Compostela. Si Aldonza de Lestedo viviera, habría sido alumna suya.

Anselmo sonrió, modesto.

—No exageres, Severo.

—No exagero. Tu trabajo sobre los códices Calixtinos del siglo trece es citado en cuatro continentes.

—En cuatro países.

—Cuatro continentes.

Anselmo levantó la mano derecha, en un gesto de cesión, y sonrió otra vez. Era evidente que la conversación entre Severo y él tenía esa cualidad doméstica de las amistades de cuarenta años: ninguno de

los dos esperaba en serio que la cifra de Severo fuera correcta, ni Anselmo defendía en serio la cifra suya.

Adrián les estrechó la mano a los dos. Clara también. Fabián lo saludó desde el sillón con un gesto pequeño, un movimiento lateral del bastón en el reposabrazos, casi imperceptible. Era el saludo que Fabián reservaba para los miembros del oficio que sabían leerlo.

—Sentaos, sentaos. Tomemos algo antes.

Severo sacó de una mesita lateral una bandeja con copas pequeñas y una botella de aguardiente. La botella era una botella sin etiqueta, de cristal grueso, con un tapón de corcho viejo. Sirvió a cada uno sin preguntar.

—Es de mi hermana. Lo destila ella, en su pueblo. Aldea de Aspai, en Lugo. Es lo mejor que he probado. Lleva treinta años destilando. Cada año mejora. Este es de la cosecha pasada, de noviembre del año anterior, ya lo bastante reposado.

Adrián cogió la copa. Olió. Era un aguardiente de hierbas, fuerte, limpio, con un fondo dulce que recordaba al heno recién cortado y a la humedad de los huertos del interior gallego. Lo probó. Era, en efecto, mejor que cualquier aguardiente que Adrián hubiera probado en Sevilla, y eso que Salvatierra había mantenido siempre, en su despacho, una colección discreta de aguardientes y orujos de varias procedencias.

—Por la cena —dijo Severo, levantando su copa.

—Por la cena.

Bebieron.

Adrián notó el calor del aguardiente bajándole por el pecho. Severo lo miraba con una sonrisa atenta.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Te llevarás una botella cuando os vayáis. Tengo varias.

—Severo, no hace falta.

—Hace falta. La cortesía de Aspai dice que un invitado al que le ha gustado el aguardiente no se va sin botella. Y mi hermana se ofende si la cortesía no se cumple. Lo siento. No es negociable.

Adrián sonrió. Asintió. La negativa fue solo de cortesía. Severo había vencido sin esfuerzo.

Pasaron a la mesa al cabo de un rato. Adrián quedó sentado entre Severo y el padre Manuel Ouro. Clara, frente a él, entre Fabián y

Anselmo Pereira. La séptima silla, vacía, había sido retirada al salón antes de la cena.

Severo no dijo nada sobre la silla vacía. Adrián pensó, sin querer, que a lo mejor alguien había cancelado a última hora.

La cena fue larga, abundante, sin prisa. Llegó primero, en sopera de loza, una sopa de marisco hecha con caldo de pescado de roca y reducción de almeja, espesa, casi cremosa, con un pequeño picadillo de cebolla pochada en el fondo de cada plato. Después llegó pulpo a feira, servido en plato de madera, con sal gruesa, pimentón dulce y aceite de Verín, hervido en su punto exacto y cortado en rodajas iguales por la mano segura de quien ha cortado pulpo cien veces en su cocina. Después lacón con grelos y patata cocida, en plato hondo, con caldo del cocido vertido por encima, los grelos tiernos por haber sido recolectados hacía menos de tres días en algún huerto del interior. Después costillas adobadas, asadas en horno, con chorizo de Lugo. Y, al final, un postre de tarta de Santiago con azúcar glas espolvoreado por encima dibujando, con la plantilla de la cruz de Santiago, el motivo tradicional.

Vino blanco al principio, un albariño del valle del Salnés, de bodega pequeña. Después un tinto del Bierzo, que Severo descorchó con una ceremonia mínima, sin teatro, oliendo el tapón un instante antes de servir.

Servía él mismo, atento a las copas, atento a si alguien necesitaba pan o sal. La empleada que había traído algunos platos desde la cocina —una mujer mayor, silenciosa, con el pelo recogido en moño bajo— retiraba después los platos vacíos, sin que Severo le dijera nada.

Se habló de muchas cosas durante la primera mitad de la cena. Del tiempo, que era el tema del que en Compostela siempre se hablaba primero. De Fabián, que iba a cumplir ochenta y cuatro en abril y de cómo lo iban a celebrar en el Cabildo: misa solemne, comida con los canónigos, y una conferencia que Anselmo iba a dar sobre el estado de los archivos diocesanos del norte de España, que era el tema que Fabián había pedido para la celebración. De un libro reciente que Anselmo había publicado sobre los códices musicales de las catedrales del norte, libro del que Severo tenía un ejemplar dedicado, sobre el estante de la izquierda de la chimenea, con la dedicatoria visible en la primera página de respeto. De Sevilla. De la Catedral de

Sevilla. De Salvatierra, al que Severo había conocido brevemente, una vez, en un congreso, hacía veinte años.

—Ignacio Salvatierra es un hombre sólido —dijo Severo, mientras servía un poco más de tinto a Adrián—. Tuvimos una conversación corta, en Salamanca, en un congreso de patrimonio. Me pareció uno de esos hombres a los que las catedrales les sientan bien. Algunos canónigos parecen invitados de la catedral. Otros parecen el dueño que se va a quedar más tiempo que la propia catedral. Salvatierra es del segundo tipo.

Adrián sonrió.

—Es buena descripción.

—¿Cómo está él, ahora?

—Bien. Lleva el ritmo de Sevilla. Sigue en el Cabildo. Ya no oficia él tanto, pero sigue dirigiendo la sacristía mayor, supervisando las restauraciones, atendiendo los asuntos litúrgicos importantes. Se cansa antes que hace cinco años. Pero la cabeza la tiene tan despierta como siempre.

—Le tengo cariño, aunque le haya visto tan poco. Es un hombre que se lleva bien con la piedra. La piedra de Sevilla es difícil de querer. Demasiado dorada, demasiado cálida, demasiado teatral. La de Compostela es más parca. Más sobria. Pero entiendo a quienes han sabido vivir con la primera. Salvatierra, sí. Tomás Beltrán, también, pese a ser ciego. Le habría gustado ver Compostela al menos una vez.

—No vino nunca —dijo Adrián—. Yo, una vez, le ofrecí pagarle el viaje. Para que conociera estas catedrales. Me dijo que para él una catedral era un volumen de aire a su alrededor, no una imagen, y que el volumen de aire de Sevilla ya era bastante. No quiso moverse de allí.

—Era un sabio.

—Lo era.

Severo asintió apenas. Bebió un sorbo de vino. Después miró a Clara.

—Y tú, Clara. Archivera de Barcelona. Un trabajo difícil, el que hiciste el año pasado.

Clara mantuvo la mirada.

—¿Qué sabes de lo que hicimos en Barcelona?

—Lo que se sabe en la red. Lo justo. Aurea me contó algo. Fabián me contó otro poco. Yo nunca pregunto más de lo que se me cuenta.

—¿Y eso por qué?

Severo sonrió.

—Porque en este oficio uno aprende pronto que las preguntas crean obligaciones. Si pregunto algo, me obligo a hacer algo con la respuesta. Yo prefiero recibir lo que cada uno quiera contarme. Y agradecerlo. Es una vieja manera, pero todavía funciona.

Hubo un breve silencio. El padre Manuel Ouro intervino, pasando a otro tema, hablando de la próxima Pascua y de la dificultad de organizar los oficios mayores en años no jacobeos, cuando los peregrinos eran menos pero las exigencias litúrgicas no disminuían.

Adrián escuchó todo aquello sin perder de vista a Severo. Lo observaba sin que se notara. Cómo cogía la copa por el tallo, no por la base. Cómo masticaba con la boca cerrada y se limpiaba los labios con la servilleta entre cada bocado. Cómo escuchaba a los otros sin interrumpirlos, asintiendo en los momentos exactos. Cómo aprovechaba las pausas para servir más vino sin que pareciera un servicio. Cómo, cuando reía, el ojo izquierdo se le entrecerraba un instante antes que el derecho. Cómo dejaba el cuchillo cruzado sobre el plato cuando hacía una pausa larga, y paralelo al tenedor cuando había terminado del todo.

Severo era un anfitrión perfecto.

Y eso, en cierto modo, lo hacía más difícil de leer. Adrián no había tenido nunca delante a un canónigo así. Salvatierra era cálido, hospitalario, atento, pero rudo en algunos detalles, y dejaba que sus rudezas se le notaran. Severo no tenía rudezas. O, si las tenía, las tenía guardadas en otra habitación de la casa.

Cuando terminó el postre, Severo se levantó.

—Adrián. Si te apetece, te enseño el estudio. Anselmo, ven tú también. Quiero mostraros una cosa que me llegó la semana pasada.

—Voy —dijo Anselmo.

Adrián se levantó. Miró a Clara un momento. Ella le hizo un gesto pequeño con los ojos. *Ve*.

Pasaron a una habitación contigua, separada del salón por una puerta de doble hoja con cristales esmerilados que dejaban pasar la luz pero no las formas. Severo abrió las dos hojas y los condujo dentro. Cerró las hojas detrás de ellos. El gesto de cerrarlas, decidido, fue lo primero que Adrián tomó nota mental como un detalle a recordar.

El estudio era una habitación más pequeña, totalmente forrada de estanterías, con una mesa grande de madera oscura en el centro y una lámpara baja sobre ella. Las estanterías estaban llenas de libros. Algunos modernos, muchos antiguos. En un lateral, una vitrina con manuscritos pequeños expuestos en su interior, no códices, sino documentos sueltos enmarcados: cartas notariales del siglo dieciséis, ejecutorias eclesiásticas del diecisiete, algún folio iluminado del quince. En la pared del fondo, una ventana que en aquel momento estaba con los postigos cerrados, no por la lluvia sino, sospechó Adrián, por costumbre.

—Esta es mi habitación favorita —dijo Severo, encendiendo una segunda lámpara—. Aquí trabajo. Aquí leo. Y aquí guardo casi todo lo que tiene valor para mí.

Anselmo se acercó a una de las estanterías. Pasó los dedos por los lomos sin tocar.

—Severo, has reorganizado.

—Hace dos meses. Necesitaba sitio para los nuevos.

—¿Qué nuevos?

—Te enseño.

Severo abrió un cajón pequeño de la mesa. Sacó tres carpetas finas, color gris, sin etiqueta, idénticas en formato a las que Adrián había visto en el archivo del Cabildo. Las abrió sobre la mesa.

—Mira esto.

Anselmo se acercó. Adrián también.

Las carpetas contenían fotocopias y notas manuscritas. Adrián reconoció, en una de las páginas, un fragmento de notación musical antigua, neumas adiastemáticos sobre una hoja de pergamino, con la peculiar inclinación lateral característica de los códices del norte de España del siglo doce.

—Estos son tres fragmentos que me ha mandado un colega de Berlín hace dos semanas. Encontrados en una colección privada en Brandeburgo. Los expertos suyos creen que pueden ser de origen ibérico, siglo doce.

Anselmo se inclinó. Estudió la página con una concentración que era casi profesional. Sacó unas gafas de bolsillo, no las que llevaba puestas para leer en general, sino unas más finas, con cristales más graduados, que se sostenían con un clip directamente sobre la nariz.

—Severo. Esto es…

—Sí.

—Esto se parece muchísimo a lo que tenemos en el archivo musical del Cabildo. Códice cincuenta y cuatro.

—Eso es lo que pensé yo. Por eso te pido que lo veas.

Adrián miró los dos. Estaban concentrados en las páginas. Severo tenía una expresión seria, de erudito apasionado. No había en él ninguna señal de doblez. Si era el hombre que estaba arrancando páginas del cuaderno de Mateo, lo escondía perfectamente. Y sin embargo, mientras los miraba a ambos inclinados sobre las fotocopias, Adrián tuvo la sensación pequeñísima, fugaz, de que la presentación de los fragmentos berlineses era, también ella, una pieza de teatro. No falsa. Pero deliberada. Una manera de Severo de demostrar a un invitado de fuera, esa noche, que él era sin más quien decía ser: un erudito serio, conectado con redes académicas internacionales, dedicado a un trabajo riguroso. Lo era, sin duda. Pero lo demostraba.

Mientras Anselmo seguía estudiando los fragmentos, Adrián se acercó a una de las estanterías. Pasó los ojos por los lomos sin tocar nada. Eran libros de paleografía, de codicología, de historia de la liturgia, de filología latina y gallega. Todo coherente con un erudito serio. Algunos en alemán, varios en francés, dos en italiano. Una colección modesta pero seleccionada con cuidado.

En un estante alto, vio un grupo de carpetas grises, sin etiqueta. Idénticas a la que Aurea había sacado en el archivo días antes. Idénticas a las tres que Severo acababa de abrir sobre la mesa.

Adrián las miró sin volver la cabeza. No se acercó. Solo las contó con el rabillo del ojo. Eran nueve carpetas.

Nueve.

El número, en aquella habitación, contra el fondo del Pórtico que tenía nueve urracas talladas, le dio un escalofrío que disimuló enderezando la espalda y cruzando las manos detrás. Las nueve carpetas estaban en orden, alineadas, sin etiquetar. Cualquiera de ellas, exteriormente, era idéntica a las otras. Solo el contenido las distinguía. Y solo Severo, presumiblemente, sabía qué contenía cada una.

Detrás de él, Severo seguía hablando con Anselmo en voz baja sobre los neumas alemanes. Adrián se apartó del estante con calma. Se acercó a la mesa, fingió interesarse por las carpetas que Severo había abierto.

—Es muy interesante, Severo —dijo—. ¿Vas a publicar sobre esto?

Severo levantó la vista.

—Estoy pensándolo. Necesitaría primero la confirmación de Anselmo. Y otra de un paleógrafo italiano que también trabaja con códices ibéricos.

—¿Lo publicarías como un artículo?

—Como un artículo, primero. Después, si los tres fragmentos son lo que parecen, quizá como un libro. Tengo otros materiales que podrían encajar.

—¿Otros materiales?

Severo lo miró un momento. Una mirada breve, apenas una vacilación. Adrián sintió, durante esa fracción de segundo, que Severo había considerado y descartado muy rápidamente la posibilidad de no contestar, y había decidido contestar de un modo estudiado.

—Cosas que voy juntando. Cuestiones marginales, por separado. Pero, juntas, podrían contar algo más interesante.

Adrián mantuvo la mirada.

—Suena ambicioso.

—Lo sería. No sé si llegaré a publicarlo. Tengo mis dudas.

—¿Por qué dudas?

Severo le sostuvo la mirada un segundo más. Adrián, durante ese segundo, sintió por primera vez en la noche que la conversación entre ellos dos se había salido del cauce de la cortesía profesional, había entrado en una zona distinta, una zona donde Severo y él se estaban midiendo sin que ninguno de los dos hubiera levantado la voz ni la temperatura.

—Porque algunas cosas, cuando se publican, ya no se pueden desdecir. Y antes de publicar, conviene estar seguro de que lo publicado merece la pena. Y de que el momento es el adecuado. Y de que el riesgo es asumible.

—¿Qué riesgo?

Severo sonrió, sin alegría.

—El riesgo académico. Reseñas adversas. Polémicas con colegas. Pérdida de credibilidad si la tesis no se sostiene. Lo de siempre.

—Solo lo de siempre.

—Solo lo de siempre.

Hubo un silencio breve.

Anselmo, que estaba todavía concentrado en las fotocopias, no había seguido la conversación. La conversación había sido tan corta y

tan en voz baja que probablemente no la había oído entera.

Severo sonrió otra vez. La sonrisa cálida, fácil, de antes.

—Pero esto es prematuro, Adrián. No te aburro con mis proyectos. Volvamos al salón. Fabián se nos va a quedar dormido si no le servimos un café pronto.

Volvieron al salón. Fabián, en efecto, tenía los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada hacia un lado. Clara estaba conversando con el padre Manuel Ouro, en voz baja, sobre algo que tenía que ver con un libro que ella estaba leyendo, un libro de Cunqueiro que Manuel Ouro conocía bien y del que estaba comentando una anécdota concreta. Cuando Adrián entró, Clara lo miró un momento. Le hizo un gesto con los ojos. Adrián le contestó con un asentimiento mínimo.

Severo sirvió cafés. Sacó una caja pequeña de chocolatinas finas, hechas a mano, en una pastelería de la Rúa do Vilar.

La cena terminó hacia las once y media. Fabián se levantó el primero, ayudándose del bastón.

—Severo, gracias. Espléndido como siempre. Pero a mi edad, las cenas largas pasan factura. Me retiro.

—Te acompaño hasta el portal, Fabián.

—No hace falta. Bajo solo.

—Te acompaño.

Severo cogió su abrigo del perchero del recibidor, ayudó a Fabián a ponerse el suyo, salió con él. La puerta de la calle se cerró suavemente detrás de ellos.

Cuando se cerró, Anselmo y Manuel Ouro empezaron también a despedirse. Adrián y Clara hicieron lo mismo. Cuando Severo volvió, los recibió en el recibidor con una sonrisa.

—No, no, no os vayáis aún. Quedaos unos minutos más. Tomad otra copa antes de salir. Anselmo, Manuel, perdonadme, vosotros tenéis que iros. Pero a estos dos quería decirles una cosa antes.

Anselmo miró un momento a Manuel Ouro. Manuel Ouro asintió, sin sorpresa.

—Buenas noches, Severo. Adrián, Clara, ha sido un placer.

—Igualmente.

Anselmo y Manuel Ouro salieron por la puerta. Severo cerró tras ellos. Esperó hasta oír los pasos en el portal, abajo. Después se volvió hacia Adrián y Clara.

—Una copita más, pequeña, antes de salir a la lluvia.

No supieron negarse.

Volvieron al salón. Severo sirvió tres copas pequeñas de aguardiente, esta vez de la misma botella sin etiqueta. Brindó con ellos.

—Adrián. Clara. Quería deciros una cosa antes de que os vayáis.

Adrián notó, a su lado, que Clara dejaba la copa sobre la mesa con cuidado.

—Te escuchamos —dijo Adrián.

Severo se quedó un momento en silencio. Después habló, con voz baja, casi confidencial. La sonrisa de anfitrión se había ido. Lo que quedaba en su cara era una calma seca, sostenida, deliberada.

—Llevo cuarenta años en este oficio. He trabajado con Aurea desde antes de que me ordenaran. Nos conocimos en el seminario de Mondoñedo, cuando ella era la única mujer que entraba en aquellas aulas y yo era el único que no se atrevía a preguntarle por qué. Hemos sido compañeros toda la vida. Y, en muchos asuntos, su mejor amigo durante toda mi vida. Y ella, a la vez, la mía.

Adrián asintió, en silencio.

—Sé que estáis en Compostela por una razón concreta. Y sé que esa razón tiene que ver con lo que ha estado ocurriendo en el archivo en los últimos meses.

Adrián notó, físicamente, cómo Clara contenía un movimiento.

—Quería que supierais que yo sé lo que hago. Y que sé también lo que la red va a hacer conmigo. Aurea es la mujer más íntegra que he conocido. Si está usando a dos investigadores externos para articular lo que ella ya sospecha, es porque quiere hacer las cosas bien. Eso la honra. Y a mí, también.

Adrián se quedó mirándolo.

—¿Sabes que estamos aquí por ti?

—Lo supe en cuanto Aurea me llamó la semana pasada para preguntarme si os iba a invitar a casa cuando llegarais. Solo quería avisaros, antes de que pasen los días, de que no os enfrentáis a un loco. Os enfrentáis a un hombre que tomó una decisión hace tres años y que la asume.

Hubo un silencio largo.

Severo sonrió otra vez. Una sonrisa cansada, ahora.

—No quiero que esto os condicione. Haced lo que tengáis que hacer. Buscad las pruebas. Dadlas a Aurea. Lo que la red decida

hacer conmigo, lo aceptaré. Tengo cuarenta años de oficio detrás. Sé cómo funciona.

Cogió las dos copas pequeñas que ellos no se habían terminado y las dejó sobre la bandeja. Después sonrió otra vez.

—Solo os pido una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Clara.

—Que cuando lleguéis a vuestras conclusiones, sean las que sean, las llevéis a Aurea como cosa vuestra, no como cosa de Aurea. Porque yo no quiero que la red juzgue a Aurea por haber usado a dos investigadores externos. Quiero que la red me juzgue a mí. Por mis actos. Por mis razones. Y por las consecuencias.

Adrián tardó en hablar.

—Severo. ¿Por qué nos cuentas esto ahora?

Severo lo miró.

—Porque me parecía deshonesto invitaros a cenar y no decíroslo. Sois mis huéspedes esta noche. Y los huéspedes merecen, al menos, saber dónde están comiendo.

Y los acompañó hasta el portal.

Antes de cerrar la puerta detrás de ellos, Severo le tendió a Adrián una bolsa pequeña, de papel grueso, con una cinta atada en el cuello.

—El aguardiente. Me había olvidado.

Adrián cogió la bolsa. Pesaba más de lo que esperaba.

—Gracias.

—De nada. Cuidaos.

La puerta se cerró suavemente.

Fuera, la lluvia había parado. Las losas brillaban. Adrián y Clara echaron a andar hacia el Hostal en silencio, sin tocarse, sin decirse nada. Pasaron por delante de una pastelería con la persiana medio bajada, donde una mujer joven todavía estaba limpiando el mostrador a aquella hora. Pasaron junto a la fachada de una iglesia barroca pequeña con los focos de seguridad encendidos.

Al cabo de unos minutos, Clara dijo, sin mirarle:

—Sabe que estamos aquí por él. Aurea lo subestimó.

—Aurea lo subestimó.

—Y lo asume. Eso es lo que no me cabe en la cabeza. Lo asume.

Caminaron un trecho sin decir nada.

—Adrián. No es Morán. No tiene nada que ver con Morán.

—Lo sé.

—Esto va a ser mucho más difícil de lo que Aurea pensaba.

Adrián no respondió. Caminaron en silencio hasta el Hostal.

Cuando llegaron al portal, Adrián se detuvo un momento y miró la fachada del Obradoiro al fondo de la plaza. La torre de las campanas, recortada contra el cielo negro, estaba envuelta en una niebla baja que apagaba parte de la iluminación de los focos. Pasaron las once y media. Las campanas no iban a sonar otra vez hasta la medianoche.

Esa noche, antes de dormir, Adrián volvió a sacar la llave de hierro del bolsillo de la chaqueta. La sostuvo en la mano bastante rato.

Pensó en Severo. En su sonrisa de anfitrión. En sus carpetas grises en el estante alto. En los nueve dibujos exactos de las nueve carpetas iguales. En la frase con que lo había dejado: *me parecía deshonesto invitaros a cenar y no decíroslo.*

Y pensó, antes de quedarse dormido, que iba a ser muy difícil odiar a un hombre que avisaba con esa cortesía de su propio juicio.

Y que, peor aún, iba a ser todavía más difícil pensar en él como en un traidor cuando lo que estaba haciendo, según parecía, no era tanto traicionar al oficio como exigirle al oficio una respuesta que el oficio llevaba ochocientos años sin haber tenido que dar.

Adrián cerró los ojos.

Soñó, otra vez, con campanas. Cuatro y uno. Esta vez, en el sueño, las campanas eran de Severo. Era él quien las tocaba. Las tocaba lentamente, en el campanario de su propia casa de la Rúa Nova, con un aplomo tranquilo, mientras Aurea, abajo, en el portal, esperaba.

Cuando Adrián se despertó, hacia las cinco de la mañana, todavía estaba oscuro. Llovía otra vez sobre Compostela. Una llovizna fina, lenta, sin convicción, que iba a durar hasta el alba.

Capítulo 8 · Os corvos do norte

La isla de Iona, frente a la costa occidental de Escocia, año ochocientos veinticinco.

La isla era pequeña: tres millas de largo por una y media de ancho, una lengua de tierra baja, con prados verdes en las laderas suaves del este y un acantilado bajo en la costa norte que daba a un mar que en los días claros era de un azul casi mediterráneo y en los días grises, que eran la mayoría, se confundía con el cielo en una sola franja de plomo. Las vacas de los monjes pastaban en los prados del este. En el centro de la isla, un valle pequeño albergaba el monasterio: la iglesia abacial, el refectorio, el dormitorio de los monjes, el escritorio donde se copiaban manuscritos, el huerto, el pozo. Casas de piedra baja, con tejados de losa o paja según el rango de quien las habitara. Una pequeña biblioteca al fondo del claustro, con no más de doscientos manuscritos en su mejor momento, pero entre ellos algunas joyas que ninguna otra biblioteca de Europa tenía.

El monje se llamaba Conall. Era irlandés, de la rama del condado de Kildare, y había llegado a la isla hacía dieciocho inviernos, siendo todavía un muchacho. Le habían enseñado el latín en su monasterio de origen, en la abadía de Kildare, donde su tío materno era hermano lego desde antes de su nacimiento, y los oficios litúrgicos en Iona, donde había llegado por mediación de aquel mismo tío y donde había hecho profesión solemne a los dieciocho años. Tenía ahora treinta y dos. Era un monje robusto, de complexión ancha, manos grandes, pelo cobrizo todavía abundante, ojos grises claros. Sabía leer y escribir latín con corrección, comprendía el griego con esfuerzo, hablaba el gaélico de Irlanda y el de Escocia, y se defendía

en la lengua sajona aprendida en sus pocos viajes a la costa de Northumbria.

Iona era el lugar más sagrado del norte. Allí, doscientos sesenta años antes, el santo Columba había fundado el monasterio que iluminó la cristiandad de los anglos, los pictos y los gaélicos. De Iona habían salido los misioneros de Inglaterra. De Iona habían salido las copias del *Libro de Kells* y de tantos otros libros sagrados. De Iona había salido la luz del cristianismo céltico durante doscientos cincuenta años: una luz distinta de la romana, más antigua, más respetuosa de las antiguas tradiciones celtas convertidas, más cercana a las costumbres del pueblo, menos jerárquica, más misionera, más viajera.

Pero los vikingos llevaban treinta años destruyendo Iona.

La primera vez vinieron en el año setecientos noventa y cinco. Saquearon. Mataron. Se fueron. Volvieron en el ochocientos dos. Volvieron en el ochocientos seis. Cada vez quemaban más. Cada vez se llevaban más manuscritos, más reliquias, más vidas. Sesenta y ocho monjes murieron en el saqueo del año seis, degollados en la playa que desde entonces nadie de la isla nombraba de otro modo que la bahía de los mártires. Los que sobrevivieron dejaron registrada la matanza por escrito. Pocos quedaban ahora, en el ochocientos veinticinco, que se acordasen de ellos.

Conall había visto la última gran incursión, dos años atrás. Los barcos vikingos habían aparecido en la bahía al amanecer de un día de junio, sin previo aviso, deslizándose en silencio por la niebla baja del mar, las velas a media altura. Los monjes habían tenido tiempo de ocultar las reliquias mayores —el relicario de Columba, los códices más sagrados— en cuevas marinas conocidas solo por los más viejos. Pero no habían podido ocultarse a sí mismos. Diecisiete habían muerto aquel día. Conall había sobrevivido escondido en el establo, debajo del montón de paja, mientras los vikingos pasaban a tres metros de él hablando una lengua que él no entendía. Había estado allí durante seis horas, sin moverse, sin hacer ruido, oyendo los pasos de los hombres del norte sobre la tierra batida, oyendo los gritos lejanos de los hermanos que morían en la iglesia, oyendo el crepitar de la madera del refectorio que ardía, y oyendo, en algún momento de la mañana, el llanto sordo de un niño pequeño —no sabía cuál, no había niños en Iona, pero después le habían contado que un pescador de la costa había llegado refugiado con su hijo al

amanecer y los habían matado a los dos junto al pozo— que se interrumpió de pronto y no volvió a oírse. Cuando salió del establo, al atardecer, la isla estaba en silencio. El monasterio ardía sin apurarse. Los cuerpos de los hermanos estaban donde habían caído. El abad estaba vivo.

Después de aquello, el abad había convocado una reunión en la sala capitular.

—Hermanos. La isla ya no es un lugar seguro para los libros que custodiamos.

Habían discutido durante días. Algunos opinaban que las reliquias debían quedarse, fuera lo que fuera. Iona era el sitio que le correspondía a Columba. Trasladarlas era traicionar al santo. Otros opinaban lo contrario. Que un libro custodiado en una isla destruida no era custodia, sino abandono. Que Columba había sido un misionero, un caminante, alguien que llevaba las cosas sagradas a otros lugares. Que él mismo, vivo, las habría llevado.

Al final, el abad había decidido. Las reliquias mayores se quedaban, ocultas en las cuevas, custodiadas por los hermanos más viejos, los que ya no podrían viajar de todos modos. Pero los manuscritos importantes, los códices originales, las copias únicas, esas tenían que viajar. A varios destinos. A varias direcciones. Por si alguno se perdía, los demás estaban a salvo. Algunos a Kells, en el centro de Irlanda, fuera del alcance de los vikingos en aquel momento. Algunos a la costa de Northumbria, donde algún monasterio anglosajón los recibiría sin preguntas. Algunos a Bretaña. Y algunos, los más controvertidos, a destinos más lejanos.

Conall había sido elegido para llevar una parte de los códices al sur.

Al sur. Muy al sur. Más al sur de lo que él había imaginado nunca. A una tierra que en Iona casi no se nombraba, donde se decía que había un santuario con la tumba de un apóstol descubierto pocos años antes, en un valle apartado del noroeste de Hispania. *Compostela*, lo llamaban. *Campus stellae*, campo de la estrella. Era un nombre nuevo en el norte. Pocos sabían dónde estaba. Pero el abad de Iona había recibido cartas de un obispo del norte de Hispania, un tal Teodomiro, que solicitaba para su iglesia copias de los libros más sagrados de la cristiandad celta. Quería que la nueva sede del Apóstol tuviera la dignidad de las grandes sedes celtas, y, a

través de ellas, una continuidad con la tradición más antigua de la cristiandad atlántica.

—Conall —le había dicho el abad, en un cuarto pequeño contiguo al refectorio, en una tarde de finales de agosto—. Vas a ir tú.

Conall había aceptado. No porque deseara irse. Sino porque el abad sabía leer a los hombres, y había visto en él la mezcla exacta de fidelidad y resistencia que se necesitaba para un viaje así. La fidelidad para no abandonar el encargo. La resistencia para no morir en el camino.

Le habían entregado un baúl pequeño de madera, reforzado con bandas de hierro, sellado con un sello de plomo del propio monasterio. Dentro había siete códices. Seis de ellos eran copias preciosas pero no únicas. El séptimo, sí. El séptimo era una copia única de un libro perdido del santo Columba sobre la liturgia del agua, en la que el santo había recogido oraciones de los druidas convertidos al cristianismo, oraciones que mezclaban el agua de los manantiales sagrados de Irlanda con la simbología cristiana. Las oraciones, según el abad le había explicado a Conall en una larga conversación nocturna previa al viaje, no eran heréticas. Pero estaban en el límite. Hablaban del agua como sustancia sagrada anterior al bautismo, hablaban de los manantiales como umbrales entre dos mundos, hablaban del solsticio de invierno como noche en la que la tierra escuchaba a los muertos. Eran cosas que un cristianismo céltico convertido recientemente desde una religión natural había traído consigo y había integrado en sus oficios sin que la jerarquía romana, que para el siglo nueve dominaba ya casi toda Europa, lo hubiera depurado del todo.

Era un libro que la Iglesia romana, de haberlo conocido, no habría aceptado. Era un libro que en Iona se conservaba con prudencia. Un libro que debía sobrevivir, pero debía sobrevivir con discreción.

—Lo entregarás al obispo Teodomiro —le había dicho el abad—. Pero antes, le explicarás bien lo que es. Que sepa lo que recibe. Si lo acepta, bien. Si no lo acepta, te lo llevarás más al sur, hacia Mérida, donde hay un obispo viejo que lo recibirá sin preguntar. Pero antes, prueba con Compostela. La sede es nueva. El obispo es nuevo. La nueva tumba del Apóstol acaba de descubrirse. Es un sitio que está naciendo. Los sitios que están naciendo son más capaces de aceptar cosas que los sitios viejos rechazan.

Conall había salido de Iona en una tarde de septiembre del año ochocientos veinticinco. El barco era pequeño, irlandés, mercante. Llevaba pasajeros y mercancías. Conall iba como uno más, vestido como un mercader, con el baúl camuflado bajo otros baúles de mercancía corriente: rollos de lana, sacos de cereal, dos pequeños toneles de cerveza de avena. Los marineros eran cinco, un patrón de la costa de Antrim, un timonel viejo, dos remeros jóvenes, un cocinero medio sordo. Ninguno sabía qué llevaba Conall en su baúl. Para ellos, era un mercader irlandés silencioso que viajaba al sur.

El viaje fue largo. Costas escocesas. Costas irlandesas. Mar abierto. Costa de Cornualles. Mar de Iroise. Costas de Bretaña. Mar Cantábrico. Mes y medio de mar. Tres tormentas. Una avería del mástil que les hizo refugiarse en un puerto bretón, en una pequeña ría llamada Dahouët, durante diez días. Allí Conall dio gracias a Dios cada noche, en silencio, en una capilla rural pequeña dedicada a San Yves, donde había aprendido a rezar en bretón con el cura local sin haber aprendido la lengua, porque las oraciones rezadas se entendían igual aunque no se entendiera la lengua, según le había dicho el cura, y Conall había aceptado aquella afirmación como una verdad antigua que no necesitaba demostración.

Y al final, una tarde de noviembre, Conall vio aparecer la costa de Galicia. Era una costa baja, verde, recortada por rías profundas, con monasterios pequeños visibles desde el mar y aldeas de pescadores agrupadas en los recodos abrigados.

El barco atracó en un puerto pequeño llamado Iria Flavia, en la desembocadura del Ulla. De allí, Conall siguió a pie hacia el interior, con dos guías locales que el obispo Teodomiro había dispuesto para recibirle. Caminaron dos jornadas cortas, por caminos de tierra, atravesando bosques de roble y abedul, cruzando arroyos pequeños sobre puentes de piedra antiguos, durmiendo una noche en una aldea modesta cuyos habitantes recibieron al monje irlandés con la curiosidad amable de los gallegos rurales del siglo nueve, gente que apenas había visto a un extranjero en su vida y que le dio pan, queso y leche caliente sin preguntar.

Llegaron a Compostela a finales de noviembre.

Compostela no era todavía una ciudad. Era un asentamiento eclesiástico apenas en formación, alrededor de la pequeña iglesia que Teodomiro había hecho construir sobre la tumba descubierta del Apóstol. Había unas pocas casas de piedra, un cementerio reciente,

un molino. Y los campos de alrededor empezaban a poblarse con peregrinos que llegaban de tarde en tarde. Una pequeña posada para esos peregrinos. Una panadería. Una herrería. Y, en el centro, sobre la tumba, la iglesia: tres naves estrechas, tejado de losa, las paredes de granito recién extraído de canteras cercanas, todavía claro, no ennegrecido aún por los siglos.

Teodomiro lo recibió en una sala pequeña de la canónica, una habitación con techos bajos, una sola ventana que daba al cementerio, una mesa de madera basta, dos taburetes, un brasero pequeño con carbón. Era un hombre mayor, de barba blanca corta, ojos cansados, manos finas que temblaban un poco al sostener los códices. Llevaba un hábito gris claro, sencillo, sin ornamento, con un cinturón de cuerda. Se notaba en él la fatiga de los últimos años: había sido el descubridor de la tumba del Apóstol, el organizador de la primera peregrinación, el redactor de las primeras cartas a Roma sobre el descubrimiento, el receptor de delegaciones de la corte de Asturias y del propio rey Alfonso, y todo aquello a una edad en que otros obispos ya habían dejado el cargo a sus sucesores.

Conall le explicó, despacio, lo que le había encargado el abad de Iona. Habló durante casi dos horas. Teodomiro lo escuchó hasta el final, sin interrumpir, alimentando de vez en cuando el brasero con un trocito de carbón nuevo. Cuando Conall terminó, Teodomiro pidió permiso para examinar los códices. Hojeó los seis primeros con calma profesional. Cuando llegó al séptimo, el de Columba sobre la liturgia del agua, lo abrió, leyó algunas páginas, lo cerró. Lo abrió otra vez. Leyó otras tres páginas. Lo cerró otra vez. Se quedó callado un buen rato, con el libro entre las manos, mirando la cubierta.

—Hermano Conall. Lo que me traes es un libro peligroso para algunos.

—Lo sé.

—No. No lo sabes.

Conall levantó la vista. El obispo seguía mirando la cubierta, con las dos manos encima, como si pesara más de lo que pesaba.

—Hermano, ¿tú sabes por qué está esta iglesia aquí?

—Porque aquí apareció la tumba del Apóstol.

—Eso es lo que se dice. —¿Sabes por qué apareció aquí?

Conall tardó en contestar. Después no contestó.

—Yo llevo veinte años preguntándomelo —dijo Teodomiro—. Cuando el ermitaño vino a avisarme de las luces, yo subí a este

monte y encontré dos cosas. Una fue el sepulcro. La otra no la he escrito en ninguna parte.

Se quedó callado.

—¿Cuál fue?

—Gente. Había gente. Doce o quince, de las aldeas de alrededor, viejos casi todos. Estaban aquí arriba en mitad de la noche, alrededor de un manantial, cantando. No supieron explicarme qué cantaban. No lo sabían. Se lo había enseñado su padre y a su padre el suyo. Me dijeron que llevaban haciéndolo desde antes de que hubiera cristianos en Galicia, y yo les dije que eso era imposible, y ellos me dijeron que sí, señor obispo, lo que usted diga, y siguieron viniendo.

Conall sintió, de golpe, el frío de la sala.

—¿Y el manantial?

—Se secó. Cuatro años después de empezar las obras. Quedó la piedra del fondo, que es lo que queda siempre cuando se seca un manantial. Yo mandé que la dejaran donde estaba y que construyeran encima. Y encima de la piedra puse la cripta, y encima de la cripta el sepulcro, y encima del sepulcro esta iglesia, que va a ser más grande que esta iglesia dentro de doscientos años, y más grande todavía dentro de cuatrocientos.

—Señor obispo…

—Déjame terminar, que ya no me quedan muchas conversaciones.

Teodomiro puso la mano abierta sobre el séptimo códice.

—Y hoy llega un monje irlandés desde el fin del mundo, después de cuatro meses de mar, con un libro que habla de los manantiales como umbrales y de la noche del solsticio como la noche en que la tierra escucha a los muertos. Un libro que yo no había leído nunca. Un libro escrito a mil quinientas millas de aquí, en una lengua que aquí no habla nadie, por gente que no ha pisado Galicia en su vida.

Miró a Conall un buen rato, con la mano abierta encima del libro.

—Y dice lo mismo que aquellos viejos.

Hubo un silencio muy largo en la sala pequeña de la canónica.

—Así que no, hermano Conall. No sabes lo que me traes. Me traes la única prueba escrita que existe en el mundo de que lo que hay debajo de mi iglesia no lo inventaron los de mi iglesia.

—Si lo guardo en la sede, dentro de unos años, cuando vengan visitadores de Roma, alguien lo encontrará. Y será un problema. Tengo problemas suficientes con la Iglesia de los reinos del sur, que reclama jurisdicción sobre Compostela, y con la corte de Asturias,

que también la reclama. No puedo añadir un problema con Roma. No me quedan años.

—El abad pensó eso. Por eso me dijo que lo trajera primero.

—¿Te dijo qué hacer si no lo aceptaba?

—Llevarlo a Mérida.

Teodomiro negó con la cabeza despacio.

—Mérida está en territorio musulmán ahora. No vas a llegar. Y aunque llegaras, el obispo viejo del que habla tu abad es un mártir reciente. Lo decapitaron en el ochocientos veinte. Hace cinco años. La noticia llegó tarde a Iona, supongo.

Conall no había sabido aquello. La noticia le pesó. Cinco años de retraso en una noticia tan importante daban la medida de la distancia que separaba Iona del mundo. Compostela estaba aún más lejos del centro, sí, pero recibía noticias de los reinos cristianos peninsulares con regularidad. Iona, en cambio, vivía cada vez más aislada, no por geografía sino por la guerra silenciosa que los vikingos le hacían.

—Entonces, ¿adónde lo llevo?

Teodomiro se levantó. Caminó hasta la ventana pequeña que daba al cementerio. Se quedó mirando un buen rato. Fuera, sobre las tumbas recién hechas, dos canónigos jóvenes cavaban una nueva fosa para alguien cuya muerte Conall no conocía. La luz era gris, baja, de un noviembre gallego que en nada se parecía al de Iona pero que en algo sí: en la calidad lechosa de la claridad, en la sensación de que el cielo y el mar y la tierra eran la misma sustancia.

—Hermano Conall.

—Sí.

—Voy a hacer una cosa que quizá Roma me reproche algún día. Pero soy obispo aquí, y aquí mando yo, mientras viva. Después de mí, otros decidirán. Pero el libro, mientras yo viva, lo cuido yo.

Conall esperó.

—Voy a aceptar el libro. Pero no para la sede. Para otro lugar. Para una pequeña iglesia rural a media jornada de aquí, en un valle apartado. Allí hay un sacerdote viejo, que me debe favores antiguos, y que sabrá guardarlo. Allí los visitadores no llegan nunca. Y allí, además, la tradición popular del agua sigue muy viva. Hay un manantial a tres pasos de la iglesia que la gente sigue considerando milagroso, aunque no lo digan en voz alta. El libro va a estar bien allí. La gente del lugar lo va a entender sin saber que lo entiende.

—Comprendo.

—Y haré algo más. Voy a pedirte que te quedes aquí. Que no vuelvas a Iona.

Conall lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque el libro necesita que alguien sepa lo que es. Y que ese alguien hable la lengua del que lo escribió. Si tú vuelves a Iona, dentro de veinte años nadie en Compostela sabrá leer ese libro. Y si Iona desaparece, lo cual los vikingos están haciendo posible, el libro quedará huérfano para siempre. Un libro huérfano es un libro que se pierde. Y un libro perdido es como si nunca hubiera sido escrito. No puedo permitirlo.

Conall tardó en responder.

—Mi abad espera que vuelva.

—Le escribiré. Le explicaré. Estoy seguro de que comprenderá. Y, si no comprende, te disculparé yo en la siguiente carta. Soy obispo, hermano. Mi disculpa pesa.

Conall se quedó mirando hacia la ventana. Pensó en Iona. En su tío, viejo monje, que probablemente no sobreviviría a la próxima incursión vikinga. En la fría luz norteña. En las cuevas donde estaban escondidas las reliquias mayores. En la tumba de Columba, en el centro del claustro destruido por las llamas, alrededor de la cual los pocos hermanos supervivientes seguían rezando cada noche bajo la lluvia. Pensó en su abad, en sus manos finas que le habían entregado el baúl en la tarde de septiembre. En el viaje. En las tres tormentas. En el cocinero medio sordo del barco bretón, que le había enseñado a rezar en una lengua que él no entendía.

Después miró el séptimo códice, sobre la mesa.

—Me quedo —dijo.

Conall vivió en Compostela hasta el año ochocientos cuarenta y siete. Veintidós años más. Se hizo presbítero allí, ordenado por el propio Teodomiro en el año ochocientos treinta y tres, y pasó los últimos años de su vida atendiendo la pequeña iglesia rural donde había sido depositado el códice de Columba.

En el invierno de su último año, siendo ya un hombre viejo para su tiempo, Conall hizo una cosa que no le había pedido nadie. Cogió el séptimo códice, lo abrió por el final, donde quedaban cuatro folios en blanco que el copista de Iona había dejado por costumbre, y escribió.

Escribió despacio, en latín, durante varios días.

Lo que escribió no lo leyó nadie durante mil ciento setenta y ocho años. Ni Donego, que copió el libro y no llegó a ver el final. Ni la primera cantareira, tres siglos después. Ni Aldonza de Lestedo, que murió sin saber que aquellos folios existían. Ni el maestro Mateo, que tocó la piedra sin saber por qué estaba allí. Ni Aurea Vilaboa, que supo dónde estaba el libro desde mil novecientos noventa y seis y que bajó a verlo once veces en veintiocho años y que nunca fue capaz de pasar de la primera línea.

Y desde luego no lo leyó Severo Anllóns Vilas, que lo buscó durante cuarenta años, sentado a tres metros de la única persona de Compostela que podría haberle dicho dónde estaba. La iglesia se llamaba San Pedro do Vilar, estaba en un pequeño valle a tres horas de camino al sureste de Compostela, y servía a una población de no más de trescientos campesinos dispersos en tres aldeas vecinas.

A su lado, durante esos veintidós años, formó a tres aprendices. Los eligió con cuidado. Eran hombres, todos. La idea de elegir a una mujer para esa tarea no se le habría ocurrido entonces a Conall. Hubo que esperar más de tres siglos para que una mestra cantareira de Compostela, descendiente lejana de uno de aquellos aprendices, fuera la primera en cantar lo que había en el séptimo códice durante un solsticio de invierno. Su nombre se ha perdido. Pero la cadena no se rompió.

Cuando Conall murió, en una primavera del año ochocientos cuarenta y siete, el séptimo códice ya había sido copiado por su mejor aprendiz, un joven gallego llamado Donego, hijo de un cantero de la diócesis. La copia se guardó en un sitio. El original en otro. Esa fue la primera regla que el oficio compostelano aprendió y que conservaría durante mil cien años: lo importante se custodia siempre por duplicado, en sitios distintos, conocidos por distintas personas. Era una regla simple, de sentido común agrícola, anterior al oficio y a la teología, una regla que cualquier campesino gallego del siglo nueve habría reconocido como propia: nunca pongas todo el grano en una sola arca.

Cuando los normandos saquearon la costa gallega, en el año ochocientos cincuenta y ocho, los códices habían sido movidos a tiempo, llevados tierra adentro por dos custodios jóvenes que sabían que la incursión venía y habían trasladado los baúles a un convento del interior del Bierzo, donde la pequeña abadía rural de San Pedro de Montes los guardó durante tres años hasta que se pudieron

devolver. Cuando Almanzor llegó a Compostela en el año novecientos noventa y siete, los códices llevaban semanas a salvo en una casa de campesinos a tres jornadas hacia el sur, en la aldea de Cea, donde el dueño de la casa, un labrador llamado Diego, los enterró bajo el suelo de su granero durante todo el tiempo que duró la ocupación. Cuando los franceses entraron en la ciudad durante la Guerra de la Independencia, en enero de mil ochocientos nueve, los códices habían sido escondidos en el sótano de una panadería del casco viejo, propiedad de un panadero llamado Xosé Lemos, cuya familia llevaba tres generaciones colaborando con la red sin que ninguno de sus miembros tuviera órdenes sagradas.

Cada generación había tenido sus propias amenazas. Cada generación había encontrado sus propias maneras.

El oficio se transmitía siempre de la misma forma. Sin ceremonia. Sin nombramiento oficial. Un viejo enseñaba a un joven. El viejo moría. El joven enseñaba a otro. Era una cadena de manos y voces. Un manantial.

Y siempre, desde Conall, había sido el manantial. La fuente. El origen del que después brotarían las dos redes peninsulares secundarias.

Sevilla y Barcelona aparecieron con los siglos. Sevilla, en el siglo trece, cuando Fernando III conquistó la ciudad y puso allí canónigos del norte que llevaban consigo, sin saberlo del todo, fragmentos del oficio compostelano. Algunos eran custodios sin que ellos mismos supieran exactamente lo que custodiaban. Llevaban prácticas, ritmos, costumbres. Las plantaron en Sevilla. Crecieron. Se transformaron al contacto con la otra tradición de la ciudad, la mudéjar, la judía sefardí, los restos de las tradiciones rituales locales que la Reconquista no había logrado borrar del todo. Y de esa mezcla nació la red sevillana, distinta de la compostelana pero conectada con ella por una memoria común.

Barcelona, en el siglo catorce, cuando los monjes del norte que se establecieron allí trajeron también, sin nombrarlas, las prácticas de custodia que habían aprendido en Galicia. La red catalana, bajo el dominio de la Corona de Aragón, desarrolló su propia orientación, más urbana, más mercantil, más integrada con los gremios de oficios y las cofradías laicas. Pero también allí la matriz compostelana se notaba en pequeños detalles: en los ritmos de campana, en los

símbolos tallados, en ciertos textos litúrgicos que circulaban en copias manuscritas que nadie firmaba.

Pero Compostela siguió siendo siempre el origen. La matriz. El manantial.

Y el séptimo códice de Columba, traído por Conall en el año ochocientos veinticinco, seguía custodiado en algún sitio de la diócesis. Solo tres personas vivas, cada generación, sabían dónde. En el siglo veintiuno, esas tres personas eran Aurea Vilaboa, Fabián Lamela y Xoán Ferro. Cuando Xoán muriera, una cuarta persona pasaría a saberlo. Adrián, sin saberlo aún, era el candidato presunto.

El séptimo códice era lo más antiguo que la red conservaba.

Y era lo que Severo Anllóns, en el siglo veintiuno, estaba a punto de revelar al mundo a través de un libro académico que un paleógrafo alemán llamado Hans Vogel iba a coautorizar y que la Universidad Libre de Berlín iba a publicar el verano siguiente, en una colección de monografías sobre patrimonio eclesiástico medieval que circulaba en bibliotecas universitarias de cuatro continentes y que, una vez publicada, no podía retirarse.

Mil doscientos años de custodia silenciosa estaban a punto de terminar.

Y en una habitación del Hostal de los Reyes Católicos, esa misma noche de diciembre del siglo veintiuno, un restaurador sevillano llamado Adrián Vega dormía con una llave de hierro en el bolsillo de la chaqueta colgada al pie de la cama, sin saber aún que él, también, era una pieza más en una cadena que había empezado en Iona en una tarde de septiembre del año ochocientos veinticinco.

Capítulo 9 · La trampa de la Cuaresma

El sábado por la mañana, Aurea los recibió en el archivo a las nueve, una hora antes de lo habitual. La luz de diciembre, gris pálida, entraba por los ventanales del despacho con esa indecisión propia de las mañanas compostelanas en las que tarda en hacerse de día y al mediodía la claridad sigue siendo lechosa. Aurea había encendido la lámpara verde y un segundo flexo articulado que no estaba el día anterior, dirigido hacia la mesa lateral. La cafetera estaba ya servida. Había tres tazas dispuestas, vacías. Sobre la mesa larga, unas hojas de papel grueso, cuadradas, junto a una tinta y dos plumas antiguas.

—Sentaos. Hay café. Servíos vosotros.

Adrián y Clara se sirvieron. Aurea, esta vez, se quedó de pie junto a la mesa, con las dos manos apoyadas en el borde.

—Quería veros antes que a nadie hoy. Voy a contaros lo que pienso hacer. Va a ser fuerte. Necesito vuestra opinión antes de decidir definitivamente. Y necesito vuestro consentimiento si el plan os incluye, que lo hace.

Clara levantó la vista.

—Adelante.

Aurea respiró un momento. Era un gesto que Adrián le había visto durante la semana solo dos veces: cuando había contado lo del cuaderno dañado y cuando había hablado del séptimo códice. Aurea respiraba así cuando se preparaba para decir algo que llevaba mucho tiempo callado.

—Lo que cenasteis ayer con Severo confirma lo que yo ya pensaba. Severo no se está escondiendo. Severo está esperando. Lo que él espera es que la red lo confronte. Y lo que él espera para esa confrontación es tener, ya en sus manos, el material físico que

sostiene su libro. Eso significa que en algún momento de los próximos días Severo va a llevar las páginas arrancadas, o copias suficientemente buenas de ellas, a Hans Vogel, en Berlín. Vogel tiene un congreso de paleografía a finales de marzo. Es la fecha probable de presentación pública. Si llegamos al solsticio sin haber actuado, Severo tendrá tres meses para cerrar el libro. No se puede esperar tanto.

Adrián asintió.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero poner una trampa.

Se callaron.

—¿Qué tipo de trampa?

Aurea cogió una de las hojas cuadradas de la mesa y la levantó.

—Esto es un fragmento de pergamino del siglo dieciséis. Sobrante de una restauración que el Cabildo encargó hace doce años. Tenemos cinco hojas como esta, sin uso, en la cámara acorazada. La consistencia es buena. La textura es suficiente. Si se prepara bien y se trabaja bien, puede pasar por una hoja del siglo trece. Especialmente si se imita la mano de Mateo. Mateo es un escultor, no un escriba. Su letra es irregular, con variaciones, con descuidos pequeños. Es más fácil de imitar que la letra de un copista profesional. Hablo en términos relativos, claro. Ningún paleógrafo de primera mira una mano de imitación y la confunde con la original a la primera. Pero podemos engañar a alguien que no esté buscando el engaño.

Clara levantó la vista de la hoja.

—Aurea. Hay un problema.

—Dilo.

—Severo arrancó las páginas de la ochenta y siete a la noventa y ocho. Las arrancó él, con sus manos. Sabe exactamente qué hueco dejó y sabe que ese hueco está vacío. Si mañana abre el cuaderno y encuentra una hoja dentro del hueco, no va a leer un hallazgo. Va a leer una trampa. Y va a leerla en tres segundos.

Aurea la miró un momento largo. Después sonrió, por primera vez en toda la mañana, con una sonrisa muy pequeña.

—Exacto. Por eso la página no va a aparecer dentro del cuaderno.

—¿Entonces?

—Va a aparecer fuera. En la caja diecinueve de la sección IX-C, entre un legajo de cuentas de fábrica del quinientos que nadie ha abierto desde el noventa y uno. Yo la voy a encontrar. Voy a redactar

un parte de hallazgo, con fecha y firma, diciendo que un folio suelto, de mano que parece la del maestro Mateo, ha aparecido descontextualizado durante la revisión de un fondo ajeno. Y voy a pedirle a Severo, por escrito, como se piden estas cosas en este archivo desde hace cuarenta años, que lo cotejo él, porque es el mejor paleógrafo que tenemos.

Ninguno de los dos habló.

—Y él no puede negarse —dijo Adrián.

—No puede negarse. Sería la primera vez en cuarenta años. Y, sobre todo, no puede saber si es verdadero o falso, porque un folio suelto perdido en otra caja es exactamente la clase de cosa que su cuaderno mutilado le ha enseñado a esperar. Él arrancó doce páginas de un cuaderno. Y lleva dos meses preguntándose, sin decírselo a nadie, cuántas más habrá sueltas por ahí que él no ha visto.

Clara se quedó muy quieta.

—Le vas a dar de comer su propia hipótesis.

—Le voy a dar de comer su propia hipótesis.

—¿Vas a falsificar una página?

—Vamos a falsificar una página.

—¿Vamos?

Aurea miró a Adrián.

—Tú la vas a escribir.

Adrián se quedó muy quieto.

—¿Yo?

—Tú eres restaurador. Has trabajado con manuscritos toda tu vida. Tienes la mano. La letra de Mateo es complicada, sí, pero llevas cuatro días estudiándola. Y yo te voy a dar todas las herramientas. Tinta ferrogálica de la época, papel de pergamino que tenemos en el archivo. Lo haremos juntos. La página la firmaremos los dos.

—Aurea, falsificar un documento no es algo trivial, aunque sea para cazar a alguien.

—Lo sé. Pero la página no se va a publicar nunca. Va a ser destruida en cuanto pase la trampa. Y va a ser destruida delante de la asamblea, como prueba de buena fe. La red no va a salir manchada por esto. Y, si os hace sentir mejor, voy a registrarlo todo. Voy a escribir un acta detallada de lo que hicimos. La firmaremos los tres. La voy a guardar en el archivo, en mi expediente personal, con una nota: léase tras mi muerte. Si en algún momento alguien tiene dudas

sobre el procedimiento, ahí queda constancia. La red sabe gestionar excepciones cuando son necesarias. Pero documentarlas bien.

Hubo un silencio.

Adrián cogió la taza de café. Bebió un sorbo. Estaba demasiado cargado.

—¿Y qué va a contener la página?

Aurea le pasó otra hoja, esta de papel moderno, con un texto mecanografiado.

—Esto.

Adrián leyó. Era un texto en latín medieval, redactado por Aurea en su cuaderno y mecanografiado después, con su correspondiente traducción. El texto, escrito en la voz del propio Mateo y con su cadencia, apuntaba de pasada, como quien anota una curiosidad al margen de su trabajo, un objeto custodio: una pequeña arqueta de madera de tejo, forrada de plomo, que según el texto se guardaba en el monasterio de San Pedro de Vilanova, en la diócesis de Mondoñedo, y que contenía el original perdido del séptimo códice de Columba.

—No existe ningún San Pedro de Vilanova en Mondoñedo.

—No. Existió en el siglo dieciséis y desapareció en la desamortización. El nombre suena verosímil. Severo lo va a comprobar y va a encontrar, en los archivos diocesanos, una mención breve a un priorato de ese nombre. Suficiente para que tome la pista en serio. Y suficiente para que, cuando le pase la información a Vogel, Vogel intente verificar la existencia del objeto contactando con instituciones académicas. Y entonces tendremos la prueba: la información que Vogel hace circular es información que solo la página falsa contenía. Y solo Severo ha leído la página falsa.

Clara cogió el texto. Lo leyó dos veces.

—Aurea, esto está bien hecho. Está dentro del estilo de Mateo, dentro del registro léxico del cuaderno, dentro del tipo de información que él iría apuntando. Y no dice demasiado. Eso es lo mejor que tiene. Es una nota al margen de un hombre ocupado en otra cosa.

—Llevo tres semanas trabajándolo. He releído todo el cuaderno. He extractado todas las construcciones sintácticas más características de Mateo. He comparado con los otros dos manuscritos catedralicios del siglo doce. La página es una falsificación, sí. Pero es una falsificación cuidada. Si tuviera que

pasar el examen de un paleógrafo de primer nivel, no pasaría. Pero para los tres días que tiene que aguantar dentro del cuaderno, hasta que Severo la lea y la copie, basta.

Adrián se detuvo mirando el texto.

—¿Y si Severo no muerde la trampa?

—La morderá. Porque el objeto que vamos a inventar es punto por punto del tipo que él necesitaría para reforzar su libro. Una pieza tangible, posiblemente conservada en un convento del interior, mencionada por Mateo de pasada. Una pieza que, según el texto, es el original perdido del séptimo códice. Severo lleva años buscando una mención escrita a ese original. La descripción del libro de Vogel se basa, en parte, en la hipótesis de que el original todavía existe en algún sitio. Si encuentra una mención de Mateo a una arqueta concreta en un priorato concreto, no va a poder resistirse. La copiará, se la mandará a Vogel, Vogel va a intentar localizar el objeto. Y como el objeto no existe, las preguntas van a llegar a oídos que las van a interceptar. Y entonces tendremos la prueba.

Adrián se quedó un buen rato mirando el papel.

—Aurea.

—Dime.

—Si yo escribo esta página, voy a recordarlo durante el resto de mi vida.

Aurea no respondió enseguida. Se sentó por fin frente a ellos. Se quitó las gafas. Apoyó las manos en la mesa.

—Lo sé. Y por eso te he convocado a primera hora. No quiero que decidas con prisa. Si me dices que no lo vas a hacer, lo busco a otra persona. La red tiene tres restauradores que podrían hacerlo. Ninguno tan bueno como tú, pero suficientes. La diferencia es que esos tres son de Compostela, y uno de ellos tiene relación cercana con Severo. Si lo llamo, hay riesgo de filtración. Tú no tienes esa relación. Eres el único restaurador del oficio que está fuera del círculo de Severo. Por eso te lo pido a ti. Pero no te lo impongo. Si me dices que no, lo entenderé.

Adrián miró a Clara. Clara le sostuvo la mirada un momento.

—Adrián —dijo ella, con voz baja—. Esto es decisión tuya. Yo no puedo decir nada. Pero, si te ayuda saberlo, yo, en tu sitio, lo haría. Y lo haría no por Aurea, sino por el oficio. La red tiene derecho a defenderse de quien la quiere desnudar. Aunque los métodos sean discutibles. Y esa página es un método discutible. Pero tiene una

proporcionalidad: una falsa para detener un libro entero. Una contra muchas. No es la peor proporción que he visto.

Adrián volvió a mirar a Aurea.

—¿Cuándo?

—Hoy. Esta tarde. Vais a venir aquí a las cinco. Trabajaremos los tres juntos. La página tiene que estar lista esta noche. Mañana domingo, a primera hora, la dejo yo misma donde tiene que aparecer. El lunes por la tarde, cuando Severo entre al archivo, se la pongo delante.

—¿Y nosotros?

—Vosotros os quedáis fuera del proceso a partir del lunes. No vais a entrar al archivo. Vais a hacer vida normal. Si Tareixa os llama, salís a tomar algo con ella. Si os apetece visitar la Catedral, lo hacéis. Pero no os acercáis al archivo. No quiero que vuestra presencia coincida con la entrada de Severo en el cuaderno.

—¿Y después?

—Después esperaremos. A Vogel. A las preguntas que Vogel empezará a hacer a sus colegas. La red tiene oídos en varias instituciones académicas europeas. Si Vogel manda emails preguntando por una arqueta inexistente en un priorato inexistente, alguien nos avisará.

—¿Cuánto tarda?

—Una semana. Diez días, como mucho.

Adrián se quedó callado un rato largo. Después dijo:

—Lo haré.

Aurea cerró un momento los ojos.

—Gracias, Adrián.

—No me las des. Lo hago por el oficio, como ha dicho Clara. Pero también lo hago por ti. Llevas semanas sola con esto. No es bueno para nadie llevar algo así durante tanto tiempo en silencio.

Aurea asintió, sin sonreír. Se puso las gafas otra vez. Se enderezó.

—A las cinco en punto, entonces. Esta tarde.

Adrián y Clara comieron en una pequeña casa de comidas de la Rúa do Vilar, una taberna estrecha con tres mesas y una barra, regentada por una mujer mayor que los recibió en gallego, y a la que Clara, en el español que se aprende viviendo en Barcelona, contestó con el «boa tarde» justo. Comieron empanada de zorza, sopa, un pequeño postre de filloas con miel. Hablaron poco. Clara apenas tocó la sopa. Adrián, durante el segundo plato, se quedó un momento

mirando hacia la ventana, donde una niña de unos seis años, a través del cristal empañado, hacía caras al perro pequeño de un viejo que pasaba.

A la cinco menos cuarto, salieron de la taberna y caminaron hacia el archivo.

A las cinco en punto, Adrián y Clara estaban de vuelta en el archivo del Cabildo.

Aurea había preparado todo lo necesario. Sobre la mesa larga había una hoja de pergamino antiguo, recortada del tamaño exacto de las páginas del cuaderno de Mateo. Una pluma de oca, seleccionada con cuidado y cortada esa misma mañana por Aurea con un cuchillo afilado, formándole una punta dura y precisa. Un tintero pequeño con tinta ferrogálica reciente, mezclada para parecer del siglo doce: agua de roble, sulfato de hierro, goma arábiga, sin las correcciones que se habían introducido en la fórmula a partir del siglo dieciocho. Una bandeja con varios libros abiertos por páginas concretas, todos con muestras de la letra de Mateo: el cuaderno mismo, abierto por una página en buen estado para tenerla a la vista. Una transcripción ampliada de una de las páginas. Una serie de fotografías de detalle de las grafías más características.

Y, sobre la mesa, un papel con el texto que Adrián tenía que copiar, ya redactado por Aurea en latín medieval, dispuesto con saltos de línea calculados para que cupiera igual en el espacio de la página falsa, sin sobras, sin huecos sospechosos.

—Siéntate —dijo Aurea—. Practica primero en hojas de papel normal. No tengas prisa. La página la haremos cuando la mano ya esté hecha.

Adrián se sentó. Cogió la pluma. La sostuvo un momento sin escribir.

Pensó en su taller de Sevilla. En los años de oficio. En las restauraciones cuidadosas, casi reverenciales, de manuscritos del siglo dieciséis. Pensó en cómo le habría reído Salvatierra si le hubiera dicho que algún día, en Compostela, iba a falsificar una página del Maestro Mateo para cazar a un canónigo traidor. Pensó que la falsificación, en sí misma, era el revés moral del oficio del restaurador: el restaurador devolvía a un manuscrito su forma original, intentando borrar las huellas del paso del tiempo sin añadir nada nuevo. El falsificador hacía lo contrario, añadía algo nuevo y borraba la huella de su propia adición. Eran dos oficios opuestos. Un

buen restaurador, con la práctica, aprendía a reconocer las falsificaciones por instinto. Un buen falsificador, también con la práctica, aprendía a engañar al restaurador. Aquella tarde, Adrián iba a pasar por primera vez en su vida del lado del falsificador. Y, peor aún, lo iba a hacer sabiendo que, si algún colega suyo de Sevilla viera la página, la reconocería como falsa en dos minutos.

—Ten en cuenta —dijo Aurea, sentándose a su lado—, que la página solo tiene que aguantar tres días. El lunes, Severo la lee. El martes, la fotografía. El miércoles, se la manda a Vogel. A partir de ahí, ya da igual. La página podemos retirarla del inventario ese mismo miércoles y sustituirla por una nota que diga: *folio ausente, retirado por A. Vilaboa para análisis.*

—Tres días.

—Tres días.

Adrián mojó la pluma en la tinta. Y empezó.

Al principio, la mano le tembló más de lo que esperaba. No era el peso de la pluma, que era la pluma con la que él trabajaba a veces en restauraciones, sino la conciencia de lo que estaba haciendo. Las primeras letras le salieron irregulares, demasiado nerviosas, sin la calma que la letra de Mateo tenía en sus mejores páginas. Aurea no le dijo nada. Lo dejó practicar. Se quedó a su lado, en silencio, mirando la mano de Adrián moverse despacio sobre el papel de prueba.

Al cabo de quince minutos, las letras empezaron a estabilizarse. Adrián había encontrado el ritmo. Recordó, sin querer, una frase que un restaurador viejo le había dicho en su primer año de aprendizaje, en un taller de Granada, hacía ya veinte años: *La mano sigue al maestro, no al dibujo. Estudia al maestro. Cuando lo conozcas, la mano te seguirá a ti.*

Adrián cerró los ojos un momento. Pensó en Mateo. En el escultor del Pórtico. En el hombre que durante veinte años había firmado cada capitel con un pequeño detalle vegetal. En el hombre que se había escondido a sí mismo en el parteluz, mirando hacia el suelo. En el hombre que había escrito, una noche, sobre la piedra negra que sostenía la cripta del Apóstol y que era anterior a la fábrica. En el hombre que había confiado a Aldonza un texto que ella, después de su muerte, había añadido al cuaderno con su letra para que no se descubriera.

Mateo había sido un escritor cuidadoso pero no perfecto. Su letra estaba marcada por los años de oficio. Tenía cierta inclinación

lateral, el descuido pequeño en los finales de las líneas, las correcciones tachadas y rehechas, la manera muy particular de cerrar las eñes nasales latinas con un trazo curvo más prolongado de lo habitual.

Adrián abrió los ojos. Volvió a la pluma.

Estuvo escribiendo casi tres horas. Aurea se sentaba a su lado, le iba corrigiendo las letras, le mostraba detalles de la mano de Mateo. *Aquí la pe es más cerrada, mira. Aquí la i no lleva punto, así. La g final, así, no así.* Clara, mientras tanto, repasaba con un cuaderno los textos auténticos para asegurarse de que el latín y el estilo encajaban, comprobando palabra por palabra que el vocabulario del texto falso no tuviera ninguna palabra que Mateo no hubiera usado en el resto del cuaderno.

A las siete, Aurea trajo café y tres pequeños bollos de manteca que se habían quedado en la cocina del archivo. Comieron en silencio, sin levantarse, sin desordenar la mesa. Adrián se mojó los dedos en agua fría antes de seguir, para evitar manchar el pergamino con grasa de la manteca.

Hacia las ocho de la noche, Adrián cogió por fin la hoja de pergamino verdadera. Se quedó un momento mirándola. La hoja, de un amarillo pálido, mostraba la textura granulada del pergamino antiguo, con un par de pequeñas imperfecciones al borde derecho que le daban credibilidad. Adrián la palpó con el dorso de los dedos. Estaba seca pero no quebradiza. Era buena. El restaurador que la había guardado doce años antes en la cámara acorazada del Cabildo había sabido lo que hacía.

—Estás listo —dijo Aurea.

—Lo estoy.

Adrián mojó la pluma. Respiró un momento. Empezó.

Escribió, despacio, la página entera. La pluma, esta vez, ya no temblaba. La mano había encontrado al maestro. Las letras salían con la inclinación correcta, con el ritmo correcto, con los descuidos pequeños que dan a una página manuscrita la apariencia de espontaneidad. Aurea, a su lado, no decía nada. Solo miraba.

Cuando terminó, dejó la pluma. Tenía la mano cansada. Los dedos, ligeramente manchados de tinta. Una pequeña gota de sudor en la sien que se había secado sola sin que él lo notara.

Aurea cogió la página. La miró bajo la luz de la lámpara verde. La giró. Comprobó la disposición del texto, la inclinación de las letras, la

calidad del trazo. Sacó una lupa pequeña del cajón. La pasó por encima del pergamino, despacio, examinando cada línea.

—Está bien, Adrián. Está muy bien. Mejor de lo que esperaba.

Adrián asintió, sin alegría. Se levantó. Caminó hasta la ventana. Apoyó la frente contra el cristal, frío, durante un momento.

—¿Cuándo se deja?

—Mañana domingo, a primera hora. Yo misma lo haré. El archivo está cerrado al público los domingos. Solo entro yo, con permiso del cabildo, una vez al mes para tareas de mantenimiento. Mañana entraré con esa coartada. Nadie sabrá. Y el parte de hallazgo llevará la fecha de mañana, que es precisamente el día en que a mí me toca revisar fondos ajenos. Todo encaja. Eso es lo que más me avergüenza: lo bien que encaja.

—¿Y Severo?

—Lo verá el lunes por la tarde. Severo tiene el cuaderno los lunes. Es un acuerdo antiguo entre los dos: el cuaderno de Mateo no se saca de la cámara más que un día a la semana, y ese día es suyo. Los demás días trabaja en lo suyo, en su mesa, a tres metros de la mía, y no lo pide. Lo leerá. Lo copiará. Es lo que hace siempre con las páginas nuevas que él considera importantes. Y, esta página, va a considerarla importante.

—¿Y después?

—Después esperaremos a Vogel. A las preguntas que Vogel empezará a hacer. La red tiene oídos en varias instituciones académicas europeas. Si Vogel manda emails preguntando por la arqueta del priorato inexistente, alguien nos avisará. Una semana, diez días, como mucho.

Aurea cogió la página falsificada. La metió con cuidado en una carpeta de cartón gris, sin etiqueta. La carpeta se cerró con un broche pequeño de metal.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer.

Adrián volvió a la mesa. Recogió las hojas de prueba donde había practicado durante la tarde. Aurea le sostuvo la mirada un momento.

—Esas las quemamos.

Aurea fue al rincón del despacho, abrió un pequeño armario empotrado, sacó una bandeja metálica, una caja de cerillas. Volvió a la mesa. Adrián puso las hojas en la bandeja. Aurea les prendió fuego con una sola cerilla.

Las hojas ardieron despacio. La tinta ferrogálica, al quemarse, soltaba un olor leve a hierro oxidado y a madera. Los tres se quedaron mirando el fuego sin hablar. Cuando el fuego se apagó, Aurea recogió las cenizas con una pequeña pala, las echó en una bolsa de papel, y se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Las tiraré por el desagüe del patio. No conviene dejar restos en el archivo.

Salieron del archivo a las nueve. Habían trabajado más de cuatro horas. Adrián tenía la mano dolorida, los ojos cansados, y una sensación rara en el pecho: una mezcla de orgullo profesional —la página había salido buena, mejor de lo que él mismo esperaba— y de náusea ética que no se quitaba con nada.

Mientras caminaban hacia el Hostal por las calles vacías, Clara dijo, en voz baja:

—Adrián.

—Dime.

—Lo que acabamos de hacer no se puede deshacer.

—Lo sé.

—Aunque la página la quememos al final, hemos cruzado una línea.

Adrián dejó pasar unos segundos. Se miró la mano derecha, que le seguía oliendo a hierro.

—La hemos cruzado.

—¿Estás bien?

Adrián se detuvo un momento. Miraron la fachada de la Catedral, iluminada en la noche por focos amarillos, recortada contra el cielo negro de invierno. La torre de la Berenguela, alta, oscura, con la pequeña veleta que apenas se distinguía contra las nubes.

—Estoy bien, Clara. Pero esta noche me cuesta mirar la Catedral sin pensar que dentro hay alguien escribiendo el libro que la va a desnudar entera. Y que si no le paramos, lo va a publicar.

Clara no dijo nada. Esperó.

—Y al mismo tiempo no consigo pensar en Severo como un enemigo. Es lo que más me cuesta. En Sevilla, con Morán, era distinto. Morán era un canónigo vendido por dinero. La emoción dominante era el desprecio. Aquí, con Severo, no tengo desprecio. Tengo otra cosa. Tengo un respeto incómodo. Y eso, para hacer lo que estamos haciendo, es lo peor que puedo tener.

Clara le puso la mano en el brazo.

—No es el peor sentimiento. El peor sería la ligereza. La ligereza con la que un restaurador joven, hace veinte años, te habría escrito esa página sin darle muchas vueltas, pensando solo en la calidad técnica del trabajo. Tú no estás haciendo eso. Tú estás haciendo lo que tienes que hacer, y al mismo tiempo no estás dejando de pensar en lo que significa. Eso es lo que te diferencia.

Adrián la miró.

—¿De Severo?

Clara tardó un segundo.

—De Severo, también. Severo está haciendo lo que él cree que tiene que hacer, y al mismo tiempo no está dejando de pensar en lo que significa. Por eso no podemos pensar en él como en un enemigo. Es el reverso exacto de nosotros. Solo que en el otro lado de la moneda.

Caminaron en silencio el resto del camino.

Cuando llegaron al Hostal, antes de subir a la habitación, Adrián se detuvo en el vestíbulo. Sacó la llave de Xoán Ferro del bolsillo. Se quedó un momento sosteniéndola bajo la luz tenue.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara.

—Que esta semana, todo lo que pase, va a pasar muy rápido.

—Sí.

—Y nosotros también.

Clara no respondió.

Subieron a la habitación. Adrián guardó la llave en el cajón de la mesilla, no en la chaqueta esta vez. Se quitó los zapatos. Se sentó al borde de la cama. Clara se sentó frente a él, en el sillón.

—Adrián.

—Dime.

—Cuando todo esto termine, tú y yo tenemos que tener una conversación.

—Lo sé.

—Pero no esta noche.

—No esta noche.

—Hoy, lo que necesito es saber que estás bien.

Adrián la miró un momento.

—Estoy bien.

Clara asintió. Se levantó. Le besó en la frente, brevemente, y salió de la habitación.

Adrián se quedó solo. Apagó la lámpara. Se metió en la cama. La habitación quedó en penumbra, con la única claridad que entraba de la calle, una claridad amarilla, baja, que se movía lentamente sobre el techo según pasaba algún coche por la plaza.

Esa noche durmió seis horas seguidas, por primera vez desde que habían llegado a Compostela. Seguramente la fatiga del trabajo en la página falsa lo había vaciado por dentro lo suficiente como para que el sueño llegara sin resistencia.

Al amanecer del domingo, Aurea entraría al archivo a las ocho y veinte. Habría unos minutos sola en el despacho, antes de que llegara nadie. Bajaría a la sección IX-C. Sacaría la caja diecinueve, un legajo de cuentas de fábrica del quinientos que nadie había abierto desde el noventa y uno. Y allí, con la calma de cuarenta y un años de archivera, dejaría el folio que Adrián había escrito, entre dos pliegos, ni muy visible ni muy escondido, con el borde asomando lo justo.

Después subiría, redactaría el parte de hallazgo, lo fecharía, lo firmaría, y esperaría a que el día empezara como cualquier otro.

A las cuatro de la tarde del lunes siguiente, Severo Anllóns entraría al archivo, como hacía cada lunes, a sentarse tres horas con el cuaderno. Saludaría a Aurea. Y Aurea, sin levantar la vista de su mesa, le diría que antes de que se pusiera con lo suyo le agradecería que echara un ojo a una cosa que había aparecido el domingo en un sitio donde no debía estar.

Y él leería la página.

Y no dormiría esa noche.

Pero esta vez la copia se la mandaría a Hans Vogel, en Berlín, con una nota en la que pediría que le buscara información sobre una arqueta de madera de tejo conservada en un priorato inexistente de un convento que nunca había existido.

Y entonces la red lo sabría con certeza.

Y aquella semana, mientras Compostela cubría poco a poco sus calles con las primeras luces de Adviento que los comerciantes empezaban a colgar, y mientras los peregrinos finales del año caminaban hacia la Catedral por la Rúa do Franco con la lentitud cansada de quienes han hecho un Camino largo, la red compostelana, en silencio, esperaba.

Capítulo 10 · La carta interceptada

Pasaron seis días.

El domingo por la mañana, Aurea dejó el folio falso en la caja diecinueve, como había planeado. Había llegado al archivo a las ocho y veinte, había cerrado la puerta con llave por dentro, había bajado a la sección IX-C, había sacado la caja, había abierto el legajo de cuentas por la mitad exacta y había deslizado allí, con una pinza fina de archivero y dos minutos de calma, la página escrita por Adrián. La había dejado con el borde asomando un milímetro, lo justo para que un ojo entrenado lo viera y no lo suficiente para que pareciera puesto. Había cerrado la caja. Había subido. Había redactado el parte de hallazgo con su letra cuidada, lo había fechado, lo había firmado. Había encendido la lámpara verde y había esperado a que el día empezara.

El lunes, Tareixa entró a las nueve. Saludó. Aurea le contestó con la misma cortesía de siempre. No le preguntó nada. Tareixa, sin saber qué pasaba, tampoco preguntó. Llevaba meses entrenándose en no preguntar. Era la disciplina que el oficio le exigía durante las semanas previas al solsticio.

Severo Anllóns entró al archivo a las cuatro en punto, con la puntualidad casi mecánica que llevaba treinta años practicando. Saludó a Aurea con la cordialidad habitual, sin nada distinto, sin tensión visible. Aurea le devolvió el saludo del mismo modo. Severo pidió el cuaderno. Aurea se lo dio sin protocolo, dentro de su caja archivística, con los guantes de algodón y los paños limpios encima. Lo dejó sobre la mesa lateral, bajo la lámpara que quedaba reservada para él los lunes. Severo se sentó.

Estuvo allí tres horas y media.

Aurea, desde su escritorio, lo observó de reojo durante todo ese tiempo, sin que él lo notara. Severo cogía sus notas en un cuaderno de tapas negras que llevaba siempre, marca Moleskine, hojas blancas sin pautar, escritas siempre con un bolígrafo Pilot fino de tinta negra que él mismo se traía. De vez en cuando levantaba la vista, miraba hacia la ventana, pensaba un momento, y volvía a escribir. Pasaba las páginas del cuaderno de Mateo poco a poco, deteniéndose unos segundos en cada folio, otra vez para volver atrás dos o tres páginas, repasando una sección que ya había leído, comparando.

Aurea le puso el folio delante a las cuatro y diez, dentro de una carpetilla de conservación, sin ceremonia, del mismo modo en que se habían pasado documentos el uno al otro durante treinta y cinco años.

—Apareció ayer en la diecinueve. Suelta. Dime qué es.

Severo se puso los guantes. Miró el folio treinta segundos sin tocarlo. Después lo tocó.

Aurea volvió a su mesa y no levantó la vista.

Severo estuvo con aquel folio, sin pasar a otra cosa, hasta las siete y media. En algún momento de la tarde dejó el bolígrafo sobre la mesa y se quedó mirando la ventana durante mucho rato, y Aurea, que llevaba media vida sabiendo lo que significaba cada uno de los silencios de aquel hombre, tuvo que apretar los dientes y seguir escribiendo.

A las siete y media Severo cerró el cuaderno de Mateo, recogió sus cosas, devolvió el folio a Aurea con una sonrisa amable, y se despidió hasta el lunes siguiente. Le deseó buenas tardes. Comentó, de pasada, que el invierno se estaba alargando este año más que el anterior. Aurea le contestó con un tópico equivalente. Severo salió por la puerta del archivo y bajó al patio interior, donde Aurea, desde la ventana de la primera planta, lo vio caminar hacia el portón de salida con la misma calma de siempre, sin acelerar el paso, deteniéndose un segundo a saludar al portero del Cabildo antes de irse.

Aurea esperó hasta que la puerta se cerró tras él. Después se acercó a la mesa lateral. La carpetilla estaba allí, cerrada, con el folio dentro, intacto. Severo no se lo había llevado. No hacía falta: Aurea había visto, desde su sitio, sin mirar, el reflejo del flash del móvil de Severo dos veces contra el cristal de la vitrina.

Se sentó. Se quitó las gafas. Se apretó el caballete de la nariz con dos dedos, a su ritmo, y estuvo así más tiempo del que ninguna de las dos personas que la conocían bien le habría permitido si hubiera estado delante.

Aurea volvió a su escritorio y escribió un mensaje breve a Adrián y a Clara. Lo escribió en un papelito amarillo, doblado, que mandó a entregar al Hostal por una de las personas de mantenimiento del Cabildo, una mujer mayor llamada Guadalupe que llevaba veinte años siendo enlace discreto de Aurea para mensajes que no convenía escribir por móvil.

Severo ha leído. Y ha copiado. Empieza la cuenta atrás.

Los días siguientes fueron extrañamente tranquilos. Adrián y Clara siguieron yendo al archivo cada mañana, como si nada hubiera cambiado. Aurea les mantenía ocupados con tareas reales: catalogación de algunas piezas menores, repaso de fragmentos del cuaderno que ya tenían identificados, traducción de pasajes en latín que no estaban del todo claros. Era trabajo de archivero corriente, el tipo de cosa que se hacía siempre, y servía para no levantar sospechas si Severo entraba en algún momento sin avisar y los veía allí.

Severo no entró. Su turno habitual era el lunes. Y Severo, que era un hombre de costumbres, raramente alteraba sus turnos.

Pero, por debajo de la rutina, todos esperaban lo mismo: una llamada, un correo, una señal de algún oído de la red europea avisando de que Hans Vogel había empezado a preguntar.

El miércoles por la noche, Adrián cenó con Clara en una taberna pequeña cerca del Hostal. Habían escogido un sitio donde nadie los conocía, una taberna que ofrecía pulpo y vino joven, con cuatro mesas mal iluminadas, regentada por una pareja de mediana edad que servía sin protocolo. Adrián pidió empanada de bacalao y un plato pequeño de queso. Clara, una sopa de marisco modesta. Compartieron una jarra de vino blanco joven que el dueño les sirvió en cuenco de barro, la manera tradicional gallega que Adrián no había visto antes en ningún sitio salvo en libros viejos sobre tabernas del interior.

—¿Crees que va a tardar mucho? —preguntó Clara, mientras servía vino.

—Aurea dijo una semana o diez días.

—Pueden ser más. Vogel es un académico ocupado. Si Severo le mandó la copia el martes, Vogel quizás no la abrió hasta el miércoles. Si decidió escribir a colegas, quizás no lo hizo hasta el jueves o el viernes. Estos días entre semana, con sus clases, con sus comités universitarios, son días en los que un email a un colega se aplaza con facilidad.

—Y los colegas de Vogel, cuando reciban su pregunta, también pueden tardar.

Comieron en silencio un rato.

—¿Has pensado en Severo estos días?

Adrián miró el plato.

—Todos los días.

—¿Y?

—Pienso en él cada noche, antes de dormir. Pienso en lo que va a pasar cuando la red lo confronte. Pienso en si la red va a saber confrontarlo bien. Pienso en la mesa de su casa, la del viernes por la noche, con las velas y el aguardiente y el lacón. Y pienso en las nueve carpetas del estante alto.

—Yo también. Yo pienso, sobre todo, en una cosa que dijo después de la cena, cuando ya nos íbamos. Lo de que él tomó una decisión hace tres años. Eso me llama la atención.

—¿Tres años?

—Tres años. Lo dijo así. *Os enfrentáis a un hombre que tomó una decisión hace tres años y que la asume.* Si la decisión la tomó hace tres años, eso significa que el libro lleva tres años en proceso. No un año, como Aurea cree.

Adrián se quedó pensando.

—Es posible.

—No solo es posible, Adrián. Es probable. Un libro académico de la categoría que él pretende publicar no se hace en seis meses. Tres años es justo lo que tarda un proyecto serio. La decisión es de hace tres años. Las páginas las arrancó hace dos meses. Lo demás lo hizo en privado, con sus copias personales del cuaderno, sin tocar el original.

—Aurea no había barajado esto.

—No.

—¿Crees que cambia algo?

Clara dejó el cuenco sobre la mesa.

—Sí. Cambia que Severo no actuó por impulso. No es un hombre que se desplomó moralmente en algún momento de septiembre y empezó a arrancar páginas a la desesperada. Es un hombre que llevaba pensando esto durante tres años, y solo arrancó las páginas cuando ya no le quedaba más remedio.

—¿Más remedio?

—Cuando ya tenía el libro escrito en lo esencial, y necesitaba el material físico para certificarlo. Aurea ha visto solo la fase final. Ha visto el momento en que Severo, después de tres años de preparación silenciosa, dio el paso visible. Pero el resto, los tres años anteriores, han ocurrido sin que la red se enterara.

Adrián levantó la vista.

—Y eso significa que cuando lo confrontemos, no vamos a confrontar a un canónigo que se equivocó hace dos meses. Vamos a confrontar a un hombre que llegó a esa decisión despacio, con cuidado, y que ha tenido tres años para preparar todas sus respuestas.

Adrián dejó el cuenco sobre la mesa sin haber bebido.

Nadie contestó.

Comieron sin hablar durante un rato más. La taberna estaba casi vacía. Una mujer mayor en otra mesa cenaba sola, leyendo un libro pequeño bajo la luz baja. El dueño, detrás de la barra, secaba copas con un trapo blanco.

—Adrián. Hay otra cosa.

—Dime.

—Llevo seis días pensando si la red está en lo correcto al silenciar a alguien que ha decidido revelar al mundo lo que la red guarda. Y no termino de tener la respuesta clara.

Adrián la miró.

—¿Tú?

—Yo. Severo no quiere revelarlo todo. Quiere publicar un libro académico que demuestra la existencia histórica de la red custodia. Eso no es revelar el contenido. Es revelar la existencia. Y la existencia, en cierto modo, ya está revelada: la red sabe que hay académicos que sospechan, y otros que han escrito sobre estas cosas con muchas menos pruebas. La diferencia es que Severo tiene pruebas internas que ningún académico ha tenido nunca.

—Y por eso es peligroso.

—Y por eso es peligroso. Pero también por eso es legítimo, Adrián. Severo no está vendiendo. No está mintiendo. Está documentando algo que existe. Lo está documentando con rigor académico. La red puede no querer que lo haga. Pero negar que tenga el derecho intelectual de hacerlo es otra cosa.

Adrián la miró.

—¿Crees que tiene derecho?

Clara tardó en contestar.

—Creo que la pregunta es muy difícil. Y creo que es la pregunta más importante que hemos tenido delante en estos dos años.

Adrián asintió, despacio.

—¿Lo has hablado con Aurea?

—No. No he querido. Aurea está con el peso entero del caso encima. No es buen momento para que yo me ponga a discutirle el principio del oficio. Será para después. Si esto se resuelve bien, Aurea y yo tendremos esa conversación. Y si no se resuelve bien, también.

—¿Y conmigo, por qué lo has hablado esta noche?

—Porque tú eres el único que puede entenderlo. Y porque mañana, o pasado, va a llegar la confirmación. Y a partir de ese momento ya no va a haber tiempo para pensar. Solo va a haber tiempo para actuar.

Adrián cogió el cuenco de vino. Bebió con parsimonia.

—¿Y qué hacemos, Clara?

—Lo que estamos haciendo. Aurea nos ha pedido ayuda. Le hemos dado palabra. La trampa está puesta. No podemos retirarnos ahora.

—Lo sé.

—Pero podemos pensar, después, qué papel queremos tener cuando la red lo confronte. Y qué le vamos a decir si pide hablar con nosotros.

Adrián la miró.

—¿Crees que lo va a pedir?

—Sí. Lo va a pedir. Y va a tener razones, parciales pero razones, para algunas de las cosas que diga. Lo único que tenemos que hacer, tú y yo, es estar preparados para no descomponernos cuando las oigamos.

Adrián guardó silencio. Acabó la empanada. Pidió otra ronda de vino. La mujer mayor de la otra mesa cerró su libro, se levantó

despacio, pagó en la barra, salió a la calle. La taberna quedó casi vacía.

—Clara.

—Dime.

—Cuando todo esto termine, tú y yo tenemos esa conversación que dijiste el sábado.

—Sí.

—¿Te la has preparado ya?

Clara levantó la vista. Lo miró un rato.

—Llevo cinco meses preparándomela.

Adrián no preguntó más.

El jueves y el viernes fueron días sin novedades. Adrián y Clara iban al archivo por la mañana, salían a comer juntos al mediodía, daban un paseo después por el casco viejo, volvían al archivo media tarde, volvían al Hostal a las siete. Aurea trabajaba en su mesa, atenta al teléfono, con el correo abierto siempre en una pestaña del ordenador del archivo. Tareixa entraba y salía con la regularidad habitual, dando sus visitas oficiales en el Pórtico, comiendo a veces con ellos, cenando una noche con Adrián y Clara en el comedor del Hostal cuando Aurea se quedó trabajando hasta tarde.

Durante esa cena con Tareixa, Adrián se enteró por primera vez de algunas cosas pequeñas. Tareixa había nacido en una aldea cerca de Lestedo, casualmente, de donde venía la propia Aldonza de Lestedo del cuaderno de Mateo. Tareixa lo había descubierto cuando estudiaba el máster, comparando archivos parroquiales medievales: su propia familia llevaba siglos viviendo en la misma aldea que había dado, ochocientos años antes, a la primera mestra cantareira documentada del oficio compostelano. Era una coincidencia que Tareixa había decidido no contar nunca a Aurea durante los tres primeros años en la red, por miedo a que se interpretara como un intento de ganarse un lugar en la cadena. Solo se lo había confiado a Xoán Ferro, en una conversación de invierno de hacía cinco años, en la casa del campanero. Xoán había escuchado, asentido, y le había dicho una cosa que Tareixa repitió aquella noche en el comedor del Hostal:

—Miña, las coincidencias del oficio son las que confirman que el oficio nos eligió, no nosotros a él. No tengas miedo de eso. Ten miedo solo de los que dicen que las coincidencias no existen.

Adrián la escuchó sin interrumpir. Clara, también. La cena se prolongó hasta casi la medianoche. Tareixa se fue a su casa en taxi. Adrián y Clara subieron juntos a las habitaciones, sin prisa, hablando poco.

El sábado, la espera terminó.

A las once de la mañana, Aurea les pidió que fueran al archivo de inmediato. Cuando llegaron, los recibió en la puerta del despacho con la cara contraída de quien no ha dormido. Tenía las gafas en la mano, no en la cara. Llevaba el mismo jersey gris del día anterior. El pelo, peinado con menos cuidado que de costumbre, le caía sobre la frente en mechones cortos.

—Pasad. Cerrad. Sentaos.

Sobre la mesa había dos hojas impresas. Aurea las giró hacia ellos.

—Esto me lo acaba de mandar un colega de Múnich. Ha llegado por correo electrónico hace tres horas.

Adrián cogió una. Era el texto de un correo, en alemán, con una traducción adjunta debajo. La traducción decía:

> *Estimado Hans, recibí tu mensaje del jueves. Acerca del objeto que mencionas —copio tu propia transcripción: «theca lignea taxi cum laminula plumbi», arqueta de tejo con lámina de plomo, en el priorato de San Pedro de Vilanova, diócesis de Mondoñedo—, no he podido localizar referencias en ningún registro consultable. Ni en Salamanca ni en Burgos ni en Toledo. La descripción, sin embargo, encaja con un tipo de arqueta que se documentó en monasterios benedictinos del norte de la península durante los siglos doce y trece. Si la pieza existe físicamente, no aparece catalogada en ningún sitio al que tengamos acceso. ¿Tienes idea de en qué fondo monástico podría estar? Sin esa pista, va a ser muy difícil. Pero te ayudo en lo que pueda. He preguntado también a Wachtmeister, en Frankfurt, por si él tiene alguna referencia. Te responderé en cuanto sepa algo.*

Adrián levantó la vista.

—¿Quién lo manda?

—Un profesor de paleografía de Múnich. Es una persona seria, no de los nuestros, pero amigo personal de un canónigo de Burgos que sí lo es. El canónigo de Burgos lo redirigió a mí en cuanto vio el contenido. Vogel lleva tres días preguntando a varios paleógrafos europeos sobre un objeto custodio que solo está mencionado en una página del cuaderno de Mateo. La página falsa.

Clara cogió la hoja y la leyó completa.

—Vogel está actuando a partir de la copia que Severo le mandó.

—Exactamente.

—¿Tenemos prueba de que Severo se la mandó él, no otra persona?

Aurea asintió.

—La tenemos. Mirad la primera línea: el de Múnich le copia a Vogel su propia transcripción, palabra por palabra, con el nombre del objeto inventado escrito como yo lo escribí y con la falta de concordancia que yo puse a propósito en el genitivo. *Theca lignea taxi cum laminula plumbi.* Esa frase solo existe en dos sitios del mundo: en mi cuaderno y en el folio. Y por el folio han pasado justo tres pares de manos: las mías, las de Adrián y las de Severo. Yo no se lo he enseñado a nadie más. Tareixa estuvo el lunes en la sala y no supo nunca qué había dentro de aquella carpetilla. Anselmo Pereira no ha entrado en la sección IX-C en su vida. Manuel Ouro no baja a la cámara desde octubre. La única persona de este mundo que ha leído esas cinco palabras, aparte de nosotros tres, está en la Rúa Nova, catorce, primero.

Adrián se quedó pensando.

—¿Y ahora?

Aurea cerró los puños sobre la mesa, sin violencia, solo apretándolos como quien necesita estabilizar las manos. Tenía los dedos blancos en los nudillos.

—Ahora voy a hablar con él.

—¿Cuándo?

—Esta noche. En su casa. Después de cenar.

—¿Quieres que vayamos contigo?

—No. Iré sola.

—Aurea —dijo Clara—, ¿es prudente?

Aurea levantó la vista. Sonrió muy poco. Era una sonrisa que en esa cara, ese día, parecía costarle.

—Severo no me va a hacer daño, Clara. Severo me va a recibir con un brandy y me va a escuchar como ha escuchado todas las cosas importantes de los últimos cuarenta años. La cuestión no es si es prudente. La cuestión es si va a servir.

—¿Y qué le vas a decir?

—Le voy a decir lo que sé. Le voy a decir lo que la red sabe. Le voy a dar la oportunidad de retirarse antes de la asamblea. Y le voy a explicar las dos opciones que tiene.

—¿Las dos opciones?

—Sí. Como hicimos con Morán. Pero distintas, porque Severo no es Morán.

—¿Cuáles son?

Aurea bebió un sorbo de café. Dejó la taza. Apoyó las dos manos en la mesa y habló despacio, como si fuera leyendo de un papel mental que llevara preparado desde hacía semanas.

—La primera. Severo retira el manuscrito que está preparando con Vogel, devuelve las copias que ha hecho, no publica nada. La red, a cambio, le concede algo que no le ha concedido a nadie en mil años: empieza a abrir el oficio de manera selectiva al mundo académico. No todo. Pero algo. Severo será nombrado interlocutor. Tendrá un papel oficial en esa apertura. Los detalles los negociaríamos en la asamblea. Pero el principio es ese: Severo cede el libro, la red cede el silencio absoluto.

Clara levantó las cejas.

—¿Eso lo va a aceptar la asamblea?

—No lo sé. Pero voy a defenderlo. Y Fabián también. Es la única salida que respeta a Severo y respeta al oficio.

—¿Y la segunda opción?

Aurea bajó la voz.

—La segunda opción es lo que la red hizo con Morán, adaptada. El destierro académico total. No a una parroquia rural, en el caso de Severo, porque Severo no aceptaría nunca lo que aceptó Morán, y porque a un canónigo del Cabildo con treinta y cinco años de archivo no se le manda a decir misa a tres ancianas sin que el Cabildo entero se pregunte por qué. Sino el bloqueo de todas las publicaciones, el veto de todas las editoriales académicas serias, la imposibilidad de cualquier carrera futura. Y el silencio impuesto por todos los oídos de la red.

—Sería el fin de su vida intelectual.

—Sí.

Se hizo el silencio.

—Aurea —dijo Adrián—. ¿Tú querrías que aceptara la primera?

Aurea le sostuvo la mirada un momento.

—Sí.

—¿Por motivos de afecto?

—También. Pero sobre todo por una razón.

—¿Cuál?

—Porque si Severo acepta la primera, el oficio empieza a evolucionar. Después de mil cien años en silencio, da un primer paso hacia el siglo veintiuno. Y eso, aunque suene raro decirlo así, es lo que la red necesita.

Adrián la miró sorprendido.

—¿Tú crees que la red necesita evolucionar?

Aurea le devolvió la mirada con una calma extraña.

—Adrián. Llevo cuarenta y un años en el archivo y veintiocho en la red. Y llevo veinte años pensando que algo tendría que cambiar. Severo, en el fondo, no es tan diferente de mí como yo querría. La diferencia es que él decidió actuar y yo no.

Otra vez el silencio, y más largo. Adrián notó que aquella frase había sido dicha en voz baja, no como una concesión a Severo sino como una confidencia íntima. Aurea, en aquel momento, estaba diciendo lo que no había dicho nunca en cuarenta años: que el oficio que ella custodiaba, y que defendía con todas sus fuerzas frente a la traición de su mejor amigo, era también un oficio que ella misma, en privado, llevaba cuestionando durante dos décadas.

Clara se inclinó hacia delante.

—Aurea. Si Severo acepta la primera opción, ¿estarás en paz con él?

Aurea sonrió, con una sonrisa que tenía algo de cansancio.

—No del todo. Pero suficientemente.

—¿Y si la rechaza?

Aurea se quedó mirando hacia la ventana.

—Si la rechaza, entonces la asamblea decidirá. Y yo aceptaré lo que la asamblea decida. Aunque me duela.

Pasó un rato largo sin que nadie hablara.

Adrián cogió la hoja del correo de Vogel. La releyó. Después la dejó sobre la mesa.

—Aurea.

—Dime.

—Cuando vayas a verlo esta noche, ¿quieres que te llamemos al móvil al final, para asegurarnos de que estás bien?

Aurea sonrió.

—No hace falta. Voy a estar bien. Severo es lo último de lo que tengo que protegerme físicamente. Aunque me decepcione, no me hará daño. Pero gracias.

—Si cambias de idea, llámanos tú.

—Lo haré.

Capítulo 11 · Tres horas

A las nueve y media de la noche del sábado, Aurea Vilaboa subió las escaleras de la casa de Severo Anllóns, en la Rúa Nova, y golpeó la aldaba con forma de mano femenina dos veces, suaves.

Severo abrió la puerta.

—Aurea.

—Hola, Severo. ¿Tienes un rato?

Severo no se sorprendió. La miró un momento, después abrió más la puerta.

—Pasa.

Aurea entró. Severo cerró la puerta detrás de ella. La condujo, sin preguntar, hasta el salón. La chimenea estaba encendida con un fuego bajo. Servía una luz cálida, poco más. Las velas de la mesa, las que habían iluminado la cena del viernes anterior, estaban guardadas. La sala estaba más despojada esa noche, sin el aparato de la cena, con la mesa redonda recogida contra la pared y los dos sillones colocados frente a la chimenea con una cortesía que sugería que Severo había preparado la disposición exactamente así, esperando que ella llegara.

—¿Brandy?

—Sí, gracias.

Severo sirvió dos copas pequeñas. Le dio una. Brindaron sin decir nada y bebieron un sorbo.

Después se sentaron, los dos, en sendos sillones junto al fuego. Aurea dejó la copa sobre la mesita. Severo dejó la suya también.

—Sé por qué has venido —dijo él—. Y sé qué me vas a proponer. Llevaba esperándolo cinco días.

Aurea lo miró un momento.

—Entonces empiezo yo.

—Empieza tú.

Aurea empezó. Lo hizo como llevaba cuarenta y un años haciendo los informes de archivo: por orden, sin adjetivos, sin mirar a la cara al que escuchaba. Le dijo que sabía que llevaba tres años preparando un libro con Hans Vogel. Que sabía que había arrancado doce páginas del cuaderno de Mateo. Que sabía que las tenía en su estudio, a doce metros de donde estaban sentados, en una de las nueve carpetas grises del estante alto. Que sabía que había fotografiado un folio y lo había mandado a Berlín el martes. Y que el folio era falso, y lo había escrito ella, y lo había escrito Adrián Vega, y lo habían escrito los dos, y que ella lo había dejado en la caja diecinueve el domingo por la mañana con la puerta del archivo cerrada por dentro.

Severo escuchó sin moverse. Cuando Aurea terminó, se quedó mirando el fuego un rato largo.

—Aurea. Sabía que harías algo así. No la página falsa, eso no me lo esperaba: ahí me has ganado limpiamente.

—Severo…

—Déjame. Esto quiero decirlo bien, porque no lo voy a decir dos veces.

Aurea calló.

—La leí un martes por la mañana. A las cuatro y diez, cuando me la pusiste delante, pensé que era una nota de fábrica. A las cuatro y veinte ya sabía lo que tenía en las manos y estaba haciendo esfuerzos para que no me temblaran, porque tú estabas a tres metros y llevas treinta y cinco años sabiendo qué hago yo con las manos. Cuarenta años buscando una mención escrita a ese original, y me llega en un folio suelto dentro de una caja de cuentas de fábrica del quinientos, con la mano de Mateo hecha por alguien que sabe lo que hace. Salí de allí a las siete y media. Vine andando. Me senté en este sillón. Y no dormí esa noche.

Hizo una pausa.

—Hasta el jueves, cuando Hans me escribió diciendo que en Mondoñedo no había ni rastro de ese priorato, fui el hombre más feliz de Compostela.

Aurea cerró los ojos. Tenía las dos manos abiertas sobre las rodillas y no se atrevía a moverlas.

—No me la creí por mala —siguió Severo—. Era muy buena. La mano es de un profesional, la tinta está bien, el pergamino era del quinientos, y el latín tenía una construcción del trece tardío que yo tendría que haber visto en tres minutos y no vi en cuatro días. ¿Sabes por qué no la vi?

—No.

—Porque llevaba tres años necesitando creérmela. Eso es lo que un paleógrafo no puede cotejar: lo que quiere que sea verdad.

Severo cogió la copa. Bebió. La dejó otra vez.

—No te disculpes, por favor. Es lo mejor que has hecho en cuarenta años de oficio y lo has hecho contra mí. Yo, en tu sitio, habría hecho lo mismo. Peor: yo lo habría hecho antes.

—No he venido a disculparme.

—Lo sé. Has venido a ofrecerme dos cosas.

—He venido a ofrecerte dos cosas.

—Pues ofrécemelas. Pero antes déjame hablar una hora. Te lo debo. Llevo tres años hablando solo.

Aurea asintió, despacio.

Y Severo habló durante una hora.

Habló bien. Habló como hablaba en clase, en la Universidad, cuando Tareixa Bouzas tenía veintiséis años y salía de aquellas aulas convencida de haber entendido algo que no volvería a entender hasta muchos años después. Habló del derecho a la verdad histórica. Habló de los archivos custodiados de media Europa, de los fondos que las instituciones cierran por prudencia y abren cuando ya no queda nadie a quien puedan hacer daño. Habló de que la historia de la Iglesia occidental está escrita, en su mayor parte, con lo que la Iglesia occidental decidió dejar ver. Habló de Iona, del séptimo códice, de una liturgia del agua que Roma no habría aceptado y que sobrevivió porque un obispo viejo de una sede recién nacida decidió, una tarde de noviembre del año ochocientos veinticinco, mirar hacia otro lado. Habló de que aquella decisión fue exactamente la misma que la red llevaba tomando mil doscientos años, y de que a la primera se la llamaba prudencia y a todas las demás, oficio.

Aurea lo dejó llegar hasta el final. Solo lo interrumpió una vez.

—Severo.

—Dime.

—Todo eso que estás diciendo es verdad.

Severo se detuvo.

—¿Y?

—Y no es un argumento. Es una descripción. Yo también sé describir esto. Llevo cuarenta y un años describiéndolo. Lo que quiero saber es qué pasa el día después de que se publique tu libro.

Severo tardó en responder.

—Pasa que alguien tiene que contestar.

—Contestar qué.

—Cualquier cosa. Que existimos, que no existimos, que somos una cofradía de viejos con manías. Me da igual la respuesta. Lo que necesito es que exista la pregunta, y que la pregunta esté fuera, donde no la podamos administrar nosotros. Aurea, dentro de esta casa hay nueve carpetas. Nueve. Y solo yo sé lo que hay en cada una. ¿Te parece bien eso? ¿A ti, que has pasado la vida ordenando fondos para que cualquiera pueda encontrar cualquier cosa?

Aurea no contestó.

—Eso pensaba —dijo Severo—. Venga. Las dos opciones.

Aurea se las dio.

La primera le costó ocho minutos. La había preparado durante tres semanas, la había defendido delante de Fabián en dos conversaciones muy duras, y la expuso en el orden en que la había escrito: Severo retira el manuscrito, devuelve las copias, no publica. Y la red, a cambio, empieza a abrirse al mundo académico de manera selectiva, y él es el interlocutor. Con papel. Con nombre. Con firma. Los detalles se negocian en la asamblea, pero el principio es ese: él cede el libro, la red cede el silencio.

Cuando terminó, Severo estuvo callado casi un minuto.

—Aurea, te agradezco la primera opción. Sé lo que te ha costado proponerla. Sé que la has defendido tú frente a Fabián.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Fabián no la habría propuesto nunca y sigue estando de tu lado. Solo hay una manera de que eso pase.

Aurea bajó la vista.

—Pero no la voy a aceptar.

—¿Por qué no?

Y entonces Severo dijo la cosa que Aurea llevaba tres semanas sin considerar y a la que iba a dar vueltas durante veinte años.

—Porque el problema no es que la red no se abra. El problema es que va a abrirse mal si lo hago yo.

—Explícate.

—Si yo retiro el libro a cambio de un puesto de interlocutor, voy a ser yo el que controle qué se cuenta y cuándo. Yo. Un canónigo de sesenta y cuatro años que lleva cuarenta aquí dentro y que tiene sus manías, sus preferencias y sus rencores como todo el mundo. Y dentro de nada voy a estar muerto, y la apertura va a quedarse a medias, dependiendo de quién me suceda. Que será alguien que no habrá pactado nada, porque el pacto lo habré firmado yo. La red necesita un sacudón que no controle nadie. Necesita una publicación que la obligue a responder, no que la deje negociar. Por eso voy a publicar.

Aurea se quedó mirando el fuego.

—Entonces te doy la segunda.

—Dámela.

—Podría ofrecerte lo que le ofrecimos a Morán. Una parroquia.

Severo levantó la vista, y por primera vez en toda la noche se rio. Fue una risa corta, de dos golpes, sin ninguna amargura.

—Aurea, por Dios.

Ella no se rio.

—Lo digo en serio. Es lo que la red hace.

—Es lo que la red hace con los que venden. A mí me pones en Vilarpol y en tres semanas tengo a las tres ancianas transcribiendo el libro parroquial y a los cuatro meses he publicado un artículo sobre la fábrica de la iglesia en el *Boletín* de Lugo. Sería el mejor destierro de la historia del oficio. Me estaríais haciendo un regalo.

—Ya lo sé.

—Entonces no me ofrezcas parroquias. Ofréceme lo que has venido a ofrecerme.

Aurea asintió.

—El destierro académico total. Ni un editor serio. Ni una universidad. Ni un congreso. Ni una reseña. Los oídos de la red están en más sitios de los que tú crees, y en marzo, cuando Vogel suba a la tarima de Múnich, va a haber tres personas en esa sala que ya sabrán qué decir. Tus discípulos se van a ir alejando sin saber por qué. Tus colegas van a dejar de contestarte los correos. Y no va a haber vuelta atrás, Severo. Esto es para el resto de tu vida.

Severo la miró un buen rato. Tenía los ojos muy claros a la luz del fuego y una calma que a Aurea le pareció, en aquel momento, la cosa más insoportable de la noche.

—Aurea, lo sé. Y precisamente por eso lo voy a hacer.

Aurea lo miró.

—No lo entiendo.

—Lo vas a entender ahora.

Y se lo dijo.

Se lo dijo sentado, con las manos quietas, sin cambiar de tono, del mismo modo en que le había dicho durante treinta y cinco años que se le había acabado la tinta o que había llegado un legajo nuevo de la parroquia de Bugallido.

—Tengo sesenta y cuatro años. Tengo cáncer desde hace seis meses. No me lo han dicho la red ni los canónigos del Cabildo. Lo sabe mi médico. Lo sabe mi hermana en Aspai. Y ahora lo sabes tú. Me queda un año, con suerte. Año y medio, con muchísima. No voy a permitir que la red me condene a un destierro que mi cuerpo va a cumplir antes que cualquier sanción. Voy a publicar el libro mientras pueda. Y voy a aceptar lo que pase. Pero por una vez, en cuarenta años, voy a hacer una cosa por convicción, y no por obediencia.

Aurea no se movió.

Al cabo de un rato preguntó, con una voz que no era la suya:

—¿De qué.

No le salió la pregunta. Le salió sin el signo, sin la entonación, sin nada.

—Páncreas.

Aurea cerró los ojos.

Estuvo con los ojos cerrados mucho tiempo. Severo no dijo nada. Echó un tronco al fuego, con cuidado, para tener algo que hacer con las manos, y volvió a sentarse.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —dijo ella al fin.

—Porque si te lo llego a decir hace tres meses, habrías intentado pararme por compasión. Y yo no quiero compasión. Quiero que la red me confronte como a un traidor, no como a un enfermo. Solo así mi decisión tiene peso. Solo así se van a tomar en serio lo que voy a publicar.

—Eso es una crueldad, Severo.

—Sí. Contigo, sobre todo. Lo siento mucho. Es lo único de todo esto de lo que me arrepiento.

Y entonces sonó el teléfono de Aurea.

Vibró dentro del bolso, contra el suelo, con ese zumbido sordo de las cosas que suenan en un sitio donde nadie quiere que suene nada. Aurea lo sacó. Miró la pantalla. Era Tareixa.

Leyó el mensaje entero, de pie, junto al sillón. Eran cuatro líneas. Tardó en leerlas más de lo que se tarda en leer cuatro líneas.

Después bloqueó el teléfono y lo dejó boca abajo sobre la mesita, al lado de la copa de brandy que no se había terminado.

Severo no había preguntado nada. La miraba.

—¿Es Xoán?

—Es Xoán. Lo han ingresado esta tarde en el Clínico. Tareixa está con él.

—¿Es el final?

—Es el final.

Severo miró el teléfono boca abajo sobre la mesita. Después la miró a ella. Se levantó del sillón. Fue lo primero que hizo con prisa en toda la noche.

—Vete.

—No.

—Aurea, vete. Coge un taxi. Yo no me voy a ninguna parte. Esto lo hablamos mañana, o pasado, o cuando tú quieras. Vete al hospital.

—No.

—¿Por qué no?

Aurea se sentó otra vez. Se alisó la falda sobre las rodillas con las dos manos, un gesto que no le había visto hacer nadie nunca.

—Porque Xoán se me va a morir de todas maneras y tú también. Y a Xoán lo está cuidando Tareixa, que sabe cuidar mejor que yo. Y a ti no te está cuidando nadie. Y porque si me voy ahora, mañana ya no voy a poder volver a decirte lo que he venido a decirte, porque mañana Xoán estará muerto y yo no seré capaz. Así que siéntate.

Severo se quedó de pie un momento más.

Después se sentó.

—Está bien.

—Está bien.

Y Aurea le suplicó.

Le suplicó durante cuarenta minutos, y en los cuarenta y un años que llevaba en el archivo del Cabildo de Compostela no había hecho nunca una cosa parecida: ni cuando su madre, ni cuando lo de Ramiro Lobeira, ni siquiera en el noventa y siete. Le suplicó con argumentos primero y sin ellos después. Le dijo que aceptara la primera opción. Le dijo que pasaran juntos los meses que le quedaran, trabajando en la apertura del oficio, y que eso sería su legado, y que sería la mejor manera de morir que un hombre como él

podía tener. Le dijo que iría a Aspai con él si su hermana la aceptaba. Le dijo que lo cuidaría. Le dijo, muy despacio, que pediría una excedencia. La primera en cuarenta y un años. Que se instalaría en aquella aldea de Lugo donde ella había pasado los veranos de niña sin saber que él pasaba los suyos a doscientos metros. Y que le leería en voz alta cuando ya no pudiera leer solo.

Porque los textos antiguos se entienden mejor escuchados.

Eso se lo había enseñado él.

Severo dijo que no a las dos cosas. Al pacto y al cuidado.

—Aurea, no quiero que vivas mis últimos meses como una culpa. Quiero que tu memoria de mí sea la del Severo de Mondoñedo, no la del Severo enfermo. Eso te lo regalo.

—No te he pedido un regalo.

—Ya lo sé. Por eso te lo doy.

Eran las doce menos veinte.

Aurea se levantó. Fue hasta la ventana, apartó el cortinón de terciopelo verde con dos dedos, miró la Rúa Nova mojada y vacía, y se quedó allí, de espaldas.

Y entonces dijo la cosa por la que había subido aquellas escaleras y que no había sabido decir en dos horas y media.

—Severo. Publícalo conmigo.

Hubo un silencio en el salón que a ella se le hizo físico, como un cambio de presión.

—¿Qué has dicho?

—Que lo publiques conmigo. Los dos. Con mi nombre al lado del tuyo. Yo tengo el archivo, tengo los inventarios, tengo cuarenta y un años de catalogación que ningún paleógrafo de Berlín va a poder discutir, y tengo lo que a ti te falta, que es estar dentro. Tu libro con mi firma no es la denuncia de un traidor. Es un documento del oficio. Y la red no puede desterrar a las dos personas que sostienen su archivo, porque entonces se queda sin archivo. Estarían obligados a responder de verdad. Que es lo que tú quieres.

Severo no dijo nada.

—Y hay otra cosa —dijo Aurea, y aquí la voz se le puso rara—. La de verdad.

—Dila.

—Tú llevas cuarenta años buscando el séptimo códice.

—Aurea, no.

—Déjame.

—Aurea, no me hagas esto.

—Yo sé dónde está.

El fuego chasqueó una vez en la chimenea.

—Lo sé desde el noventa y seis. Me lo dijo Ramiro Lobeira dos meses antes de morirse, en una habitación del Clínico, y me hizo repetírselo tres veces en voz alta para asegurarse de que lo había entendido bien. Somos tres. Fabián, Xoán y yo. Xoán se está muriendo esta noche y entonces seremos dos.

Severo tenía las dos manos agarradas a los brazos del sillón.

—Está en una iglesia de valle, a media jornada de aquí —siguió Aurea—, en un sitio que no te voy a decir esta noche pero que te voy a enseñar el jueves si me dices que sí. Tiene un manantial a tres pasos de la puerta. La gente del pueblo sube a llenar garrafas y no sabe por qué. Yo he bajado once veces en veintiocho años. La última en marzo.

—Aurea.

—Y tiene cuatro folios escritos al final que no puso el copista de Iona. Los escribió Conall en el ochocientos cuarenta y siete. Los he tenido en las manos once veces, Severo, y no he pasado nunca de la primera línea, porque cada vez que llego a la segunda me acuerdo de que tú llevas cuarenta años preguntándome sin preguntarme y de que yo llevo cuarenta años sirviéndote café y hablándote del tiempo.

Severo se levantó del sillón.

Fue hasta la ventana. Se puso a dos pasos de ella, sin tocarla, con la vista en la Rúa Nova mojada, y estuvo así el tiempo que tarda un hombre de sesenta y cuatro años con un año de vida en decidir qué hace con lo único que ha querido de verdad.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no se dice.

—Cuarenta años, Aurea.

—Cuarenta y tres.

Aurea seguía de espaldas. No se volvió en ningún momento.

—Y no te lo estoy ofreciendo por ti —añadió—. Que también. Te lo estoy ofreciendo porque llevo veinte años pensando lo mismo que tú y he sido lo bastante cobarde para no decirlo en voz alta ni una sola vez en veinte años. Tú decidiste actuar. Yo no. Y he tardado veinte años y una noche en darme cuenta de que la diferencia entre nosotros dos no es que tú seas un traidor. Es que yo soy una cobarde con mejor expediente.

Severo tardó mucho en contestar.

Cuando lo hizo, lo hizo con una voz distinta de todas las que había usado en tres horas.

—No.

Aurea apretó la mano contra el cortinón.

—Severo, es el jueves. Son cuatro horas de coche. Estás en condiciones. En marzo ya no vas a estarlo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque me quedaría contigo. Y no puedo.

—Explícate.

—Aurea, si tú firmas ese libro, la red se parte. De verdad. No se abre: se parte. Un canónigo enfermo que publica y se muere es un episodio. La asamblea lo gestiona, lo digiere y sigue. La archivera que publica y se queda es otra cosa. Es una guerra civil de veinte años dentro de una casa donde todos nos conocemos desde niños. Eladio no te lo perdonaría. Nicanor tampoco. La mitad de la red dejaría de hablarse con la otra mitad, y el oficio se acabaría por dentro sin que ningún libro tuviera que contarlo.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé perfectamente. Tú también lo sabes. Llevas veinte años sin decir nada precisamente porque lo sabes.

Aurea no contestó.

—Y hay otra cosa —dijo Severo—. Peor.

Aurea no se volvió.

—Dila.

—Que alguien tiene que quedarse a recoger. Después de que se publique, después de que yo me muera, después de que la red se pase tres años dando gritos, alguien tiene que estar dentro, con las llaves de la cámara en el bolsillo y las manos limpias, para decidir qué se hace a partir de entonces. Y esa persona no puede ser ninguno de los dos que firmaron el libro. Tiene que ser alguien a quien la red siga escuchando. Y solo hay una persona en Compostela a la que esta red vaya a seguir escuchando pase lo que pase, y lleva cuarenta y un años bajando todas las mañanas a la sección IX-C.

Se quedó callado.

—Te necesito ahí, Aurea. Ahí. No a mi lado en una portada. En una portada no me sirves de nada. Me sirves con las llaves.

Se quedó callado un momento.

—Y hay una tercera razón, y es la única que me importa, y te la digo porque me la vas a sacar igual. Si el jueves me llevas a esa iglesia y me pones ese libro delante, yo lo leo. Y en cuanto lo lea, se acabó. Se me acaba el enfado, se me acaba la prisa, se me acaba lo único que me está manteniendo de pie desde junio. Voy a estar tranquilo y voy a estar acabado, y me quedan doce meses. Aurea, no me quites la única cosa que todavía no tengo. Es lo que me queda por no tener.

Aurea seguía de espaldas a la ventana.

Estuvo así un rato larguísimo, y lo que se oía en el salón era el fuego bajo y, muy lejos, muy amortiguado por el cristal doble y por los siglos, el ritmo de una campana de convento en alguna calle del casco viejo. Cuatro toques rápidos. Una pausa. Un quinto toque sostenido.

—Me estás pidiendo que sea la que te condene.

—Te estoy pidiendo que seas la que quede. No es lo mismo.

—A mí me lo parece.

—Ya lo sé —dijo Severo—. Pero yo no te lo estoy pidiendo como amigo. Te lo pido como custodio. Y tú, cuando te lo piden así, no sabes decir que no. Eso también lo sé desde mil novecientos ochenta y uno.

Aurea dejó caer el cortinón.

Se volvió por fin. Tenía la cara seca. Cogió el bolso del suelo y el teléfono de la mesita, que seguía boca abajo, y no lo miró.

—Está bien.

—Aurea.

—Está bien, Severo. La asamblea es el miércoles. Vas a venir. Vas a hablar tú primero. Y yo voy a contarles lo del cáncer al principio de la sesión, con tu permiso o sin él.

—Con mi permiso.

—Gracias.

Severo se levantó. La acompañó hasta el recibidor, le dio el abrigo, se lo sostuvo por los hombros mientras ella metía los brazos, como llevaba haciendo cuarenta y tres años y como iba a hacer nueve veces más antes de morirse. En la puerta, con la mano en el picaporte, Aurea se detuvo.

—Severo.

—Dime.

—Lo que te he ofrecido en la ventana.

—No se lo voy a contar a nadie.

—No es eso.

—¿Entonces?

Aurea lo miró un momento.

—Que lo he dicho en serio. Quiero que lo sepas. No era un truco de archivera para que aceptaras la primera opción. Era verdad. Si me dices que sí, lo firmo.

Severo sonrió. Fue una sonrisa cansada, la primera de la noche que le llegó del todo a la cara.

—Aurea, si no lo hubieras dicho en serio, no me habría hecho falta decirte que no.

Y le abrió la puerta.

Al salir, hacia las doce y media de la noche, Aurea bajó las escaleras de la Rúa Nova sin acelerar, con el paso pesado.

En el portal, antes de salir a la calle, se quedó un momento parada. Apoyó una mano contra la pared.

Después salió.

La calle estaba mojada. Llovía sin prisa.

Aurea caminó hacia su casa sin paraguas, dejando que la lluvia le cayera encima. Pasó por delante del callejón que daba a la plaza de Cervantes. Pasó junto a la fachada barroca de la iglesia de la Compañía. Pasó por delante de un bar que estaba cerrando, donde un camarero recogía las sillas de la terraza con la gorra calada hasta las cejas.

A media calle se detuvo. Sacó el teléfono móvil del bolsillo. Marcó un número.

Fabián descolgó al cuarto tono. Se notaba que llevaba un rato despierto, esperando.

—Aurea.

—Fabián. No ha aceptado.

Hubo un silencio largo al otro lado.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué hacemos?

Aurea cerró un momento los ojos. La lluvia le caía sobre el pelo, mojándole los mechones de la frente.

—Convoca la asamblea. Para el martes por la noche, no, para el miércoles por la noche, después del funeral. Tenemos tres días hasta el solsticio. No podemos esperar más.

—¿Después de qué funeral?

—De Xoán.

Hubo otro silencio al otro lado.

—¿Xoán?

—Sí. Tareixa me llamó hace media hora, mientras yo estaba con Severo. Lo ingresaron esta tarde en el Clínico. Está mal. No es seguro que llegue al lunes. El funeral, si pasa lo que tiene que pasar, será el miércoles. Lo de la asamblea hay que aplazarlo a esa noche. Por respeto.

—Aurea. No me lo habías dicho.

—No te lo había dicho porque no he tenido tiempo. Acabo de salir de casa de Severo. He hablado tres horas con él y, todo este tiempo, sabía que Xoán se nos estaba muriendo en el hospital y no podía irme.

Y otra vez nada. Fabián, al otro lado, respiró despacio. Era una respiración que Aurea, de tanto conocer al hombre, podía interpretar entera: era la respiración de un canónigo de ochenta y tres años que llevaba quince esperando la muerte de su amigo Xoán y que, recibiendo la noticia, intentaba ordenarse por dentro antes de hablar.

—Y dile a Adrián y a Clara que mañana descansen. Que yo no iré al archivo en todo el día.

—¿Por qué?

—Porque mañana voy a estar en mi casa, sentada. Llorando, seguramente. Y no quiero que nadie me vea. Salvo, quizás, ellos. A última hora.

Hubo un silencio.

—Aurea. Te quiero.

—Lo sé, Fabián. Yo también.

Y colgó.

Aurea permaneció un instante más en la calle, bajo la lluvia. Después siguió caminando hacia su casa, despacio, mientras la Catedral, al fondo, se alzaba contra el cielo negro de invierno con sus torres iluminadas por focos amarillos.

Pasó por la plaza del Obradoiro. Subió por la Algalia de Arriba hasta el veintitrés. Subió a su segundo piso. Abrió la puerta de su casa. Encendió la luz del recibidor. Colgó el abrigo, mojado, en el perchero. Se quitó las botas. Caminó descalza por el suelo de madera oscura hasta el dormitorio. Se metió en la cama vestida.

No durmió hasta el amanecer.

Y, cuando por fin se durmió, soñó con Severo. Soñó que estaban los dos otra vez en el patio del seminario de Mondoñedo, en una tarde de mayo de mil novecientos ochenta y dos, repasando un examen de patrología medieval, sentados en un banco bajo un naranjo. En el sueño, Severo no estaba enfermo. No tenía nada. Era el Severo de veintiún años. Y le decía a ella, en gallego, una frase que Aurea no recordaría al despertarse, pero que en el sueño le había parecido la cosa más justa que nadie le hubiera dicho jamás.

Capítulo 12 · La conversación de Aurea

El domingo amaneció gris, con la lluvia caída durante la noche todavía sobre las losas. Aurea no fue al archivo. Tampoco contestó al teléfono. Fabián, que la llamó tres veces durante la mañana —a las diez, a las once y media, a la una—, terminó dejando que sonara. Sabía cómo era Aurea cuando se encerraba. La conocía desde el seminario de Mondoñedo, hacía cuarenta y tres años, y la había visto encerrarse otras seis veces en su vida. Cada una de aquellas seis veces, había habido una razón importante por debajo. Y cada una de aquellas seis veces, Aurea había salido del encierro al cabo de un día, dos como mucho, con la decisión tomada y la cara lavada.

Adrián y Clara desayunaron en el comedor del Hostal sin hablar mucho. Habían recibido a primera hora un mensaje de Fabián en el móvil de Adrián, breve: *Aurea no va al archivo hoy. Descansad. Os llamará por la tarde si quiere veros. F.* No había explicación. No hacía falta.

—Va mal —dijo Clara, mientras comía media tostada sin convicción.

—Mal.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Lo previsto. Severo no aceptó la primera opción. Y Aurea ha vuelto a casa con esa decisión encima.

—Sí. Pero hay algo más. Algo más, Adrián. Si fuera solo eso, Aurea estaría hoy en el archivo trabajando. La Aurea que conocemos no se enclaustra por una decepción profesional. Se enclaustra por una decepción personal.

Adrián asintió. No tenía respuesta.

Después salieron a caminar. La ciudad estaba más vacía de lo habitual. Era el tercer domingo de Adviento. Los escaparates del casco viejo empezaban a llenarse, despacio, con guirnaldas pequeñas y belenes en miniatura. En la fachada del Pazo de Raxoi, los operarios municipales ajustaban las luces que se habían encendido el segundo domingo de Adviento, según la costumbre compostelana, y que iluminarían las calles centrales hasta el seis de enero. Algunas familias salían de misa en la iglesia de San Bieito do Campo, los niños abrigados con anoraks gruesos y bufandas, las madres con bolsas de la compra ya preparadas para el almuerzo. Un grupo pequeño de niños de no más de diez años cantaba un villancico en gallego frente a una panadería de la Rúa Nova, sin orden, con una niña al frente que llevaba la voz cantante mientras los demás la seguían a destiempo. Adrián los miró un momento. La niña que llevaba la voz cantaba bien. Con seguridad. Sin nervios. Mantenía el tono incluso cuando los otros se desviaban. Adrián pensó, sin querer, que aquella niña, dentro de veinte años, podría ser una mestra cantareira más, si el oficio entonces aún quería mestras cantareiras.

Encontraron una cafetería pequeña en la Rúa do Vilar, con cristales empañados por dentro y olor a leche caliente. Pidieron café y se sentaron en una mesa al fondo. Casi no había nadie. Una pareja mayor desayunaba juntos, sin hablarse, en otra mesa. Detrás de la barra, una camarera pasaba un trapo por la encimera con la lentitud de los domingos.

—Ha rechazado —dijo Clara, sin tono.

—Sí.

—¿Qué crees que le ha dicho a Aurea?

Adrián se quedó un momento mirando la taza.

—No lo sé. Pero ha tenido que decirle algo grande, para que ella saliera de allí como salió.

—Lo de llorar todo el día.

—Sí. Aurea no es mujer de llorar. Si lo hace, es porque no le queda otra.

Clara cogió la taza con las dos manos. Tenía las manos frías.

—Adrián. Lo que hicimos con la página… lo que tú escribiste… no me arrepiento. Pero me cuesta.

—A mí también.

—Sé que era necesario. Sé que sin la trampa la red habría tardado meses en confirmar. Pero hicimos algo que en cualquier otro

contexto consideraríamos una falsificación. Y la falsificación es lo opuesto a lo que tú y yo defendemos cada vez que hablamos del oficio.

Adrián asintió.

—Lo es.

—Y me pregunto si Severo, ahora, lo sabe.

—¿Si sabe que la página era falsa?

—Aurea iba a decírselo anoche. Para confrontarlo. Entonces lo sabe.

Adrián cerró los ojos.

—Lo sabe.

—Y eso significa que Severo está esta mañana, en su casa, sabiendo que la mujer que ha sido su mejor amiga durante cuarenta y tres años fabricó un documento falso para cazarlo.

Adrián no contestó.

—Y que el restaurador que cenó con él hace una semana fue quien escribió la página.

Adrián tardó mucho en responder. Cuando lo hizo, no la miró.

—Fui yo, Clara. No «el restaurador». Fui yo.

Clara dejó la taza sobre la mesa. Apoyó las manos sobre el regazo.

—Adrián, esto va a quedarse con nosotros mucho tiempo.

—Lo sé.

—Y va a quedarse con Aurea para siempre.

Volvieron al Hostal a media mañana. Adrián, sin saber qué hacer con el día, se quedó leyendo en el sillón de su habitación un libro que había encontrado en una estantería del comedor, una novela corta de Manuel Rivas en castellano. Clara fue a su habitación. Salió otra vez al cabo de un rato. Cruzó el pasillo. Llamó a la puerta de Adrián. Entró.

—Voy a la Catedral.

—Bien.

—¿Vienes?

—No. Quédate tú sola. Te hace falta.

Clara asintió. Salió. Adrián volvió al libro.

La Catedral, a mediodía de un domingo de Adviento, estaba llena. Clara no había contado con eso. Había peregrinos con las botas mojadas haciendo cola para abrazar al Apóstol, familias enteras con niños, un grupo de coreanos con cazadoras amarillas idénticas, dos monjas jóvenes que se reían de algo en la nave sur. Olía a gente, a

lana húmeda, a incienso viejo. Clara se quedó parada en el crucero, en medio de todo aquello, y estuvo a punto de salir.

Después no salió.

Buscó un sitio. Encontró uno en el banco tercero de la nave sur, contra una columna, donde el paso de la gente no llegaba. Se sentó. Se quitó el gorro. Puso las manos sobre las rodillas.

Clara Bru no rezaba desde los catorce años y no empezó aquel domingo. Se quedó sentada, sin más, mirando la piedra.

Y pensó, por este orden, en cuatro cosas.

Pensó en Moro, que llevaba cinco meses enterrado en Llançà y del que aquella semana no se había acordado ni una sola vez, y en que dejar de acordarse era sin más lo que le habían prometido que pasaría y en que nadie le había avisado de que iba a doler así.

Pensó en su archivo del Born, que llevaba cuatro años ordenando con una paciencia que a ratos le parecía una vocación y a ratos una manera educada de no moverse de sitio.

Pensó en Severo Anllóns, al que había visto tres veces en su vida, y en que aquel hombre iba a morirse habiendo hecho una única cosa por convicción, y en que ella tenía cuarenta y un años y no había hecho todavía ninguna.

Y pensó en Adrián, arriba, en la habitación cuarenta y dos, leyendo una novela de Manuel Rivas que no le interesaba, con la llave de hierro de un muerto en el cajón de la mesilla y toda su vida ya decidida sin que él lo supiera. Y entendió, con una claridad que no le pareció triste, que llevaba cinco meses esperando a que Adrián eligiera para no tener que elegir ella.

Estuvo así casi dos horas.

En algún momento pasó un sacerdote empujando un carrito con hostias y vinajeras y le hizo un gesto pequeño con la cabeza. En algún momento un niño de tres o cuatro años se soltó de la mano de su madre, llegó corriendo hasta el banco de Clara, la miró muy serio, y volvió corriendo. En algún momento las campanas dieron la una, y después la una y media, y después las dos, cuatro toques rápidos y un quinto sostenido cada vez, y Clara las oyó las tres veces y no se movió.

Cuando por fin se levantó, tenía frío en las manos y una decisión tomada.

No se la contó a nadie. Iba a tardar once días en contársela, y se la iba a contar a Adrián, de pie, al borde de un acantilado, mirando el

Atlántico.

Salió por la puerta de Platerías. Comió sola en una taberna de la Rúa do Vilar, un caldo y una empanada, leyendo el periódico local de la primera página a la última con una concentración que no había tenido en toda la semana.

Hacia las dos de la tarde, Adrián comió en el comedor del Hostal una sopa ligera y un trozo de queso. Clara no apareció. A las cuatro, Adrián salió al patio interior segundo, se sentó en uno de los bancos junto al crucero de piedra, y se quedó allí durante una hora, viendo cómo se iba apagando, con calma, la claridad de la tarde de diciembre. Pasó un peregrino joven, alemán o austriaco, con una mochila grande, que le saludó en inglés. Adrián le devolvió el saludo. El peregrino se sentó en el banco de enfrente. Estuvieron un rato así, en silencio, los dos solos en el patio. Después el peregrino se levantó y se fue. Adrián no le había dicho nada más.

A las cinco y media, justo cuando Adrián estaba subiendo a la habitación porque el frío del patio empezaba a meterse en los huesos, Aurea les escribió un mensaje breve.

> *Mañana, lunes, en mi casa, a las siete de la tarde. No al archivo. A mi casa. Algalia de Arriba 23, segundo. A.*

Era la primera vez que los citaba en su casa.

Llegaron a la Algalia de Arriba el lunes a las siete menos diez. La calle era estrecha, antigua, con soportales de granito. El número 23 era un edificio austero, de tres plantas, con una puerta de madera oscura. En la fachada, sobre el dintel, había una pequeña piedra labrada con la fecha *MDCCXIV* —1714— y un escudo eclesiástico desgastado por los siglos. El edificio había sido propiedad del Cabildo durante siglos, y solo había pasado a manos privadas en los años cuarenta del siglo veinte, cuando el Cabildo vendió parte de sus inmuebles y permitió que algunos canónigos jubilados compraran las viviendas que ya ocupaban.

Subieron al segundo piso. Aurea les abrió antes de que llamaran. Tenía los ojos hinchados, no de llorar reciente, sino de haber llorado mucho y haber dejado de llorar hacía un rato. Llevaba un jersey gris claro, pantalón negro, calcetines de lana gruesa y zapatillas de fieltro. No llevaba gafas. El pelo blanco, peinado hacia atrás con cuidado, parecía un poco más blanco que de costumbre, no por las horas sino

por la falta de la luz natural a la que Aurea solía exponerse cada mañana en el archivo y que hoy no había recibido.

—Pasad.

La casa era luminosa pese al invierno. Suelo de madera oscura. Paredes encaladas. Una sala amplia con un sofá viejo de orejeras, dos sillones, una mesa baja de madera y, al fondo, una mesa de comedor cuadrada con cuatro sillas. Estanterías altas en dos paredes, llenas de libros sin orden aparente. Algunos libros académicos, sí, pero también muchas novelas, libros de poesía, biografías, cuadernos en blanco. Una ventana grande daba a un patio interior con un limonero, las hojas verdes intensas pese al invierno, dos limones colgados de una rama baja, todavía verdes, que no madurarían hasta enero.

Adrián se acercó a la ventana mientras Aurea servía el té. Miró abajo, al patio mojado, y después, sin buscarlas, levantó la vista hacia la cornisa de enfrente.

Estaban allí.

Dos pájaros de granito, pequeños, esculpidos hacía siglos por un cantero anónimo, tan gastados por el agua que un ojo cualquiera los habría tomado por dos gárgolas mal hechas. Pico afilado. Cola larga. Adrián, que llevaba veinte años mirando piedra, supo lo que eran antes de terminar de mirarlas.

—Aurea.

—Dime.

—Hay dos urracas en la cornisa de enfrente.

Aurea no levantó la vista de la tetera.

—Las hay.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de que naciera mi madre. Nadie sabe quién las puso.

Adrián esperó a que dijera algo más. Aurea no dijo nada más. Le tendió la taza con las dos manos, y en el gesto de tendérsela había una advertencia tan cortés que Adrián no volvió a preguntar en toda la tarde.

Se sentó. Y, sin querer, contó.

Dos.

No sabía todavía lo que significaba. Tardaría diez días en saberlo, y para entonces Aurea llevaría ya cuatro llorando a Severo Anllóns por las noches, sola, en aquel mismo sillón, con las dos urracas de

granito mirando el patio y sin decir nada, como llevaban haciendo desde mucho antes de que a nadie se le ocurriera contarlas.

Sobre la mesa baja, una bandeja con tres tazas de cerámica blanca, una tetera, una jarra pequeña de leche. Aurea había preparado todo antes de que llegaran. Los esperaba.

—Os he hecho té. ¿Queréis?

—Sí, gracias —dijo Clara.

Aurea les sirvió. No habló mucho mientras lo hacía. Los movimientos eran un poco más lentos de lo habitual. Adrián notó, sin querer, que le temblaba ligeramente la mano al servir, no de modo evidente, pero sí lo suficiente como para que el chorro de té tuviera un pequeño desvío que ella corrigió levantando la tetera otra vez.

Cuando los tres tuvieron la taza delante, Aurea se sentó en el sillón frente a ellos. Cruzó las piernas. Se quedó un momento mirando el limonero por la ventana. La luz baja de la tarde le daba en el lateral derecho de la cara, dejando el izquierdo en sombra. La hacía parecer mayor de lo que era, y al mismo tiempo más calma, más asentada.

—Os voy a contar lo que pasó el sábado por la noche —dijo, sin volverse del todo—. Os lo voy a contar porque tenéis derecho a saberlo, y porque Xoán se nos está yendo, y detrás vienen el funeral y la asamblea, y conviene que vayáis con la cabeza ordenada.

Adrián asintió.

—Te escuchamos.

Aurea bebió un sorbo de té. Después empezó.

—Llegué a su casa a las nueve y media. Estuvimos hablando hasta las doce y media. Os voy a contar lo que se dijo.

Y lo contó.

Lo contó bien, con el orden de siempre, sin adjetivos. Contó que Severo la estaba esperando y que se lo dijo nada más abrir la puerta. Contó que le expuso las pruebas y que él no se inmutó. Contó lo del folio, y aquí, por primera vez, se detuvo un momento antes de seguir.

—Me dijo, punto por punto con estas palabras: *No me la creí por mala. Me la creí porque llevaba tres años necesitando creérmela. Eso es lo único que un paleógrafo no puede cotejar: lo que quiere que sea verdad.*

Adrián se quedó muy quieto.

Aurea siguió. Contó la hora que Severo pasó defendiendo la apertura del oficio: el derecho a la verdad histórica, los archivos

cerrados por prudencia, Iona, Teodomiro mirando hacia otro lado una tarde de noviembre del ochocientos veinticinco. Contó que le ofreció la primera opción y que él la agradeció y la rechazó. Contó por qué la rechazó, y lo contó entero, sin ahorrarse una palabra, que era lo que menos le convenía y lo que más le honraba:

—Me dijo: *el problema no es que la red no se abra. El problema es que va a abrirse mal si lo hago yo.* Y tenía razón, y lo sabéis los dos igual que lo sé yo.

Contó la segunda opción. Contó que Severo le dijo *lo sé, y precisamente por eso lo voy a hacer*.

Y contó el cáncer.

Lo contó como si estuviera leyendo un parte, y solo se le quebró en la palabra páncreas, y ni siquiera se le quebró: se le fue el aire un momento y volvió.

—Me quedan tres frases más y ya está —dijo—. Le pregunté por qué no me lo había dicho antes. Me dijo que si me lo hubiera dicho hace tres meses, yo habría intentado pararlo por compasión. Y que no quiere compasión. Quiere que la red lo confronte como a un traidor, no como a un enfermo. Le pedí que aceptara la primera opción y que pasáramos juntos los meses que le queden. Le dije que iría a Aspai con él, si su hermana me aceptaba, y que lo cuidaría.

—¿Y? —preguntó Clara, con la voz muy baja.

—Me dijo que no a las dos cosas. Al pacto y al cuidado. Me dijo: *Aurea, no quiero que vivas mis últimos meses como una culpa. Quiero que tu memoria de mí sea la del Severo de Mondoñedo, no la del Severo enfermo. Eso te lo regalo.*

Hubo un silencio largo.

Adrián miró a Clara. Clara tenía los ojos brillantes. Aurea, frente a ellos, no estaba llorando. Estaba contando lo que tenía que contar, con la disciplina seca de quien ha pasado el día anterior llorando lo necesario y ahora ya no le quedan lágrimas, al menos no para hoy.

—Y eso es todo —dijo—. Salí a las doce y media.

Se llevó la taza a los labios. Bebió. Le temblaba un poco la mano, esta vez sí de modo visible.

Adrián no dijo nada. Clara tampoco.

Y en el silencio de aquella sala, con la luz baja de la tarde entrando por la ventana del limonero, ninguno de los dos supo, ni lo iba a saber nunca, que la mujer que acababa de contarles tres horas de conversación con una precisión de archivera, sin ahorrarse el cáncer

ni la crueldad ni la palabra páncreas, se había dejado fuera cuarenta segundos.

Cuarenta segundos, de pie junto a un cortinón de terciopelo verde, de espaldas, a las doce menos veinte de la noche.

Adrián se quedó mirando a Aurea un momento más de lo necesario. Le pareció que había algo raro en el modo en que había cerrado el relato —*y eso es todo*—, porque Aurea Vilaboa no cerraba nunca los informes diciendo *y eso es todo*. Los cerraba diciendo qué faltaba. Pero pensó que era el cansancio, y que la mujer que tenía delante llevaba dos días enterrando a dos personas a la vez, y no preguntó.

Fue el único error que Adrián Vega cometió en Compostela. No lo supo nunca. Y no le habría servido de nada saberlo.

—Aurea —dijo Clara, después de un rato—. ¿Y ahora?

Aurea dejó la taza sobre la mesa baja, con cuidado.

—Ahora voy a defender una tercera opción. Una que no había considerado hasta esta mañana.

—¿Cuál?

Aurea miró el limonero del patio. Uno de los limones, todavía verde, se balanceaba apenas en la rama, movido por una corriente de aire que entraba por algún resquicio invisible.

—Voy a defender que la red compre el libro. Que pague a Severo, sin regatear, lo que él quiera, para tener los derechos exclusivos del manuscrito. Que el manuscrito quede en propiedad de la red. Que la red, después, decida qué hacer con él.

Clara levantó las cejas.

—¿Comprarlo?

—Sí.

—¿Y eso le va a parecer aceptable a Severo?

Aurea sonrió, sin alegría.

—Le va a parecer despreciable. Pero le voy a poner una condición. Que el dinero que pague la red no vaya a él. Vaya a una fundación, creada esta misma semana en nombre de Severo Anllóns Vilas, dedicada a la divulgación rigurosa del patrimonio gallego. Una fundación que, en su nombre, publique cosas. No el libro de la red. Pero otras cosas. Y que esa fundación tenga, además, una cláusula obligatoria, escrita en su acta fundacional, no negociable: dentro de igual veinte años, el manuscrito sobre la red podrá ser publicado por la fundación con el aval de un consejo académico independiente.

Adrián tardó un momento en procesar.

—Veinte años.

—Sí.

—¿Por qué veinte?

—Porque es el tiempo que la red necesita para reorganizarse internamente y prepararse para una apertura controlada. Y porque Severo, cuando muera, no estará ya, pero su nombre seguirá. Y la fundación cumplirá su voluntad. Sin los condicionamientos del propio Severo. Sin las urgencias de su enfermedad. Sin las negociaciones del momento.

Adrián la miró.

—Aurea. Esa propuesta no es solo una sanción. Es una solución.

—Lo es.

—¿Crees que la asamblea la aceptará?

Aurea se quedó mirando el vaso de agua que había, también sobre la mesa baja, junto a la tetera.

—No lo sé. Es una propuesta que muchos van a rechazar de entrada porque obliga al oficio a reconocer, ahora, que dentro de veinte años se va a abrir. Eso va a sonar a derrota. Pero yo lo veo distinto. Yo lo veo como un pacto entre dos generaciones de custodios. Severo cede el control del libro. La red cede el control del oficio. Los dos pierden algo. Los dos ganan algo.

—¿Y crees que Severo la aceptará?

Aurea sonrió, esta vez con una sonrisa más entera.

—Severo, Adrián, lleva toda la vida buscando una manera de que el oficio evolucione sin destruirse. Esta es la primera manera que se le ofrece que lo hace de verdad. Si la asamblea la aprueba, Severo la aceptará. Estoy convencida.

—¿Aunque no le permita ver el libro publicado?

—Aunque no se lo permita. Y no porque no quiera verlo, Adrián: lo querría más que nada en el mundo. Sino porque ya ha hecho la cuenta y sabe que no lo va a ver de ninguna de las maneras. Ni publicando él ni publicando la fundación. Un libro académico tarda dos años en salir. A Severo le queda uno. Así que la elección de verdad que tiene delante no es entre verlo y no verlo. Es entre morirse peleado con nosotros y morirse habiendo dejado el asunto atado. Eso sí lo puede elegir. Y eso es lo que le estamos ofreciendo.

Nadie dijo nada.

Adrián miró a Clara. Clara miró a Aurea.

—Aurea —dijo Clara—. ¿Qué papel quieres que tengamos nosotros mañana en la asamblea?

Aurea bebió el último sorbo de té. Dejó la taza despacio sobre la mesa.

—Vais a estar. Como invitados. Sin voto, pero con voz. Si os preguntan, contáis lo que habéis vivido en Compostela esta semana. Lo de la página falsa, no. Eso lo cuento yo. Pero sí lo demás. Y luego, si os apetece, daréis vuestra opinión.

—¿La nuestra?

—La vuestra. Vosotros sois los únicos en esta historia que vienen de fuera. Los únicos que han visto a Severo sin las cuarenta años de lealtad encima. Los únicos que pueden decir lo que ven sin que les pese la amistad. La asamblea os va a escuchar.

Adrián tardó en hablar.

—Iremos.

—Lo sé.

Aurea estuvo un instante callada. Después dijo:

—Una última cosa.

—Sí.

—Mañana por la mañana, antes del funeral, quiero que hagáis algo. Quiero que vayáis al hospital.

—¿Al hospital?

—Sí. A ver a Xoán Ferro. Está ingresado desde el sábado por la tarde. Ayer creía que no llegaría al lunes. Esta mañana me ha llamado Tareixa para decirme que ha pasado mejor noche, que se ha estabilizado un poco. Pero el médico dice que está en los últimos. Cuestión de horas, quizá un día. No es una crisis aguda. Es el final, despacio. Tareixa está con él. Si queréis ir, Tareixa os lo agradecerá. Y Xoán, también.

—¿Llegará al solsticio?

Aurea se quedó un momento mirando las manos.

—Eso ya nadie lo sabe.

Adrián asintió, en silencio.

—Pero nosotros tenemos que estar preparados —dijo Aurea, después de un rato—. Si Xoán muere, el funeral es al día siguiente. La asamblea, esa misma noche. El solsticio, cuatro días después. Es un calendario apretado. No nos podemos permitir más.

—Lo entendemos.

Aurea asintió.

Adrián se levantó. Clara también. Aurea los acompañó hasta la puerta. Antes de abrirla, los miró un momento, primero a Clara, después a Adrián.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti, Aurea —dijo Clara.

Aurea sonrió levemente. Era una sonrisa cansada. Le tendió la mano a Clara. Clara, en lugar de estrecharla, la abrazó. Aurea, sorprendida un instante, le devolvió el abrazo. Estuvieron así unos segundos.

Cuando se separaron, Aurea miró a Adrián.

—Buenas noches, Adrián.

—Buenas noches, Aurea.

Salieron de la casa de Aurea hacia las nueve de la noche. La calle estaba vacía. La lluvia, esta vez, no caía, pero el frío era seco y cortante, de los fríos que se meten en los pulmones al respirar.

Caminaron hacia el Hostal en silencio.

Cuando llegaron al portal, Adrián se detuvo.

—Clara.

—Dime.

—Mañana es el día más importante desde que empezó todo esto.

Clara lo miró.

—Sí.

—Y no estoy del todo preparado.

Clara le puso la mano en el brazo.

—Nadie lo está. Nunca.

Adrián asintió.

Subieron a la habitación. Adrián sacó la llave de hierro de Xoán Ferro de la mesilla y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, donde había estado los primeros días. La llave, tras pasar varios días en el cajón, estaba fría y seca. Adrián la sostuvo un momento contra el pecho, por encima de la camisa. La llave se calentó despacio.

Esa noche durmió poco. En la oscuridad, escuchó dos veces el ritmo lejano de las campanas de algún convento. Cuatro toques rápidos. Una pausa. Un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

La segunda vez que lo oyó, le pareció que, en algún sitio, otro reloj le respondía. Quizás era el suyo propio, dentro del pecho, latiendo a

un ritmo que en aquellos días había empezado a marcar el tiempo con la misma cadencia que las campanas de Compostela en invierno.

Cuatro tareas le quedaban. Y una espera.

Cuatro tareas: ir al hospital, asistir al funeral, asistir a la asamblea, asistir al solsticio.

Y una espera: la de Clara, la conversación pendiente, la que iba a llegar después y la que iba a cambiar todo lo de los próximos años.

Adrián cerró los ojos. Y no se durmió hasta las cuatro de la mañana.

Capítulo 13 · La muerte de Xoán

A las ocho y media de la mañana, Adrián y Clara entraron en el Hospital Clínico Universitario de Santiago. El edificio era moderno, alto, con grandes ventanales que daban a las nubes bajas del invierno gallego, una mole pálida de hormigón y vidrio recortada contra los pinares de Conxo, en la zona sur de la ciudad. El frío seco de la mañana se quedaba pegado a la fachada del hospital, que parecía absorber el invierno y devolverlo, ya tibio, al interior. Habían cogido un taxi desde el Hostal. Había, esa mañana, mucho tráfico en la avenida que subía hacia el complejo hospitalario: ambulancias entrando y saliendo, taxis, coches privados con familiares que llegaban a horas de visita.

En recepción, una mujer de unos cincuenta años, con bata blanca y gafas de cordón, los miró sin pedir documentación. Aurea había llamado antes a las siete y media, había dado los nombres, y la mujer los esperaba.

—Sexta planta, ala oeste. Habitación seiscientos veintidós. La señorita Bouzas está con él. Por el ascensor del fondo, a la izquierda.

—Gracias.

—¿Pueden traerle algo de la cafetería al subir? Lleva ahí desde el sábado y no ha bajado a comer.

Adrián asintió. Cogieron un café para Tareixa de la cafetería del vestíbulo, una bolsita pequeña con un bocadillo de queso, una botella pequeña de agua.

Subieron en ascensor. La planta sexta tenía ese silencio particular de las salas donde no hay ya tratamientos activos, donde solo se acompaña. La luz era blanca, cansada, fluorescente, distinta de la luz de Compostela en general, una luz hospitalaria que aplanaba los

volúmenes y daba a todo un aire de irrealidad. Una enfermera pasó por delante con un carro de medicación, sin mirarlos. Una mujer de unos sesenta años, en el pasillo, lloraba en silencio apoyada en la puerta de una habitación. Un médico joven, de bata abierta, miraba un historial en una tablet, caminando despacio.

La habitación seiscientos veintidós estaba al final del pasillo, con la puerta entornada. Adrián golpeó suavemente con los nudillos.

—Entra.

Era la voz de Tareixa, casi en un susurro.

Entraron. La habitación era pequeña, individual, con una cama hospitalaria en el centro y una butaca al lado. La luz natural entraba por una ventana grande que daba a unos pinos. Había, sobre la mesilla de la habitación, una jarra pequeña de agua, un vaso de plástico, una tetera pequeña que Tareixa había llevado de su casa, una bolsa de tela con dos libros pequeños, y un termo que Tareixa quizá había rellenado por la noche con caldo, no por necesidad médica sino por la costumbre gallega de cuidar a los enfermos sirviéndoles caldo aunque ellos no lo pidan.

Junto a la cama, en la butaca, estaba Tareixa. Tenía el pelo recogido en una coleta baja, sin maquillaje, con una manta de lana gris sobre las piernas. Llevaba un libro en el regazo, cerrado, marcado por una cinta a media altura. Tenía los ojos rojos, pero no estaba llorando. Había llorado durante la noche. Ahora estaba simplemente cansada.

En la cama, tapado hasta el pecho con una sábana blanca, estaba Xoán Ferro. Parecía aún más pequeño que en su casa. La piel translúcida, casi sin color, con un tono ligeramente amarillento alrededor de los ojos cerrados que no había tenido la última vez que Adrián lo había visto. La respiración era audible, lenta, irregular, con pausas más largas entre cada inhalación que cualquiera de las anteriores. Le habían puesto una vía en el dorso de la mano izquierda. No tenía mascarilla de oxígeno. No tenía monitores, salvo uno pequeño en la mesilla que registraba el pulso, en silencio, con un parpadeo verde que no emitía sonido. La habitación, salvo por la cama hospitalaria, parecía más un cuarto antiguo que un cuarto de hospital. Tareixa había traído también, pegada a la pared con cinta adhesiva, una pequeña estampa de la Virgen del Pilar, que era, según le había contado a Adrián la noche del comedor del Hostal, la advocación favorita de Xoán desde que era pequeño.

—Pedí que no le pusieran tubos —dijo Tareixa, en voz baja, sin levantarse—. Él no quería. Lo dejó dicho hace meses. Solo morfina, si la necesita. Y no la necesita. Está tranquilo. Yo creo que la cabeza la sigue trabajando, pero el cuerpo, no.

Adrián se acercó despacio. Clara se quedó en el umbral, dejó la bolsa con el café y el bocadillo en una pequeña mesa auxiliar, y después pasó al lado de la butaca.

—Te hemos traído café —dijo Clara, casi en un susurro—. Y un bocadillo.

—Gracias.

Tareixa cogió el café, le dio un sorbo, sostuvo el vaso entre las dos manos.

—¿Te ha reconocido? —preguntó Adrián.

—Esta mañana sí. Habló un poco. Dijo dos cosas y se durmió otra vez.

—¿Qué dijo?

Tareixa sonrió apenas, sin alegría.

—Dijo: *Adrián tiene la llave*. Y después dijo: *Que la red sea buena con Severo*.

Adrián se quedó muy quieto.

—¿Lo de Severo lo sabe?

—Lleva meses sabiéndolo. Aurea no se lo había dicho. Pero Xoán tiene oído fino, aunque los ojos no le sirvan. Lo intuyó hace tiempo. Y la semana pasada, antes de que ingresara, me lo dijo a mí.

—¿A ti?

Tareixa miró a Xoán un momento. Después volvió a mirar a Adrián.

—Sí. Me lo dijo el viernes. Después de que vosotros vinierais a verlo. Me dijo: *Tareixa, en la red está pasando algo que no te van a contar antes del solsticio. Tienen razón en no contártelo. Pero tú tienes que saber que lo sé yo. Por si no llego*. Yo no le contesté nada en ese momento. Le pasé un trozo de pan con miel. Lo masticó poco a poco, lentísimamente, durante casi diez minutos. Y al final dijo: *Bueno, miña. No te enfades. Lo del solsticio no se altera por estas cosas*. Y se durmió otra vez. Yo me quedé sentada a su lado durante una hora más, hasta que llegó la cuidadora de la noche.

Se callaron.

—¿Estás bien? —preguntó Clara, después de un rato.

Tareixa asintió.

—Lo estoy. Llevo tres meses preparándome para esto. La cantareira anterior, mi maestra, la que me enseñó, murió hace siete años. Yo la cuidé durante los últimos cuatro. Sé cómo es. Sé que el momento es el momento. Y sé también que el solsticio no se altera. Aunque me duela.

Clara le puso una mano en el hombro. Tareixa, sin moverse, cerró un instante los ojos.

Clara sacó una segunda silla del rincón, la acercó al pie de la cama, se sentó. Adrián se quedó mucho tiempo de pie junto a la cama. Miró a Xoán durante mucho tiempo. El campanero ciego de Compostela respiraba despacio, los párpados quietos, las manos quietas sobre la sábana. Las manos finas, de dedos delgados, con las uñas cortadas, las mismas manos que cuatro días antes habían sostenido la taza de caldo en la sala de su casa.

Adrián sacó la llave de hierro del bolsillo interior de la chaqueta. La sostuvo un momento. Después la colocó, con cuidado, sobre la mano izquierda de Xoán, junto a la vía. La cabeza tallada en espiral apoyada contra los nudillos del viejo. La llave, contra la piel translúcida, parecía más oscura de lo habitual, casi negra contra el blanco de las sábanas.

Xoán abrió los ojos.

Eran los mismos ojos blancos, sin pupila, que Adrián había visto la semana anterior. Pero esta mañana, al abrirlos, parecieron mirarlo de frente. Adrián no supo si era porque Xoán había aprendido, en sus años de ceguera, a girar la cabeza con la precisión exacta hacia la voz que había hablado, o si era porque, en la cercanía del final, algo en el interior del campanero estaba mirando con una fuerza distinta de la que había tenido antes. Puede que era simplemente lo primero. Pero pareció lo segundo.

—Adrián.

—Don Xoán.

—Has venido.

—He venido.

—¿Aurea ha hablado con Severo?

—Sí.

—¿Y no aceptó?

—No aceptó.

Xoán cerró los ojos. Estuvo callado un buen rato. Adrián pensó que se había dormido otra vez. Pero al cabo de un rato Xoán habló

otra vez, sin abrir los ojos.

—Adrián. Acércate.

Adrián se inclinó. Acercó la oreja a la boca del viejo. La voz salía baja, casi sin aire.

—La llave —susurró Xoán—. Tú la llevas el solsticio. Aunque yo llegue. La llevas tú.

—Sí.

—Tareixa canta. Tú abres. Aurea lleva la luz. Fabián custodia el umbral. Esos son los cuatro principales. Los otros tres son los que la red elige cada año, sin que se sepa antes. Vais a ser siete. Como siempre.

—Sí.

—Y el séptimo, Adrián. El séptimo es el que viene de fuera. No de la red compostelana. De otra red. Este año va a venir alguien. Aurea lo sabe.

—¿Quién?

Xoán sonrió con la boca cerrada. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, que la piel translúcida apenas alcanzaba a moldear.

—Una mujer de Iona. Ya vino una vez, hace veintinueve años, detrás de su maestra. Yo tenía sesenta años entonces y me pasé una semana enseñándole un sitio de esta diócesis que no te voy a nombrar. Ella tampoco lo ha nombrado nunca. Y eso, meu, en veintinueve años, es lo único que hace falta saber de una persona.

—¿Cómo se llama?

—Eso no me corresponde. Se llamará cuando llegue.

Adrián asintió, aunque el viejo no podía verlo.

—Adrián.

—Dime.

—Una cosa más.

—Le escucho.

—Cuando se balancee, no mires al botafumeiro. Mira a Tareixa. Ella es la que sostiene todo. El humo es teatro. La voz es lo que importa.

Adrián se quedó esperando. El viejo tomó aire dos veces antes de seguir.

—Y cuando termine, sal solo. Antes que los demás. Sal por la puerta de la cripta, no por la nave. Eso lo va a entender Aurea cuando la veas hacerlo.

—De acuerdo.

—Y otra cosa, Adrián.

—Dime.

—No te quedes con culpa por la página falsa.

Adrián se quedó muy quieto.

—¿Cómo lo sabes?

Xoán abrió los ojos otra vez. Los volvió hacia donde estaba Adrián.

—Aurea me lo contó el sábado por la mañana. Vino a verme antes de salir hacia casa de Severo. Quería que yo lo supiera, por si moría. No tienes que llevar esa página dentro. Hay falsificaciones que no son mentiras. Esa es una de ellas. La hiciste para forzar una verdad. Es distinto.

Adrián cerró un momento los ojos.

—Gracias, don Xoán.

Xoán cerró los ojos otra vez. La respiración se le había hecho más lenta. Adrián siguió inclinado un momento, esperando, pero el viejo no añadió nada.

Cuando se incorporó, Tareixa lo estaba mirando. Tenía los ojos llenos.

—Es la primera vez que oigo todo eso dicho así —dijo, en voz muy baja—. Es lo que vamos a hacer. Lo sabíamos. Pero nunca lo había oído nombrar entero por nadie. Es como si Xoán hubiera estado guardando el orden de la ceremonia para decirlo solo en este momento, ahora, contigo.

Adrián se sentó en una silla junto a la pared. Clara le puso la mano sobre la rodilla.

Estuvieron los tres en la habitación durante mucho rato sin hablar. Xoán dormía. La luz de la ventana fue cambiando a su ritmo, según las nubes. Pasó una enfermera dos veces, en silencio, comprobó la vía y el pulso, no dijo nada, salió. Una sola vez Tareixa se levantó a cambiar la posición de una almohada, con cuidado.

A las once y media, Aurea llegó al hospital. Entró en la habitación, dejó el bolso en el suelo, se acercó a la cama. Cogió la mano derecha de Xoán entre las suyas. Estuvo así un rato, sin hablar.

—¿Cuánto?

—Dicen que horas —respondió Tareixa—. Quizá menos.

Aurea asintió.

Se sentó en otra silla. Sacó del bolso un pequeño libro encuadernado en piel marrón, viejo, con marcador de cinta. Lo abrió. Empezó a leer, en voz muy baja, casi imperceptible, en gallego. Era

un texto antiguo. Adrián no lo identificó. No le hizo falta. Aurea estaba leyendo para Xoán, no para los demás. Los párrafos que iba leyendo eran densos, de prosa elaborada, con una cadencia que Adrián, sin entender la lengua del todo, reconoció como gallego medieval o moderno temprano. Quizás eran fragmentos de las *Cantigas de Santa María*. Quizás era otro texto que Adrián no conocía. Aurea iba leyendo con parsimonia, siguiendo las líneas con un dedo, deteniéndose de vez en cuando para mirar a Xoán y comprobar que respiraba.

A las doce menos cuarto, Xoán Ferro abrió los ojos otra vez. Buscó con las manos. Aurea le sostuvo la derecha con más fuerza. Tareixa, la izquierda. Adrián se levantó, se acercó a los pies de la cama. Clara también.

Xoán dijo, casi sin voz:

—*Cantai, miñas pegas. Cantai.*

Y se fue.

No fue como Adrián había imaginado. No hubo último suspiro. No hubo estertor. Solo una pausa más larga entre dos respiraciones, y la siguiente respiración no llegó. Los párpados quedaron quietos, los labios entreabiertos, las manos calientes en las manos de las dos mujeres. El monitor pequeño de la mesilla parpadeó dos veces más en verde, después una vez en amarillo, después se apagó.

Tareixa no soltó la mano. Aurea tampoco. Se quedaron así, los cuatro, durante un par de minutos, sin moverse. Una enfermera entró en silencio, comprobó el monitor, anotó algo en un papel pequeño, salió sin decir nada.

Después Aurea le cerró suavemente los ojos a Xoán con dos dedos.

—Vai con Deus, *vello*.

Tareixa lloró sin ruido, con la cara contra la mano de Xoán, que aún no había soltado. Aurea no lloró. Adrián miró un momento por la ventana. Los pinos, bajo el cielo gris de diciembre, no se movían. Una bandada de pájaros pequeños, gorriones quizá, cruzó el cristal en un vuelo bajo y desapareció hacia el sur.

Clara, en silencio, se acercó a Tareixa. Le puso la mano en el hombro. Se quedó así.

A las doce y diez, otra enfermera entró con un médico joven. El médico hizo el reconocimiento formal del fallecimiento. Anotó la hora en un parte. Dio el pésame. Salió. Tareixa siguió sin soltar la mano de Xoán durante mucho rato más.

Cuando por fin la soltó, fueron casi las dos de la tarde.

El funeral de Xoán fue al día siguiente, miércoles, en la pequeña iglesia parroquial de San Bieito do Campo, a cinco minutos de su casa. Una iglesia modesta, sin pretensiones, pequeña, con tres bancos a cada lado del pasillo central, capaz de albergar a no más de cincuenta personas. Una iglesia en la que el campanero ciego había sido feligrés desde niño, había hecho su primera comunión en mil novecientos cuarenta y dos, había sido confirmado por un obispo gallego que había muerto hacía cuarenta años, había rezado el viacrucis cada Cuaresma sin faltar a ninguno, había leído pequeños fragmentos durante las misas dominicales antes de quedarse ciego. La oficiaba el padre Manuel Ouro, que había conocido a Xoán desde su llegada al Cabildo, hacía treinta y siete años.

Asistieron veintitrés personas. Más de las que Adrián había esperado, menos de las que merecía un campanero compostelano de ochenta y nueve años. Aurea, Fabián, Tareixa, Manuel Ouro, Anselmo Pereira, dos canónigos más a los que Adrián no conocía pero que sin duda eran del Cabildo. Tres vecinos del barrio de Xoán: una mujer de unos setenta años que lloraba en silencio en el primer banco. Un matrimonio mayor sentado en el segundo. Una joven estudiante con una bufanda granate, sentada al fondo, con un cuaderno en el regazo, que probablemente era una sobrina lejana o alguien que había conocido a Xoán por su trabajo de campanero. Un sobrino lejano, hijo de una sobrina muerta hacía años, llegado desde Lugo, hombre de unos cincuenta años, con traje gris, que se había sentado en un banco a la izquierda y miraba al frente sin moverse durante toda la ceremonia. Adrián y Clara. Y siete personas más que Adrián supuso, sin preguntar, custodios de Compostela: gente normal, vestida sin ostentación, hombres y mujeres de edades distintas, todos con esa mirada particular de los del oficio cuando se reúnen en los enterramientos de los suyos.

No estuvo Severo Anllóns.

Adrián lo notó al entrar. Buscó con los ojos, una vez, sin querer. No estaba.

Aurea, que estaba a su lado en el primer banco, le dijo en voz baja:

—No iba a venir. No habría podido. Y no le hemos pedido que venga.

—¿Está en su casa?

—Está en su casa. Y no sé lo que está haciendo, Adrián, y llevo cuarenta y tres años sabiendo siempre lo que estaba haciendo Severo Anllóns a cualquier hora del día. Eso es lo que más me cuesta de todo esto. Ni siquiera es el libro. Es que se me ha vuelto opaco.

Adrián asintió.

La misa fue corta, sobria. Manuel Ouro habló de Xoán con voz baja, sin grandilocuencia. Habló del campanero como vecino, como amigo, como hombre. No mencionó la red. No mencionó las campanas, salvo en una frase. No mencionó el oficio. Solo dijo, al final, una frase que Adrián recordaría mucho tiempo: *«Xoán Ferro no se hizo ver durante noventa años. Eso, en estos tiempos, ya es una forma de santidad.»* Y, después, una más, cerrando la homilía: *«Quien sepa lo que hizo durante esos noventa años, que lo guarde. Quien no lo sepa, que respete que no lo sepa. Las dos posiciones son nobles. Tan nobles como Xoán mismo.»*

Tareixa no cantó durante la misa. Era la mestra cantareira pero, esa mañana, era también una nieta que enterraba. La música la puso un pequeño coro parroquial, cuatro voces, dirigidas por una mujer mayor que Adrián supuso, sin certeza, que era una alumna ya jubilada del propio Anselmo Pereira. Cantaron un canto antiguo, en latín, cuya melodía Adrián no reconoció pero cuya línea sí: subía y bajaba en intervalos pequeños, como había hecho la melodía de Tareixa unos días antes en el Pórtico, aunque más simple.

Después, en el cementerio de Boisaca, en una mañana de niebla baja, lo enterraron junto a sus padres y a una hermana que había muerto siendo niña, en mil novecientos treinta y nueve, pocos meses después del final de la guerra. La fosa estaba abierta desde primera hora. Dos enterradores municipales esperaban con respeto a un lado. El cementerio de Boisaca, situado en una ladera suave al noroeste de Compostela, miraba hacia la ciudad desde una distancia que daba a la Catedral, en el horizonte, el aspecto de un objeto pequeño y compacto, casi una maqueta, distinto del peso aplastante que tenía cuando uno la miraba desde la plaza del Obradoiro.

Tareixa cogió un puñado de tierra y la dejó caer sobre la madera del ataúd. Adrián, sin saber bien por qué, hizo lo mismo. La tierra húmeda golpeó la madera con un sonido sordo, leve. Después, los enterradores empezaron a cubrir despacio. Tareixa no se quedó hasta el final. Aurea sí. Aurea y Fabián se quedaron de pie, juntos, hasta

que los enterradores terminaron y compactaron la tierra encima. Adrián y Clara se quedaron también, a pocos pasos.

Cuando se alejaban del cementerio, en grupos pequeños, Aurea se acercó a Adrián.

—La asamblea es esta noche, a las nueve —dijo, sin bajar la voz, ya sin cuidados de discreción dentro del entierro—. La aplazamos al miércoles por respeto al funeral. Lo hablamos con Fabián. Severo va a venir.

—De acuerdo.

—Y os pido una cosa.

—¿Qué?

—Que esta tarde, antes de la asamblea, tú y Clara cojáis el coche. Y que vayáis a Vilarpol.

Adrián la miró sorprendido.

—¿Hoy?

—Hoy. Tienes tiempo. Hay hora y media larga en coche, hora y media larga de vuelta, y la misa de Morán de los miércoles es a las cuatro de la tarde. Eso lo confirmé esta mañana con la diócesis de Lugo. Salís ahora del cementerio, coméis algo rápido en la carretera, os ponéis en marcha a las dos, estáis allí a las cuatro menos cuarto, asistís a la misa, salís, y a las siete y media estáis de vuelta en Compostela. Os sobra hora y media para ducharos y llegar a la asamblea sin ir corriendo.

—Aurea, ¿por qué hoy?

Aurea se detuvo. Le miró un momento. Tenía la cara más calma de los últimos días. La paz extraña de quien acaba de enterrar a un amigo y, paradójicamente, ya no tiene miedo de las próximas decisiones porque la peor de todas, la pérdida, ya ha ocurrido y la ha sobrevivido.

—Porque necesitas haberlo visto antes de votar esta noche.

—No tengo voto.

—No de derecho. Pero la asamblea va a tener en cuenta lo que tú digas. Y para que digas con autoridad, tienes que haber visto las dos formas que la red tiene de tratar a sus traidores. La forma de Morán. Y la forma que vamos a inventar esta noche para Severo. Si ves solo una, hablarás como un invitado. Si ves las dos, hablarás como custodio.

Adrián tardó en hablar.

—¿Has hablado de esto con Fabián?

—Lo decidimos juntos hace una hora, durante la misa. Cuando vi que faltaba Severo, supe que era el momento.

Adrián miró a Clara. Clara asintió sin decir nada.

—Iremos.

Aurea le tendió un papel pequeño, escrito a mano. Una dirección. Una hora. Una pequeña indicación al lado:

> *Vilarpol, Lugo. Misa ferial, miércoles a las cuatro. Salida 14:00. Llegada estimada 15:45. Salida estimada 16:45. Vuelta a Compostela: estimada 19:30.*

—El coche está aparcado donde el otro día. Las llaves en el contacto.

Y se fue, con Tareixa del brazo, hacia la salida del cementerio, mientras la niebla baja se levantaba despacio sobre las cruces de granito y los pinos del cementerio compostelano. Fabián las siguió a un paso. Manuel Ouro y Anselmo Pereira se quedaron unos minutos más en la fosa, en silencio. Los siete custodios anónimos se fueron dispersando en pequeños grupos hacia la salida.

Adrián y Clara se quedaron un momento más en el lugar. Adrián miró la lápida sencilla que llevaba el nombre del padre de Xoán y, debajo, un espacio en blanco que pronto llevaría también el de Xoán. La hermana muerta en mil novecientos treinta y nueve estaba en una losa pequeña, casi a ras de suelo, con un nombre que Adrián no llegó a leer entero.

—Adrián —dijo Clara—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Estoy bien. Solo estoy pensando una cosa.

—¿Qué?

—Que la última frase de Xoán fue *Cantai, miñas pegas. Cantai. Pegas* es urracas en gallego. Y la voz de la cantareira siempre fue, según el cuaderno de Mateo, la de las pegas. Las urracas. Xoán se ha ido pidiéndoles a las cantareiras —a Aldonza, a Tareixa, a la siguiente que vendrá— que canten. Que sigan cantando. Que el oficio no se interrumpa.

Clara le cogió la mano.

—Vamos. Si paramos a comer rápido, en la carretera, llegamos a Vilarpol a tiempo.

Adrián asintió.

Caminaron hacia la salida del cementerio. Pasaron junto al sobrino lejano de Xoán, que estaba parado a unos metros, mirando hacia un par de tumbas más antiguas, con una mano en el bolsillo del

abrigo y la otra ajustándose el cuello. No dijeron nada. El sobrino tampoco. Era un hombre con cara de funcionario, con el pelo casi blanco, que probablemente no había visto a Xoán en décadas y que había venido al funeral solo por obligación familiar lejana. Adrián pensó, sin querer, que aquel hombre era todo lo que quedaba de la familia natural de Xoán Ferro. Y que la familia verdadera del campanero ciego —la que llevaba luto esa mañana sobre sus tumbas y la que iba a llevar luto durante meses— estaba, en su mayor parte, formada por personas con las que el sobrino no había compartido nunca un apellido.

Salieron del cementerio. Cogieron el coche. Comieron rápido en una venta junto a la salida de Santiago, en la autovía hacia Lugo, dos platos combinados y una botella de agua. A las dos y media estaban en la carretera. La niebla se había levantado del cementerio, sí, pero seguía instalada en las primeras estribaciones de la sierra de Lugo, baja, gris, perdida entre los eucaliptos.

Y mientras conducía, con Clara callada en el asiento del copiloto, Adrián pensó en Xoán. En la última frase. En la llave, ahora otra vez en su bolsillo, que el campanero ciego le había entregado seis días antes en una casa de la ciudad vieja. En el solsticio, que era el sábado siguiente. En todo lo que iba a ocurrir entre el momento presente y la noche del veintiuno de diciembre.

Y pensó, también, sin poder evitarlo, en una cosa. En que una de las cosas que él más iba a echar de menos, en los meses y años que venían, era no haber podido oír cantar a Xoán Ferro alguna vez en su vida. El campanero ciego no cantaba —era cosa de las cantareiras, no de los campaneros—, pero Adrián tenía, sin saber por qué, la certeza pequeña de que Xoán, en algún momento de su juventud, había cantado para sí mismo, en una plaza vacía o en un rincón de la torre de la Catedral, alguna melodía gallega antigua. Y de que, si lo hubiera oído, habría reconocido en aquella voz, ya entonces, lo que después se le había concentrado en la mano, en la cuerda de las campanas, y en la cabeza de hierro tallada en espiral de la llave que ahora descansaba en el bolsillo interior de la chaqueta de Adrián.

Capítulo 14 · La parroquia de Vilarpol

Adrián condujo. Salieron de Santiago a las dos y media de la tarde, después del almuerzo rápido en la venta de la salida de la autovía, una venta de carretera con manteles de plástico, comida casera barata y un televisor encendido en una esquina pasando las noticias de mediodía sin que nadie las mirase. Habían comido sin apetito un plato combinado de carne con patatas. Adrián había pagado. Habían vuelto al coche, el Renault gris que la red había dispuesto para ellos —el mismo con el que Tareixa los había recogido el primer día en la estación—, y Adrián había arrancado.

Tomaron la A-54 hacia el este, en dirección Lugo. El cielo se había ido cerrando otra vez, y a partir de Melide la lluvia volvió a caer, fina pero constante, sobre el parabrisas. El paisaje fue cambiando despacio. Primero suaves colinas pobladas de eucaliptos, plantaciones modernas que habían sustituido los antiguos bosques de roble y castaño durante el siglo veinte. Después valles más estrechos, con prados verdes pese al invierno, vacas pastando en pequeños grupos, granjas dispersas con sus tejados de pizarra. Después la sierra empezó a sentirse: cuestas más cerradas, túneles cortos, salidas hacia pueblos cuyos nombres Adrián no llegaba a leer del todo en los carteles, perdidos entre las gotas del cristal y la velocidad.

Clara iba callada en el asiento del copiloto, mirando los montes pelados que rodeaban la carretera. Llevaba el abrigo desabrochado, las manos entrelazadas sobre el regazo, la cabeza apoyada un momento en la ventanilla cuando los tramos eran rectos.

—¿Estás bien? —preguntó Adrián, después de un rato.

—Lo estoy. Solo cansada.

—Sí.

—Adrián.

—Dime.

—Lo que vamos a hacer en Vilarpol no es para Morán. Es para nosotros.

Adrián la miró un momento.

—Lo sé.

—Aurea no nos manda allí porque Morán necesite ser visitado. Morán no necesita nada. Lleva catorce meses haciendo su vida sin necesitarnos. Aurea nos manda allí porque tú tienes que ver, antes de la asamblea de esta noche, lo que la red hace con sus traidores. Y porque, después de hoy, vas a ser un custodio compostelano. Y los custodios compostelanos, según parece, deben haber visto a su anterior traidor por lo menos una vez, aunque sea sin acercarse, para entender qué tipo de oficio van a ejercer.

—Sí. Yo también lo entiendo así.

—Y aún así me cuesta.

—¿Por qué?

Clara se enderezó un poco en el asiento.

—Porque vamos a ver a un hombre al que la red ha apartado del mundo. Y a verlo desde lejos. Sin saludarlo. Sin reconocerlo. Como si fuéramos turistas de su derrota.

Adrián tardó en responder.

—Aurea no nos pide que seamos turistas. Nos pide que seamos testigos.

—Es la misma palabra usada de dos maneras distintas. Pero el sitio que ocupamos en la iglesia es el mismo en los dos casos.

—Sí.

—Pero iremos.

—Iremos.

Pasaron Melide. Pasaron Palas de Rei, donde el campanario barroco de la iglesia parroquial asomaba sobre el caserío oscurecido por la lluvia. Pasaron Lugo, sin entrar en la ciudad, por la ronda exterior, con las murallas romanas visibles a lo lejos durante un par de minutos antes de que la carretera las dejara atrás. Después tomaron la N-VI hacia Castro de Rei y, ya cerca, se desviaron por una carretera secundaria que subía hacia la sierra.

La carretera secundaria era estrecha, mal asfaltada, con curvas cerradas que obligaban a Adrián a frenar con cuidado. Pasaron junto

a granjas pequeñas, cobertizos de piedra con tejados de pizarra a punto de hundirse, dos cruceros viejos en encrucijadas distintas, un horreo abandonado en mitad de un campo. La sierra se cerró sobre ellos: montes bajos cubiertos de pinares y de matorral, y, en los claros, prados con dos o tres vacas mojándose bajo la lluvia.

Vilarpol estaba al final.

Era un pueblo pequeño. Cuarenta o cincuenta casas dispersas en un valle, con tejados de pizarra y huertas detrás. La carretera principal cruzaba el pueblo en dos minutos. Una panadería. Un bar. Un colmado. Un cuartel pequeño de la Guardia Civil. Y, en una pequeña elevación a las afueras, la iglesia. Adrián la vio desde el coche, antes de llegar al núcleo del pueblo, asomando entre los pinos: una iglesia de planta sencilla, piedra desnuda, con una espadaña de dos campanas que se recortaba contra el cielo gris.

Eran las cuatro menos cuarto cuando llegaron. La calle principal estaba casi vacía. Una mujer mayor pasaba con dos bolsas de la compra, pasos cortos, abrigo negro, pañuelo en la cabeza, mirando al suelo. Un hombre, también mayor, fumaba en la puerta del bar bajo un pequeño toldo que filtraba la lluvia. Una niña pequeña, agarrada a la mano de su madre, asomaba la cara desde un portal. Tres perros sin dueño olfateaban entre los contenedores junto al colmado.

Adrián aparcó el coche en una explanada de tierra junto al atrio de la iglesia. Había otro coche aparcado, un Opel granate muy viejo, con una pegatina del Camino de Santiago en el cristal trasero, del que Adrián supuso que era de alguna de las feligresas. La iglesia, vista de cerca, era todavía más sencilla de lo que parecía desde lejos: planta única, muros de granito sin enfoscar, atrio cubierto con tejado de pizarra. La rodeaba un pequeño cementerio con cruces de hierro y algunas tumbas más antiguas, de losas oscuras, con apellidos repetidos: López, Rodríguez, Pereira, Carballo. Algunos nombres del siglo diecinueve. Otros de la posguerra.

—¿Entras? —preguntó Clara.

—Entro.

—¿Quieres que entre yo?

Adrián tardó un momento.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Solo no puedo. Tu presencia me ayuda.

Bajaron del coche. La iglesia tenía la puerta entornada. Antes de empujarla, Adrián miró a Clara.

—Si Morán nos ve, nos ve. No vamos a saludarlo. No vamos a hablarle.

—De acuerdo.

—Si nos pregunta algo, le dices que estamos de paso. Que venimos de Lugo. Que entramos por curiosidad.

—De acuerdo.

—Y, sobre todo, no menciones nunca a Aurea. Ni a Salvatierra. Ni a Mercè. Ni el oficio. Ni a Sevilla. Si hace alguna pregunta directa sobre Sevilla, te haces la sorprendida y le dices que tú no eres de Sevilla, que eres de Barcelona y estás visitando.

—Adrián. Está claro.

—Disculpa. Estoy nervioso.

—Lo entiendo. Yo también lo estoy.

Adrián empujó la puerta.

El interior de la iglesia era oscuro y olía a humedad antigua, a cera, a piedra fría. La nave única, sin pretensiones, tenía cuatro o cinco bancos de madera a cada lado del pasillo central. Un altar mayor sencillo, de madera pintada en algún tiempo y descolorida ahora hasta el gris claro, con una imagen modesta del Cristo crucificado del siglo diecisiete y dos candelabros antiguos. En las paredes laterales, dos imágenes de santos sin pretensiones, populares: una de la Virgen del Carmen con su escapulario, otra de san Antonio con el Niño Jesús sobre un libro abierto. Un pequeño confesionario de madera oscura en la pared izquierda, con la cortina granate descolorida. Una pila bautismal, del siglo dieciséis, con cuenco de granito esculpido modestamente.

En los bancos, junto al altar, había tres mujeres mayores. Las tres con pañuelos en la cabeza, las tres con abrigos oscuros, las tres sentadas casi en línea. Una de ellas tenía un bastón apoyado en el banco. Otra rezaba con un rosario, en voz muy baja, las cuentas de madera oscura corriendo despacio entre sus dedos. La tercera, la más joven de las tres —tendría unos setenta años—, tenía un misal pequeño abierto sobre el regazo y leía en silencio.

Adrián y Clara se sentaron en el último banco, al fondo, junto a la puerta. Adrián se sentó del lado del pasillo. Clara, contra la pared. La iglesia estaba fría. Adrián notó el frío de la madera del banco a través del pantalón.

A las cuatro en punto, exactas, se abrió la puerta de la sacristía y salió un sacerdote con casulla morada de Adviento.

Era Morán.

Adrián lo reconoció de inmediato.

Y, casi al mismo tiempo, se dio cuenta de que Morán estaba más viejo de lo que esperaba. Mucho más. Catorce meses en una parroquia rural pueden envejecer a un hombre lo que tres años en una catedral. Tenía los hombros más caídos. La cara más estrecha, los pómulos más marcados, una palidez que no era de la luz sino del cuerpo. El pelo, antes negro y peinado con cuidado, era ahora gris, mal cortado, demasiado corto en los lados, demasiado largo en la coronilla, como si se lo hubiera cortado él mismo o alguien sin oficio. La casulla le quedaba un poco grande, holgada en los hombros, como si Morán hubiera adelgazado desde que se la entregaron al llegar a Vilarpol y nadie hubiera tenido la atención de ajustársela.

Pero los ojos eran los mismos.

Morán avanzó hacia el altar sin mirar a la nave. Hizo la genuflexión con la rigidez de un sacerdote viejo que ya no se arrodilla del todo. Se levantó. Empezó la misa de los miércoles de Adviento con la fórmula habitual.

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

—Amén —contestaron las tres ancianas, con voz cansada, en gallego.

Adrián, sin querer, se persignó. Clara, después, también.

A los pocos minutos, Morán levantó la vista de los textos litúrgicos para hacer la primera lectura. Y entonces los vio.

Adrián y Clara, sentados en el último banco. Quietos.

Morán se quedó un instante callado. Solo un instante. Tan breve que las tres ancianas no lo notaron. Pero Adrián sí lo notó. Y Clara también. Fue una pausa de una respiración, no más, una pausa que Morán recuperó retomando la lectura sin tropiezo, sin vacilación, con la voz pausada de quien lleva treinta años leyendo en voz alta y sabe enmascarar la sorpresa.

Adrián observó. Morán no volvió a mirar hacia el fondo durante toda la lectura. Ni durante el evangelio. Ni durante la homilía, que fue brevísima, sin lecturas adicionales: una breve reflexión sobre la espera del Adviento, sobre la importancia del silencio interior en los días previos a la Navidad, sobre la pequeñez aparente del nacimiento del Niño en un pesebre y lo que esa pequeñez aparente podía enseñar

a quienes habían vivido en sitios grandes y volvían a sitios pequeños. Las tres ancianas escucharon asintiendo con la cabeza, sin parecer entender del todo, pero con la atención respetuosa de quienes han escuchado a Morán cada miércoles durante catorce meses y han aprendido a seguir el ritmo de su voz aunque el contenido se les escape.

Adrián, escuchando la homilía, pensó, sin querer, que aquellos dos minutos de homilía estaban escritos para ellos, no para las tres ancianas. Morán había improvisado, en el momento de verlos, una pequeña reflexión sobre quienes habían vivido en sitios grandes y volvían a sitios pequeños. Era un mensaje. Era un mensaje para Adrián. Era una manera, sin saludo, sin gesto, sin acercamiento, de decirle: *te he visto, sé por qué estás aquí, y te voy a dar mi versión sin pedirte que la escuches*.

Adrián escuchó la homilía hasta el final.

Durante la consagración, Morán levantó la hostia con las dos manos, y por encima del cáliz miró un instante hacia el fondo. Adrián sintió la mirada. La sostuvo.

Morán siguió.

La misa terminó a las cuatro y veinticinco. Las tres ancianas se persignaron, se levantaron sin acelerar, se acercaron a la pila del agua bendita y salieron en silencio por la puerta lateral, no por la principal. Una de ellas, la del bastón, tardó en pasar entre los bancos. Se apoyó en el respaldo del banco que estaba junto al de Adrián. Lo miró un momento. Pero solo era una mirada de pueblo, una mirada de mujer mayor que ve a un desconocido en la iglesia, sin más curiosidad que esa. Le hizo un pequeño gesto con la cabeza. Adrián le devolvió el gesto. La mujer salió.

Cuando la última anciana salió, Morán quedó solo en el altar, recogiendo los objetos de la celebración, las vinajeras, el cáliz, el corporal. Sus movimientos eran pausados, sin teatralidad, los movimientos de un sacerdote que ha hecho la misma operación quinientas veces y ya no piensa en ella. Plegó el corporal con cuidado, lo metió en su funda, lo colocó dentro del cáliz, lo cubrió con la palia. Cerró el sagrario con la pequeña llave que llevaba en una cadenita al cuello. Bajó del altar.

Adrián miró a Clara. Ella, casi imperceptiblemente, hizo un gesto con la cabeza.

Adrián se levantó.

No se acercó al altar. Se quedó de pie, junto al banco. Esperando.

Morán terminó de recoger. Cogió el cáliz, ya cubierto. Lo llevó hacia la sacristía. Antes de cruzar la puerta, se detuvo. Se volvió.

Miró a Adrián.

Estuvieron así, mirándose desde los dos extremos de la nave, durante varios segundos. Diez metros entre ellos. Quizá doce. Adrián, durante esos segundos, vio en la cara de Morán algo que no había visto nunca en sus tiempos de Sevilla. Una serenidad seca. No paz, exactamente. Tampoco resignación. Algo intermedio. Una asunción. El saber del que ha aceptado una condena justa y que, por esa aceptación, ha recuperado un grado pequeño de la dignidad que la propia condena le había quitado.

Morán inclinó levemente la cabeza. Una inclinación pequeña, casi imperceptible. Un saludo. O un reconocimiento. O ambas cosas.

Adrián inclinó la cabeza también, una vez.

Morán volvió a girarse y entró en la sacristía. La puerta se cerró sola detrás de él, con su peso, sin ruido.

Adrián se quedó un momento más en pie. Después volvió a sentarse en el banco, junto a Clara.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella, en voz muy baja.

Adrián se quedó un momento mirando hacia el altar vacío.

—Nada. Ya he hecho lo que tenía que hacer.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Esperaron un par de minutos más, sentados, en silencio. La iglesia, con las velas del altar todavía encendidas pero ya solos, parecía aún más pequeña, aún más fría. Adrián escuchó, desde la sacristía, un pequeño ruido: el de Morán cerrando un armario pequeño, donde probablemente guardaba los objetos litúrgicos. Después, otro: el de una silla arrastrándose levemente. Después, silencio.

Adrián se levantó. Mojó los dedos en la pila de agua bendita, se persignó. Clara, sin mojarlos, hizo el gesto a su lado.

Salieron al atrio.

Llovía aún más despacio que cuando habían entrado. Casi solo humedad suspendida.

Caminaron hasta el coche. Adrián se detuvo parado junto a la puerta del conductor, mirando hacia la sacristía. La luz dentro estaba encendida. Se veía moverse una sombra al otro lado de la ventana.

Probablemente Morán, ya sin casulla, recogiendo los últimos detalles antes de cerrar la iglesia y volver a su casa, una pequeña casa parroquial detrás de la iglesia que Adrián vio entonces por primera vez, separada del cementerio por un muro bajo de piedra: una construcción modesta, de una sola planta, con tejado de pizarra y un huerto pequeño detrás del que asomaba un nogal sin hojas.

Adrián abrió la puerta. Se metió en el coche. Clara también. Adrián arrancó. Salió de la explanada sin prisa, despacio. Se incorporó a la carretera principal del pueblo. Pasó otra vez por delante del bar, del colmado, del cuartel. El hombre que fumaba bajo el toldo del bar seguía allí. Le vio salir, no le saludó, no le miró tampoco. Era la mirada neutral de los pueblos pequeños cuando pasan coches con matrícula de fuera.

Cuando ya estaban saliendo de Vilarpol, Adrián habló.

—No quería que me hablara.

—¿Por eso te quedaste de pie sin acercarte?

—Sí.

—¿Crees que él lo entendió?

—Lo entendió. Por eso inclinó la cabeza.

—¿Estás bien?

Adrián no respondió enseguida. Conducía sin prisa, mirando la carretera secundaria que bajaba hacia el valle.

—Estoy bien. Pero acabo de entender una cosa.

—¿Qué?

—Que la red, cuando hace lo que hace con un traidor, no le quita la dignidad. Le quita el ruido. Pero la dignidad no.

Clara asintió.

—Sí.

—Morán no es un derrotado. Es un hombre que dice misa los miércoles para tres ancianas, y la dice bien, y respeta el silencio del oficio. Lleva catorce meses haciéndolo. Probablemente lleve quince años más, si su cuerpo aguanta. Y nunca va a romper el acuerdo.

—No.

—Y la homilía de hoy.

—¿La has notado?

—La he notado. La improvisó cuando nos vio. Estaba escrita para mí. Para que yo entendiera, sin gestos, sin palabras directas, que la condena la asume, que ha encontrado una vida en este sitio pequeño, que el Adviento le ha enseñado algo. No me lo iba a decir

directamente. Pero me lo ha dicho a través de las tres ancianas que le escuchan cada miércoles. Es una manera muy particular de hablar.

—Es la manera del oficio.

—Es la manera del oficio.

—Adrián. ¿Te das cuenta de que él, en cierto modo, también es ya un custodio?

Adrián se tomó su tiempo.

—¿Custodio de qué?

—De su propio silencio. Lo custodia con cuidado. Cada miércoles. Cada domingo. Sabe lo que sabe y sabe que no se puede contar. Y custodia ese silencio durante catorce meses ya. La red lo apartó como traidor, sí. Pero el oficio, sin querer, ha vuelto a entrar en él. Por la rendija del castigo.

—No había pensado en eso.

—Yo, mientras él hablaba, sí. Hay algo en su manera de oficiar que ya no es solo de un párroco rural. Es la manera de alguien que sabe lo que está custodiando aunque ya no lo nombra. Es lo que la red, sin proponérselo, ha conseguido al desterrarlo aquí. No solo lo apartó. Lo devolvió, en cierto modo, al oficio en silencio. Que es lo que él había roto en Sevilla.

Adrián se quedó pensando. Conducía con calma. La carretera secundaria desembocaba ya en la nacional. La señalización indicaba Castro de Rei a tres kilómetros.

—Clara, eso significa que la red tiene formas de redimir que ni la propia red conoce del todo.

—Eso significa.

—Y eso, esta tarde, lo necesitaba ver.

Clara le puso la mano en el muslo, brevemente.

—Por eso te lo pidió Aurea.

Adrián condujo un par de kilómetros sin decir nada.

—Lo que la red haga con Severo esta noche tiene que ser algo equivalente. No igual. Equivalente. Justo y respetuoso. Pero no puede ser un castigo cualquiera. Severo no es Morán. Pero la red tampoco es ya la red de hace catorce meses. Hemos aprendido cosas. Tú esta tarde. Ellos durante los meses anteriores. La asamblea de esta noche no puede ser solo una decisión. Tiene que ser una decisión que la propia red asuma, después, durante años, como una decisión propia.

—Lo sé.

Salieron de la sierra de Lugo. Pasaron Castro de Rei. Pasaron Lugo. Volvieron a la autovía. La tarde se fue cerrando despacio, mientras la luz de invierno se hundía detrás de los montes. La lluvia, fina, no cesaba. Los faros de los coches que venían de frente iluminaban brevemente el interior del Renault y volvían a dejarlo en penumbra.

—Adrián.

—Dime.

—¿Has pensado lo que vas a decir si Aurea te pide hablar en la asamblea?

—Lo he ido pensando durante todo el día. Desde el funeral. He pensado más de una versión.

—¿Cuál te has decidido a decir?

—Aún no lo sé. Voy a improvisar al final. Lo que sí sé es lo que he visto hoy. Y lo que hemos visto entre los dos esta semana. Lo que diga, va a salir de eso.

—Yo, Adrián, no voy a decir mucho. Si me preguntan, diré poco.

—¿Por qué?

—Porque tú eres el que se queda. Yo me voy. Y quien se queda es el que tiene que articular la decisión, no quien se va.

Adrián la miró un momento.

—No has dicho que te vas. Lo has dicho como si lo hubiera dicho.

Clara sonrió levemente.

—Adrián. Llevamos seis días sabiendo que me voy. No hace falta que lo diga.

—No.

Ninguno de los dos habló.

—¿Cuándo me lo vas a decir, oficialmente?

—Después del solsticio. En Finisterre.

—¿En Finisterre?

—Quiero ir, después del solsticio, a Finisterre. Sola contigo. Y allí te lo voy a decir entero.

—De acuerdo.

—Adrián.

—Dime.

—Hoy ha sido un día muy largo. Empezamos en el hospital y vamos a terminar en una asamblea. Y tú, durante todo el día, has hecho lo que tenías que hacer sin desplomarte. Quería que lo supieras.

Adrián no respondió. Conducía sin apartar la vista de la carretera. Cuando llegaron a la altura de Arzúa, paró un momento en una estación de servicio, no para repostar, sino para estirar las piernas dos minutos. Bajaron del coche. La estación estaba casi vacía. Un camionero comía un bocadillo dentro de su camión, con la cabina iluminada. Una mujer de la limpieza pasaba un trapo por las máquinas de café del exterior.

Adrián se acercó a una de las máquinas. Pidió un café americano. Le dio uno a Clara también. Bebieron de pie, junto al coche, en silencio. Hacía frío. El café estaba demasiado caliente al principio y se enfrió rápido.

—¿Cuántos minutos?

—Tres.

—Tres minutos.

Volvieron al coche. Adrián arrancó. Siguieron hacia Compostela.

Hacia las siete y media estaban entrando otra vez en Santiago. Adrián aparcó el coche en el sitio donde lo había recogido. Subieron al Hostal. Tenían una hora y media hasta la asamblea.

Adrián se duchó. Se vistió con una camisa limpia y un jersey gris oscuro. Se peinó con cuidado, una cosa que no hacía casi nunca. Clara también se cambió, eligió una blusa color crema y un pantalón negro, se recogió el pelo en un moño bajo. Se encontraron en el pasillo, frente a las dos puertas, sin haberlo acordado.

—Estás guapa.

—Tú también.

A las ocho y media bajaron al vestíbulo. El conserje les indicó la dirección sin preguntar.

—Rúa da Conga, número doce. La señorita Bouzas los espera en el portal.

—Gracias.

Salieron. La noche compostelana era fría y limpia. Había dejado de llover. En el cielo, entre nubes, se veía alguna estrella, lejana, con la nitidez particular de los cielos del norte cuando se abre un hueco breve entre las nubes.

Caminaron hacia la Rúa da Conga en silencio.

Cuando llegaron, Tareixa los esperaba en el portal, con un abrigo largo y un paraguas plegado en la mano. Llevaba el pelo todavía recogido como en el funeral, sin maquillaje, con los ojos enrojecidos por el cansancio acumulado de los últimos días. Pero estaba erguida.

Había logrado, en algún momento de la tarde, juntar el ánimo suficiente para presentarse a la asamblea sin temblor.

—Subid. Tercer piso. Es la sala de la fundación parroquial. Se usa para reuniones del Cabildo. Esta noche la usamos nosotros.

Adrián miró el portal. Era un edificio de granito antiguo, con puerta de madera oscura. Una placa pequeña indicaba *Fundación de la Parroquia de San Bieito*.

—¿Todos los demás están ya?

—Todos. Solo faltáis vosotros. Y Severo.

Clara levantó la vista.

—¿Severo?

—Sí. Aurea le ha pedido que asista. Y ha aceptado.

Adrián se quedó un momento parado.

—¿Va a estar Severo en la asamblea?

—Sí. Por petición expresa de Aurea. Y con el acuerdo de Fabián. Severo va a hablar antes que nadie. Va a contar él mismo lo que ha hecho. Y lo que pretende. Y por qué.

—¿Y después?

—Después la asamblea decide. Severo se va y vuelve cuando se le llame.

Adrián miró a Clara. Clara le sostuvo la mirada.

—Vamos —dijo Adrián.

Subieron las escaleras. En el rellano del tercer piso, una puerta entornada dejaba entrever una sala iluminada con luz cálida. Se oían voces bajas dentro.

Tareixa empujó la puerta.

—Aurea. Ya están aquí.

Adrián cruzó el umbral.

La sala era amplia, de techo alto, con vigas oscuras de madera. Una larga mesa de roble en el centro, con doce sillas. Sobre la mesa, una jarra de agua, vasos, varias carpetas de cartón. En las paredes, retratos antiguos de canónigos compostelanos del siglo dieciocho, hombres severos con sotanas negras y el ceño fruncido, mirando hacia abajo desde sus marcos dorados con una severidad que aquella noche hacía juego con la atmósfera de la sala.

Sentados a la mesa estaban Aurea, Fabián, el padre Manuel Ouro, Anselmo Pereira, y otros cuatro a los que Adrián no conocía pero a los que reconocía por la postura: tres hombres y una mujer, todos con esa mirada particular de los del oficio cuando se reúnen.

Y, al fondo de la mesa, en la cabecera opuesta a Aurea, sentado solo, con las manos cruzadas sobre la mesa, estaba Severo Anllóns.

Cuando Adrián cruzó el umbral, Severo levantó los ojos.

Lo miró un momento.

Después inclinó la cabeza, una vez, igual que Morán había hecho aquella tarde en la iglesia de Vilarpol.

Adrián, sin pensarlo, inclinó la cabeza también.

Y aquel gesto pequeño, repetido en dos lugares distintos en una misma tarde, le pareció, mientras se sentaba en la silla que Aurea le indicaba, la cosa más exacta que había sucedido en todo el día.

Dos hombres separados por mil consideraciones, en dos puntos distintos del mapa de Galicia, le habían inclinado la cabeza en silencio aquella tarde. Y en los dos casos, sin saberlo ninguno de los dos, con el mismo significado: *te he visto, y lo que vas a hacer, lo respeto*.

Capítulo 15 · La asamblea de la red

Aurea les indicó dos sillas a su derecha, vacías. Adrián y Clara se sentaron. Tareixa quedó de pie junto a la pared, no en la mesa. Era la mestra cantareira, no parte de la asamblea formal. Sería, esa noche, testigo, no juez. Llevaba la misma ropa del funeral, pero había dejado el pelo recogido como cuando estaba de servicio en el archivo, no como en el hospital. Era una manera, sin decirlo, de marcar que la noche del miércoles era una noche de oficio, no de duelo.

Aurea esperó hasta que todos estuvieron quietos. Después dio dos golpecitos suaves en la mesa con los nudillos. Era el modo antiguo de abrir las asambleas del Cabildo, una costumbre que se había mantenido desde el siglo dieciocho cuando los canónigos se reunían bajo presidencia del deán y nadie hablaba hasta que el deán daba los dos golpes mínimos sobre la mesa.

—Buenas noches a todos.

Las voces bajas se apagaron. La sala quedó en silencio.

—Esta noche convoco asamblea extraordinaria de la red de Compostela. Asisten siete custodios, en sus puestos. Asisten tres invitados: Adrián Vega, custodio de la red de Sevilla, en condición itinerante. Clara Bru, custodia de la red de Barcelona, en condición itinerante. Tareixa Bouzas, mestra cantareira, en condición de testigo. Y asiste también, por petición propia y con la autorización de esta asamblea, Severo Anllóns Vilas, sobre cuyo caso se va a deliberar. Antes de empezar, quiero recordar a Xoán Ferro, hermano custodio de Compostela durante cuarenta y tres años, fallecido ayer, cuyo funeral hemos celebrado esta mañana.

Hubo un momento de silencio. Algunas cabezas se inclinaron levemente.

Aurea continuó.

—El procedimiento será el siguiente. Severo hablará primero. Tendrá el tiempo que necesite. Cuando termine, saldrá de la sala. La asamblea deliberará a puerta cerrada. Cuando se llegue a una decisión, se le llamará para comunicársela. Severo podrá entonces aceptar o rechazar lo que se decida. Si la rechaza, la asamblea decidirá las consecuencias en una segunda fase de la sesión.

Adrián miró un momento a los demás canónigos. A Aurea ya la conocía. A Fabián, también. A Manuel Ouro y a Anselmo Pereira, los había visto en la cena de Severo. Los otros tres se le presentaban por primera vez en aquella noche. A la izquierda de Aurea, un hombre robusto, de unos setenta años, con barba blanca corta y mirada clara: don Eladio Carballo, canónigo del Cabildo desde mil novecientos ochenta y dos, con fama de ser el voto más conservador del oficio compostelano. Junto a él, una mujer de unos sesenta y dos años, con el pelo gris recogido en un moño bajo, ojos atentos detrás de unas gafas de pasta oscura: doña Mercedes Aldao, bibliotecaria del Cabildo durante más de treinta años, custodia desde mil novecientos noventa y tres. Frente a ella, un hombre alto, delgado, con gafas de lentes pequeñas y una expresión severa: don Nicanor Suárez, secretario del Cabildo, custodio desde principios de los dos mil. Y, al lado de Nicanor, callado, con las manos grandes de quien ha trabajado con ellas y un traje que se ponía tres veces al año, un hombre de unos cincuenta y cinco: Xurxo Beade, maestro de obras de la fábrica de la Catedral, custodio desde el dos mil ocho, el único de los siete que no había pisado una universidad en su vida y el que, según le había dicho Tareixa a Adrián de pasada, más veces tenía razón.

Siete custodios en la mesa: Aurea, Manuel Ouro, Anselmo Pereira, Eladio Carballo, Mercedes Aldao, Nicanor Suárez, Xurxo Beade. Más Fabián, en la cabecera, como voz veterana sin voto formal pero con una autoridad que nadie en la sala iba a discutir.

—Cuando estés listo, Severo —dijo Aurea.

Severo levantó los ojos. Adrián notó que tenía la cara más blanca que la semana anterior. Más estrecha. Las manos seguían cruzadas sobre la mesa, pero los nudillos estaban un poco apretados. Llevaba un traje gris oscuro, de buena confección, con camisa blanca y corbata negra, una corbata que en cualquier otro contexto habría

sido demasiado formal pero que, en aquella noche, después del funeral de la mañana, encajaba con la solemnidad del momento.

Habló sin papeles. La voz, al principio, pausada, sin vacilaciones. La misma voz cálida de la noche de la cena, esta vez modulada en otro registro, más institucional, más medido.

—Aurea. Fabián. Hermanos custodios. Adrián, Clara, Tareixa. Os agradezco a todos esta noche.

Bebió un sorbo de agua del vaso que tenía delante.

—No voy a hacer un discurso. No voy a defenderme. Voy a contaros lo que he hecho, por qué lo he hecho, y qué pretendía hacer. Después os toca a vosotros.

»Llevo desde hace tres años preparando un libro académico, en colaboración con el profesor Hans Vogel, paleógrafo de la Universidad Libre de Berlín, que documenta la existencia histórica de la red custodia compostelana, sus orígenes en la Iona del siglo nueve, su consolidación durante los siglos doce y trece a través del taller del Maestro Mateo y de la mestra cantareira Aldonza de Lestedo, y su pervivencia hasta nuestros días. Para preparar ese libro, he extraído del archivo del Cabildo doce páginas del cuaderno personal del Maestro Mateo, las he fotografiado para Vogel, y he conservado yo mismo los originales en mi casa. Ese material está actualmente en mi estudio. Podría devolverlo esta misma noche, si la asamblea lo solicita.

Don Eladio Carballo levantó levemente las cejas, sin interrumpir.

—El libro está completado en un noventa por ciento. La parte que falta es la conclusión, donde no he decidido aún qué tono adoptar. Tengo borradores de tres conclusiones distintas. La más dura: una denuncia abierta del oficio como anacronismo institucional. La más matizada: una valoración histórica sin juicio moral. La intermedia: una invitación al oficio a abrirse al mundo académico, escrita en términos respetuosos.

»Mi intención original era publicarlo el verano que viene, después del congreso de paleografía de Múnich, donde Vogel iba a presentarlo como ponencia. Si lo publicamos juntos, en una editorial académica seria, el libro tendría un impacto considerable en los círculos de historia eclesiástica europea. No sería un libro de masas. Pero sería un libro citado. Y, una vez citado, ya no se podría ignorar.

»¿Por qué lo hago? Lo expliqué a Aurea el sábado por la noche. Tengo cáncer. Me queda un año, según los oncólogos. Puede que

menos. He decidido pasar los meses que me queden haciendo, por una vez en cuarenta años, algo en lo que creo. Y creo, profundamente, que una red como la nuestra no puede sobrevivir mil quinientos años más en su forma actual. Que las sociedades del siglo veintiuno no toleran ya las custodias institucionales en silencio. Que una de dos cosas va a pasar en los próximos cincuenta años: o el oficio se abre y evoluciona, o el oficio se descubre y se desprestigia. Si se abre y evoluciona, será reconocido por lo que es: una tradición histórica con valor patrimonial. Si se descubre, será visto como una conjura eclesiástica. Y eso, hermanos custodios, sería el final de todo lo que hemos defendido durante mil años.

Hizo una pausa larga. Bebió otro sorbo de agua. Doña Mercedes Aldao, frente a él, lo miraba con una atención profunda, sin intervenir, las manos quietas sobre la mesa.

—Aurea me ofreció el sábado dos opciones. Las rechacé las dos por las razones que ella ya os habrá contado. Sigo creyendo que ninguna era aceptable en su forma original. Sin embargo, he venido aquí esta noche porque creo en este oficio. Lleva en mí cuarenta años y no me lo voy a quitar de encima por una decisión personal. Y porque le debo respeto a esta asamblea. Y porque, después de hablar con Aurea, he empezado a pensar si no habrá una tercera opción, una que ninguno de los dos habíamos considerado aún.

Severo levantó la vista, miró a Aurea.

—Si hay una tercera opción, escucharé. Y la consideraré con la honestidad que esta asamblea merece. Es lo que puedo prometer esta noche.

Volvió a bajar la vista.

—He terminado.

Hubo un silencio largo.

Aurea tardó en hablar. Cuando lo hizo, su voz era la misma de siempre, pausada, contenida.

—Severo. Gracias. Sal ahora. La asamblea va a deliberar.

Severo se levantó. Inclinó la cabeza hacia los siete custodios, después hacia Fabián, después hacia Adrián y Clara, después hacia Tareixa. Después salió. Tareixa cerró la puerta detrás de él.

Aurea miró a la asamblea.

—Hermanos. Antes de pasar a la deliberación, hay una cosa que tenéis que saber. La he hablado solo con Fabián, hasta ahora. Severo me dio permiso esta tarde, por teléfono, para contarla aquí.

Hizo una pausa.

—Severo tiene cáncer de páncreas. Lo lleva desde junio. Se lo ha confirmado un oncólogo de Vigo. Tiene un año, con suerte. Año y medio como mucho. La asamblea, al deliberar, debe tener en cuenta este hecho. No para ablandar la decisión, sino para que la decisión sea coherente con la realidad.

Hubo un silencio.

Don Eladio Carballo fue el primero en hablar. Su voz, grave, pausada, tenía la entonación de los canónigos rurales gallegos del interior, distinta de la urbana de Aurea o Severo.

—Aurea. ¿Por qué no nos lo dice antes?

—Porque quería que la asamblea juzgara primero a Severo como traidor. Y solo después como hombre. Pensaba que si se mezclaban las dos cosas desde el principio, la decisión iba a estar viciada por la compasión. Severo me pidió esto el sábado. Y yo lo respeté. Lo respeto ahora. La asamblea juzgará primero al traidor que ha hablado y, una vez decidido, considerará al hombre.

—Pero ya nos lo has dicho.

—Os he dicho lo justo. Para que la decisión que toméis sea proporcionada al tiempo real disponible. No es lo mismo decidir una sanción para un canónigo de sesenta y cuatro años que tiene veinte por delante, que decidirla para un canónigo de sesenta y cuatro que tiene uno. La proporcionalidad importa.

Don Eladio asintió, sin replicar.

Manuel Ouro intervino.

—Severo ha hablado de una tercera opción. Aurea, ¿la tienes pensada?

Aurea miró a Fabián. Fabián, desde su sitio, asintió levemente con la cabeza.

—La tengo. La voy a presentar. La voy a defender. Pero quiero que la asamblea tome la decisión libremente, después de escucharla y de oír alternativas, si las hay.

—Adelante.

Aurea respiró un momento. Miró a los siete custodios uno a uno. Los siete le sostuvieron la mirada.

—Mi propuesta es la siguiente. La red compra el manuscrito de Severo y de Vogel por el precio que ellos pongan. El dinero no va a Severo, ni a Vogel. Va a una fundación, creada esta misma semana en nombre de Severo Anllóns Vilas, dedicada a la divulgación rigurosa

del patrimonio gallego. La fundación, durante los próximos veinte años, financia proyectos de divulgación histórica seleccionados por un consejo académico independiente. Y la fundación tiene una cláusula obligatoria, escrita en su acta fundacional, no negociable: dentro de exactamente veinte años, el manuscrito sobre la red podrá ser publicado por la fundación con el aval del consejo académico independiente.

Hizo una pausa.

—Eso significa, hermanos custodios, dos cosas. Primero. Severo ya no publica. La asamblea consigue el resultado inmediato que necesita. Segundo. Dentro de veinte años, el manuscrito se publica. La asamblea cede el control a largo plazo. Eso significa que tenemos veinte años, exactos, para reorganizar el oficio internamente, decidir cómo nos presentamos al mundo, y prepararnos para una apertura controlada cuando la publicación llegue.

El silencio duró más de lo que ninguno de los dos quiso.

Don Eladio Carballo tomó la palabra otra vez. Levantó una mano, despacio, no para pedir turno, sino para enmarcar lo que iba a decir.

—Aurea. Esto es una capitulación.

—No, padre. Es un pacto.

—Es ceder a la presión de un traidor.

—Es reconocer que el oficio no puede sobrevivir cien años más sin abrirse. Severo lo dice antes que nosotros. Pero todos lo sabemos, en el fondo. Llevo veinte años pensándolo. Fabián, treinta. Y lo sabéis vosotros también.

Don Eladio se inclinó un poco hacia delante.

—Aurea. Yo llevo cuarenta y dos años en esta red. Soy el más viejo aquí, después de Fabián. Y nunca, en cuarenta y dos años, he pensado que el oficio tuviera que abrirse. Lo digo claro: no comparto esa premisa. El oficio funciona porque está cerrado. Si lo abrimos, ya no es oficio. Es un departamento universitario más. Y esos departamentos se mueren en cincuenta años, no en mil.

—Eladio —dijo Manuel Ouro, en tono conciliador—. El oficio funciona porque está cerrado, sí, pero también porque sabe acomodarse a los tiempos cuando es necesario. La red de Compostela ha cambiado tres veces en mil cien años: cuando se trasladaron los códices durante las incursiones normandas, cuando se reorganizó tras Almanzor, cuando se ocultó durante la desamortización. Cada una de esas tres veces, alguien dijo: *si cambiamos esto, dejaremos de*

ser red. Y cada vez, el cambio mantuvo la red viva. Ahora, con Severo, podemos estar ante el cuarto cambio. O ante el quinto. He perdido la cuenta.

—Manuel, el cambio no es lo mismo que la apertura. La red ha cambiado de formas, sí. Nunca ha cambiado de naturaleza. Lo que Aurea propone cambia la naturaleza. Convierte la red en algo que dentro de veinte años va a ser visible, citable, criticable. Eso, en mi opinión, no es la red.

Doña Mercedes Aldao habló por primera vez.

—Don Eladio. Con todo respeto. Yo entré en este oficio hace treinta y un años. Lo hice porque Aurea me invitó. Antes de eso, había trabajado en la biblioteca catedralicia durante años, sin saber lo que había debajo. Cuando Aurea me explicó lo que la red era, lo acepté con la condición que, en mi cabeza, no hice explícita: que la red, algún día, encontrara la manera de hacer compatible su silencio con el respeto a la verdad histórica. Estaba dispuesta a guardar el secreto durante mi vida. No estaba dispuesta a guardarlo más allá. Esperaba que la red, en algún momento, encontrara su salida del silencio. Lo de Severo, esta noche, me parece la primera oportunidad real que tenemos. No la voy a perder.

Don Eladio la miró un momento.

—Mercedes, eres más joven que yo.

—Por ocho años, sí. Que en esta mesa, don Eladio, no es una generación. Es un descuido.

—Y tu generación, perdóname si lo digo así, no tiene la responsabilidad histórica que tenemos los que entramos en el oficio antes del concilio. Nosotros vimos la red durante los años más oscuros. Vimos lo que pasaba cuando se filtraba algo. Vimos a Ramiro Lobeira, el predecesor de Aurea, soportar la presión de mil novecientos sesenta y nueve, cuando casi se filtró el séptimo códice por una indiscreción de un colaborador externo. Lo conjuró. Lo hizo a costa de un esfuerzo enorme. Esa generación no querría una apertura, sea controlada o no.

—Y, sin embargo, hermanos —dijo Fabián, hablando por primera vez, con una voz baja que en aquella sala sonó con el peso particular que su edad y su jerarquía le daban—, esa generación, que es también la mía, no es la que tiene que decidir esta noche. Yo tengo ochenta y tres años. Yo veo lo que veo desde mi posición. Pero la red, después de mí, va a estar en manos de los que están aquí sentados.

Eladio, Manuel, Anselmo, Mercedes, Nicanor, Xurxo, Aurea. Los siete. La decisión la tienen que tomar ellos. No los que entramos hace medio siglo. Los que se van a quedar otros treinta años.

Nadie contestó.

Anselmo Pereira tomó la palabra. Tenía una voz baja, suave, que en cualquier otra reunión habría pasado desapercibida pero que en aquella sala, en aquel momento, hizo que todos se inclinaran un poco para escucharlo.

—Aurea. ¿Cuánto va a cobrar Severo personalmente?

—Cero. Esa es la condición. El dinero va a la fundación. Severo no recibe ni un euro. Lo único que recibe Severo es algo distinto.

—¿Qué?

—Recibe el privilegio de que, durante los meses que le quedan, sea él quien diseñe el consejo académico independiente. Quien proponga los miembros. Quien defina los criterios de selección. Será su legado.

—¿Y si Vogel quiere cobrar?

—A Vogel se le compensa aparte. La red tiene fondos suficientes. Pagaremos lo que pida.

Don Nicanor Suárez, hasta ese momento callado, intervino. Hablaba con una voz pausada, con las articulaciones precisas de un hombre acostumbrado a redactar actas y resoluciones.

—Aurea. La cantidad de fondos que vas a comprometer es considerable. Hablamos, presumiblemente, de doscientos mil euros mínimo, más los emolumentos a Vogel, más la dotación inicial de la fundación. Estamos hablando de una operación que, en total, podría rondar los trescientos cincuenta mil euros, repartidos entre el año que viene y el siguiente. ¿La red está en condiciones?

—Lo está. La caja del oficio compostelano tiene reservas de algo más de un millón de euros, acumuladas durante los últimos cuarenta años. Ramiro Lobeira lo previó. El propio Severo, durante muchos años, contribuyó a mantener esa caja por si llegaba un caso extraordinario. Este es ese caso. La caja sigue disponible.

—¿Lo aprueba Fabián?

Fabián levantó la cabeza.

—Lo apruebo. Lo he discutido con Aurea durante toda la mañana. Es la mejor opción que tenemos. No es perfecta. Pero es la única que respeta a Severo y respeta al oficio.

Don Nicanor asintió.

Don Eladio se reclinó en la silla. Cruzó los brazos. Era la postura de un canónigo que, sin ceder del todo, empezaba a aceptar la posibilidad de no ganar la votación. Adrián lo notó. Era el mismo gesto que Salvatierra hacía en Sevilla cuando el cabildo discutía algún asunto y él veía que su posición no iba a prevalecer.

Se hizo el silencio.

Aurea miró a Adrián.

—Adrián. Quería pedirte algo. Antes del voto.

Adrián levantó la vista.

—Sí.

—Tú vienes de fuera. Has estado esta tarde en Vilarpol. Has visto a Morán. Has visto cómo la red trata a un traidor cuando la red puede hacerlo a su modo. Y ahora estás viendo cómo la red está debatiendo qué hacer con otro traidor de modo distinto. Te pido que digas, en la frase que tú elijas, qué piensas. La asamblea quiere oírte.

Adrián permaneció un instante callado.

Miró a los siete custodios. Miró a Fabián. Miró a Tareixa, junto a la pared. Miró a Clara.

Después habló, despacio, con la voz baja, intentando que cada palabra cayera con la pesadez exacta de lo que llevaba pensando todo el día.

—Esta tarde, en Vilarpol, vi a un hombre dignamente derrotado. Es lo que la red supo hacer hace dos años con quien lo merecía. Y vi una cosa más: vi a ese hombre, en una iglesia rural, con tres ancianas y dos extraños al fondo, oficiando una misa de Adviento que había entendido como una pequeña forma de regreso al silencio del oficio. La red, sin saberlo, lo ha redimido al desterrarlo. No es un derrotado del todo. Es un hombre que, en su sitio nuevo, ha vuelto a ser custodio de un silencio menor, parroquial, suficiente.

Hizo una pausa.

—Esta noche, en esta asamblea, vamos a juzgar a un hombre que no está derrotado. Que tiene razones. Que está enfermo. Y que va a morir antes de que la sanción surta efecto. La red tiene que hacer algo distinto esta noche. La propuesta de Aurea me parece honesta. No es una capitulación. Es un pacto. Y los pactos, hermanos custodios, son lo único que distingue a un oficio que se renueva de un oficio que se petrifica.

Bajó la vista un momento. Después la levantó otra vez.

—Don Eladio, con todo respeto. Yo soy el más nuevo aquí. Llevo dos semanas en la red de Compostela. No he visto lo que usted ha visto en sus cuarenta y dos años. Pero sí he visto lo que ha pasado en Sevilla en los últimos dos años, y lo que ha pasado en Barcelona en el último. Y, en los dos casos, las redes locales aprendieron una cosa: que las decisiones tomadas por miedo a perder lo que se tenía siempre nos costaban más de lo que las decisiones tomadas con claridad. Severo le da a la red, esta noche, la oportunidad de decidir con claridad. Esa oportunidad no se va a repetir. La fundación con cláusula a veinte años es la decisión clara. El silencio puro es la decisión miedosa. Y no es por respeto a Severo que digo esto. Es por respeto al oficio.

Bajó la vista.

—No tengo voto. Pero esa es mi opinión.

Nadie dijo nada durante un rato. Don Eladio Carballo miraba a Adrián con una expresión que no era de hostilidad sino de cálculo, la expresión de un canónigo veterano que mide las palabras de un recién llegado y decide, despacio, hasta qué punto el recién llegado merece ser escuchado más allá de la cortesía formal.

Aurea asintió, una vez.

—Gracias, Adrián. Y Clara, ¿quieres añadir algo?

Clara tardó un momento.

—Solo una cosa. Severo, esta noche, ha dicho que cree en este oficio. Lo creo. Y eso significa, paradójicamente, que la asamblea tiene a su lado a alguien que la quiere lo suficiente como para arriesgarse a destruirla por mejorarla. Eso, en otros oficios, se llamaría reformismo. En el nuestro, lo llamamos traición. Y quizá esa palabra, traición, hoy no sirva para describir lo que pasa.

—Y otra cosa, si me permitís —añadió Clara—. Yo he sido custodia de Barcelona. Voy a serlo todavía durante un tiempo. Y os hablo desde la red más joven de las tres, la que tiene menos siglos detrás, la que acumula menos historia. Lo que veo en Compostela esta semana es algo que en Barcelona también vamos a tener que afrontar antes o después. Sevilla ya lo ha empezado a afrontar a su manera, en silencio, sin asambleas como esta. La cuestión de cómo abrirse, de cómo dejar de ser solo silencio, es la cuestión común de las tres redes para los próximos veinte años. Compostela, esta noche, puede dar un paso que las otras dos vamos a tener que dar después. Si Compostela lo da bien, las otras dos podremos seguirlo. Si Compostela lo da mal,

las otras dos vamos a tener que inventar nuestros propios caminos. Y los caminos sin precedentes son siempre peores que los precedentes con error. Con error o sin él, lo importante es que haya precedente.

Aurea sonrió levemente. La primera sonrisa de toda la noche.

—Gracias, Clara.

Don Eladio Carballo, desde su sitio, miró a Clara durante un largo momento. Después, sin decir nada, bajó la vista y asintió, una sola vez, un asentimiento mínimo que en aquella sala equivalía a la concesión que su edad y su rango habían escogido entregar.

Aurea se enderezó. Miró a los siete custodios.

—Voto. Quien apoye la propuesta, levante la mano.

Las manos se levantaron despacio.

Una. Manuel Ouro.

Dos. Anselmo Pereira.

Tres. Mercedes Aldao.

Cuatro. Aurea misma.

Y después nada.

Hubo un silencio que a Adrián se le hizo largo de un modo físico, como si el aire de la sala hubiera cambiado de densidad. Cuatro manos arriba. Tres abajo. Don Eladio Carballo miraba la mesa con los brazos cruzados. Don Nicanor Suárez tenía las manos quietas delante, una sobre otra, y la cara de un secretario que ya está redactando el acta en la cabeza. Xurxo Beade miraba a Aurea sin parpadear.

Y entonces Xurxo Beade levantó la mano. Despacio, hasta arriba del todo, con el brazo entero, como levantan la mano los hombres que no están acostumbrados a que se les pregunte.

Cinco.

—Cinco a favor —dijo Aurea, con la voz justo igual que antes—. ¿En contra?

Don Eladio levantó la suya sin mirar a nadie. Don Nicanor, un segundo después, levantó la suya mirando a Aurea a los ojos.

—Dos en contra. Aprobada por cinco a dos.

Nadie dijo nada. Nadie aplaudió, nadie protestó, nadie se movió. En mil cien años, la red de Compostela no había hecho jamás una cosa como aquella, y ninguno de los que estaban en la sala sabía todavía si acababan de salvar el oficio o de partirlo por la mitad. Adrián comprendió, en ese silencio, que las dos cosas eran sin duda ciertas y que iban a seguir siéndolo durante veinte años.

Don Nicanor Suárez habló entonces, con su voz de actas.

—Que conste en el acta que he votado en contra. Y que conste también que voy a cumplir el acuerdo como si lo hubiera votado a favor. Lo digo por si alguien, dentro de veinte años, lee esto y se pregunta cómo funcionábamos.

Don Eladio asintió, una sola vez, sin levantar la vista.

—Lo mismo digo.

Aurea cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, los tenía húmedos.

—Que conste. Llamen a Severo.

Tareixa abrió la puerta. Severo entró. Caminó hasta su sitio, en la cabecera opuesta. Se mantuvo de pie.

Aurea le explicó, en cinco minutos pausados, la propuesta. La fundación. Los veinte años. La cláusula vinculante. El consejo académico independiente. Su papel personal en el diseño del consejo. La compra del manuscrito por la red. Los emolumentos a Vogel. La constitución de la fundación antes de fin de año.

Severo escuchó sin interrumpir. Cuando ella terminó, se quedó mirando la mesa.

Después levantó la vista.

—Aurea. Esto no es lo que yo querría. Yo querría publicar el libro yo, con mi nombre, mientras estoy vivo. Lo que me ofrecéis es una versión póstuma, controlada por una fundación, dentro de veinte años, cuando yo lleve mucho tiempo muerto.

Hizo una pausa.

—Pero acepto. Lo acepto porque es lo único que va a obligar al oficio a evolucionar de verdad. Y porque la fundación, durante veinte años, podrá publicar otras cosas que también importan, aunque no sean el libro de la red. Y porque mi nombre, en el acta fundacional, va a obligar a esta asamblea a recordar, todos los años, que Severo Anllóns Vilas existió. Y eso, en cierto modo, es más de lo que yo había soñado cuando empecé esto hace tres años.

Hubo un silencio.

Severo cogió un vaso de agua. Bebió un trago largo. Después continuó, en un tono más suave, casi reflexivo.

—Quiero deciros una cosa más, hermanos custodios, antes de aceptar formalmente. La asamblea de esta noche es el punto más alto que he visto del oficio en cuarenta años. Ha sido una asamblea libre. Ha habido voces distintas. Ha habido un debate real. Don Eladio ha

planteado la objeción de los conservadores sin que nadie le interrumpiera. Doña Mercedes ha expresado lo que muchos pensábamos sin atrevernos. Adrián ha dicho con claridad lo que un custodio externo puede ver. Clara ha encajado a la red de Compostela en la lógica común de las tres redes. Y Aurea, con Fabián, ha encontrado la fórmula. Hemos hecho, en una noche, lo que el oficio no había hecho en mil años de su historia: hemos deliberado sobre nosotros mismos sin escudarnos detrás del silencio. Si esto es lo que el oficio puede hacer cuando hace falta, entonces el oficio está vivo. Y, si está vivo, va a sobrevivir los próximos veinte años, sea cual sea la fundación que se constituya. Eso me reconcilia con la decisión. Eso, hermanos custodios, era lo que yo necesitaba ver antes de morir.

Hubo un silencio largo.

—Acepto. Devolveré las páginas mañana al archivo. Vogel será informado pasado mañana. La fundación se constituirá antes de fin de año.

Aurea se levantó. Severo, en su sitio, también se levantó.

Se miraron a través de la mesa larga, durante mucho rato.

Después Aurea rodeó la mesa. Llegó hasta Severo. Le abrazó.

Severo le devolvió el abrazo. Estuvieron así durante varios segundos, un canónigo y una archivera de sesenta y cuatro años los dos, que se habían conocido a los dieciocho en el seminario de Mondoñedo, abrazándose en una sala iluminada con luz cálida frente a los retratos de los canónigos del siglo dieciocho, que los miraban desde sus marcos dorados sin entender nada. Don Eladio Carballo, desde su sitio, miraba el abrazo con una expresión que Adrián no había visto nunca en un canónigo viejo: una mezcla de respeto, derrota y, debajo de todo, alivio. Había votado que no y estaba aliviado de haber perdido. Adrián pensó que aquello, y no el pacto, era lo más parecido a un milagro que había visto en tres años de oficio.

Cuando Aurea se separó de Severo, Fabián se levantó también. Se acercó. Le tendió la mano. Severo se la estrechó, primero con una mano, después con las dos. Fabián, sin soltarlas, le dijo en voz baja una frase corta que Adrián no llegó a oír, pero que vio cómo Severo, al recibirla, asintió con la cabeza dos veces.

Y los siete custodios de Compostela, de pie en sus sitios —los cinco que habían votado a favor y los dos que no—, lo vieron sin decir una

palabra, mientras en la calle, debajo, Compostela seguía durmiendo bajo el cielo limpio de invierno.

A las once y media de la noche, Adrián y Clara salían del edificio. Severo había salido antes, con Aurea acompañándolo hasta el portal. Fabián y Tareixa se habían quedado dentro para cerrar la sala. Los tres canónigos a los que Adrián no conocía, don Eladio, doña Mercedes y don Nicanor, se habían despedido cordialmente y habían bajado las escaleras antes que ellos. Don Eladio, antes de irse, se había acercado a Adrián y, sin decir mucho, le había estrechado la mano con una firmeza inesperada.

—Adrián.

—Don Eladio.

—Tu intervención de antes, sobre Vilarpol. Eso lo apunto.

—Gracias.

Don Eladio asintió. No añadió más. Bajó las escaleras detrás de Mercedes y Nicanor.

Tareixa los alcanzó en la calle, después de cerrar.

—El solsticio es dentro de tres días.

—Sí.

—Vamos a poder hacerlo.

—Sí.

Tareixa miró un momento hacia el cielo. Las nubes se habían abierto en una franja alta y dejaban ver una luna casi llena, brillante, recortada contra la silueta de la torre de la Berenguela al fondo.

—Sin Xoán.

—Pero con su llave —dijo Adrián.

Tareixa asintió.

Caminaron juntos hacia el Hostal. Cuando llegaron, Tareixa los dejó en la puerta.

—Hasta el sábado.

—Hasta el sábado.

—Adrián.

—Dime, Tareixa.

—Lo que has dicho de Morán esta noche. Lo de la redención por el destierro. ¿Lo has pensado tú o te lo dijo Clara?

Adrián miró a Clara. Después miró a Tareixa.

—Lo pensamos los dos a la vez, en el coche, volviendo de Vilarpol. Pero quien lo articuló primero fue Clara.

Tareixa sonrió levemente.

—Le debes mucho a esa mujer.

—Lo sé.

—No la pierdas, Adrián.

Y se fue.

Adrián y Clara subieron a la habitación. Adrián sacó la llave del bolsillo, la dejó sobre la mesilla. Se sentó al borde de la cama. Clara también se sentó.

—Tres días —dijo Clara.

—Tres días.

—Adrián.

—Dime.

—Después del solsticio, vamos a Finisterre.

—De acuerdo.

—¿Sabes ya lo que vas a decirme allí?

Adrián no contestó de inmediato. Miró la llave sobre la mesilla. La luz baja de la lámpara la iluminaba en el lateral, dejando la cabeza tallada en espiral en sombra parcial, dibujando una pequeña silueta proyectada sobre la madera de la mesilla, una espiral pequeña que se replicaba en sombra.

—No del todo. Pero tengo una idea aproximada.

—Yo también.

—¿Lo decimos antes?

—No. En Finisterre.

—De acuerdo.

Clara se levantó. Se acercó a la puerta. Antes de salir, se volvió un momento.

—Adrián.

—Dime.

—Has estado bien esta noche. En la asamblea.

—Lo intenté.

—Lo conseguiste.

Y salió.

Adrián se quedó un rato mirando la llave bajo la lámpara. No la guardó esa noche. La dejó sobre la mesilla, a la vista. Se desvistió despacio, se acostó, apagó la luz.

En la oscuridad, escuchó, lejos, el ritmo de las campanas de algún convento. Cuatro toques rápidos, una pausa, un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

La cadencia de las horas en Compostela. Llevaba ya dos semanas y media oyéndola cada hora. Empezaba a no oírla más. Lo cual, según Aurea le había explicado una vez de pasada, era el momento en que uno pasaba de visitar Compostela a vivirla.

Adrián cerró los ojos.

Esa noche durmió siete horas seguidas. La asamblea, en algún sentido que no terminaba de entender bien, le había aliviado un peso que llevaba dos semanas cargando sin notarlo.

Capítulo 16 · El solsticio

Los días que siguieron a la asamblea pasaron lentamente.

El jueves por la mañana, Severo cumplió. Entró al archivo del Cabildo a las diez en punto con una bolsa de cuero pequeña, gastada, color marrón oscuro, que contenía las doce páginas arrancadas. Las dejó sobre la mesa de Aurea, sin decir nada. Aurea tampoco dijo nada. Las puso en una carpeta de cartón gris, idéntica a las otras del archivo, y la guardó en la cámara acorazada. Severo estuvo un instante más en el despacho, en silencio. Después extendió una mano a Aurea. Aurea se la estrechó. Severo no añadió ninguna palabra. Salió.

El viernes, Severo escribió a Hans Vogel un correo extenso, que copió a Aurea, en el que le explicaba que el proyecto editorial se reorientaba hacia una fundación gallega que iba a constituirse antes de fin de año. Vogel respondió en menos de tres horas. Su respuesta fue breve: aceptaba, agradecía la transparencia, esperaba conocer detalles cuando la fundación tuviera estatutos. Añadía, al final, una frase corta: *Severo, tu salud, te ruego, prevalece sobre todo lo demás. Si necesitas que vaya a Compostela en algún momento, tomo un avión sin avisar.* Severo le contestó dos líneas: *Gracias, Hans. La salud va. La fundación irá. Te llamo.*

Ese mismo viernes, los notarios de la red empezaron a redactar el acta fundacional. Severo, desde su casa, propuso los siete primeros nombres del consejo académico independiente. Aurea los recibió por correo, los leyó, los aceptó sin cambios. Eran nombres serios: dos paleógrafos europeos, dos historiadores eclesiásticos peninsulares, un musicólogo medievalista, un arqueólogo, una conservadora de bienes patrimoniales del Vaticano. Ninguno de ellos era de la red.

Severo había tenido cuidado de no incluir a ningún custodio. La fundación, en su consejo independiente, iba a ser auténticamente independiente.

Adrián y Clara, durante esos días, hicieron poco. Caminaron por Compostela. Comieron en sitios distintos cada día. Pasaron una mañana entera en el Pórtico, esta vez sin Tareixa, simplemente mirando la piedra. La policromía del Pórtico —que Adrián, restaurador de oficio, había estudiado en libros antes de venir— había vuelto a la superficie durante los diez años de trabajos que terminaron en dos mil dieciocho: bajo el polvo y el humo de los siglos habían aparecido hasta tres capas completas, del taller de Mateo al barroco, superpuestas como versiones sucesivas de la misma frase. Adrián las identificó una a una, a media voz, indicándoselas a Clara: el azul de Mateo, el bermellón que alguien puso encima trescientos años después, el oro del setecientos. Una mañana se les fue así, contando colores antiguos y discutiendo cuál de todos ellos era el verdadero, hasta que Clara dijo que a lo mejor los tres, y Adrián tuvo que darle la razón.

Una tarde, con las maletas casi hechas pensando en lo que llegaba, Clara pidió pasar otra hora en el archivo. Aurea les dejó las llaves. Estuvieron solos en la sala de fondos, en silencio, repasando los manuscritos del cuaderno de Mateo que sí estaban completos. No hablaron mucho. Cada uno repasó lo suyo. Antes de salir, Adrián abrió por última vez la caja diecinueve de la sección IX-C. El legajo de cuentas de fábrica del quinientos estaba otra vez cerrado, atado con su cinta, en su sitio. Entre los pliegos, donde durante cuatro días había estado el folio que él escribió, había ahora una cartulina fina con una nota archivística de dos líneas. Adrián la miró un buen rato. La página que él había escrito ya no estaba allí. Aurea la había quemado el miércoles, al alba, en su casa, en la chimenea, en presencia de Fabián, antes de salir hacia el funeral de Xoán. Las cenizas habían sido tiradas al patio del limonero. Quedaba solo la nota, con la letra cuidada de Aurea: *folio hallado el 8-XII en caja 19 (IX-C), retirado el 18-XII para análisis interno. Véase acta adjunta en expediente personal A.V.*

A las tres de la tarde de ese viernes, Aurea fue al aeropuerto de Lavacolla a recoger a Maire MacEachern. La mestra cantareira de la abadía de Iona había llegado en un vuelo desde Edimburgo vía Madrid. Aurea la trajo a la ciudad, la instaló en una pequeña

habitación del Hostal contigua a las de Adrián y Clara, y por la noche cenaron los cuatro juntos —Aurea, Maire, Adrián, Clara— en un comedor pequeño de un restaurante de la Rúa do Vilar que Aurea había reservado para ellos solos. Maire MacEachern hablaba español con un acento ligero, escocés de las islas, una entonación cantarina que recordaba un poco al gallego. Tenía setenta años. Era alta, delgada, con pelo blanco recogido en moño bajo, ojos azul claro y una pequeña cruz céltica de plata al cuello. Llevaba treinta y cinco años cantando el solsticio en Iona, en una pequeña abadía sobreviviente —no la antigua, destruida por los vikingos, sino una pequeña comunidad protestante reformada que en mil novecientos treinta y ocho había recuperado parte del antiguo culto céltico— y en cada ciclo solsticio, según una vieja costumbre, una mestra cantareira de Iona viajaba al sur a acompañar a la de Compostela. La maestra de Maire había sido la última en visitar Compostela, en mil novecientos noventa y cinco. Maire la había acompañado entonces, recién elegida, con cuarenta y un años y la certeza de que aquel viaje no se repetiría en su vida. Veintinueve años después, venía sola a ocupar el sitio de su antecesora.

—Conocí a Xoán en mil novecientos noventa y cinco —dijo Maire, durante la cena—. Tenía sesenta años entonces, y yo cuarenta y uno. Fui yo quien le tradujo al inglés algunas partes del séptimo códice, durante una semana, en un sitio de Galicia que él me llevó y que prometí no nombrar nunca. Veintinueve años después, sigo sin nombrarlo. Lo siento mucho que se nos haya ido. Me ha pesado todo el viaje.

Aurea le puso la mano sobre el brazo, brevemente. Maire le sonrió. Era una sonrisa contenida, de las que se aprenden cuidando de una cosa durante mucho tiempo.

—Aurea, ¿el solsticio va bien?

—Va bien. Tareixa está preparada. Adrián está preparado. Yo estoy preparada. Y tú, ¿estás preparada?

—Estoy preparada. Es la última vez que vengo. La próxima vez me sustituirá una de mis discípulas. Yo ya no voy a cruzar el mar. Esta es mi última.

—Entonces que sea bueno.

—Que sea bueno.

El sábado veintiuno de diciembre, día del solsticio, fue uno de esos días grises de Compostela en que el sol no aparece y la luz no termina

de cerrar. Adrián y Clara descansaron por la mañana. Comieron una sopa ligera en el comedor del Hostal. Por la tarde, Adrián salió a caminar solo durante una hora, sin rumbo, dejando que la ciudad lo llevara. Pasó junto a la fachada del Pazo de Raxoi, donde las luces de Adviento ya estaban encendidas desde el segundo domingo y proyectaban sobre la plaza del Obradoiro una luz suave, dorada, distinta de la blanca de los focos del invierno habitual. Cruzó la plaza de la Inmaculada, pasó por delante de San Martín Pinario, bajó por la Algalia de Abaixo, donde una panadería tenía la persiana medio levantada y una mujer mayor sacaba un cesto de pan recién hecho mientras una niña pequeña, agarrada a su mano, le tiraba de la falda preguntándole algo en gallego. Adrián las miró un momento al pasar. La niña miró a Adrián. Adrián le sonrió. La niña no le devolvió la sonrisa. Lo miró con esa concentración seria de los niños pequeños que evalúan a los desconocidos antes de decidir si confían.

Volvió al Hostal al anochecer. Cenaron poco. A las nueve y media, salieron del Hostal.

Compostela estaba muy quieta. Hacía un frío seco, distinto del frío húmedo de los primeros días. El cielo se había abierto en parte y se veían algunas estrellas. La plaza del Obradoiro estaba vacía, salvo por una pareja que se hacía una fotografía con un móvil. Adrián y Clara dieron la vuelta a la Catedral por el lado norte. Llegaron a una pequeña puerta lateral, sin signos visibles, en una callejuela detrás de la fachada de Azabachería. La puerta era de madera oscura, antigua, con una aldaba pequeña. La misma puerta por la que Tareixa los había hecho entrar la tarde del Pórtico, dos semanas y media antes.

Adrián golpeó dos veces.

Manuel Ouro abrió. Iba con sotana, con los hombros cubiertos por una capa corta de lana negra.

—Pasad. Adelante.

Cruzaron el umbral. Manuel cerró detrás de ellos. La puerta daba a un pasillo estrecho, con paredes de piedra desnuda y suelo de losa. Una luz amarilla, baja, lo iluminaba apenas.

—Por aquí.

Caminaron tras él en silencio. Pasaron junto a una capilla pequeña, vacía, con un altar lateral sin uso. Después subieron una escalera corta. Después atravesaron una puerta lateral hacia un espacio grande, de techo alto: la sacristía mayor.

La sacristía mayor era una sala enorme, con dos largas mesas de madera oscura y armarios altos de roble en las paredes, llenos de casullas y vestiduras litúrgicas guardadas con orden estricto. En el centro, junto a una de las mesas, había seis personas.

Aurea, con un abrigo negro hasta los pies. Fabián, sentado en una silla, con el bastón apoyado en una rodilla. Tareixa, vestida con una túnica larga, blanca, simple, sin adornos, ceñida a la cintura por una cuerda de cáñamo. La túnica era la misma que las cantareiras compostelanas habían usado durante siglos en aquella ceremonia, según Aurea les había contado durante la cena de la noche anterior: cosida a mano por las propias mestras, cada una para su sucesora. La de Tareixa la había cosido la cantareira anterior, la maestra que había muerto siete años atrás. Anselmo Pereira, también con sotana. Y, junto a Aurea, Maire MacEachern, alta, delgada, con una capa de lana gruesa sobre los hombros, una túnica clara y una pequeña diadema fina de plata sobre el pelo blanco recogido. Era el atavío tradicional de las cantareiras de Iona, igual de antiguo que el de Tareixa pero con una pequeña diferencia: la cuerda de cáñamo, en Iona, llevaba un nudo céltico en el extremo, mientras que en Compostela llevaba una vieira con dos muescas.

Aurea se acercó.

—Pasad. Adrián, Clara, Maire ya está aquí.

—Ya nos conocemos —dijo Maire, con una sonrisa breve, alzando una mano—. Anoche cenamos los cuatro.

—Encantada de verte así, Maire —dijo Clara.

—Igualmente.

Aurea les indicó que se acercaran a la mesa.

—Repasamos el orden de la ceremonia rápido. Después esperamos en silencio hasta las cinco.

Sobre la mesa había dispuesto un pequeño plano dibujado a mano, con el crucero de la Catedral, la cripta del Apóstol, el botafumeiro, y siete posiciones marcadas con números. Adrián miró el plano. Era un dibujo cuidadoso, con la planta esquemática de la nave central, las cuatro columnas del crucero, la cripta debajo del altar mayor, y, en medio, una pequeña marca en forma de círculo que indicaba el centro exacto del crucero, donde la cuerda del botafumeiro caía en plomada cuando estaba en reposo.

—Posición uno —dijo Aurea, señalando un punto bajo el crucero —: Tareixa, en el centro, junto a la entrada de la cripta. Es ella quien

empieza el canto en cuanto Adrián abre la puerta. Tareixa, ¿tienes la voz?

Tareixa asintió.

—La tengo.

—¿Cómo estás?

Tareixa le sostuvo la mirada un momento. Tenía los ojos calmos, no rojos como en los días posteriores al funeral, sino concentrados, vacíos de las cosas externas, presentes solo en lo que tocaba.

—Estoy bien. He pasado la tarde sola, en mi casa, repasando. La voz está. La cabeza está. El cuerpo, también. No te preocupes por mí esta noche.

—Gracias.

Aurea siguió.

—Posición dos —señaló otra—: Yo, junto al lateral norte, llevando la lámpara del solsticio. La lámpara es de aceite, no eléctrica. La encendí esta mañana en mi casa con un fuego nuevo, hecho a partir de una astilla del retablo de la cripta, que es la astilla que se conserva desde la última gran restauración del año mil novecientos sesenta y siete. Esa astilla, ese fuego, esa lámpara. Lo que se enciende en cada solsticio.

»Posición tres: Fabián, junto a la columna mayor del crucero, custodiando el umbral simbólico. Fabián tiene esa función desde hace cuarenta y un años, desde que fue elegido por su antecesor. Esta es su última también, ¿verdad, Fabián?

Fabián asintió desde su silla.

—La última. El año que viene, alguien me sustituirá. Aún no sabemos quién. Aurea decidirá entre el solsticio y la próxima Cuaresma.

—Posición cuatro: Maire, junto a Tareixa, una unidad atrás. Acompaña el canto con su voz a partir del minuto siete. La línea de Iona, no la de Compostela. Las dos voces se cruzan en el aire del crucero, no se confunden. Maire, ¿cómo estás?

Maire sonrió levemente.

—Estoy. Treinta y cinco años cantando la línea, esta es la última que la canto fuera de Iona. Estoy.

—Posición cinco: Anselmo, en el coro alto, en el órgano. No toca. Acompaña respirando, en silencio. Es testigo. Posición de archivero musical, según la tradición. Anselmo, ¿estás bien?

Anselmo asintió, sin hablar.

—Posición seis: Manuel Ouro, junto al botafumeiro, vigilando que el mecanismo funcione bien. No interviene. Pero está si algo va mal. Manuel ha hecho esta función durante doce años. La conoce.

—Manuel asintió.

—Posición siete: Adrián. Tú abres la cripta con la llave de Xoán cuando el reloj marque las cinco en punto. Después subes a la nave central, te quedas a un metro y medio de Tareixa, y permaneces allí los veintiocho minutos. No te muevas. No hables. Cuando la ceremonia termine, sales por la puerta de la cripta, no por la nave. Eso lo entendemos.

Adrián asintió. Reconoció exactamente lo que Xoán le había dicho.

Aurea recogió el plano y lo dobló.

—Una cosa más. Vais a oír cosas que no os explicaremos esta noche. Vais a ver cosas que tampoco. La ceremonia es lo que es. Dura veintiocho minutos. Cuando termine, no preguntéis lo que habéis visto. Solo recordadlo.

Hubo un silencio.

Maire MacEachern, desde su sitio, sonrió levemente.

—Es así desde Iona. Desde antes incluso. Mi maestra me decía: la ceremonia se canta, no se explica. Lo que se canta, dura. Lo que se explica, se gasta. Y este oficio ha sobrevivido mil cien años porque no se ha gastado.

Aurea miró a Tareixa.

—¿Estás bien?

Tareixa asintió. Tenía los ojos muy claros, las manos relajadas. No parecía nerviosa.

—Estoy bien. Solo silencio. Voy a sentarme un rato.

Tareixa se sentó en una silla junto a la pared. Cerró los ojos. Empezó a respirar sin apurarse, como quien ha hecho ese ejercicio antes de cantar muchas veces. Maire MacEachern se sentó a su lado, también en silencio. Las dos cantareiras, la de Compostela y la de Iona, en silencio paralelo, como dos hilos que iban a cruzarse en pocas horas.

A las once y media, todos estaban en silencio. Los siete custodios y Clara. La sacristía, con los armarios cerrados, las casullas dentro, las velas encendidas en los candelabros, parecía haber quedado fuera del tiempo de la ciudad.

El reloj de la torre dio las doce. La una. Las dos. Las tres. Las cuatro. Cada cuarto, las campanas marcaban con su ritmo habitual,

cuatro y uno, cuatro y uno. Adrián, durante esas cinco horas y media, no se movió mucho. Estuvo sentado al lado de Clara, las manos cruzadas sobre el regazo, los ojos cerrados a veces, mirando el techo otras veces, escuchando dentro de sí mismo el ritmo de los cuartos. Pensó en muchas cosas, sin querer. En Sevilla. En Salvatierra, que esa misma noche estaría también en la sacristía mayor de la Catedral de Sevilla haciendo, según le había dicho Adrián por teléfono el día anterior, el oficio paralelo de Sevilla, distinto pero coordinado. En Mercè Fiol, en Barcelona, haciendo el suyo. Las tres redes peninsulares celebraban la noche del solsticio en sus tres formas distintas. Solo la de Compostela tenía la ceremonia central, la del séptimo códice. Las otras dos eran derivadas. Pero las tres existían, sincrónicas, en aquella noche del veintiuno de diciembre, y la red entera, de Iona a Sevilla, se mantenía viva por aquel paralelismo silencioso.

A las cuatro y media, Aurea se levantó. Encendió una lámpara antigua de aceite, no eléctrica, que había estado preparada sobre la mesa. La llama prendió con un destello pequeño. Era una lámpara pequeña, de bronce gastado, con una sola mecha plana y un depósito apenas mayor que un puño.

—Es hora.

Los siete se pusieron en movimiento.

Salieron de la sacristía en fila. Adrián fue penúltimo, detrás de Manuel Ouro, delante de Aurea con la lámpara. Clara fue la última.

Entraron por una puerta lateral en la nave norte. La Catedral, vacía y a oscuras, era enorme. Solo una luz baja, de seguridad, iluminaba parcialmente algunos puntos. Los pasos resonaban poco. Todos llevaban calzado de suela blanda. Adrián, durante los primeros pasos, sintió la dimensión de la nave de un modo que no había sentido durante el día. La Catedral, a esa hora, sin público, sin canónigos, sin movimiento, era un volumen de aire y de piedra que llevaba ochocientos años sosteniéndose a sí mismo. La sensación era física: el peso de la piedra encima, la frialdad del aire interior, el silencio vasto que solo a ratos se interrumpía con un crujido pequeño de las maderas viejas del coro.

Aurea apagó la única luz de seguridad de un panel lateral. Solo quedó la lámpara de aceite, que ella sostenía con cuidado.

Cruzaron el crucero. Tareixa, en silencio, fue a su sitio, junto a la cripta. Maire, detrás de ella, una unidad atrás, según el plano. Fabián

avanzó hasta su columna, despacio, ayudándose del bastón. Anselmo subió por una escalerilla lateral hasta el coro alto, donde se sentó en silencio frente a la consola del órgano sin tocar las teclas. Manuel Ouro caminó hasta el botafumeiro y se quedó allí, mirando hacia arriba, junto a las cuerdas que durante los oficios mayores manejaban los tiraboleiros y que, esa noche, iban a quedarse sin nadie tocándolas.

Adrián fue el último en moverse. Se acercó a la puerta de la cripta del Apóstol. Sacó la llave de hierro del bolsillo interior. La sostuvo un momento. La luz de la lámpara de Aurea, que estaba a unos metros, le iluminaba la mano por un costado y dejaba la cabeza tallada en espiral en sombra. Adrián la metió en la cerradura.

La cerradura giró con un sonido limpio, antiguo, como un mecanismo que había funcionado mucho. Adrián notó la resistencia mínima que la llave ofrecía al girar, una resistencia cálida, no áspera, la resistencia de un hierro que llevaba siglos siendo manejado por manos del oficio.

La puerta se abrió hacia adentro, despacio.

El interior de la cripta era oscuro. Olía a piedra antigua y a aire frío. Adrián, sin entrar, dio dos pasos atrás. Volvió la mirada hacia el crucero.

Tareixa estaba en su sitio, frente a él, a unos diez metros, en el centro del crucero. La luz de la lámpara de Aurea, baja, lateral, le daba en el lado derecho de la cara y dejaba el izquierdo en sombra.

El reloj de la torre, fuera, empezó a dar las cinco.

Cuando la quinta campanada se apagó, Tareixa empezó a cantar.

Era una voz grave. Más grave de lo que Adrián habría imaginado en una mujer joven. Una voz que parecía salir no de la garganta sino más abajo, del pecho o del vientre. Cantaba en gallego antiguo, algunas frases en latín tardío, con una mezcla que Adrián, sin entender la lengua del todo, reconoció como la mezcla de las primeras cantareiras del siglo doce, anterior a las reformas litúrgicas posteriores.

La melodía era distinta de cualquier canto litúrgico que Adrián hubiera oído antes. No era gregoriano. No era polifonía. Era algo que precedía a los dos, una línea modal sin desarrollo armónico, que subía y bajaba en intervalos pequeños, casi como un canto popular muy antiguo, pero con una intensidad que no era popular. Era un canto que llevaba a las cantareiras a un sitio que no estaba ni dentro

ni fuera de ellas, un sitio intermedio, donde la voz se separaba del cuerpo y cogía vida propia durante el tiempo del canto.

Adrián caminó hasta su posición, a un metro y medio de Tareixa, según las instrucciones. Se colocó como Xoán le había dicho: de cara al nártex, de espaldas al altar, con el Pórtico entero delante y la mestra a su izquierda. Se quedó allí, sin moverse.

A los pocos minutos, Adrián notó algo.

Las piedras del crucero empezaban a vibrar.

No era una vibración audible. Era una sensación física, en los pies primero, después en el pecho. Como si la canción de Tareixa estuviera entrando en resonancia con el granito del edificio. Adrián recordó la frase que Aurea le había leído del cuaderno de Mateo. *Lapides audiunt. Cuando Aldonza canta, las piedras escuchan.*

Era literal. La piedra entraba en resonancia con la voz. Adrián conocía la acústica de los edificios antiguos. Era su oficio. Empezó a formular en la cabeza las palabras que servían para aquello. Resonancia. Frecuencia propia. Acoplamiento.

No llegó al final de la primera.

No servían. No habían servido nunca. Tampoco le habían servido, ochocientos años antes, al hombre que escribió la frase en un cuaderno privado y tuvo el buen juicio de no explicarla.

Todo el edificio, durante esos minutos, vibraba como un instrumento gigantesco que llevaba ochocientos años esperando sin más esa voz, punto por punto esa tonalidad, exactamente esa hora.

Y entonces ocurrió.

Manuel Ouro, junto al botafumeiro, no se había movido en todo este tiempo. Pero el botafumeiro empezó, poco a poco, sin que nadie lo tocara, a oscilar.

Primero un movimiento mínimo. Casi imperceptible. Después un balanceo más amplio. Después aún más amplio. La pieza enorme del botafumeiro, suspendida en el centro del crucero por una cuerda gruesa que pasaba por una polea oculta en el cimborrio, oscilaba con un ritmo lento, regular, sostenido.

No por nadie.

Adrián, recordando las palabras de Xoán, no miró al botafumeiro. Miró a Tareixa.

Tareixa cantaba con los ojos cerrados. Las manos sueltas a los lados del cuerpo. La voz salía limpia, sostenida, sin esfuerzo

aparente. La melodía iba creciendo, no en volumen, sino en densidad, como si añadiera capas internas a cada nota.

A los siete minutos exactos —Adrián los contó sin querer, había aprendido a contar siete minutos en su oficio cuando aplicaba algunas resinas que se secaban en ese tiempo—, Maire MacEachern empezó a cantar también. No la misma melodía. Otra. Una segunda voz, más aguda, que se enroscaba en la primera. El canto de Iona, antiguo, céltico, profundamente ajeno y profundamente familiar a la vez. Las dos voces se cruzaron en el aire del crucero, una gallega, otra escocesa, las dos en lenguas que tenían siglos. La de Maire, en gaélico de las islas, era distinta de la de Tareixa, en gallego medieval. Pero las dos, durante esos minutos, formaron un solo objeto sonoro, dos hilos que iban tejiendo una tela común sin perder cada uno su color.

El botafumeiro había alcanzado ya su balanceo pleno. Cruzaba el crucero entero, de norte a sur, como en las grandes ceremonias. Pero sin tiraboleiros. Sin nadie tirando de las cuerdas. Solo el mecanismo medieval, oculto en los muros, que respondía a una resonancia precisa que las dos voces estaban produciendo. El humo del incienso —Manuel Ouro había encendido las brasas antes de que empezara todo, con el botafumeiro todavía bajo, y lo había vuelto a izar él solo, a su ritmo, mientras los demás se colocaban—, se elevaba en columnas oscuras durante el ascenso de cada arco, y al descender se desparramaba por toda la nave en una niebla densa, suave, dorada por la luz baja de la lámpara de Aurea.

Adrián miró hacia las urracas del Pórtico, delante de él, en la penumbra.

Y contó.

Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete. Las siete urracas visibles. Las que él había contado el primer día, con Tareixa al lado.

Y entonces, a la luz baja de la lámpara de Aurea, vio una más. En un capitel que durante el día estaba en sombra, oculto por la posición habitual de las luces internas del nártex. Una urraca tallada que él no había visto en su visita anterior con Tareixa. Estaba en el lado izquierdo, en un capitel pequeño que sostenía una arquivolta secundaria, casi en la oscuridad permanente de aquella cavidad.

Ocho.

Buscó la novena.

Tardó. Las dos voces seguían entrelazándose. El botafumeiro seguía cruzando el aire. La luz de la lámpara, sostenida por Aurea desde su posición lateral, se movía levemente al ritmo de la respiración de Aurea, y al moverse proyectaba sombras que cambiaban en los relieves del Pórtico.

Y entonces la vio.

No estaba en el Pórtico. Estaba en una de las claves del crucero, mucho más alta, casi imposible de ver desde el suelo. Una pequeña urraca tallada con detalle. Solo visible cuando la lámpara de aceite, en la mano de Aurea, oscilaba con un ángulo concreto y proyectaba una sombra que la dibujaba.

Nueve.

Adrián cerró los ojos.

Nueve urracas. Sete custodias do solsticio. Dúas máis.

Y comprendió, como nunca había comprendido nada en su vida.

Las siete eran las custodias formales. Las siete personas que habían entrado esa noche en la Catedral. La octava era el oficio mismo, el conjunto, la red. La novena era la que no estaba: la que se había muerto, los que se habían muerto, los que se irían. La novena era la memoria. La memoria de Conall, que había llegado en el ochocientos veinticinco. La memoria de Aldonza, que había escrito la página añadida en mil ciento noventa y cinco con la mano del Maestro Mateo. La memoria de Ramiro Lobeira, que había custodiado durante años lo que ahora custodiaba Aurea. La memoria de Tomás Beltrán, en Sevilla. La memoria de Xoán Ferro, cuyo cuerpo descansaba desde hacía tres días en el cementerio de Boisaca. La memoria de los cuatrocientos custodios anónimos que habían pasado por la red durante mil cien años. Y la memoria, también, anticipada, de los que aún vendrían.

Tareixa y Maire seguían cantando. El botafumeiro cruzaba el aire.

Adrián no supo cuánto tiempo pasó. Veintiocho minutos, había dicho Aurea. Pero el tiempo, allí dentro, no funcionaba a velocidad normal. Adrián tuvo, durante esos minutos, la sensación física de que el tiempo se había ensanchado: cada respiración duraba más de lo habitual, cada nota del canto se prolongaba en el aire de la nave un instante más allá de lo razonable, cada arco del botafumeiro tardaba en cerrarse el doble que en ceremonias normales.

En algún momento, las dos voces empezaron a bajar de intensidad. La voz de Maire fue la primera en callarse, con parsimonia, deshilachándose, dejando frases incompletas que se mantenían un instante en el aire después de pronunciarse y luego se disolvían. La voz de Tareixa siguió un par de minutos más, más baja, casi un susurro. Después también se calló. Se calló con una nota larga, descendente, que terminó en un silencio absoluto.

El botafumeiro siguió balanceándose un par de minutos más, hasta que el balanceo fue cediendo, despacio, sin que nadie lo tocara, hasta quedarse quieto otra vez, suspendido sobre el crucero. El humo del incienso se fue posando en el suelo de la nave y formó una pequeña capa dorada cerca del altar mayor.

Hubo un silencio absoluto.

Los siete custodios estaban quietos en sus sitios. Y Clara, en el banco lateral de la nave sur, también. Adrián notaba el corazón latiendo en el pecho con un ritmo que no era el habitual. Cuatro y uno, parecía. Cuatro y uno. Pero quizá era una ilusión. Quizá era solo el eco de las campanas que llevaba dos semanas y media oyendo.

Aurea bajó la lámpara, sin acelerar.

Adrián, recordando la última instrucción de Xoán, dio dos pasos hacia atrás. Después se giró. Caminó hacia la puerta de la cripta.

Antes de cruzar el umbral, miró un momento hacia el crucero. Tareixa había abierto los ojos. Lo miraba.

Adrián inclinó la cabeza, una vez.

Tareixa inclinó la cabeza también.

Adrián entró por la puerta de la cripta. Bajó tres escalones. La cripta estaba oscura, fría, antigua. Al fondo, casi imperceptible en la penumbra, se intuía el sepulcro del Apóstol, una urna de plata sobre un pedestal de piedra antigua, con la pequeña reja moderna que la rodeaba para protegerla de los visitantes diurnos.

Adrián se quedó allí solo un momento, de pie, oyendo el silencio de la piedra que acababa de cantar.

Después hizo lo que había ido a hacer.

Se agachó junto a la base de la columna meridional, donde la mampostería tenía una junta más ancha que las demás, y apartó con dos dedos, sin forzar nada, la pieza de granito que alguien había dejado allí suelta hacía ochocientos años y que ningún restaurador había vuelto a sellar nunca, porque la orden de no sellarla se había

ido transmitiendo, sin escribirse, de mano en mano, exactamente igual que todo lo demás.

Y la vio.

Era una piedra pequeña.

Más pequeña de lo que la había imaginado en tres semanas de imaginarla. No mayor que las dos manos de un hombre juntas. Redondeada. Oscura. Pulida por un agua que llevaba corriendo desde antes de que hubiera nadie para mirarla.

Piedra de río. Ajena a la cantera. Ajena a la fábrica. Ajena a todo lo que tenía encima.

La habían puesto allí. Y encima de ella una cripta. Y encima de la cripta un sepulcro. Y encima del sepulcro una catedral. Y encima de la catedral, mil doscientos años de gente subiendo desde toda Europa a mirar hacia arriba.

Adrián la miró un buen rato antes de tocarla.

Después la tocó.

Era fría como las demás.

Pero no del mismo modo.

No supo decir en qué. Lo supo el cuerpo antes que la cabeza. Y la cabeza, que llevaba veinte años tocando piedra y viviendo de lo que la piedra le contaba a los dedos, no encontró una sola palabra del oficio que sirviera.

No era la temperatura. No era la textura. No era el peso.

Era otra cosa.

Y esa otra cosa era lo que un escultor del siglo doce, con todo el latín a su disposición y veinte años de Pórtico en las manos, no había sabido decir de otro modo que aquel. *Fría como las demás, pero no del mismo modo*.

Ochocientos años. Y nadie había encontrado una frase mejor.

Adrián retiró la mano. Volvió a colocar la pieza de granito en su junta, con cuidado, del modo en que se hacen las cosas que uno va a tener que hacer otras veinte veces en la vida. Se quedó de rodillas un momento más, en la oscuridad, con la palma todavía fría.

No preguntó qué era.

Se lo habían dicho Xoán, y Aurea, y Maire. Los tres. Y él no lo había entendido hasta ese momento, allí abajo, solo, a las cinco y media de la mañana del solsticio.

Aquello no tenía respuesta.

Y el oficio no era guardar la respuesta.

Era guardar la pregunta.

Cuando volvió a subir, ya por la otra escalera, los siete custodios estaban dispersos por el crucero, recogiendo los pocos objetos que habían usado. Aurea apagó la lámpara de aceite. La luz de seguridad volvió a encenderse, baja, amarilla. La Catedral, durante esa transición de la luz, pareció achicarse otra vez, volver a su tamaño habitual, dejar de ser el espacio gigantesco que había sido durante los veintiocho minutos.

Tareixa se acercó a Adrián. Le puso una mano en el brazo. Tenía la cara cansada pero serena, una cara después-de-cantar que era distinta de la cara de antes y que Adrián no había visto nunca en ella.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

—Sí.

—Has visto las nueve urracas.

—Sí.

—¿Cuál fue la última?

—La de la clave del crucero.

Tareixa sonrió.

—Esa la tardan en ver. Algunos custodios no la ven nunca. La mestra que me precedió a mí no la vio en sus primeros once solsticios. Llegó a verla solo en el doce. Le dijo a Xoán: *Por fin*. Y Xoán le contestó: *Ya veo que estás. Ahora sí.*

Adrián la miró un momento.

—La he visto porque Xoán me había dicho que no mirara al botafumeiro.

Tareixa asintió.

—Por eso te dio la llave a ti. Lo supo, Adrián. Lo supo desde que te conoció, hace dos semanas. Yo lo veía. Él te miraba sin verte, y mientras te miraba sin verte sabía dónde ibas a estar dentro de un año, dentro de cinco, dentro de veinte. Es lo que tienen los ciegos viejos. Ven sin ver.

Maire MacEachern se acercó. Le tendió la mano a Adrián.

—Adrián. Has hecho lo justo. Y has aguantado bien la primera vez. La primera vez es siempre dura. Yo, mi primera vez, me desplomé al final, en la sacristía, durante una hora. Tú no te has desplomado. Algo tienes en el cuerpo que ya pertenece al oficio.

—Gracias, Maire.

—Si pasas por Iona alguna vez, te recibo yo.

—Lo haré.

Salieron de la Catedral por la misma puerta lateral por la que habían entrado. Eran las cinco y media de la madrugada. La calle estaba vacía. Hacía mucho frío. El cielo, sobre Compostela, se había abierto del todo, y se veía un fragmento de luna alta, casi llena, recortada contra la silueta de la torre de la Berenguela.

Aurea se acercó a Adrián.

—Mañana descansad. Pasado mañana, viajad cuando queráis. Tomáos el día con calma.

—Aurea.

—Dime.

—Gracias.

Aurea le sostuvo la mirada un momento. Después le puso una mano en la mejilla, brevemente. Era el gesto que las abuelas hacen con sus nietos cuando los despiden. Adrián, sin querer, sintió la palma fría de Aurea contra el pómulo, y recordó, sin saber por qué, una mano parecida que su propia abuela materna le había puesto en la cara una vez, hacía más de treinta años, en una tarde de campo cerca de Salamanca.

—Gracias a ti, Adrián. La red de Compostela tendrá un custodio sedentario heredero de Xoán. Eso es una alegría que no ocurre cada generación.

Adrián dejó pasar unos segundos.

—Iré viviendo entre Sevilla y Compostela durante un tiempo. No quiero dejar todo lo de allí de golpe. Tengo el taller, tengo a Salvatierra, tengo proyectos abiertos.

—Lo sé. La red sabe esperar. Tienes los años que necesites. No te vamos a apurar. Los custodios sedentarios se asientan sin prisa. Es lo que da estabilidad.

Adrián miró a Clara. Estaba a unos metros, esperándolo, con las manos en los bolsillos del abrigo. La cara serena. Había estado de testigo durante toda la ceremonia, sentada en un banco lateral de la nave sur, sin moverse, sin decir nada. Había visto las nueve urracas también, quizá. Había sentido la vibración de la piedra. Había escuchado las dos voces. Había respirado el humo del incienso. Pero, durante los veintiocho minutos, había sido la única persona en la Catedral que no tenía un sitio asignado, y eso le había dado la perspectiva exacta de quien observa desde fuera un oficio del que es testigo y al que no pertenece.

Aurea le siguió la mirada.

—Y Clara, ¿qué va a hacer?

Adrián tardó en responder.

—Eso lo va a decir ella. Nosotros tenemos una conversación pendiente.

Aurea asintió, sin más.

Caminaron de vuelta al Hostal en silencio. Adrián, Clara, Tareixa, Maire. Aurea y Fabián cogieron el coche de Aurea. Anselmo Pereira y Manuel Ouro se despidieron en la puerta lateral y se fueron por su lado.

Cuando llegaron al portal del Hostal, Maire les dio las buenas noches y subió a su habitación. Tareixa los miró un momento.

—Dormid bien. Mañana descansad.

—Tareixa.

—Dime, Adrián.

—Has cantado bien.

Tareixa sonrió levemente. Era una sonrisa cansada pero entera.

—Lo sé. Lo noté mientras cantaba. Esta noche la voz no era solo mía. Era la de Aldonza, también, un poco.

—Lo era.

Y se fue.

Adrián y Clara subieron a las habitaciones. Clara abrió la puerta de la suya, se detuvo parada en el umbral.

—Adrián.

—Dime.

—Mañana, ¿desayunamos juntos a las once?

—A las once.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Clara.

Adrián entró en su habitación. Cerró la puerta. Se quitó la chaqueta. Sacó la llave de hierro del bolsillo. La dejó sobre la mesa, junto a la jarra de cerámica.

Y se quedó un buen rato, en pie, mirando la llave bajo la luz baja de la lamparita, mientras fuera, en algún convento próximo, las campanas daban las seis. Cuatro toques rápidos. Una pausa. Un quinto toque sostenido.

Cuatro y uno.

La cadencia de las horas en Compostela. Las mismas que iba a oír durante los próximos veinte o treinta años de su vida, si la red lo aceptaba como custodio sedentario y si su cuerpo aguantaba.

Adrián se acostó. Cerró los ojos. Tardó mucho en dormirse. Cuando lo hizo, no soñó con nada. Era el primer sueño limpio, sin imágenes, que tenía desde el día que sonó el teléfono en Sevilla.

Capítulo 17 · Finisterre

Tres días después del solsticio, Adrián y Clara cogieron un coche pequeño y salieron de Santiago hacia el oeste. El día era el veinticuatro de diciembre. Nochebuena. Los pueblos estaban más vacíos que de costumbre, encerrados en sus cocinas, ya con las luces encendidas a media tarde, los hornos a tope para los asados de la noche, los niños ayudando a poner mesas largas para las cenas familiares en las casas de los abuelos.

No habían hablado mucho durante esos tres días. Habían dormido juntos en la habitación de Adrián en el Hostal, sin tocarse pero sin alejarse. La habitación cuarenta y dos del ala oeste, con su cama con dosel, su sillón de orejas junto a la ventana, su mesa de escritorio donde habían tomado notas las primeras semanas, había sido durante esos tres días un sitio de tránsito silencioso, un lugar donde dos personas que habían recorrido un camino común de dos años terminaban de aceptar que el camino, en ese punto, se bifurcaba. Habían paseado por Compostela con calma, sin programa, deteniéndose en sitios pequeños que no habían visto antes: la iglesia de San Bieito do Campo a una hora vacía. El paseo de la Herradura, en el sur de la ciudad, desde donde se veía el casco viejo entero como un pequeño relieve oscuro contra el cielo. Un par de librerías de viejo en la Rúa Nova, donde Clara compró un volumen pequeño de Rosalía de Castro encuadernado en piel marrón, edición barata, manual. Habían comido en silencio en una taberna pequeña detrás de San Fiz de Solovio. Habían leído, cada uno por su lado, un par de libros del estante de la habitación, libros que no recordarían un mes después.

Maire MacEachern se había vuelto a Iona el lunes por la mañana, al día siguiente del solsticio. Aurea la había llevado al aeropuerto.

Había una despedida discreta en la sala de salidas, un abrazo entre las dos canónigas mayores, sin palabras, y Maire había desaparecido por la cinta de seguridad sin volverse. Cuando Aurea volvió al Hostal, había pasado por la habitación de Adrián para despedirse. *Maire te manda saludos, dice que cuando vayas a Iona te quedes en su casa. Y dice que ahora la mestra de Compostela y la de Iona ya se conocen, y que eso era importante para ella.*

Tareixa había estado el martes en una reunión de fin de año del Cabildo, una de esas reuniones administrativas largas en las que los canónigos repasaban las cuentas anuales y aprobaban presupuestos. Había llamado a Adrián por la noche. *Estoy reventada. Llevo todo el día oyendo cosas administrativas. Pero ya está hecho. Mañana, descanso. Pasado mañana, te veo antes de que os vayáis, ¿de acuerdo?* Adrián había aceptado.

Severo se había mudado el martes por la tarde a la casa de su hermana en Aspai. Aurea les había llamado para contárselo. *Severo se ha ido esta tarde. Lo he despedido en su casa, junto al portal. Está bien. Se lleva los libros que necesita. Va a dejar la casa de la Rúa Nova alquilada, con todos sus papeles guardados en su estudio. Nadie va a entrar en ese estudio durante un año, hasta que la fundación tenga estatutos definitivos. Después se decidirá.*

Adrián había pasado la última tarde, el miércoles, con Aurea en el archivo. Había sido una tarde de papeles administrativos. Aurea le había explicado las llaves, los códigos, el sistema de la cámara acorazada, los inventarios que iba a heredar parcialmente cuando se asentara como custodio sedentario. *No vamos a apurar nada. Tu primer año, vienes y vas. Sevilla, Compostela. Pruebas. El segundo año, decides. El tercer año, te asientas si todavía quieres. Ramiro Lobeira me hizo lo mismo a mí. Tres años de transición. Y, después, cuarenta de continuidad. La red sabe construirse despacio, Adrián. No te apresures.*

Adrián, durante esos tres días, había llamado por teléfono a Salvatierra una vez, el lunes por la noche. La conversación había sido corta. Salvatierra, con la voz cansada de las nueve de la noche en Sevilla, le había escuchado la versión resumida del solsticio, le había hecho dos o tres preguntas concretas, y le había dicho al final: *Adrián, has hecho lo que debías hacer. Lo del solsticio se cuenta poco entre nosotros, pero se sabe lo justo. Sevilla está orgullosa de ti. Y Tomás, allí donde esté, también.*

Clara había hecho su maleta el martes por la noche. Adrián la suya el miércoles por la mañana. Ninguno de los dos comentó nada sobre las maletas durante esos días. Estaban en el suelo, junto a las camas, listas. Como si ese hecho, en sí mismo, fuera una conversación que ninguno de los dos quería empezar todavía.

A las once de la mañana del veinticuatro, Adrián cogió las llaves del coche y bajó al vestíbulo. Clara bajó cinco minutos después.

—¿Vas a Finisterre? —preguntó el conserje, sin levantar la vista del libro de registros. Era el mismo conserje que les había recibido la primera noche, hacía dos semanas y media. El que les había dado las llaves de las habitaciones cuarenta y dos y cuarenta y cuatro.

—Vamos —dijo Adrián.

—Tened cuidado con la carretera. La niebla por la tarde se cierra. Y, si bajáis al cabo, no os asoméis demasiado al borde. Hay sitios donde la roca está mal sujeta. La gente, a veces, se cae.

—Volveremos antes de que oscurezca.

El conserje asintió, sin levantar la vista. Adrián entendió que el hombre sabía perfectamente, sin que nadie se lo dijera, que solo uno de los dos iba a volver al Hostal esa tarde. Era la atención silenciosa del personal de un hostal antiguo en una ciudad como Compostela: se enteraban de las cosas sin que se les contara, y respetaban lo que se enteraban.

Tomaron la AG-56 hacia el oeste. El paisaje fue cambiando despacio. Primero suaves colinas pobladas de eucaliptos. Después valles más estrechos. Después la costa apareció a lo lejos, distinta de la del norte: aquí el océano se abría entero, infinito, gris claro. Olía, mucho antes de verlo, al océano del oeste, distinto del del norte cantábrico: más limpio, más vasto, con esa salinidad que impregna el aire de Galicia occidental durante todo el año.

Pasaron Negreira. Pasaron Mazaricos. Bajaron hacia Cee. Y por fin, tras una curva ancha, vieron el Atlántico de frente. El mar de Finisterre, que los romanos llamaron *Finis Terrae* porque, hasta donde ellos sabían, era el final de la tierra.

Adrián condujo despacio el último tramo. La carretera subía hacia el cabo, entre brezo y tojo, con curvas suaves que se abrían a vistas pequeñas del océano gris. El faro apareció a lo lejos, blanco y rojo, sobre la curva del acantilado. El aparcamiento estaba casi vacío. Dos coches solo, uno con matrícula portuguesa, otro de alquiler como el suyo, sin duda de algún peregrino que había decidido prolongar el

Camino hasta el cabo, según hacían algunos cuando llegaban al final de las flechas amarillas en Santiago.

Aparcaron. Bajaron del coche. El viento del Atlántico, frío pero no hostil, les pegó en la cara. Era un viento limpio, salobre, distinto del frío seco de Compostela en invierno. Olía a algas, a humedad marina, a roca expuesta.

Caminaron hasta el final del cabo. Una pequeña vereda de piedra, con barandilla baja, llevaba al mirador. Detrás del faro, doscientos metros más adelante, las rocas se hundían directamente en el océano. No había nadie. La pareja portuguesa se había quedado junto al faro, haciendo fotos. El otro coche estaba vacío.

Llegaron al borde del acantilado. Se quedaron quietos, los dos, mirando el mar.

Estuvieron así largo rato sin hablar.

El océano, esa tarde, estaba en calma. La superficie, gris azulada, ondulaba apenas. En el horizonte, la línea entre el mar y el cielo era difusa, una sola franja de gris claro, sin separación visible. No se veían barcos. No se veía nada salvo agua y aire. Solo, lejos, hacia el norte, una pequeña gaviota cruzaba muy alta y luego se perdía entre las nubes bajas.

—Adrián.

—Dime.

—Ya está.

Adrián tardó un momento.

—Ya está.

—Llevamos tres días posponiéndolo.

—Llevamos cinco meses posponiéndolo.

Clara metió las manos en los bolsillos del abrigo. Se quedó mirando hacia el horizonte.

—Yo no me quedo en Compostela.

—Lo sé.

—Y tampoco vuelvo a Barcelona del todo.

Adrián se volvió a mirarla.

—¿Eso lo decidiste cuándo?

Clara sonrió, sin alegría.

—Lo fui decidiendo durante estos tres meses. Pero lo terminé de decidir en la asamblea del miércoles, mientras escuchaba a Severo. No por él. Por algo en lo que él dijo.

—¿Qué?

—Dijo que las redes necesitan abrirse para no petrificarse. Y, escuchándolo, pensé que las personas también. Que llevo cuatro años funcionando como custodia archivera, en un sitio fijo, con una rutina. Y que, si me quedo en Compostela contigo, voy a repetir lo mismo. Distinto archivo, distinta ciudad. Pero repetido.

Adrián la miró.

—¿Y entonces?

—Entonces voy a ir a otros sitios. La red itinerante existe. No es nueva. Hay custodios que se mueven entre redes locales, ayudan a casos como el de Severo, hacen mediación, aportan miradas externas. Aurea me lo propuso hace dos semanas, en privado. Le dije que lo pensaría. Lo he pensado.

—¿Has aceptado?

—Sí. Empiezo en enero. Iré a Toledo primero. Hay una red pequeña allí, con un custodio mayor que necesita relevo. Después a una sede pequeña en Sicilia que llevan meses pidiendo ayuda. Hay un fondo monástico en Monreale que necesita ser inventariado y un par de cosas más. Después no se sabe.

Adrián tardó en responder.

—¿Por cuánto tiempo?

Clara se encogió de hombros.

—Por el que sea. Quizá dos años. Quizá cinco. Quizá toda la vida.

Adrián asintió.

—¿Vamos a vernos?

—Vamos a vernos cuando podamos. Cuando coincidamos en una ciudad. Cuando uno de los dos tenga noticias del otro y haga el viaje. No vamos a vernos como si estuviéramos casados. Pero tampoco como dos personas que se han separado.

—¿Y si te necesito?

Clara lo miró.

—Vendré.

—¿Y si yo no puedo dejar Compostela?

—No vas a poder dejarla. Yo lo sé. Tú también. La llave de Xoán lleva tu nombre desde el primer día. Y la fundación, durante los próximos veinte años, te va a necesitar como custodio sedentario. Cuando Aurea se canse —y se va a cansar antes que tú—, vas a ser tú el que cargue el archivo. Eso no se hace itinerando. Eso se hace con los pies en una sola plaza.

Adrián tardó en hablar.

—Sí.

Hubo un silencio largo.

El viento subía despacio por el acantilado, frío y limpio.

—Adrián.

—Dime.

—Lo que hicimos juntos en Sevilla, en Barcelona y aquí, no se pierde porque cada uno ahora vaya por un sitio. Se queda. Lo que pasó es lo que somos.

Adrián la miró.

Clara tenía los ojos mojados, pero no estaba llorando. Era el viento que subía del mar.

—Lo sé.

—Y yo te quiero.

—Yo a ti.

Se quedaron un momento sin tocarse, mirándose.

Después Clara dio un paso. Le abrazó. Adrián la abrazó de vuelta. Se quedaron así un buen rato, contra el viento del cabo, sin decir nada. Adrián notó la lana del abrigo de Clara contra la mejilla, el olor a cedro del perfume que ella había empezado a usar desde hacía meses, el frío del aire en el lateral de la cara que el abrazo dejaba expuesto. Notó, también, que Clara temblaba un poco, no por el frío sino por algo más. Le sostuvo la espalda con las dos manos hasta que el temblor pasó.

Cuando se separaron, Clara le sonrió.

—¿Volvemos al coche?

—Aún no. Quédate un rato más.

Se quedaron de pie junto a la barandilla, mirando el océano. El sol, que no se había visto en todo el día, empezó a asomar por debajo de las nubes bajas, hacia el oeste, una franja de luz dorada que abrió un canal por el medio del mar. El canal duró unos quince minutos, mientras el sol bajaba más, y al final se cerró otra vez con la entrada de una nueva línea de nubes desde el norte.

Adrián cerró los ojos.

Pensó en Salvatierra. En el viejo Tomás Beltrán, ya muerto. En Mercè Fiol, en Barcelona. En Moro, el galgo, también muerto, enterrado en una pequeña parcela del jardín de los padres de Clara, cerca de Llançà. En Xoán Ferro, enterrado hacía pocos días en Boisaca. En Aurea, en Tareixa, en Maire MacEachern. En Severo,

vivo todavía pero contando los meses, en Aspai. En Morán, dando misa cada miércoles por la tarde para tres ancianas en Vilarpol.

Pensó en el cuaderno del tío Sebastián. En el viejo cuaderno azul que había encontrado cuando él era apenas un restaurador joven y que había sido la primera entrada del oficio en su vida. En las tres muescas de la vieira de Sevilla. En las cuatro de Barcelona. En las dos de Compostela.

Pensó en la frase, la que él nunca había llegado a usar como suya, pero que había estado siempre detrás de todo, desde el primer día en que la había leído en el cuaderno del tío Sebastián.

No todo lo que fluye es agua.

Y después pensó en la segunda. La que Mercè Fiol le había hecho copiar a mano, en el claustro de la Seu, una tarde de agosto, con las ocas graznando en el estanque y las palmeras quietas. La que un canónigo barcelonés del que nadie sabe nada dejó escrita en mil setecientos ochenta y cuatro y que Adrián había tardado un año en entender.

No tota pedra calla.

Y después pensó en la tercera. La que solo había escuchado dos veces, pronunciada en una lengua que no era la suya, y que llevaba ochocientos veintinueve años esperando a que alguien la leyera junto a las otras dos.

Non todo o que canta é campá.

Y entonces, de pie en el borde de un acantilado, con el Atlántico entero delante y el viento entrándole por la manga izquierda del abrigo, Adrián Vega comprendió una cosa que ninguno de los tres hombres que habían escrito aquellas frases pudo comprender nunca, porque ninguno de los tres llegó a saber que existían los otros dos.

Un alfarero de Triana, en mil seiscientos ochenta y ocho. Un canónigo de Barcelona, en mil setecientos ochenta y cuatro. Una mujer de Compostela que no sabía escribir su nombre y aprendió a imitar la letra de un muerto, en mil ciento noventa y cinco.

Quinientos ochenta y nueve años entre la primera y la última. Mil doscientos kilómetros entre la que las escribió antes y el que las escribió después. Tres desconocidos.

Y la misma frase.

Lo que fluye no es siempre lo que parece fluir. Lo que calla no es siempre lo que parece callar. Lo que canta no es siempre lo que parece cantar. Lo que se mueve, lo que suena, lo que se ve, lo que se queda quieto: nada de eso agota lo que hay debajo.

Agua. Piedra. Campana.

Tres personas separadas por seis siglos habían encontrado, cada una por su cuenta, la única manera de decir en voz alta una cosa que no se podía decir en voz alta. Y las tres la habían dicho del mismo modo. Negando. *No todo*. *No toda*. *Non todo*. Ninguno de los tres se atrevió a afirmar nada. Los tres se limitaron a avisar de que lo que se ve no basta, y a callarse a tiempo.

Eso era la red. No había sido nunca otra cosa. Mil doscientos años de gente aprendiendo a decir *no todo* y a no terminar la frase.

Y esa custodia, ahora, en este siglo, empezaba a abrirse.

Adrián abrió los ojos.

—Ven —dijo Clara—. Te llevo a la estación.

—¿Tú vas con tu maleta directa al tren?

—Sí. Salgo a Madrid esta noche. Dormiré allí, en casa de una prima. Mañana sigo a Barcelona. Tres días en Barcelona. Dos para recoger las cosas que necesito y una más para despedirme de mis padres y de Mercè. Después voy a Toledo el día tres de enero.

Adrián asintió.

Volvieron al coche. Bajaron el cabo lentamente. La franja de luz dorada del horizonte se fue cerrando a sus espaldas, mientras el día se hundía hacia el océano. Pasaron por Cee, por Mazaricos, por Negreira. Adrián condujo en silencio. Clara, en el asiento del copiloto, miraba el paisaje sin comentar nada, las manos cruzadas sobre el regazo.

Llegaron a la estación de Compostela a las siete de la tarde. El tren de Clara salía a las ocho menos cuarto.

Adrián la acompañó al andén con la maleta. El tren ya estaba parado, casi vacío. Era nochebuena. La gente había viajado por la mañana o no viajaba. Había una familia con tres niños pequeños en el otro extremo del andén, despidiéndose con gritos y besos, y un hombre solitario con un maletín gris que subía sin saludar a nadie.

Clara metió la maleta en el vagón. Volvió al andén.

Se quedaron de pie, frente a frente, sin decir mucho.

—Cuídate —dijo Clara.

—Tú también.

—Escríbeme.

—Te escribiré. ¿Postales?

—Postales.

—¿Cada vez que cambies de ciudad?

—Cada vez. Y tú también, cada vez que pase algo grande en Compostela.

—Lo haré.

—Adrián.

—Dime.

—Si Aurea te enseña algo más sobre el oficio que no sabíamos, me lo cuentas.

—Te lo cuento.

—Y si no, también.

—Y si no, también.

Clara sonrió.

Le besó en una mejilla. Después en la otra. Después, brevemente, en los labios.

Subió al tren.

El silbato sonó. Las puertas se cerraron.

El tren empezó a moverse despacio.

Adrián caminó un par de pasos en paralelo al andén. Después se quedó quieto.

Vio a Clara apoyada en una ventanilla, mirándolo. Le hizo un gesto con la mano, pequeño, sin alzarla mucho. Adrián le hizo el mismo gesto.

El tren aceleró. La ventanilla con Clara se alejó. Después desapareció.

Adrián se quedó solo en el andén.

Había anochecido del todo. Las luces de la estación parpadeaban. Una limpiadora pasaba un trapo por una papelera al fondo del andén. El hombre del maletín gris se había metido en algún vagón. La familia con los tres niños se había ido también, dejando un envoltorio de chocolatina y un pequeño juguete de plástico en el suelo.

Adrián caminó hacia la salida. Subió al casco viejo. Cruzó la plaza del Obradoiro, que esa noche, Nochebuena, tenía algunas familias con niños haciéndose fotos junto a la fachada de la Catedral. En las ventanas de los pisos del Pazo de Raxoi se veían árboles de Navidad encendidos.

Llegó al Hostal. Subió a la habitación. Se tumbó en la cama, vestido, sin encender la luz.

Estuvo así, en la oscuridad, durante mucho rato.

Pensó en muchas cosas. Y, en algún momento, dejó de pensar.

Al día siguiente, día de Navidad, fue a comer con Tareixa. Tareixa había insistido en que no estuviera solo el día veinticinco. Comieron en casa de ella, en una pequeña vivienda al norte del casco viejo, con los padres de Tareixa, dos hermanos, dos cuñadas y cuatro sobrinos. Adrián aceptó con la condición de no tener que dar conversación durante mucho rato. Tareixa lo entendió. Se sentó a su lado durante toda la comida, le sirvió ella las raciones, le rellenó el vaso de vino, le dirigió hacia conversaciones cortas con los sobrinos pequeños cuando los demás se ponían a hablar entre ellos en gallego rápido. La comida fue larga. Cordero asado, ensaladas variadas, un postre de filloas con nata. Adrián bebió poco. Tareixa, también. La madre de Tareixa, una mujer mayor que en algún momento del solsticio había estado cerca, sin saberlo Adrián —probablemente entre los siete custodios anónimos del cementerio de Boisaca tres días antes—, le sonrió varias veces sin decirle nada.

A media tarde, Adrián volvió al Hostal. Esa noche durmió ocho horas seguidas, sin sueños.

Epílogo · El manantial

El veintiséis de diciembre, Aurea le entregó las llaves de la cámara acorazada del archivo. Sin ceremonia. Solo dijo: *«A partir de hoy las llevas tú también. La combinación, te la digo cuando vayamos a la cámara mañana. Y, cuando ya estés mes a mes en Compostela, te la cambio para que la sepas tú solo, no yo.»*

Bajaron juntos al día siguiente. Aurea abrió, encendió la luz fría de la cámara, y sacó de su sitio la carpeta de cartón gris con las doce páginas que Severo había devuelto en una bolsa de cuero seis días antes.

—Siéntate. Tienes que leerlas antes de que te dé la combinación. No se le da la llave de una cosa a alguien que no sabe qué hay dentro.

Adrián se sentó. Se puso los guantes.

Aurea le buscó el folio. Noventa y tres. La página que seguía a la que empezaba diciendo *lo que sigue*.

Y Adrián leyó, por primera vez, con ochocientos veintinueve años de retraso, lo que Aldonza de Lestedo había escrito de su puño y letra imitando la mano de un muerto:

> *«Lo que sigue no es un secreto. Un secreto es una cosa que alguien esconde a otro, y aquí nadie esconde nada a nadie: lo que sigue está a la vista de cualquiera que quiera bajar y poner la mano encima. Yo lo he hecho cuarenta y un años. El maestro Mateo lo hizo una vez, y con eso le bastó para tallar veinte años de piedra encima.*
>
> *Lo que sigue es que debajo de la iglesia hay una piedra que no puso la iglesia. Estaba antes. Yo no sé quién la puso ni por qué, y las mujeres que me enseñaron a cantar tampoco lo sabían, y las que las enseñaron a ellas tampoco. Hay quien dice que allí había un manantial, y que el manantial se secó, y que la piedra es lo único que quedó del agua. Hay quien dice otras cosas peores. Yo no digo ninguna.*

Lo que yo sé es esto: que quien la toca, la nota fría de otra manera. Y que quien canta encima de ella con la voz en el sitio, la piedra le contesta. Eso es todo. No hay más. No hay tesoro, no hay reliquia, no hay nombre de Dios escrito en ningún lado. Hay una piedra y una voz, y entre las dos hace mil años que pasa algo que ninguno de los hombres muy sabios que han venido a mirarla ha sabido decir.

Lo escribo aquí para que quien venga detrás no pierda la vida buscando debajo lo que no hay debajo. Lo de debajo es una piedra. Lo que hay que custodiar no es la piedra. Es que alguien siga bajando a cantarle.

Y si algún día no queda nadie que sepa cantar, tapiad la cripta y no digáis nunca que estuvo. Una piedra sin voz no es nada. Sería mejor que no la encontraran.

Yo, Aldonza de Lestedo, mestra cantareira, que no sé si esto lo leerá alguien. Escrito en el año mil ciento noventa y cinco del Señor, con la mano del maestro, que me la enseñó él y no sabía para qué.»

Adrián leyó la página tres veces.

Después la dejó sobre la mesa, con mucho cuidado, y se quitó los guantes despacio, porque le temblaban las manos y no quería que Aurea se lo notara. Aurea se lo notó. No dijo nada.

—Aurea.

—Dime.

—Esto es lo que Severo quería publicar.

—Esto es.

Adrián se quedó bastante rato mirando el folio.

—Aurea, esto no destruye la red.

—No.

—Esto la explica.

—Sí.

—Y si se publicara, cualquier persona del mundo lo leería y diría: bueno, no hay nada. Una piedra. Una superstición medieval. Un mecanismo acústico. Y se irían a otra cosa.

—Casi todos, sí.

—¿Casi?

Aurea cerró la carpeta.

—Casi. Habría una de cada cien mil que lo leería y entendería lo que está leyendo. Y esa persona vendría. Y no vendría a mirar, Adrián, vendría a quedarse. Y en mil cien años esa persona ha venido exactamente cuarenta veces, porque el oficio ha sabido encontrarla una por generación, en silencio, sin publicar nada.

Se quedó un momento callada.

—Ese es el argumento de Severo, ¿sabes? Que ahora se puede encontrar a esa persona de otra manera. Que un libro también busca. Y que a lo mejor, publicándolo, en vez de una vendrían tres.

—¿Y tú qué crees?

Aurea puso la carpeta en su sitio, cerró la puerta de la cámara y marcó la combinación mirando hacia otro lado, como llevaba haciendo cuarenta y un años.

—Creo que dentro de veinte años lo sabremos. Y que ni él ni yo vamos a estar para verlo. Eso, en este oficio, es la definición exacta de una buena decisión.

El veintisiete, Adrián se mudó del Hostal a una pensión pequeña en la Algalia de Arriba que Aurea le había recomendado. Iba a quedarse allí mes y medio, hasta encontrar un piso permanente que pudiera mantener vacío durante los meses en que estuviera en Sevilla. La pensión era una casa de tres plantas, con una dueña mayor llamada Manuela, que había cuidado durante años a varios canónigos del Cabildo en su transición hacia las viviendas estables. Manuela, sin que nadie le hubiera explicado quién era Adrián, le hizo entender en los primeros tres días que ella sabía perfectamente quién era y por qué estaba allí.

El siete de enero, Severo Anllóns Vilas le firmó el primer documento de la fundación que llevaba su nombre, en una notaría de Lugo, donde habían viajado Aurea, Fabián y Adrián para asistir como testigos. Severo estaba más delgado que en la asamblea de diciembre. Tenía la voz clara todavía, pero los movimientos más lentos. Cuando firmó, miró a Aurea durante un momento largo. Después firmó.

En febrero, Severo empeoró. Adrián no fue a Aspai a verlo. La hermana de Severo, en una llamada a Aurea, había dicho con cariño y firmeza que Severo prefería que no fuera nadie de la red durante los meses centrales de la enfermedad. *Que vengan al final, si quieren. Antes, déjenlo en paz. Está leyendo, está escribiendo, está repasando la fundación. No lo distraigan.* Aurea aceptó. Adrián también.

En marzo, Adrián volvió a Sevilla durante tres semanas. Salvatierra lo recibió con un abrazo largo. Volvió al taller de la calle Pajaritos, abrió la persiana, retomó dos restauraciones que tenía paralizadas. Comió varias veces con Salvatierra en su despacho de la

Casa Sacerdotal. La Catedral de Sevilla, en marzo, con la Semana Santa en preparación, era una catedral distinta de la Compostelana. Adrián la quiso, durante esas tres semanas, con la mezcla particular de los amores antiguos: con todo el cariño del que conoce el sitio y, al mismo tiempo, con la conciencia clara de que ya no era su único sitio.

En abril, Adrián recibió una postal de Clara desde Toledo. Un solo escrito en el reverso: *Las cosas de aquí no son como las de Compostela. Te quiero. C.*

En mayo, Adrián volvió a Compostela. Encontró un piso pequeño en el barrio de San Pedro, una vivienda de dos habitaciones con un patio interior pequeño donde había, también, un limonero, como en casa de Aurea. Lo alquiló por dos años, con cláusula de prórroga.

En junio, Severo murió.

Aurea le llamó a las siete de la mañana de un martes. Adrián cogió el primer coche disponible. Llegó a Aspai a las once. El entierro fue por la tarde, en la pequeña iglesia parroquial del pueblo, donde Severo había hecho su primera comunión en mil novecientos sesenta y ocho. La oficiaba Manuel Ouro, que había viajado desde Compostela para hacerlo. Tareixa, en el coro, cantó un único canto durante el ofertorio: la melodía gallega antigua que había cantado en el solsticio. Cuatro y uno. La cantó con la voz un poco más cansada que en la noche del veintiuno de diciembre, pero igualmente entera.

Aurea estaba allí. Fabián, también. Anselmo Pereira. Don Eladio Carballo, sí, Eladio había venido también. Doña Mercedes Aldao. Don Nicanor Suárez. Hans Vogel había viajado desde Berlín la noche anterior, había estado en la casa de la hermana, había pasado dos horas a solas con Severo el lunes, y había regresado a Berlín la noche del entierro.

Adrián entró en la iglesia. Se sentó en un banco lateral, no en los primeros. Escuchó la misa entera. Cuando terminó, salió al cementerio detrás de los demás. El cementerio estaba en una pequeña colina detrás de la iglesia, con vistas a un valle suave y a la sierra de Lugo al fondo. Las tumbas eran sencillas, de granito, con apellidos repetidos: Anllóns, Vilas, Pereira, Carballo. La de Severo estaba abierta junto a la de su madre, que había muerto en mil novecientos noventa y siete.

Tareixa, después del entierro, se acercó a Adrián. Le dio un abrazo. Era un abrazo largo, de los que se dan después de los

entierros entre las personas que han compartido los meses anteriores con el difunto.

—Adrián.

—Dime, Tareixa.

—Severo me dejó algo para ti. Una nota, en un sobre. Me la dio el lunes, cuando vine a verlo.

Adrián la cogió. La abrió allí mismo, junto a la fosa, mientras los enterradores empezaban a cubrir.

La nota era corta. Severo había escrito con su caligrafía cuidada y redonda, esta vez un poco más temblorosa que en la cena de la Rúa Nova.

> *Adrián. Te dejé el aguardiente, ¿te acuerdas? Cuídalo. Lo de mi hermana destila sin apurarse. Mejora con el tiempo. Y otra cosa. La página falsa. Aurea me contó en enero, cuando vino a verme una tarde a Aspai, que la mano era la tuya. Ya lo sabía. Lo supe el jueves, en cuanto entendí que el priorato no existía: en Compostela solo hay una mano capaz de hacer eso y solo una que hubiera cenado en mi casa el viernes anterior. La caligrafía era impecable. Si algún día decides escribir páginas falsas otra vez, escríbelas con la misma calidad. Pero no las escribas, mejor. Cuida a Aurea. Cuídala mucho, Adrián. Hay una cosa que ella te contó en diciembre y que te contó entera menos cuarenta segundos. Esos cuarenta segundos los va a llevar encima veinte años. No le preguntes cuáles. Tú solo cuídala. Cuida a Tareixa. Cuida la llave. S.*

Adrián la dobló. Se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, junto a la llave de hierro que esa mañana, sin pensar, se había metido allí antes de salir.

Pasó un sábado de finales de junio, uno de esos días en que Galicia decide de golpe que también existe el verano, en el que Adrián no tenía nada concreto que hacer. Aurea estaba en Lugo, en una reunión administrativa de la fundación. Tareixa estaba en una boda familiar, en Lestedo. Adrián no tenía proyectos urgentes. El piso del barrio de San Pedro estaba ya habitable. La pensión de Manuela había sido el sitio donde había leído un libro de Cunqueiro durante semanas, poco a poco, completándolo finalmente la noche anterior.

Adrián cogió el coche pequeño que la red le había asignado en febrero, una compra menor que Aurea había gestionado a través de los fondos del oficio. Salió de Compostela hacia el oeste otra vez.

Esta vez fue solo.

Aparcó el coche en el mismo aparcamiento. Caminó hasta el mismo borde del acantilado. Se quedó de pie mirando el océano, que ahora era azul oscuro, no gris, y reflejaba un sol alto que no se había visto en diciembre.

Estuvo allí mucho rato.

Pensó en Clara, que había llamado por teléfono dos días antes desde Palermo. *Adrián, lo de aquí va lento pero va. He encontrado dos archivos pequeños que la red local no había catalogado. Estoy bien. ¿Tú?* Pensó en Aurea, que esa misma mañana le había entregado el primer informe de la fundación de Severo. Pensó en Salvatierra, que seguía en Sevilla, ya muy mayor. Pensó en Maire MacEachern, en Iona, esperando el siguiente solsticio. Pensó en Tareixa, esa misma tarde, en la boda de Lestedo, cantando a lo mejor algún canto rural junto al resto de los invitados. Pensó en Severo, enterrado en Aspai hacía cinco días.

Y pensó, también, en su tío Sebastián. En el cuaderno azul. En la primera frase que leyó de aquel cuaderno, una tarde de Triana, en una cocina de alfarero, y que su tío no había escrito: la había copiado, con letra de contable, de un hombre que la dejó dicha hacia mil seiscientos ochenta y ocho y del que solo se sabe que trabajaba el barro.

No todo lo que fluye es agua.

Adrián cerró los ojos un rato largo.

Se acordó de Tomás Beltrán, en Sevilla, cuando le habló por primera vez, ya hacía años, durante una tarde en la sacristía mayor. Se acordó del galgo Moro, durmiendo a los pies de Clara en Barcelona, en la mesa de su archivo en el Born. Se acordó de Mercè Fiol, riéndose en una cocina de Barcelona junto a una vela apagada. Se acordó de Xoán Ferro, en su butaca alta, con la manta de lana sobre las piernas, diciendo *vete, meu, vete*. Se acordó de Aldonza de Lestedo, que había escrito en mil ciento noventa y cinco con la mano del Maestro Mateo el texto que ahora descansaba, otra vez en su sitio, dentro del cuaderno custodiado en la cámara acorazada del archivo del Cabildo. Se acordó de Conall, monje irlandés, que había llegado a Iria Flavia en un barco mercante en el otoño de ochocientos veinticinco con un baúl de siete códices. Se acordó de Severo, en su salón de la Rúa Nova, sirviendo aguardiente en dos copas pequeñas a

dos invitados que ya no querían más, una noche de viernes hacía seis meses.

Cuando los abrió, el sol estaba bajando hacia el horizonte. La franja dorada del océano había empezado a abrirse otra vez, como en diciembre, hacia el oeste.

No supo cuánto tiempo.

Cuando se dio la vuelta, ya no necesitaba que nadie le explicara nada.

o o *

El lunes siguiente, Aurea le dijo que cogiera el abrigo.

—¿Adónde vamos?

—Al este. Coge el abrigo aunque haga calor. Donde vamos hace frío.

Salieron de Compostela a las nueve de la mañana en el Renault gris de la red. Condujo Aurea. No dejó conducir a Adrián y no explicó por qué.

Cogieron la nacional. Después una comarcal. Después una carretera que Adrián no habría sabido encontrar dos veces seguidas. Aurea la hizo entera sin mirar un cartel.

Tardaron dos horas y veinte minutos. Casi no hablaron. En un momento, cruzando un puente sobre un río pequeño, Aurea dijo:

—Media jornada a caballo. Eso dijo Teodomiro. Media jornada. Y llevaba razón: mira el reloj.

Y no dijo nada más hasta que llegaron.

Era un valle. No era bonito ni era feo. Era un valle.

Prados. Un par de hórreos. Vacas. Un tendido eléctrico. Tres casas con las ventanas de aluminio blanco y una parabólica en el tejado.

Y al final de una pista de tierra, entre dos castaños viejos, una iglesia pequeña de granito. Tejado de losa. Espadaña de dos huecos con una sola campana.

Aurea aparcó. Se bajó. Adrián se bajó detrás.

Y lo primero que oyó, antes de ver nada, fue el agua.

Estaba a tres pasos de la puerta, donde un obispo la había dejado dicha hacía mil doscientos años.

Era una fuente de piedra tosca, sin ningún adorno, con un caño de hierro. Salía un chorro del grosor de un dedo. Caía a una pila, y de la pila a una reguera, y de la reguera al prado.

Había una botella de plástico de dos litros apoyada en el borde, medio llena. Alguien la había dejado allí y volvería a buscarla.

—Bebe —dijo Aurea.

Adrián miró el caño un momento. Después bebió. Estaba muy fría. No sabía a nada, que es a lo que saben las aguas buenas.

—La gente de aquí sube a llenar garrafas —dijo Aurea—. Llevan haciéndolo toda la vida. Si les preguntas por qué, te dicen que porque está buena. Y es verdad que está buena.

Abrió la iglesia con una llave normal, de las de ferretería, que sacó de debajo de una piedra.

Dentro no había nada. Ni un retablo, ni una imagen decente, ni un cepillo.

Una nave estrecha. Cuatro bancos. Un altar de granito. Una virgen de escayola de los años cincuenta con el manto repintado. Y ese frío de las iglesias rurales que no depende del mes.

Aurea fue derecha al altar. Se agachó detrás. Adrián oyó el ruido de una piedra que se movía.

Y cuando se levantó, tenía en las manos una caja de hojalata de galletas, de las inglesas, con la tapa oxidada y un dibujo de un jardín.

—No me mires así —dijo—. Ramiro Lobeira la puso ahí en el setenta y ocho. Antes estaba en un arcón de castaño que se comió la carcoma. La hojalata es lo mejor que se ha inventado nunca para guardar papel en Galicia y el que diga lo contrario no ha vivido aquí.

Puso la caja sobre el altar. La abrió.

Dentro, envuelto en una tela de lino, había un libro pequeño. Más pequeño de lo que Adrián había imaginado en seis meses de imaginarlo. Tapas de madera forradas de piel oscura, gastadísimas. Unos treinta centímetros. Menos grueso que una novela.

Adrián no se movió.

—Ponte los guantes —dijo Aurea, y le tendió unos.

Adrián se los puso, con cuidado. Le temblaban las manos y esta vez no intentó disimularlo.

—Aurea, yo no leo latín como Severo.

—Ya no queda nadie que lea latín como Severo. Lee tú.

Abrió el libro por el final, donde estaban los cuatro folios, y lo giró hacia él.

Y Adrián Vega leyó, con mil ciento setenta y ocho años de retraso, lo que un monje irlandés muy viejo había escrito en el invierno del

año ochocientos cuarenta y siete en una aldea de Lugo, con la mano derecha ya mala y sabiendo que era lo último que iba a escribir:

«Yo, Conall, que vine de Iona, escribo esto para nadie.

El obispo Teodomiro murió esta primavera. Yo lo enterré. No queda nadie más que sepa lo que voy a poner aquí, y por eso lo pongo, aunque me han enseñado toda la vida que estas cosas no se ponen.

Cuando yo llegué a Compostela con este libro, el obispo me dijo que debajo de su iglesia había habido un manantial y que en el manantial cantaba gente vieja de las aldeas, y que llevaban cantando desde antes de que hubiera cristianos aquí, y que él no sabía qué cantaban ni ellos tampoco. Me dijo que este libro decía lo mismo que aquellos viejos y que ese era el motivo de que no lo quemara. Yo entonces tenía treinta y dos años y creí que era un obispo cansado hablando de noche.

He tardado veintidós años en entenderlo, y lo entendí un día que no tenía nada de particular, dando de comer a unas gallinas.

No es que el libro diga lo mismo que aquellos viejos. Es que aquellos viejos y este libro dicen lo mismo porque lo mismo era verdad en Irlanda y era verdad aquí, y ninguno de los dos lo había copiado del otro, porque no se conocían, porque estaban a cuatro meses de mar el uno del otro y hablaban lenguas que no se parecen en nada.

Dos pueblos que no se han visto nunca no se inventan la misma cosa. Eso no pasa. Yo he vivido setenta años y sé que eso no pasa.

Y por lo tanto, hermano que me lees, si es que hay alguno: lo que hay debajo de la iglesia de Compostela no lo puso la Iglesia. Estaba antes. Estaba antes de Teodomiro, antes del Apóstol, antes de que nadie de por aquí supiera el nombre de Cristo. Y la Iglesia, cuando llegó, no lo destruyó. Le puso una piedra encima. Y encima de la piedra un altar, y encima del altar un tejado, y ahora dicen que van a hacer un tejado más grande.

Yo no sé si eso fue una traición o fue la cosa más piadosa que ha hecho nunca un obispo. Lo he pensado veintidós años y no lo sé.

Lo que sí sé es que aquellos viejos siguen subiendo. Los he visto. Ya no cantan de noche, cantan en la misa de Teodomiro, y cantan las palabras que les hemos enseñado nosotros, pero cantan con la música de ellos. Y a nadie le parece raro. Y así van a seguir mil años, y nadie va a saber nunca lo que está oyendo.

No lo cuentes. No porque sea un secreto. Cuéntalo si quieres: nadie te va a creer, y el que te crea no va a poder hacer nada con ello.

No lo cuentes porque el día que se cuente, se va a discutir. Y ellos llevan mil años sin discutir. Llevan mil años cantando. Y es lo único que hay que hacer.

Conall, presbítero, indigno. Año del Señor ochocientos cuarenta y siete.»

Adrián leyó los cuatro folios tres veces.

Después cerró los ojos un momento.

Cuando levantó la vista, Aurea estaba sentada en el primer banco, de espaldas a él, mirando la virgen de escayola.

—¿Tú has leído esto? —dijo Adrián.

—Once veces he bajado. Nunca he pasado de la primera línea.

—¿Por qué?

Aurea tardó en responder.

—Porque *escribo esto para nadie* ya me parecía bastante.

Se levantó. Vino hasta el altar. Envolvió el libro en el lino otra vez, con un cuidado que a Adrián le pareció, en aquel momento, la definición exacta de lo que hacía aquella mujer con todas las cosas. Lo puso en la caja de galletas. Cerró la tapa.

—Ahora lo sabemos tres —dijo—. Fabián, tú y yo. Fabián tiene ochenta y cuatro años. Dentro de nada seréis dos, y luego uno, y luego tendrás que elegir tú a los otros dos y no vas a saber cómo, porque nadie sabe cómo. Yo tardé cuatro años en elegirte a ti y me equivoqué en el orden: te lo tenía que haber enseñado en enero.

—¿Por qué no me lo enseñaste en enero?

Aurea se agachó detrás del altar. Volvió a colocar la piedra en su sitio, con cuidado.

—Porque en enero todavía estaba enfadada contigo por lo bien que se te da falsificar.

Y no era verdad, y los dos lo supieron, y ninguno de los dos dijo nada.

Salieron. Aurea cerró y dejó la llave debajo de la piedra. El agua seguía cayendo del caño de hierro a la pila y de la pila a la reguera. La botella de plástico ya no estaba.

Adrián se quedó parado un momento junto a la fuente.

Pensó en Severo Anllóns Vilas.

Cuarenta años buscando aquella caja de galletas. Muerto a ciento cuarenta kilómetros de allí sin verla. Y había podido verla, un jueves de diciembre, y había dicho que no.

—Aurea.

—Dime.

—Él lo sabía. Sabía que ibas a traerme a mí.

Aurea lo miró un momento. Después abrió la puerta del coche.

—Sube, Adrián, que se hace tarde.

Y volvieron a Compostela sin hablar, por una carretera que Adrián no habría sabido encontrar dos veces seguidas. Y que no iba a olvidar en la vida.

o o *

Al día siguiente, a las ocho y veinte de la mañana, Adrián bajó a la cámara acorazada detrás de Aurea Vilaboa.

Ya conocía el orden: la luz fría del pasillo, que Aurea encendía con el codo porque siempre llevaba las manos ocupadas. Los tres escalones de granito con el borde gastado. El olor, que no era a papel viejo sino a piedra y a frío. Aurea llegó hasta la puerta de la cámara. Dejó la carpeta en la repisa. Y marcó la combinación.

La marcó mirando hacia otro lado.

No al suelo. Ni cerrando los ojos. Ni haciendo aspavientos. Miraba hacia el pasillo, con la cara vuelta a la izquierda, mientras la mano derecha giraba la rueda sola. Con la naturalidad de las cosas que se llevan haciendo cuarenta y un años.

Adrián se lo había visto hacer una docena de veces desde diciembre. Las doce había pensado que era una manía de archivera vieja.

Aquella mañana pensó otra cosa.

Pensó que aquella mujer llevaba cuarenta y un años entrando en la única habitación de Compostela que le importaba *sin mirar cómo se abría*. Que se había pasado la vida custodiando una cosa que había decidido no ver del todo.

Y que si alguien se lo preguntaba, ella contestaría que por prudencia. Que así la combinación no se le queda en la cabeza al que pase por detrás.

Y tendría razón. Y no sería verdad.

Aurea abrió. Encendió la luz de dentro. Se apartó para dejarle pasar.

—Cuando quieras.

Adrián no se movió.

—Aurea.

—Dime.

Y estuvo a punto.

Estuvo a punto de preguntarle qué le había dicho a Severo aquella noche de diciembre, en el rato que no contó. El rato que él llevaba seis meses sabiendo que existía sin poder nombrarlo. El rato del que un hombre enterrado en Aspai le había escrito, de su puño y letra, que no preguntara.

Tenía la pregunta hecha. Le cabía en cuatro palabras.

Aurea esperó, con la mano todavía en la puerta y la cara vuelta hacia él. Tenía sesenta y cuatro años, el pelo más blanco que en diciembre y una paciencia que no se le acababa nunca.

Y Adrián supo, con una certeza que le duró un segundo entero, que si preguntaba, ella iba a contestar.

Y por eso no preguntó.

—Nada. Que hace frío aquí abajo.

—Hace frío desde el siglo doce —dijo Aurea—. Pasa.

Y Adrián Vega, restaurador sevillano, entró en la cámara acorazada del archivo del Cabildo detrás de una mujer que llevaba cuarenta y un años guardando tres cosas. Una piedra que no habla. Un canto que no se escribe. Y cuarenta segundos que no le había contado a nadie.

Y detrás de ellos, arriba, muy arriba, en una cornisa de granito de un patio interior de la Algalia de Arriba al que no daba ninguna ventana del archivo, dos pájaros pequeños que nadie había mirado en doscientos años seguían mirando la lluvia.

Eran dos.

Casamiento.

o o *

FIN DE LA TRILOGÍA DEL CAMINO NEGRO

Nota del autor

Esta novela es una obra de ficción. Aunque transcurre en escenarios reales de Santiago de Compostela, de la provincia de Lugo y de la Costa da Morte, y menciona instituciones existentes —la catedral de Santiago de Compostela, su Cabildo y su archivo, entre otras—, todos los personajes, los cargos que ocupan, las tramas, los documentos, las organizaciones internas y los hechos narrados son enteramente imaginarios. La «red custodia» y el «oficio» descritos en estas páginas no existen ni han existido nunca. Las parroquias, párrocos y feligresías rurales que aparecen en el libro son igualmente ficticios y no guardan relación alguna con los reales. Cualquier parecido de los personajes con personas reales, vivas o fallecidas, y de los hechos narrados con hechos reales, es pura coincidencia. El autor ha alterado deliberadamente detalles topográficos, administrativos y de organización interna de las instituciones mencionadas al servicio de la ficción.

Agradecimientos

La semana en que salió *Las trece ocas del claustro*, estas personas lo compraron sin saber si era bueno. Y encima hicieron una foto del recibo y me la mandaron, para que yo supiera que estaban ahí. Les prometí que, si llegaba a haber un tercer libro, sus nombres estarían dentro.

Lo prometido es deuda.

Antonio Díaz Parrado *(Fuentes de Andalucía)*

Carmen Pelayo *(Bilbao)*

Isabel Felipo *(Castellón)*

Amadeo Portillo *(Alcalá de Guadaíra, Sevilla)*

Evita *(Valdemoro)*

Carolina Bernabé Palos *(Puente Genil, Córdoba)*

Consuelo Castillo Morales *(Sevilla)*

José Luis Corte Orviz *(Pola de Laviana, Asturias)*

Isabel Trujillano Santiago *(Madrid)*

Charo García *(Bilbao)*

Miguel Ángel López Esteso *(Alicante)*

Bethsabé Alberto Quesada *(Gran Canaria)*

Manuel Medina *(Sevilla)*

María Antonia Tenorio *(Sevilla)*

Carlos A. García Rabanal *(Arroyomolinos, Madrid)*
Jesús Manuel Rodríguez Estepa *(Alcalá de Guadaíra, Sevilla)*